

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL PERÚ**

Escuela de Posgrado



El abedul y el ginkgo: un estudio constructivista sobre la asociación estratégica entre la Federación de Rusia y la República Popular China desde una perspectiva rusa

Tesis para obtener el grado académico de Magíster en Ciencia Política y Relaciones Internacionales con mención en Relaciones Internacionales que presenta:

Gianlucca Mariano Pellegrini Jeri

Asesor:

Sebastien Marcel Albert Adins

Lima, 2022

Resumen

En los últimos treinta años (1991-2021), la relación bilateral entre la Federación de Rusia y la República Popular China ha evolucionado hasta convertirse en una asociación estratégica de considerable relevancia en el desarrollo de las relaciones internacionales. Identificar las bases sobre las que este vínculo se sostiene es esencial para explicar la creciente sintonía exhibida por ambas naciones en materia de política exterior. La presente investigación se apoya en el marco teórico de la escuela constructivista para analizar tres dimensiones de corte ideacional que explican la convergencia entre Moscú y Pekín: el establecimiento de un orden internacional multipolar o policéntrico, el respeto a los principios del derecho internacional y la identificación de un “Otro” y la construcción de la identidad estatal. Para realizar este tipo de investigación, se apela al análisis cualitativo de contenido tanto de los discursos y documentos oficiales emitidos por las autoridades políticas de ambos países como de los documentos oficiales divulgados por los BRICS y la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), dos espacios multilaterales liderados por ambos países. Este estudio concluye que existe una significativa coincidencia entre Rusia y China en la defensa de un orden internacional multipolar y el derecho internacional, pues son causas funcionales a sus intereses nacionales; en cambio, más incierta y ambigua es la confluencia respecto de la caracterización que cada uno hace de un “Otro” en el escenario internacional, el grado de importancia que cada uno le asigna al momento de ejecutar su política exterior y la forja de su identidad en el tablero internacional.

Palabras clave: Rusia, China, relaciones internacionales, constructivismo, multipolar, policéntrico, derecho internacional, Otro, identidad, BRICS, OCS.

Abstract

Over the last thirty years (1991-2021), the bilateral relationship between the Russian Federation and the People's Republic of China has evolved into a strategic partnership of considerable relevance in the development of international relations. Identifying the foundations on which this bond is sustained is essential to explain the growing attunement exhibited by both nations in foreign policy matters. This research is based on the theoretical framework of the constructivist school in order to analyze three ideational dimensions that explain the convergence between Moscow and Beijing: the establishment of a multipolar or polycentric international order, respect for the principles of international law, and the identification of an "Other" and the construction of state identity. In order to carry out this type of research, qualitative content analysis of both the speeches and official documents issued by the political authorities of both countries and the official documents disseminated by the BRICS and the Shanghai Cooperation Organization (SCO), two multilateral spaces led by both countries, is used. This study concludes that there is a significant coincidence between Russia and China in the defense of a multipolar international order and international law, as they are functional causes to their national interests; on the other hand, more uncertain and ambiguous is the confluence regarding the characterization that each one makes of an "Other" in the international scenario, the degree of importance that each one assigns to it when executing its foreign policy and the forging of its identity in the international chessboard.

Keywords: Russia, China, international relations, constructivism, multipolar, polycentric, international law, Other, identity, BRICS, SCO.

ÍNDICE

	Pág.
Carátula	i
Resumen	ii
Índice	iv
Listado de siglas	vii
Introducción	1
PRIMERA PARTE: MARCO DE LA INVESTIGACIÓN	4
CAPÍTULO I	
MARCO CONTEXTUAL: LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA FEDERACIÓN DE RUSIA Y LA RELACIÓN BILATERAL ENTRE LA FEDERACIÓN DE RUSIA Y LA REPÚBLICA POPULAR CHINA	4
1. Antecedentes de la política exterior de la Federación de Rusia	4
1.1. El debate sobre la identidad nacional en la era poscomunista y su impacto en el desarrollo de una política exterior	5
1.2. Etapas de la política exterior de la Federación de Rusia	7
1.3. Andréi Kózyrev y el euroatlantismo	8
1.4. Yevgueni Primakov y la multipolaridad	10
1.5. Acercamiento y primer quiebre con Occidente	11
1.6. Dmitri Medvédev y el frustrado ‘reseteo’ con Estados Unidos	17
1.7. La creciente distancia y ascendente tensión con Occidente	19
2. La relación bilateral entre la Federación de Rusia y la República Popular China	26
2.1. Etapas de la relación bilateral entre la Federación de Rusia y la República Popular China	29
2.2. Las bases de la asociación estratégica	30
2.3. La percepción de las amenazas y la construcción de un orden multipolar	33
2.4. El Asia Central: problema y posibilidad	37
2.5. El Lejano Oriente Ruso: entre las aspiraciones de desarrollo y los temores atávicos	40
2.6. Nueva doctrina en política exterior de China y la proyección de las relaciones sino-rusas	41

CAPÍTULO II

MARCO CONCEPTUAL: EL CONSTRUCTIVISMO COMO HERRAMIENTA DE ANÁLISIS EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES Y SU APLICACIÓN EN LA POLÍTICA EXTERIOR RUSA 43

3.	Marco teórico: el constructivismo	43
3.1.	Características principales del constructivismo	43
3.2.	Divergencias en el seno del constructivismo	50
4.	El constructivismo y su aplicación en el análisis de la política exterior rusa	54
4.1.	Ideas, identidad y su relación con la política exterior rusa	55
4.2.	La “idea rusa”	59
4.3.	Rusia y su imperiosa necesidad de ser reconocida como una gran potencia	61
4.4.	Aplicación de la teoría de la identidad social en la política exterior rusa y china	63
4.5.	Una cuestión de honor	65
4.6.	Las normas y su relación con la política exterior rusa	67
4.7.	Rusia, su interpretación bidimensional de la soberanía y la construcción del <i>Russkiy mir</i>	68

SEGUNDA PARTE: DISEÑO METODOLÓGICO Y RESULTADOS 71

CAPÍTULO III

DISEÑO METODOLÓGICO 71

5.	Metodología de la investigación	71
5.1.	Características de la investigación cualitativa	71
5.2.	El análisis cualitativo de contenido	72
5.3.	Fuentes empleadas para la elaboración de la investigación	73
6.	Problema de investigación	75
7.	Hipótesis de la investigación	76

CAPÍTULO IV

ANÁLISIS Y DISCUSIÓN DE LOS RESULTADOS 77

8.	Principales dimensiones ideacionales presentes en el discurso y la documentación oficiales emitida por la Federación de Rusia y la República Popular China	77
8.1.	En defensa de un orden multipolar o policéntrico	77
8.1.1.	La multipolaridad en los documentos y discursos oficiales sino-rusos	78
8.1.2.	La multipolaridad en los documentos oficiales de los BRICS	88

8.1.3.	La multipolaridad en los documentos de la Organización de Cooperación de Shanghái	91
8.1.4.	Análisis sobre el concepto de la multipolaridad en los documentos y discursos oficiales sino-rusos	95
8.2.	La defensa de los principios del derecho internacional	105
8.2.1.	La defensa de los principios del derecho internacional en los documentos y discursos oficiales sino-rusos	105
8.2.2.	El derecho internacional en los documentos oficiales de los BRICS	117
8.2.3.	El derecho internacional en los documentos oficiales de la Organización de Cooperación de Shanghái	121
8.2.4.	Análisis de la defensa de los principios del derecho internacional en los documentos y discursos oficiales sino-rusos	126
8.3.	La identidad y la noción del “Otro”	137
8.3.1.	La identidad y la noción del “Otro” en los documentos y discursos oficiales sino-rusos	137
8.3.2.	La identidad y la noción del “Otro” en los documentos oficiales de los BRICS	147
8.3.3.	La identidad y la noción del “Otro” en los documentos oficiales de la Organización de Cooperación de Shanghái	148
8.3.4.	Análisis sobre la identidad y la noción del “Otro” en los documentos y discursos oficiales sino-rusos	150
	Conclusiones	177
	Recomendaciones	184
	Referencias	185

Listado de siglas

APEC	Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico
ASEAN	Asociación de Naciones de Asia Sudoriental
BRICS	Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica
CEI	Comunidad de Estados Independientes
IFR	Iniciativa de la Franja y la Ruta
OCS	Organización de Cooperación de Shanghái
ONU	Organización de Naciones Unidas
OSCE	Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
OTSC	Organización del Tratado de Seguridad Colectiva
UE	Unión Europea
UEE	Unión Económica Euroasiática
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas



Introducción

No puedo adelantarle las acciones de Rusia. Es un acertijo, envuelto en un misterio, dentro de un enigma, pero quizá haya una clave. La clave es el interés nacional de Rusia.

WINSTON CHURCHILL en una declaración en un programa de radio en octubre de 1939

“¿El secreto de la política? Haz un buen tratado con Rusia”. Esta recordada frase, atribuida al célebre canciller y artífice de la unificación alemana, Otto von Bismarck, pareciera cobrar plena vigencia en las palabras con las que Xi Jinping celebró, en junio de 2021 y en el marco del vigésimo aniversario de la suscripción del Tratado de Buena Vecindad y Cooperación Amistosa entre la República Popular China y la Federación de Rusia, la extensión de dicho acuerdo por cinco años más. En aquel momento, el actual secretario general del Comité Central del Partido Comunista de China mencionó que la relación bilateral entre ambos países está “creando un estándar para un nuevo modelo de relaciones internacionales” (Granma, 2021, párr. 3). Pero este es solo el corolario de un rosario de panegíricos que Pekín le ha destinado a Moscú en los últimos tiempos. Previamente, Xi había declarado efusivamente que “no hay límites para el perfeccionamiento de nuestras relaciones. Serán sólo mejores y mejores” (Sahuquillo & Vidal Liy, 2019, párr. 2). Wang Yi, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Popular China, reproduce en su misma magnitud encomios de esta naturaleza al asegurar que la asociación estratégica fraguada entre Moscú y Pekín “es tan inquebrantable como una montaña” (Sputnik, 2018, párr. 2) y garantizar que “no importa cuán caótico sea el mundo, la amistad entre China y Rusia no será sacudida” (de la Cal, 2021, párr. 1). Por su lado, Rusia no se ha quedado atrás y también ha tenido expresiones de similar tono, correspondiendo las gentilezas que le prodiga su vecino del sur. Así, Vladímir Vladímirovich Putin, presidente de la Federación de Rusia, ha elogiado el estado “sin precedentes” (Sahuquillo & Vidal Liy, 2019, párr. 1) que ha alcanzado el nexo bilateral, mientras que Serguéi Víktorovich Lavrov, Ministro de Asuntos Exteriores de la nación euroasiática, sintonizó con esta apreciación al considerar que el vínculo establecido por los dos países “se encuentra en su mejor momento de toda la historia” (de la Cal, 2021, párr. 1).

¿Cómo se explica este entendimiento aparentemente tan auspicioso alcanzado por dos potencias en los – siempre – turbulentos tiempos que atraviesa la política internacional? ¿Cómo arribaron a este punto dos Estados que hasta hace algunas décadas sostenían una interacción no exenta de fricciones? Evaluar la evolución inédita que han experimentado las relaciones bilaterales entre estos dos países hasta arribar a su estado actual se torna aún más interesante si se evoca el intenso conflicto ideológico que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y la República Popular China mantuvieron durante la segunda mitad del siglo XX a causa

de sus divergentes interpretaciones del marxismo-leninismo o el sangriento conflicto fronterizo que, en 1969 – hace apenas poco más de medio siglo –, erosionó y tensionó las relaciones entre ambos. Una vez que la Unión Soviética periclitó y la Federación de Rusia se erigió como su heredera, a partir de 1991 se aprecia un viraje inusitado en el trato mutuo que estas dos naciones se dispensan y que se profundiza conforme discurre el siglo XXI. Por lo tanto, resulta pertinente identificar aquellos factores que han propiciado una convergencia que décadas atrás hubiese sido considerada improbable. De esta manera, independientemente del interés que despierta en el autor de estas líneas el estudio de la política exterior rusa, la presente investigación se justifica en la relevancia que la asociación estratégica sino-rusa ha adquirido en el devenir del orden internacional contemporáneo y que bien podría marcar la pauta del futuro escenario global.

Existen factores de diversa índole que explican la actual sintonía entre Rusia y China. La seguridad es un interés compartido, lo cual se encuentra plasmado en la venta de armas y los ensayos militares conjuntos desplegados por ambas naciones. Además, cabe destacar que el binomio que actualmente conforman ambos países se inscribe en el concepto de balance de amenaza esbozado por Stephen M. Walt, que sugiere que un conjunto de Estados tejen alianzas cuando buscan defenderse de otros Estados o coaliciones – en este caso, el Occidente encabezado por Estados Unidos – que pueden representar una amenaza a su seguridad. En el plano económico, el intercambio comercial experimenta un creciente dinamismo en el que Rusia, un país rico en recursos naturales, provee a China las materias primas de las que se encuentra ávida para proseguir con su expansión económica; por su parte, China exporta bienes de consumo a Rusia y realiza cuantiosas inversiones en infraestructura que esta última precisa. Sin embargo, la presente investigación se aboca al análisis de las principales dimensiones ideacionales que explican la convergencia entre Moscú y Pekín. Por lo tanto, se ofrece una mirada parcial, que no pretende explicar todas las aristas que definen la mencionada relación bilateral, sino que se concentra en auscultar ciertas nociones que exceden el ámbito de lo tangible. Tampoco se procura elaborar un análisis detallado de las limitaciones y aspectos conflictivos de la interacción estratégica entre ambos, aunque sí son comentados en la sección dedicada a la descripción general de los antecedentes en la relación entre los dos Estados.

Por último, un breve apunte sobre el título de esta investigación, que es una metáfora que hace alusión a Rusia y China. Por un lado, el abedul es el árbol más tradicional y emblemático de Rusia, constituyéndose en uno de los símbolos no oficiales del país. El abedul ocupa un lugar prominente en el imaginario colectivo ruso no solamente por su valor ornamental, con el que acentúa la belleza de los fascinantes paisajes naturales que se extienden a lo largo y ancho del vasto territorio del país más grande del mundo, sino también por su presencia en cuentos

tradicionales, poemas, proverbios, canciones y pinturas. Su importancia en la historia y cultura rusas se remonta a la época de los antiguos eslavos, que veneraban a este árbol por considerarlo sagrado y al que asociaban, entre otras cosas, con la primavera y la protección contra los espíritus malignos. Para cualquier ruso, el abedul es un elemento natural íntimamente engarzado a su patria. Por otro lado, el ginkgo biloba – comúnmente conocido como ginkgo – es un árbol ornamental oriundo de China. A pesar de que actualmente es cultivado en otros países, el ginkgo biloba solamente existe en su estado salvaje en China. El intenso amarillo dorado que adquieren sus elegantes hojas en el otoño lo diferencia de otros árboles. Empero, lo que más llama la atención es su longevidad, pues su origen se traza a las épocas remotas en las que los dinosaurios poblaban la tierra. Estudios científicos han demostrado que el crecimiento del ginkgo biloba no experimenta una ralentización – en algunos casos incluso se ha detectado una aceleración de dicho proceso – a pesar de que hayan pasado cientos de años; por ello, suele decirse que este es el árbol que no envejece. Su carácter prácticamente inmortal quedó demostrado tras ser la única especie en sobrevivir el apocalipsis nuclear desatado por la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945. Por lo tanto, el ginkgo biloba, gracias a su perseverante vocación de perdurar en el tiempo y su tenacidad de permanecer incólume a pesar del inclemente paso de la historia, insiste en sobrevivir, apuesta por el porvenir, posee la vocación de trascender, de desafiar al tiempo. En conclusión, el abedul y el ginkgo son dos árboles que gozan de una trayectoria longeva y vigorosa, la misma que, según lo que se desprende de las declaraciones oficiales de sus autoridades, aspiran a construir Rusia y China en el campo de las relaciones internacionales.

PRIMERA PARTE: MARCO DE LA INVESTIGACIÓN

CAPÍTULO I

MARCO CONTEXTUAL: LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA FEDERACIÓN DE RUSIA Y LA RELACIÓN BILATERAL ENTRE LA FEDERACIÓN DE RUSIA Y LA REPÚBLICA POPULAR CHINA

1. Antecedentes de la política exterior de la Federación de Rusia

Rusia es respetada y tomada en consideración solo cuando es fuerte y se mantiene firme sobre sus pies. Rusia casi siempre ha gozado del privilegio de desarrollar una política exterior independiente. Y así seguiremos.

VLADÍMIR VLADÍMIROVICH PUTIN en el artículo de su autoría titulado «Rusia en un mundo cambiante» y publicado el 27 de febrero de 2012 en el periódico *Moskóvskie Novosti*

A fin de comprender de manera más certera su proceder en el escenario internacional, resulta imprescindible analizar la evolución histórica de la política exterior general implementada por la Federación de Rusia desde su constitución en 1991, una vez colapsada la URSS, hasta la actualidad. Ello permitirá contextualizar en un marco histórico las actuales políticas, acciones y actitudes que la nación euroasiática adopta al delinear su política exterior.

En primer lugar, cabe precisar que la participación de Rusia en el escenario internacional a partir de 1991 se sustentó tanto en una larga tradición histórica en el ámbito de las relaciones internacionales como en un entramado de relaciones bilaterales y multilaterales, cuyo origen se remonta a los lazos internacionales establecidos por el Imperio ruso y la política diplomática ejecutada por la Unión Soviética. Esto explica una continuidad antes que una refundación de la política exterior una vez que la Federación de Rusia adoptó su nueva – y hasta la fecha vigente – entidad. Conjuntamente, fue esencial redefinir y adaptar muchas de las posturas en materia de política exterior, con el fin de expresar de manera más precisa el nuevo papel que la nación debía asumir en el tablero internacional. El resultado de esta etapa de tránsito se materializa con el “Concepto de Política Exterior”, un documento que presenta la doctrina y los lineamientos que orientan la política exterior rusa en la consecución de sus objetivos e intereses en el plano internacional (Ivanov, 2004, p. 9). Hasta la fecha, se han presentado cinco conceptos de política exterior: uno durante el mandato de Borís Nikoláievich Yeltsin y cuatro en lo que va de la gestión de Vladímir Vladímirovich Putin.

1.1. El debate sobre la identidad nacional en la era poscomunista y su impacto en el desarrollo de una política exterior

Luego del desplome de la URSS, Rusia no solamente tuvo que aprender a desenvolverse independientemente del bloque soviético, sino que también se vio en la necesidad de afrontar el necesario debate sobre cuál debía ser el enfoque de política exterior que debía orientar su accionar en el escenario internacional.

Margot Light (2003, p. 42) explica que, formalmente, el marxismo-leninismo fue la base ideológica de la política exterior que emprendió la Unión Soviética durante sus casi siete décadas de existencia.¹ Esta corriente teórica clasificaba al mundo en dos bandos: el de los países socialistas y el de las naciones capitalistas; mientras que con las primeras se adoptaba una postura basada en el internacionalismo socialista, con las segundas se optaba por una coexistencia pacífica. Sin embargo, la probabilidad de enfrascarse en un conflicto con las naciones capitalistas era elevada.² La paz interestatal estaría garantizada una vez que todo el mundo hubiera realizado una transición exitosa al socialismo.

Llegado 1991, la Federación de Rusia debía abocarse en la ineludible tarea de encontrar un nuevo conjunto de ideas que redefinieran la actitud de su diplomacia en el orden mundial. Los Conceptos de Política Exterior – a los que se hará alusión posteriormente – trataron de cumplir esta función y de evidenciar la evolución de la política exterior rusa; no obstante, no hubo ninguna ideología que reemplazara al ya caduco marxismo-leninismo. El debate giró, más

¹ Margot Light menciona que los líderes soviéticos siempre sostenían que su política exterior se sustentaba en los postulados del marxismo-leninismo, más allá de que sus acciones no siempre se alineaban con esta teoría. Sin embargo, hubo más de una doctrina de política exterior que se implementó en la era soviética. En 1947, la doctrina Zhdánov trazó una división del mundo en dos campos: el imperialista y antidemocrático – encabezado por Estados Unidos – y el antiimperialista y democrático – liderado por la Unión Soviética –; entre ambos bloques se libraba un conflicto inevitable en el que el segundo último debía luchar contra las intenciones expansionistas del imperialismo y capitalismo, las amenazas al socialismo y la democracia, y los últimos resabios del fascismo aún vigentes tras la Segunda Guerra Mundial. En cambio, una doctrina menos dicotómica y antagónica fue la de la coexistencia pacífica, acuñada en 1956 por Nikita Jrushchov y que renunciaba a un conflicto ineludible con las fuerzas capitalistas, a las que el comunismo buscaría superar por medio de una competencia pacífica en los campos económico y tecnológico. En 1968, la doctrina Brézhnev instaló el concepto de la soberanía limitada, que justificaba la intervención militar del Pacto de Varsovia si es que en alguno de sus miembros peligraba la continuidad del régimen socialista. Por su parte, la doctrina Sinatra reemplazó, en 1989, los postulados de su antecesora, permitiendo a las naciones de Europa oriental determinar su propia política interna; esta política de apertura y no intervención en los satélites de la Unión Soviética entrañó, eventualmente, el final de esta última.

² Según la teoría marxista-leninista, los países socialistas, al ser sociedades sin clases, son considerados pacíficos, pues no padecen conflictos de índole doméstica ni interestatal. En cambio, los países capitalistas, por las desigualdades sociales inherentes al sistema que los rige, si se encuentran afectados por conflictos domésticos e interestatales. Por lo tanto, la conflictividad propia del capitalismo hace altamente probable un enfrentamiento entre los espacios socialista y capitalista.

bien, en torno a cuál era la identidad nacional rusa y, en función de esta, cuál debía ser la política exterior que el país debía adoptar.

Se establecieron tres principales corrientes, cada una abogando por una identidad nacional particular: los occidentalistas liberales, los nacionalistas pragmáticos y los nacionalistas fundamentalistas (ibid., pp. 43-48). Los occidentalistas liberales eran defensores de una economía de mercado, un sistema político democrático y una política exterior favorable a un acercamiento a Occidente; creían que Rusia debía cultivar relaciones con países desarrollados y democráticos y participar en instituciones internacionales, pues estas acciones redundarían en beneficio de su economía; asimismo, sugerían renunciar al atávico objetivo de convertir al país en una bisagra entre Europa y Asia para, en cambio, desarrollar una orientación claramente europeísta. Una visión antagónica era respaldada por los nacionalistas fundamentalistas, quienes eran nacionalistas y antioccidentalistas y reivindicaban el Imperio Ruso y la Unión Soviética; consideraban que a Rusia, en línea con su tradición cultural e histórica, le correspondía ejercer el liderazgo del espacio euroasiático e implantar un sistema político autoritario y un sistema económico corporativista; en concordancia con su rechazo a Occidente, rechazaban adherirse a organismos internacionales bajo el liderazgo de Estados Unidos. Como una alternativa intermedia que busca limar los extremos de ambas posturas, surgen los nacionalistas pragmáticos; coincidían con los occidentalistas liberales en el establecimiento de un sistema democrático y la promoción de políticas económicas modernas; sin embargo, reconocían que para Occidente no es atractiva la noción de una Rusia fuerte y, atemperando el nacionalismo a ultranza de los nacionalistas fundamentalistas, justificaban una política exterior independiente centrada en la defensa de los intereses nacionales de Rusia y en la diversificación de sus relaciones internacionales – respaldándose en países de Medio Oriente y Asia, por ejemplo – como una medida para contrarrestar la influencia de Occidente en el tablero global; en contraposición a los occidentalistas liberales, le otorgaban importancia al liderazgo que le correspondía ejercer a Rusia en la Comunidad de Estados Independientes (CEI) y consideraban que el espacio postsoviético constituía la esfera de influencia rusa, aunque rechazaban la reconstitución de la URSS, un anhelo albergado por los nacionalistas fundamentalistas.

Los enfrentamientos entre estas posturas no solamente radicaban en la dificultad de definir el rumbo en materia de política exterior que más réditos le otorgarían a la Federación de Rusia tras el colapso de la Unión Soviética; más bien, se trataba de un debate casi existencial sobre qué tipo de nación era y debía ser Rusia. Si bien inicialmente cobró brío la posición de los occidentalistas liberales, las severas críticas de las que fue blanco la gestión de Andréi Kózyrev – cuyo papel será evaluado más adelante – hizo finalmente sobresalir a la línea de los

nacionalistas pragmáticos por encima de las otras dos corrientes, siendo esta tendencia la que ha marcado, en líneas generales, la pauta de la política exterior rusa.

1.2. Etapas de la política exterior de la Federación de Rusia

La evolución que ha experimentado la política exterior de la Federación de Rusia desde 1991 hasta la fecha puede ser comprendida a través de la identificación de etapas que señalan el cambio en su actitud con relación a Occidente. Cada una de las fases en cuestión presenta rasgos y registra eventos que las caracterizan y distinguen de las demás.

Valentina Feklyunina (2018, pp. 171-176) reconoce la existencia de cuatro periodos temporales en los que se puede segmentar la política exterior rusa. La primera etapa consiste en la búsqueda de un acercamiento a Occidente y comprende los años entre 1991 y 1995; la segunda fase destaca una política de ‘balanceo’ contra Occidente y abarca los años entre 1996 y 1999; el tercer periodo resalta la competencia con Occidente y se desarrolla entre 2000 y 2012; el cuarto ciclo muestra un desafío a Occidente y tiene lugar desde 2012 hasta la fecha. Feklyunina comenta que las diversas etapas por las que ha atravesado la política exterior de Moscú manifiestan los cambios tanto de su percepción sobre Occidente y el sistema internacional como de su capacidad para fijar una actitud más asertiva e independiente.

Richard Sakwa (2020, pp. 26-27) comparte la división temporal de la política exterior rusa esbozada por Feklyunina. En un primer momento, se suscita una era de “internacionalismo liberal” (1991 -1995), en la que una postura atlantista pretende morigerar el continentalismo eurocentrista que ha caracterizado la política exterior rusa. El fracaso de esta apuesta, a causa de la incompatibilidad de visiones entre Occidente y Moscú que empezaron a incubarse en dicho periodo, abre paso a la etapa de la “coexistencia competitiva” (1996-2000), en la que se deja de lado el atlantismo irreflexivo que distinguió a la etapa anterior, se empieza a criticar la hegemonía occidental y estadounidense en el sistema internacional y se acoge la idea de un orden multipolar. Con el ascenso de Putin al poder, se da inicio al periodo del “nuevo realismo” (2000-2012) distinguido por la conjunción de la aspiración de involucrarse con el Occidente liberal – retomando el “nuevo pensamiento político” de Gorbachov que fomentó una mayor distensión e interdependencia entre la URSS y Occidente – con el interés por resguardar su autonomía, reivindicando el principio de soberanía estatal westfaliano. La frustrada consecución de esta alternativa sienta las bases de la fase del “neorevisionismo”, vigente desde 2012 y marcada por un viraje hacia el este, en el que se busca consolidar la presencia de Moscú en el espacio postsoviético, fortalecer la asociación con Pekín y reducir la dependencia occidental de la economía rusa; en esta etapa se desata, tras el inicio de la guerra ruso-ucraniana en 2014, lo que Sakwa denomina la “Segunda Guerra Fría”.

A continuación, se presentan los sucesos más importantes en materia de política exterior rusa que dan forma a las etapas previamente escritas.

1.3. Andréi Kózyrev y el euroatlantismo

Esta etapa de reacomodo y búsqueda de una nueva identidad para Rusia en el plano internacional tras la Guerra Fría es una proyección de los severos cambios que sufrió en el entorno doméstico con la implantación de un nuevo sistema político – migrando de una dictadura de partido único comunista a un semipresidencialismo que supuso una tímida apertura hacia la democracia – y socioeconómico – pasando de una economía planificada a una de mercado –. Las pugnas que producía el debate interno respecto de cuál debía ser el modelo de desarrollo a seguir tuvieron un impacto en este “periodo de formación” de la política exterior (Ivanov, 2004, p. 8). Es en este ambiente que la conducción de la política exterior de la Federación de Rusia recae, en esta etapa, en las manos de Andréi Vladímirovich Kózyrev, Ministro de Relaciones Exteriores entre 1991 y 1996. En 1993 se publica el primer “Concepto de Política Exterior” y en él se expresan las inquietudes de largo plazo de la Federación de Rusia por consolidar, a nivel interno, su sistema político y económico, sin renunciar, en el plano externo, a su papel como una potencia relevante en el tablero internacional:

La esencia de la política exterior rusa está predeterminada por las siguientes tareas a largo plazo: revivir a Rusia como un Estado democrático y libre; proporcionar condiciones favorables para la formación de una economía moderna y eficiente que garantice a los ciudadanos rusos un nivel de vida digno y al país su independencia financiera y económica; y lograr la incorporación equitativa y natural de la Federación Rusa a la comunidad mundial como una gran potencia que cuenta con una historia centenaria, una situación geopolítica única, un considerable poderío militar y una importante capacidad tecnológica, intelectual y ética (Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation, 2005a, p. 27).

En el mismo documento se reconoce que el objetivo ulterior de la política exterior rusa es defender sus intereses nacionales, para lo cual se debe optar por una postura pragmática y desideologizada; por lo tanto, se presenta el escenario para la cooperación en el sentido más amplio, siempre que se respete el principio de igualdad de trato:

Es vital que la política exterior de Rusia se guíe no por posturas ideológicas o necesidades de los partidos, sino por los intereses nacionales fundamentales. Debemos dirigirnos con

decisión hacia el desarrollo de las relaciones con aquellas naciones cuya cooperación con Rusia puede ser decisiva para resolver las tareas primordiales de nuestro renacimiento nacional, es decir, sobre todo con nuestros vecinos, los Estados occidentales económica y tecnológicamente desarrollados y los nuevos países industrializados de diversas regiones. [...] Se están sentando las bases para establecer asociaciones en igualdad de condiciones con nuestros vecinos y con las principales naciones democráticas y económicamente desarrolladas; asociaciones en las que promoveremos nuestros valores e intereses por medio de una interacción real, en lugar de oscilar entre la confrontación y las utopías (Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation, 2005a, p. 28).

En este lapso se aprecia una aproximación de Rusia al modelo propugnado por Occidente, tanto por inspiración – considerándolo una potencial fuente de progreso para Rusia en los aspectos político y económico – como por necesidad – contemplando que, desde esa parte del mundo, provendría la asistencia financiera necesaria para acometer las tan dolorosas como urgentes reformas económicas –. Así surge la denominada “diplomacia Kózyrev”, de sesgo occidental. Kózyrev consideraba positiva una asociación estratégica con Occidente basada en el deponer de los intereses domésticos para priorizar el fortalecimiento de las instituciones multilaterales y la promoción de valores humanos universales (CIDOB, 2010, p. 494). Es en esta época en la que incluso se instala la idea de una posible incorporación de Rusia a la OTAN. Esta concepción del sistema internacional implicaba necesariamente aceptar a Estados Unidos como el actor protagónico y central del sistema internacional y el líder de un mundo unipolar (ibidem). Empero, Kózyrev tenía una percepción más próxima a una “unipolaridad blanda”; consideraba que Estados Unidos tendría un papel de liderazgo dentro de una amplia coalición de países occidentales y su desempeño se encontraría constreñido por una serie de limitaciones institucionales, lo cual le impediría arrogarse el título de “superpotencia” (ibid., pp. 494-495).

Pronto, esta postura demostró pecar de ilusa y poco realista y la falta de sintonía entre Rusia y Occidente empezó a aflorar. El concepto de “alianza”³ fue interpretado de manera divergente por ambos bandos, pues en Occidente se impuso la narrativa de que Estados Unidos y la Europa occidental habían “derrotado” a Rusia tras el fin de la Guerra Fría. Asimismo, a Rusia se le dispensaba un trato más propio de un socio menor que de un aliado en igualdad de

³ Ivanov coloca entre comillas la palabra “alianza” quizás en tono irónico, con el fin de subrayar el carácter poco realista e inalcanzable de un objetivo de esta envergadura y lo escasamente preparados que se encontraban tanto Moscú como Occidente por aquel entonces para emprender una política de esta naturaleza.

condiciones con las otras potencias occidentales (Ivanov, 2004, p. 12). En 1993, la posibilidad de ampliar las fronteras de la OTAN y el desarrollo de conflictos surgidos producto de la disolución de Yugoslavia fueron puntos que tensaron la agenda; respecto de este último punto, los bombardeos realizados por la Alianza Atlántica a blancos serbo-bosnios en 1995 en la guerra de Bosnia hicieron insostenible la permanencia de Kózyrev, quien abandonaría la cartera de Relaciones Exteriores a inicios de 1996 (CIDOB, 2010, p. 495).

1.4. Yevgueni Primakov y la multipolaridad

En 1996, Yevgueni Maksímovich Primakov asume el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, enarbolando una postura distinta a la de su antecesor. A diferencia de Kózyrev, Primakov representaba una corriente que señalaba los peligros de la unipolaridad para los intereses nacionales de Rusia; por ello, promueve una política exterior basada en la “multipolaridad”, que se debía traducir en un “equilibrio de poderes” que le permitiera a la nación euroasiática censurar los amagos de expansión de la OTAN por parte de Occidente y contrarrestar el liderazgo de Estados Unidos en el sistema internacional (ibidem). El apostar por las relaciones “multivectoriales” posibilitaría apuntalar lazos con socios que pertenecen a regiones alejadas de la influencia de Occidente —como el Asia Central, visto como el “extranjero próximo” desde la perspectiva de Moscú— o a iniciativas intergubernamentales alternativas a las occidentales —como la CEI—, manteniendo viva la ambición de ser una potencia relevante en este orden multipolar. Esta visión motivó a Primakov, en 1999 – cuando ocupaba el cargo de Primer Ministro tras dejar la cartera de Relaciones Exteriores –, a proponer el “triángulo estratégico”, un eje conformado por Moscú, Pekín y Nueva Delhi que podía neutralizar la hegemonía de Washington; sin embargo, más allá de la celebración de cumbres tripartitas, dicha propuesta no obtuvo los resultados deseados a causa de la renuencia india de formar parte de un bloque que desafiara a Estados Unidos (Lo, 2015, p. 155). Sin embargo, estas intenciones no contaban con una suficiencia material que las respaldase, y esta se vio aún más mermada con la crisis financiera de 1998. El impacto de esta debilidad interna cobró su real dimensión en la esfera externa un año después, con el abandono de Azerbaiyán, Georgia y Uzbekistán de la CEI, la ampliación de la OTAN con la incorporación de República Checa, Polonia y Hungría, y el bombardeo por parte de dicha organización sobre Yugoslavia en el marco de la guerra de Kósovo (Ruiz González, 2013, p. 10).

1.5. Acercamiento y primer quiebre con Occidente

Primakov dejaría el Ministerio de Relaciones Exteriores en 1998, siendo sustituido por Ígor Serguéievich Ivanóv, quien desempeñó el cargo hasta 2004; este lapso coincide con el tramo final del segundo mandato de Yeltsin y el primer mandato de Putin.

Putin asume la presidencia de la Federación de Rusia en 2000. Ese mismo año, pocos meses después de su asunción en el cargo, se publica el segundo “Concepto de Política Exterior”, en el que enarbola una defensa de la multipolaridad y denuncia los riesgos que entraña el unilateralismo encabezado por Estados Unidos:

Simultáneamente, están surgiendo nuevos retos y amenazas para los intereses nacionales de Rusia en los asuntos internacionales. Existe una tendencia creciente hacia el establecimiento de un orden mundial unipolar, con dominio económico y de poder por parte de Estados Unidos. Se está depositando una mayor confianza en las instituciones y foros occidentales de afiliación limitada para resolver las cuestiones cardinales de la seguridad internacional, y se está devaluando el papel del Consejo de Seguridad de la ONU. [...] Rusia promoverá un sistema multipolar de relaciones internacionales que refleje realmente la diversidad del mundo contemporáneo y su gran variedad de intereses (Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation, 2005b, p. 91).

Más aún, Rusia se muestra dispuesta a asumir el liderazgo de ese orden multipolar, aludiendo a su condición de potencia euroasiática y respaldado por su política exterior coherente, confiable y balanceada:

La Federación de Rusia lleva a cabo una política exterior independiente y constructiva. Esta política se basa en la coherencia y la previsibilidad, en el pragmatismo mutuamente beneficioso. Esta política es lo más transparente posible; toma en cuenta los intereses legítimos de otros Estados y está orientada a buscar soluciones conjuntas.

Rusia es un socio fiable en las relaciones internacionales. Su papel constructivo en la resolución de problemas internacionales graves ha sido generalmente reconocido.

Un rasgo distintivo de la política exterior rusa es su equilibrio. Esto ha sido predeterminado por la situación geopolítica de Rusia como una de las mayores potencias euroasiáticas, que requiere una combinación óptima de esfuerzos en todos los vectores. Este enfoque predetermina la responsabilidad de Rusia en el mantenimiento de la seguridad en el mundo, tanto a nivel global como regional, y

condiciona el desarrollo y la complementariedad mutua de sus actividades de política exterior tanto a nivel bilateral como multilateral (Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation, 2005b, pp. 92-93).

Durante sus primeros dos mandatos – entre los años 2000 y 2008 –, Putin optó por una postura pragmática para abordar las diferencias vigentes con Occidente; así lo exigían la lucha contra el fundamentalismo islámico y el desafío que supondría contener la potencial influencia de una China en auge y asertiva en el Distrito Federal del Lejano Oriente. Con relación al primer punto, los atentados del 11 de septiembre de 2001 impulsaron la cooperación militar con Washington, siendo una oportunidad para Moscú en su lucha contra la actividad terrorista en el Asia Central y su afán por salvaguardar sus fronteras meridionales (Zonova & Reinhardt, 2014, p. 507).

Sin embargo, tanto la mera vigencia de la OTAN como su resistencia a acoplar a Rusia en un proyecto de seguridad conjunto seguían siendo una preocupación existencial para Rusia, y es por eso que, en el mismo año, Putin manifestó cuales eran los potenciales escenarios que, desde la perspectiva rusa, deberían estar en discusión al imaginar el devenir de la Alianza Atlántica:

La [solución] más sencilla es disolver la OTAN, pero esto no está en la agenda. La segunda opción posible es incluir a Rusia en la OTAN. Esto también crea un espacio único de defensa y seguridad. La tercera opción es la creación de una nueva organización diferente que se proponga estas tareas y que incorpore a la Federación de Rusia (Putin, 2001, como se citó en Baker, 2001, párr. 5).

Rusia no entendía ni aceptaba la razón de ser de la OTAN⁴ una vez desaparecidos la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia⁵; pese a ello, si dicha organización no iba a ser disuelta,

⁴ Una posible respuesta a esta inquietud podría encontrarse en unas declaraciones provenientes de Hastings Ismay, primer secretario general de la OTAN, que no han perdido vigencia a ojos de Moscú. Ismay sostuvo que la Alianza Atlántica tenía como objetivo “mantener a Estados Unidos dentro, a Rusia afuera y a Alemania debajo”.

⁵ En una conversación sostenida el 9 de febrero de 1990 – exactamente cuatro meses después de la caída del muro de Berlín y cuando aún se discutía la fórmula para la reunificación alemana –, el entonces Secretario de Estado de Estados Unidos, James Baker, le aseguró a Mijaíl Gorbachov lo siguiente: “entendemos que no sólo para la Unión Soviética, sino también para otros países europeos, es importante tener garantías de que si los Estados Unidos mantienen su presencia en Alemania en el marco de la OTAN, ni un centímetro de la actual jurisdicción militar de la OTAN se extenderá en dirección este”. En un pasaje posterior de la conversación, Gorbachov se hizo eco de esta promesa, subrayando que “no hace falta decir que una ampliación de la zona de la OTAN no es aceptable”, a lo que Baker respondió: “Estoy de acuerdo” (Archive of the Gorbachev Foundation, 2010, pp. 680, 683).

entonces era indispensable, en aras de una convivencia que dispersara la conflictividad y el resentimiento históricos, sondear alternativas en las que se viese en Moscú no a un antagonista, sino a un miembro de pleno derecho con el cual construir un espacio único de seguridad en Europa. De lo contrario, si la OTAN continuaba ignorando a Rusia y proseguía con su proyecto expansionista, entonces “seguiremos desconfiando unos de otros, aunque creo que todo el mundo entiende ahora que Rusia no amenaza a nadie” (Putin, 2001, como se citó en Baker, 2001, párr. 6). En un intento por aplacar estas inquietudes, en 2002 se estableció el Consejo OTAN-Rusia para así otorgarle a Moscú una participación en programas de cooperación en materia de seguridad.

En este periodo de tiempo también se aprecia el intento por parte de Rusia de intensificar sus contactos diplomáticos en la zona del Asia-Pacífico, región que cobra significancia geopolítica para el desarrollo económico del Distrito Federal de Siberia y del Distrito Federal del Lejano Oriente y la cooperación en materia de seguridad para enfrentar al terrorismo, separatismo y extremismo (Zonova & Reinhardt, 2014, p. 509). En esa línea se enmarca una activa participación de la nación euroasiática tanto en espacios de diálogo como el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC, por sus siglas en inglés) y la Cumbre de Asia Oriental (EAS, por sus siglas en inglés), como en la fundación, en 2001, de la OCS, una plataforma en la que Rusia se encuentra con países, entre los que se encuentran potencias de la talla de China e India, para atender, prescindiendo de Estados Unidos, los intereses previamente mencionados.

Empero, los intentos de acercamiento hacia Occidente se vieron empañados por sucesos que despertaron el recelo de la clase política rusa. En 2002, Estados Unidos se retira del Tratado sobre Misiles Antibalísticos (o el Tratado ABM, por sus siglas en inglés), que había sido suscrito en 1972 por Richard Nixon y Leoníd Ilích Brézhnev; en su reemplazo, se suscribe el Tratado de Reducciones Ofensivas Estratégicas (SORT, por sus siglas en inglés), considerado menos efectivo que el que lo antecedió. Un año después, en 2003, Estados Unidos invade Irak obviando el rechazo a dicha intervención en el Consejo de Seguridad no solamente por Rusia y China, sino también por Francia y Alemania, siendo estos dos últimos aliados de Washington.

En esa línea, una mención aparte merece las “revoluciones de colores” acaecidas en este periodo de tiempo. Ivanóv tuvo un perfil discreto, siendo un mero ejecutor de decisiones adoptadas por Putin (Lo, 2015, p. 11). Sin embargo, durante su gestión tuvo lugar, en noviembre de 2003, la Revolución de las Rosas en Georgia, que desembocó en la caída en desgracia de

Washington y Occidente incumplieron esta promesa en el periodo posterior a la Guerra Fría. En este compromiso trunco, que hasta la fecha despierta desazón y contrariedad en Rusia, se puede rastrear un posible origen de la desconfianza de Moscú hacia Occidente.

Eduard Shevardnadze, presidente del país caucásico por aquel entonces, y aupó al poder a Mijail Saakashvili, un líder de tendencia occidental y cercano a Estados Unidos. Ivanóv fungió de mediador entre Shevardnadze y la oposición para facilitar una transición pacífica. Si bien la manera en la que se desarrolló la transición de poder – con unas persistentes protestas callejeras como telón de fondo que limitaron el margen de maniobra de Shevardnadze – pudo producir insatisfacción en el canciller ruso – que lamentó que el cambio de mando no se hubiese circunscrito enteramente dentro de los cauces constitucionales, lo que hubiese hecho el proceso más “civilizado” –, no es menos cierto que igualmente experimentó alivio por el hecho de que este proceso se desarrolló pacíficamente, evitando un derramamiento de sangre (Nikitina, 2014, pp. 90-91); asimismo, remarcó que Moscú asumió una “misión” en la que buscó la estabilización, dentro del marco legal, de la estratégica nación del Cáucaso y logró un reconocimiento por parte de la clase política georgiana hacia el rol influyente y dirimente que desempeñó en la resolución de esta crisis (Ivanóv, 2003, párr. 3, 5).

La revuelta en Georgia sería la primera de las denominadas “revoluciones de colores”; las siguientes serían la Revolución Naranja en Ucrania y la Revolución de los Tulipanes en Kirguistán, en los años 2004 y 2005, respectivamente. Para ese entonces, Serguéi Víktorovich Lavrov ya había asumido, en reemplazo de Ivanóv, el puesto de Ministro de Relaciones Exteriores, cargo que ostenta al cierre de la presente investigación. En ambos países, fueron las acusaciones de elecciones fraudulentas y corrupción las que desataron la tensión; mientras que en Kirguistán fue derrocado el presidente Askar Akáyev, en Ucrania se frustró la subida al poder de Víktor Yanukóvich – de tendencia prorrusa – y se impulsó a la presidencia a Víktor Yúschenko – candidato cercano a Occidente –. Estos procesos – especialmente el suscitado en Kiev – fueron interpretados con perturbación en Moscú, pues detrás de ellos se reconocía la intención de Estados Unidos y Occidente para, so pretexto de promover la democracia, impulsar cambios de regímenes. La misma excusa había sido esgrimida para la invasión de Irak en 2003, y ahora ocurría lo propio en zonas tradicionalmente bajo la influencia geopolítica de Rusia. Quedó evidenciado que la brecha de valores entre Rusia y Occidente minaba el entendimiento en áreas de interés conjunto, como lo era, en aquel momento, la lucha contra el terrorismo (Morales, 2012, p. 120).

Paralelamente a estos sucesos, en marzo de 2004 se concretó la incorporación de siete nuevos miembros a la OTAN: Bulgaria, Rumania, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Lituania y Letonia; en particular, la adhesión de las tres repúblicas bálticas fue interpretada como un estrechamiento cada vez más agudo del cerco de la Alianza Atlántica en torno a Rusia. Así se gestó el telón de fondo del célebre discurso pronunciado en enero de 2007 por Putin en la

Conferencia de Seguridad de Múnich. La condena del mandatario ruso hacia el orden unipolar defendido por Estados Unidos no pudo ser más explícita:

Por mucho que se intente adornar ese término [un mundo unipolar], en la práctica ello tiene sólo una significación: existencia de un solo centro del poder, de un solo centro de fuerza y un solo centro de la toma de decisiones.

Es el mundo en que hay un solo dueño, un solo soberano. Al fin y al cabo, ello resulta pernicioso no sólo para aquellos que se encuentren dentro de los marcos de tal sistema, sino también para el propio soberano, pues ese sistema lo destruye desde dentro. Además, tal estado de cosas no tiene nada que ver con la democracia. Porque la democracia, como es sabido, es el poder de la mayoría, en el que se consideran los intereses y las opiniones de la minoría (Putin, 2007, párr. 9, 10).

En línea con su defensa del multilateralismo, Putin alegó que solamente la Organización de Naciones Unidas (ONU), y no la OTAN ni la UE, tenía la legitimidad de emplear la fuerza cuando fuera necesario. También apuntó contra la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), a la que tildó de “un instrumento vulgar utilizado para garantizar los intereses de un país o un grupo de países en detrimento de los de otros países” (Putin, 2007, párr. 70). Paralelamente, defendió el derecho de Rusia a implementar una política exterior independiente. Con relación a la Alianza Atlántica, Putin fue contundente al tildarla como una amenaza directa para la seguridad de su país:

Creo que es obvio que la ampliación de la Alianza Atlántica no tiene nada que ver con su modernización ni con las garantías de la seguridad en Europa. Al contrario, se trata de un factor provocador que merma la confianza mutua. Con pleno derecho podemos preguntar: ¿contra quién está apuntada tal ampliación?⁶ ¿Y qué ha sido de las aseveraciones que nos daba Occidente tras la disolución del Pacto de Varsovia? ¿Dónde están ahora esas aseveraciones, de las que ni se acuerda nadie? (Putin, 2007, párr. 50).

⁶ En 1997 se firmó el Acta fundacional sobre las relaciones mutuas de cooperación y seguridad entre la OTAN y la Federación de Rusia. Este documento, concebido para superar la desconfianza, fomentar la cooperación y permitir la ampliación de la OTAN sobre la base del consenso entre ambas partes, expresa que “Rusia y la OTAN no se consideran adversarios el uno al otro”. Las declaraciones de Putin en la Conferencia de Seguridad de Múnich manifestaban una renuncia a esta postura. La posición actual de Moscú sobre la expansión de la Alianza Atlántica convierten las palabras del acta en cuestión en un anacronismo.

Putin remató el discurso proclamando que "Rusia es un país con una Historia de más de mil años, y de hecho siempre ha gozado del privilegio de aplicar una política exterior independiente. Tampoco hoy día tenemos planes de abandonar esta tradición" (Putin, 2007, párr. 76) La discordia se agravó cuando, a inicios de 2008, Kósovo se independizó unilateralmente de Serbia. La independencia kosovar es reconocida, al cierre de esta investigación, por noventa y ocho Estados en el mundo, veintitrés de los veintiocho miembros de la UE y veintiséis de los treinta miembros de la OTAN. Putin respaldó la integridad territorial de Serbia y catalogó de ilegal la independencia de Kósovo apelando a la Resolución 1244 del Consejo de Seguridad de la ONU, que considera a la segunda como parte constituyente del territorio de la primera. Lavrov sostuvo que "es la primera vez que se aborda la salida de una región del seno de un Estado soberano. Kósovo será un precedente para casi 200 regiones y estados del mundo" (El Imparcial, 2008, párr. 8), reconociendo la inestabilidad que podría desatar el reconocimiento de la ruptura unilateral kosovar en regiones con aspiraciones separatistas y que se encuentran en el vecindario de Moscú – como es el caso de Abjasia, Osetia del Sur, Nagorno-Karabaj y Transnistria –.

Esto queda de manifiesto en el tercer "Concepto de Política Exterior" publicado en 2008. Más allá de mantener que Rusia, en consonancia con su política exterior multivectorial, persistirá en el fortalecimiento del multilateralismo y de una arquitectura institucional que refleje la diversidad de los integrantes del sistema internacional, el documento acusa abiertamente a Occidente de emplear la contención – desempolvando un término propio de la Guerra Fría – y de realizar una interpretación antojadiza de la historia reciente para antagonizar con la nación euroasiática:

La reacción ante la perspectiva de la pérdida por parte del Occidente histórico de su monopolio en los procesos globales encuentra su expresión, en particular, en la continua normativa política y psicológica de "contención" de Rusia, incluyendo el uso de un enfoque selectivo de la historia, para esos fines, en primer lugar en lo que respecta a la Segunda Guerra Mundial y la posguerra (Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation, 2008, Sección de The modern world and the foreign policy of the Russian Federation, párr. 11).

El desmarque con respecto a Occidente no podía ser más palpable; la falta de sintonía entre ambos bandos impregnaba de desconfianza sus relaciones diplomáticas.

1.6. Dmitri Medvédev y el frustrado 'reseteo' con Estados Unidos

El mandato presidencial de Dmitri Anatólievich Medvédev entre 2008 y 2012 – periodo durante el cual Putin ocupó el cargo de Primer Ministro – no inició con una disminución en la tensión con Occidente. En agosto de 2008 tiene lugar la guerra en Osetia del Sur. Con el respaldo militar de Moscú, las repúblicas prorrusas de Abjasia y Osetia del Sur – ambas regiones pertenecen *de iure* a Georgia y se encuentran en la frontera con Rusia – conservaron su independencia *de facto* de Tiflis, que trató de recuperarlas en una sorpresiva avanzada. Rusia se erigió como el claro vencedor del conflicto, frustrando las intenciones de Saakashvili de perfilar a Georgia como un candidato a ser incorporado en la UE y la OTAN. La renovada ambición de la OTAN de expandir sus fronteras fue considerada por Lavrov como una postura “antirrusa” (Europa Press, 2008, párr. 5); Putin describió este accionar como “una amenaza”, pero ahondó en su malestar al remarcar que “no basta la promesa” por parte de la OTAN de no orientar su ampliación contra Rusia, pues “hemos escuchado en el pasado promesas como éstas que no se cumplieron” (El País, 2008, párr. 2). Días después del breve conflicto, Rusia se convierte en la primera nación en reconocer la independencia de Abjasia y Osetia del Sur. El conflicto deterioró las relaciones entre Moscú y Occidente y retrasó la incorporación de Rusia a la Organización Mundial de Comercio.

Poco después del conflicto, Medvédev expuso, en octubre de 2008, los cinco principales componentes que perfilaban la política exterior del Kremlin. El presidente ruso expresó que su país iba a: reconocer la supremacía de los principios del derecho internacional; promover un orden multipolar; no aislarse del escenario internacional y, por el contrario, desarrollar, en la medida de lo posible, relaciones cordiales con Estados Unidos y Europa; salvaguardar la vida y la dignidad de los ciudadanos rusos, ya sea que habiten dentro o fuera del territorio ruso; reclamar para sí una esfera de influencia y defender los intereses que Rusia tenga con relación a esta (Reynolds, 2008, párr. 8-14). Con los rescoldos de la guerra de Osetia del Sur aún ardiendo, y tratándose el Cáucaso de una región de vital importancia para Rusia, Medvédev puntualizó su alusión sobre la necesidad de contar con una esfera de influencia que satisfaga los intereses geopolíticos de la nación:

Rusia, al igual que otros países del mundo, tiene regiones donde tiene intereses privilegiados. En estas regiones hay países con los que tradicionalmente hemos mantenido relaciones amistosas y cordiales, relaciones históricamente especiales. Trabajaremos con mucha atención en estas regiones y desarrollaremos estas relaciones amistosas con estos Estados, con nuestros vecinos cercanos (Reynolds, 2008, Sección de Spheres of influence, párr. 1).

Medvédev aspiró a evitar enfrentamientos con Occidente, sin dejar de rechazar las aspiraciones hegemónicas de Estados Unidos y la OTAN sobre Rusia, los intentos de impedir a Rusia implementar una política exterior independiente y la posibilidad de realizar concesiones unilaterales. En 2008, Rusia propone un renovado Tratado para la Seguridad Europea, impulsada por el deseo de Medvédev de forjar una iniciativa de renovada legitimidad entre Rusia y Europa en el campo de la seguridad colectiva. La propuesta es lanzada formalmente un año después, siendo rechazada tanto por Estados Unidos como por Europa. Adicionalmente, Washington ignoró la propuesta de Moscú de un sistema conjunto de misiles antibalísticos, prefiriendo entablar negociaciones con otros países europeos al respecto (Shakleina, 2013, p. 173).

Sin embargo, hubo espacios para la cooperación en otros ámbitos con la subida al poder de Barack Obama en Estados Unidos. Las conversaciones para la incorporación de Rusia a la OMC se reanudaron y concluyeron con su adhesión a dicha organización en 2012. El Consejo OTAN-Rusia retomó sus actividades tras ser superada la guerra de Osetia del Sur. La Comisión Presidencial Bilateral entre Rusia y Estados Unidos fue lanzada en 2009, generando resultados positivos como la suscripción del Tratado de Reducción de Armas Estratégicas III (START III, o también llamado Nuevo START, por sus siglas en inglés) en 2010, limitando el número de armas nucleares estratégicas por cada lado. En el año 2009 se desarrolla la primera cumbre del BRIC; este foro económico y político, formado por Brasil, Rusia, India y China, se presentó como una confluencia de economías emergentes que buscaban una alternativa al orden mundial que refleje la creciente influencia de sus economías. El contexto en el que dicha cumbre se enmarcaba, celebrada en la ciudad de Yekaterimburgo – de la que Medvédev dijo que se convirtió en “el epicentro de la política internacional” por esos días –, era elocuente: la crisis financiera internacional de 2008. En ese sentido, estos cuatro países asomaban por aquel entonces como los protagonistas de la recuperación económica internacional y dejaban sentada su pretensión de desempeñar un papel más preponderante en las instituciones financieras internacionales y, eventualmente, participar en su reestructuración (BBC, 2009, sección "Reformas"). En 2010, estas naciones acordaron realizar pagos entre sí utilizando sus monedas nacionales, principalmente para reducir su dependencia de la moneda americana (Shakleina, 2013, p. 174). Por otro lado, Rusia, en compañía de Bielorrusia y Kazajistán, consolida su presencia en el espacio postsoviético estrechando sus lazos comerciales al fundar la Unión Aduanera Euroasiática y el Espacio Económico Euroasiático, en 2010 y 2012, respectivamente; en 2015, Armenia y Kirguistán se plegarían a estas iniciativas, que se cristalizarían en la Unión Económica Euroasiática (UEE).

1.7. La creciente distancia y ascendente tensión con Occidente

Una mención especial merecen los acontecimientos relacionados con la Primavera Árabe, una serie de movilizaciones ciudadanas que desestabilizaron a un conjunto de gobiernos de esa parte del mundo entre 2010 y 2012; para Rusia resultó sensible la caída de Muamar el Gadafi en Libia y la inestabilidad que por entonces atravesaba el régimen de Bashar al-Ásad en Siria. En el caso de Libia, Rusia – y China también – se abstuvo en la votación de la Resolución 1973 en el Consejo de Seguridad, que estableció una zona de exclusión aérea en el país árabe. Rusia se mostraba reticente a aprobar el uso de la fuerza en Libia, pero optó por una posición ambigua que le permitiera priorizar el “reseteo” de sus relaciones con Estados Unidos y preservar sus intereses económicos en el país, independientemente del desenlace del conflicto; además Trípoli no era un aliado de alto valor estratégico para Moscú – no en comparación con Damasco, al menos – (Abu-Tarbush & Granados, 2018, p. 22). El resultado de la intervención militar de la OTAN sumió a Libia en el desgobierno y propició una mayor inestabilidad en la región con la propagación de grupos yihadistas (ibid., p. 23). Rusia criticó la interferencia de Occidente en los asuntos internos de un Estado con el pretexto de la doctrina “responsabilidad de proteger” (Ruiz González, 2013, p. 10).

Buscando evitar en Siria un resultado igualmente fatal al ocurrido en Libia, Rusia y China vetaron, en octubre de 2011, una resolución en el Consejo de Seguridad que presionaba a al-Ásad a dar fin a la situación de violencia o, de lo contrario, enfrentar sanciones contra su gobierno; Vitali Ivánovich Churkin, el representante permanente de Rusia ante las Naciones Unidas, afirmó que el documento evidenciaba “un conflicto de enfoques políticos” sobre cómo resolver esta crisis (United Nations, 2011, párr. 7). La lección tras lo ocurrido en Siria había sido aprendida; Rusia no le cedería a Occidente el terreno para otra intervención militar.

Putin regresa a la presidencia de la Federación de Rusia en 2012, cargo que ejerce hasta el cierre de esta investigación. En vista de los sucesos recientes, el cuarto “Concepto de Política Exterior” de 2013 presenta una permanente referencia a la necesidad de respetar el rol del Consejo de Seguridad para preservar la seguridad internacional:

Amenazan la paz y la estabilidad internacionales los intentos de arreglar las crisis al margen del Consejo de Seguridad de la ONU mediante la aplicación de las sanciones unilaterales y otras medidas relativas al uso de la fuerza, incluida la agresión armada. En algunos casos, abiertamente se ignoran los principios fundamentales del derecho internacional de no usar la fuerza, las prerrogativas del Consejo de Seguridad de la ONU, se permite una interpretación arbitraria de sus resoluciones, se aplican las concepciones dirigidas al derrocamiento de la autoridad legítima en los Estados soberanos bajo las

consignas de protección de la población civil. El uso de medidas coercitivas y la fuerza militar ignorando la Carta de la ONU y el Consejo de Seguridad de la ONU es incapaz de superar las profundas diferencias sociales, económicas, étnicas, etc. que están en la base de los conflictos. Esto sólo lleva a una expansión de la escala de los conflictos, provoca tensiones y carrera armamentista, agrava las diferencias entre Estados, suscita conflictos étnicos y religiosos (Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, 2013, Sección de Mundo Contemporáneo y Política Exterior de la Federación de Rusia, párr. 11).

Putin muestra un apoyo notorio a al-Ásad. Además de la defensa de su base aérea en Latakia y naval en Tartús, Rusia tenía preocupaciones adicionales en Siria. Se consideró que las protestas antigubernamentales estaban asociadas a una demanda de mayor democratización de los regímenes en cuestión – aunque esto es discutible, pues es más factible considerar la ruptura del “contrato fiscal” en estas sociedades como el catalizador de las revueltas –. La inquietud de las autoridades rusas se activó ante estos hechos, ya que en la propia Rusia se desarrollaron masivas manifestaciones en diciembre de 2011 – las más multitudinarias tras la caída de la URSS – luego de la celebración de unas elecciones parlamentarias consideradas como fraudulentas por los partidos de la oposición y de dudosa credibilidad por la OSCE y la entonces Secretaria de Estado de Estados Unidos, Hillary Clinton; adicionalmente, el partido oficialista, Rusia Unida, había perdido la mayoría constitucional – dos tercios de los escaños de la Duma Estatal –. Por otro lado, también se temía que el fundamentalismo islámico se propagara en estos países, con el riesgo de que su actividad salpicara a las repúblicas del Asia Central y, eventualmente, a la propia Rusia – en el distrito federal del Cáucaso Norte –. Temiendo una posible reedición de las “revoluciones de colores”, Rusia desaprueba la promoción de la democracia enarbolada por Estados Unidos en países que, al no tener una tradición democrática a la usanza occidental, pueden caer en una espiral de inestabilidad y violencia, empoderando a grupos yihadistas, tal como ocurrió tras la invasión de Irak (Abu-Tarbush & Granados, 2018, p. 19). Si Siria cayera bajo el dominio de Estados Unidos o el control del Estado Islámico de Irak y el Levante (Dáesh), la influencia de Rusia en la región estaría condenada a desvanecerse (Kumar, 2018). En esa línea, Rusia interviene militarmente en la guerra civil siria en 2015 y revirtió la tendencia de un conflicto que parecía llevar inexorablemente a la caída de al-Ásad, posicionándose como el principal sostén del régimen.

Por otro lado, quizás el conflicto en el espacio postsoviético que más perturbó a Rusia fue el que surgió en Ucrania en noviembre de 2013. El epicentro de la disputa se ubica en la Asociación Oriental, un programa de la UE que apunta a estrechar las relaciones entre el bloque

comunitario y Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Georgia, Moldavia y Ucrania; esta plataforma puede abrir paso al objetivo ulterior de incorporarse a la UE, como antaño lo manifestaron Georgia y Ucrania. Evidentemente, esta perspectiva entra en colisión con las intenciones de Rusia de preservar su injerencia e influencia en el espacio postsoviético. Ucrania no es un país más para Rusia; de hecho, en una entrevista con Oliver Stone, Putin afirmó lo siguiente:

Rusia es un país autosuficiente. No necesitamos a nadie, pero con Ucrania estamos conectados por miles de lazos. En muchas ocasiones lo he dicho y me gustaría reiterarlo. Estoy profundamente convencido de que el pueblo ucraniano y el ruso no son simplemente parientes cercanos. Son casi lo mismo (Stone, 2017, p. 208).

Producto de las presiones que emanaban desde Moscú, el presidente de Ucrania, Víktor Yanukóvich, dilató la firma del Acuerdo de Asociación entre Ucrania y la UE, cuya suscripción era interpretada por Rusia como el primer paso de una eventual adhesión de Kiev al bloque europeo; en su lugar, Yanukóvich propuso la posibilidad de que Ucrania se incorpore a la Unión Aduanera Euroasiática. Esto desató el Euromaidán, una serie de protestas por parte de un gran sector de la población que renegaba de la injerencia rusa en la política ucraniana y reclamaba una política de corte europeísta. La huida de Yanukóvich y su posterior destitución por la Rada Suprema hizo brotar nuevamente la sospecha en Rusia de que Estados Unidos y la UE estaban detrás de la promoción de un “cambio de régimen”. La guerra civil que se desató entre las fuerzas armadas del gobierno central ucraniano y las provincias separatistas prorrusas de Donetsk y Lugansk arrastraron a Moscú a respaldar a estas últimas. Más aún, Rusia llevó su asertividad al máximo al anexionar, previa celebración de un referéndum, la península de Crimea en marzo de 2014. Si bien hay razones históricas y étnicas que pueden justificar una reincorporación de Crimea a la Federación de Rusia, los motivos más importantes son de orden estratégico. La Flota del Mar Negro de Rusia se encuentra ubicado en la ciudad portuaria de Sebastopol. Además, controlar Crimea le permitiría a Rusia ejercer control sobre el estrecho de Kerch, que une el Mar de Azov y el Mar Negro y separa la península de Kerch – en Crimea – de la península de Tamán – en Rusia –. Mientras que en Occidente se acusó a Rusia de perpetrar una anexión que contraviene el derecho internacional, el Kremlin sugiere que se trató de una “reincorporación” de un ex territorio. El futuro del régimen ruso estaba en jaque si Ucrania adoptaba una orientación favorable a Occidente (Kumar, 2018, p. 222). Participó en Minsk II, un pacto que sucedió al fallido Protocolo de Minsk y en el que Rusia, Ucrania, Alemania y Francia consensuaron una serie de provisiones para poner fin a la guerra en la región del Donbás.

Quizás debido a estos eventos es que, en el quinto “Concepto de Política Exterior” publicado en 2016 se destaca, en contraste con el documento de 2013, el cada vez más influyente “papel del factor de fuerza en las relaciones internacionales”, además de endurecer el tono contra Occidente por considerarlo responsable de la creciente tensión en sus relaciones con Rusia durante los últimos veinticinco años producto de “la expansión geopolítica de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la Unión Europea (UE) y la renuncia a implementar las declaraciones políticas sobre la implantación de un sistema paneuropeo de seguridad y cooperación” (Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, 2016, Sección de Prioridades regionales de la política exterior de la Federación de Rusia, párr. 16).

Donald Trump llegó al poder en Estados Unidos en 2017, pero no por ello las relaciones entre Washington y Moscú mejoraron. Rusia fue acusada de realizar acciones de ciberespionaje con el fin de enturbiar el normal desarrollo del proceso electoral estadounidense, perjudicando a la candidata demócrata Hillary Clinton. Por otro lado, las sospechas sobre los envenenamientos de Serguéi Víktorovich Skripal en 2018 y Alexsói Anatólievich Navalni en 2020, realizados con el agente nervioso *Novichok* y presuntamente perpetrados por agentes de inteligencia rusos, apuntaron al Kremlin y conllevaron sanciones económicas y expulsiones de diplomáticos rusos por parte de Estados Unidos y la UE. En su momento, se especuló con que estos incidentes amenazaban la continuidad de *Nord Stream 2*, el gasoducto que es una línea adicional al *Nord Stream 1* y transportará gas natural directamente de Rusia a Alemania atravesando el Mar Báltico. El proyecto ha enfrentado la resistencia de ciertos países miembros de la UE que piden paralizarlo, pues temen perder los ingresos por derechos de tránsito que reciben en la actualidad y advierten sobre los riesgos de una mayor dependencia europea del gas ruso y los perjuicios que generaría para Ucrania – dado que el gas ruso ya no tendría que pasar por esta nación para llegar a Europa –. Angela Merkel logró aislar el proyecto del ruido político y apostar por él a pesar de las críticas (Sahuquillo & Sevillano, 2021), pero aún resta ver si la tendencia se mantendrá bajo la gestión de Olaf Scholz.⁷

En los últimos años, Rusia ha continuado asentando su presencia en el espacio postsoviético, saliendo al cruce ante cualquier foco de inestabilidad del que Occidente pueda sacar provecho. En Bielorrusia, masivas manifestaciones se han registrado desde agosto de 2020, en rechazo a unas elecciones presidenciales cuestionadas tanto por las fuerzas políticas opositoras como por la comunidad internacional y en las que Aleksandr Lukashenko, presidente de dicha nación desde 1994 hasta el cierre de esta investigación, fue proclamado ganador – por

⁷ Para más detalles al respecto, revisar la nota de pie de página número noventa y dos en el apartado 8.3.4.

sexta vez en su carrera política – de unos comicios con serios indicios de fraude. En Nagorno-Karabaj, Azerbaiyán y Armenia se enfrentaron en septiembre de 2020 por este territorio y otros asentamientos colindantes que, *de iure*, pertenecen al primero, aunque, *de facto*, se encuentran bajo el control de la segunda, que a su vez respalda a la autoproclamada República de Artsaj. Moscú ha incidido decisivamente al no cuestionar la victoria electoral de Lukashenko ante las críticas de Occidente y participar en el acuerdo de alto el fuego entre Bakú y Ereván, colocando fuerzas de paz rusas encargadas de custodiar el corredor de Lachín durante cinco años.

Sin embargo, Rusia tenía objetivos más trascendentales en agenda. La relación entre Rusia y el mandatario bielorruso ha experimentado altibajos a lo largo del tiempo. Rusia es consciente de que, en un futuro, tendrá que prepararse para tratar con una Bielorrusia sin Lukashenko; por ello, más que respaldar a un líder, lo que buscó fue rechazar cualquier intervención de Occidente – en este caso, de la UE y la OSCE – en esta crisis, sofocar cualquier perspectiva de un “cambio de régimen” que implante una democracia a la fuerza y genere inestabilidad en el vecindario, acumular influencia sobre Minsk y acomodarse para enfrentar el momento en que ocurra una transición de poder en Bielorrusia. Con relación a Nagorno-Karabaj, la ausencia de Occidente llevó a Rusia a atender este conflicto con Turquía. Turquía apoyó decididamente a Azerbaiyán, mientras que Rusia no hizo lo propio con Armenia, a pesar de ser ambos miembros de la Organización del Tratado para la Seguridad Colectiva (OTSC); tanto Ankara como Moscú compiten en otros escenarios y con intereses divergentes – por ejemplo, Siria y Libia –, pero han sabido alcanzar puntos en común en la consecución de sus intereses (Liik, 2020, párr. 5). A pesar de que Turquía sea un miembro de la OTAN y no sea un aliado de Rusia, Putin ha sabido sacar provecho de la relación tensa y conflictiva que Recep Tayyip Erdogan mantiene con Occidente. Sin embargo, se debe tomar en cuenta el rechazo de Moscú a las “revoluciones de colores” que promueven cambios de régimen como un elemento adicional para explicar el respaldo de baja intensidad manifestado por Rusia a Armenia en este conflicto. En 2018, Armenia vivió su “Revolución de Terciopelo”, que desembocó en la renuncia del primer ministro Serzh Sargsián – quien, luego de haber ocupado la presidencia del país durante dos mandatos de cinco años cada uno, se disponía a permanecer en el poder asumiendo la función de primer ministro, cargo con renovadas y mayores facultades tras la celebración de un referéndum que, en 2015, aprobó el tránsito de Armenia de una república presidencialista a una república parlamentaria – y encaramó al poder a Nikol Pashinián. Putin desapruueba, naturalmente, la legitimidad de una figura que se hizo del poder tras unas revueltas populares; además, Robert Kocharián – el antecesor de Sargsián y con quien Putin mantiene afinidad – fue detenido poco tiempo después del ascenso de Pashinián («Peace, for now», 2020). En consecuencia, Putin, valiéndose del estatus jurídico-político de Nagorno-Karabaj como un

pretexto para no intervenir en el marco de la OTSC, habría visto en este enfrentamiento bélico una oportunidad para demostrarle a Pashinián su rechazo a la caída del anterior partido de gobierno y a los intentos de democratización en Armenia (Goncharenko, 2020, párr. 9).

Con la asunción de Joe Biden como presidente de Estados Unidos en enero de 2021 es difícil esperar un cambio de tono en las relaciones entre Washington y Moscú. Biden ha tenido declaraciones ambiguas sobre Putin; inicialmente lo trató de un “asesino” que “no tiene alma” para luego calificarlo como un “valioso rival”. Haciendo una lectura del escenario geopolítico actual, Biden quizás aspire a recalibrar las relaciones entre Estados Unidos y Rusia con el fin de reducir las tensiones entre ambos y evitar la creciente afinidad entre Moscú y Pekín (Borreguero, 2021, párr. 2-3). En junio de 2021, se desarrolló una cumbre bilateral en Ginebra en la que simultáneamente se registraron algunos acuerdos y persistieron importantes diferencias. Por un lado, Putin y Biden, en aras de estabilizar unas erosionadas relaciones bilaterales, se comprometieron a reincorporar a sus embajadores en las capitales de sus respectivos países – luego de que fueran llamados a consulta una vez que Estados Unidos acusó al Kremlin de interferir en el desarrollo de los comicios presidenciales estadounidenses en 2020 – y sondear la posibilidad de una extensión del alcance del START III – el pacto ha sido prorrogado por ambos hasta 2026 luego de intentarlo infructuosamente durante el mandato de Donald Trump –, aunque las agudas desavenencias en el campo de la ciberseguridad y los derechos humanos en Rusia – en esta última esfera merece una mención aparte el caso de Alekséi Navalni, cuya muerte acarrearía para Rusia, en palabras de Biden, “consecuencias devastadoras” – no permiten superar los recelos entre ambas naciones (Mars & Sahuquillo, 2021, párr. 7).

Al cierre de esta investigación, en el tramo final del año 2021 se ha producido un despliegue de tropas rusas en la frontera con Ucrania que no ha hecho sino agravar las tensiones entre Rusia y Occidente; este último teme la posibilidad de una invasión rusa en territorio ucraniano. Moscú parece estar dispuesta a mostrar su faz más asertiva para evitar la expansión de las fronteras de la OTAN y, por ello, ha presentado una serie de exigencias maximalistas, entre las que se incluyen la garantía de que Ucrania y Georgia no serán invitadas a formar parte de la Alianza Atlántica – pese a la promesa que, en ese sentido, recibieron en la cumbre de Bucarest, celebrada en 2008 – y el cese de toda actividad militar de la citada organización en Europa del Este, Asia Central y el Cáucaso. Estados Unidos y la UE simultáneamente apelan a la desescalada por la vía diplomática y consideran inviables las peticiones del Kremlin, amenazando

a Rusia con sanciones económicas sin precedentes. Con este nuevo conflicto como telón de fondo, el porvenir de las relaciones entre Rusia y Occidente se adivina sombrío y pesimista.⁸



⁸ Posteriormente al cierre de esta investigación, la Federación de Rusia reconoció la independencia de la República Popular de Donetsk y la República Popular de Lugansk el 21 de febrero de 2022. Tres días después – el 24 de febrero de 2022 –, Rusia invadió Ucrania.

2. La relación bilateral entre la Federación de Rusia y la República Popular China

La razón de ser del eje de conveniencia sino-ruso suele ser táctica e instrumental, y la conveniencia y el oportunismo son consideraciones más relevantes que una afinidad a menudo ilusoria.

BOBO LO, «Axis of Convenience: Moscow, Beijing, and the New Geopolitics»

[Los chinos] son igual de peligrosos [que los rusos]. De hecho, son más peligrosos durante un período histórico. [...] Los rusos son físicos y quieren dominar físicamente. Lo que no pueden dominar, realmente no saben cómo manejarlo. Los chinos están mucho más seguros de sí mismos, porque han sido una gran potencia durante toda su historia. Y, al ser confucianos, realmente creen que la virtud es poder.

HENRY KISSINGER en una conversación con Richard Nixon el 14 de febrero de 1972

En el campo de las relaciones internacionales contemporáneas, uno de los vínculos bilaterales más fructíferos y que más está incidiendo en la reconfiguración del tablero geopolítico mundial es el forjado entre la Federación de Rusia y la República Popular China. Bobo Lo (2008) lo nombró un “eje de conveniencia”. Sin embargo, esto no siempre fue así. En la segunda mitad del siglo XX, ambos Estados sostuvieron un intenso conflicto ideológico a causa de discrepantes interpretaciones respecto del marxismo-leninismo y, en 1969, se enfrascaron en un sangriento conflicto fronterizo que llevó las relaciones a su máximo nivel de desgaste y tensión. Con el “nuevo pensamiento político” de Gorbachov comenzaron a limarse asperezas entre los dos Estados y se estableció una “asociación estratégica” en 1996, materializada cinco años después en el Tratado de Buena Vecindad y Cooperación Amistosa entre la República Popular China y la Federación Rusa (Martínez Álvarez & Garza Elizondo, 2011, p. 638).

Para comprender la postura que Rusia adopta con respecto a China, es preciso abordar una cuestión previa, vinculada a un marco geográfico más amplio en el que estas relaciones se encuadran: ¿cuál es la percepción o actitud que Rusia manifiesta hacia el Asia-Pacífico? El cuarto “Concepto de Política Exterior” ruso reconoce que se reduce “la capacidad del Occidente histórico de dominar la economía y la política mundiales. Se dispersan las capacidades de fuerza y desarrollo mundiales y se produce su desplazamiento hacia el Este, sobre todo a la región de Asia y el Pacífico” (Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, 2013, Sección de “El mundo moderno y la política exterior rusa”, art. 6). En ese sentido, se puede entender que Rusia vire hacia el oriente. Empero, Lo (2015, pp. 135-137) aduce que Rusia históricamente ha visto en Asia más una herramienta para la consecución de los objetivos relacionados con su enfrentamiento contra Occidente que una región que posee un valor intrínseco y que, por lo tanto, exige una atención de primer orden. Si para Europa, Rusia sigue siendo visto como el

“Otro”, Moscú ha adoptado una consideración similar para con Asia. Es por ello que Rusia no ha logrado diversificar su política en el Asia-Pacífico y, más bien, lo que ha predominado es un “sinocentrismo” en su política exterior dirigida hacia dicho espacio geográfico (ibid., pp. 137-138).⁹ El “sinocentrismo”, según Lo, es una tendencia que se caracteriza por reforzarse a sí misma y excluir otras posibilidades de vinculación en la región; el solidificar la asociación con China aleja a Rusia de la posibilidad de expandir las perspectivas de sus relaciones con otros socios de esta zona geográfica.

Sin embargo, la poca estimación histórica que las autoridades rusas le han atribuido a sus nexos con el Asia-Pacífico también se ha replicado en el trato que le han concedido a la propia China. Así lo señala Alexander Gabuev, quien remarca que, hasta el final del siglo XX, tanto la población como las élites de Rusia trataban a China con condescendencia y paternalismo por ser un país lastrado por la pobreza. Adicionalmente, tras el colapso de la URSS, Rusia concentró mayores esfuerzos en resolver su relación con Occidente y no realizó importantes intentos para revertir su gran desconocimiento respecto de su vecino oriental – algo que incluso alimentó temores de índole étnica –, frustrando el diseño de una estrategia de política exterior con Asia, en general, y China, en particular. Enfocada en consolidar sus lazos con la UE y lidiar con Estados Unidos – la única superpotencia –, la política de Rusia en el Asia-Pacífico pecó durante largo tiempo de “incoherente, reactiva” y de no estar “inspirada en ninguna gran visión del futuro papel de Rusia en la región” (Gabuev, 2019, p. 42).

Sin embargo, el fortalecimiento de la asociación sino-rusa y la consolidación de su relevancia estratégica se hizo esperar a causa de rémoras presentes principalmente en el lado ruso de la ecuación. Uno de los obstáculos consiste en que Rusia, históricamente, siempre ha mirado a Europa con un mayor interés que a Asia. Tras la disolución de la URSS, las élites responsables del destino de Rusia consideraban que su futuro se encontraba ligado a entenderse con Occidente y a ocupar un lugar en el espacio euroatlántico, incluso a pesar de los episodios más tensos de la relación entre ambos en la década de los noventa. La mayoría de la población, infraestructura y vínculos culturales de Rusia se encuentra más próxima a Europa que a Asia, lo que cimentó una sólida desatención hacia el apuntalamiento de los lazos con este último continente. Europa fue tomada como un ejemplo de prosperidad, desarrollo y modernidad por las élites rusas – que, además, no perdieron la oportunidad de adquirir activos en el Viejo Continente con dinero de dudosa procedencia y con la aquiescencia de las autoridades europeas

⁹ Lo acota que hubo momentos puntuales en la historia en el que otros Estados asiáticos cobraron relevancia en la política exterior rusa en la región del Asia-Pacífico. Así, se menciona la preponderancia de Japón durante la guerra ruso-japonesa (1904-1905) o la Segunda Guerra Mundial o la trascendencia de India en la década de los setenta, cuando Indira Gandhi y Leonid Brézhnev entablaron una relación de gran entendimiento.

–. Con el desmoronamiento de la URSS sobrevino también el declive del financiamiento de las actividades de los funcionarios del gobierno y los académicos abocados al estudio de China. La actividad de los sinólogos rusos cayó en desgracia, aumentando la distancia y la incompreensión sobre la transformación que el país vecino estaba experimentando bajo el influjo de las reformas propulsadas por Deng Xiaoping. Optar por minimizar o ignorar a China generó un campo fértil para que brotara la sinofobia entre la sociedad y las élites rusas que desaprobaban el fortalecimiento de Pekín (ibid., p. 49-50).

Tomando en cuenta estos antecedentes, se entiende que la relación entre Rusia y China tardase tanto tiempo en despegar y que la primera se concentrase más en las limitaciones que en las oportunidades que una asociación con la segunda le ofrece. Gilbert Rozman (2014) asevera que, más allá de las diferencias entre Rusia y China, lo que ha propiciado las estrechas relaciones bilaterales entre ambos, por encima de sus intereses materiales, es el reconocimiento mutuo de su identidad nacional y la necesidad compartida de impulsar un orden geopolítico oriental en desmedro de uno occidental. Rozman ofrece seis razones – todas ellas en el plano ideacional y no material – por las cuales pronostica que la confluencia de Moscú y Pekín es algo más que un matrimonio por conveniencia. Ambas naciones: se respaldan en ideologías similares para justificar su gobierno, simultáneamente exaltando la excepcionalidad de cada uno y respetando el influjo político y la tradición cultural del otro, evitando que las perspectivas nacionalistas rusa y china atenten contra sus propios intereses nacionales y socaven su objetivo común de promover un orden internacional antihegemónico y reducir la influencia occidental en sus respectivas esferas de influencia; enfatizan las discrepancias históricas que mantienen con Occidente y resisten la vocación imperialista desplegada por Estados Unidos durante y después de la Guerra Fría, mientras que los documentos oficiales de los dos apenas aluden a la ya resuelta disputa fronteriza sino-soviética; recalcan que el modelo económico y político occidental se encuentra en declive tras la crisis financiera mundial de 2008 y asfixian con mayor virulencia los restos de una cada vez más precaria o nula sociedad civil; expresan la preeminencia que tienen las relaciones bilaterales entre ambos países para amortiguar las amenazas provenientes del exterior, evidenciando una gran sintonía ideológica difícil de replicar con otro socio en la arena internacional; minimizan o invisibilizan sus diferencias, procurando ubicarse en el mismo bando de las principales disputas internacionales y prefiriendo señalar a Estados Unidos como el culpable de cualquier controversia global que pueda perjudicar sus intereses; desarrollan campañas oficiales cuyo objetivo es promover el nacionalismo a través de un relato de corte chovinista que defiende la represión interna y la asertividad externa.

De cualquier manera, mientras predomine en el Kremlin la visión de que seguirán siendo las grandes potencias las que marquen la pauta de la escena internacional, China seguirá siendo

el eje de la política exterior rusa en Asia y se erigirá en una pieza esencial de su política exterior general para contener a Occidente.

2.1. Etapas de la relación bilateral entre la Federación de Rusia y la República Popular China

De acuerdo con Li Mingjiang y Angela Poh (2019, pp. 26-33), la relación bilateral entre Rusia y China ha atravesado tres etapas. La primera fase comprende los años entre 1991 y 2000 y es calificada de “positiva, pero cautelosa”. En 1991, China forja vínculos formales con la Federación de Rusia tras la caída de la URSS. En 1994, ambos países acuerdan una “asociación constructiva”. Este vínculo se elevaría a la categoría de “asociación para la coordinación estratégica” en 1996; en este mismo año se establece el grupo de los Cinco de Shanghái. Ambos Estados confluyen en un momento en el que habían experimentado crisis domésticas con repercusiones en el plano internacional; mientras que Moscú enfrentaba los estragos del desmantelamiento de la URSS y comenzaba a integrarse en el mundo ya no como una república constituyente de dicho bloque sino como una república independiente, Pekín lidiaba con la condena internacional tras la represión de las protestas de la plaza de Tiananmén. La relación fue favorable, en general, aunque también se encontró signada por las heridas históricas que implicaron enfrentamientos históricos entre ambos, entre los que se encontraba la ruptura sino-soviética de los sesenta.

El segundo ciclo abarca los años entre 2001 y 2011 y en él se constituye un “eje de conveniencia”. Esta época se inauguró con la firma, en 2001, del Tratado de Buena Vecindad y Cooperación Amistosa, que dio pie a un “acuerdo estratégico de colaboración” sobre asuntos comerciales, energéticos, militares, culturales, de seguridad, del orden internacional y del Asia Central. En el marco institucional, el grupo de los Cinco de Shanghái evolucionó en la OCS. En 2004 ocurrió un hito importante: Moscú y Pekín zanjaron sus diferencias y firmaron un tratado en el que finalmente definieron el trazado de sus fronteras, dejando atrás varias décadas de discrepancias que incluso los llevó a un conflicto armado en 1969. A pesar de sus discrepancias, la necesidad de unir esfuerzos para contener las políticas internacionales de Estados Unidos y sus aliados fomentó la constitución de este “eje”.

Finalmente, entre los años 2012 y 2017¹⁰ se manifiesta una cooperación bilateral profunda en una serie de aspectos. Las relaciones bilaterales cobran un nuevo dinamismo con la llegada al poder en China de Xi Jinping. Las aspiraciones por parte de China de promover el

¹⁰ Las apreciaciones de Li y Poh fueron publicadas en el año 2019 y, por ello, sus conclusiones llegan hasta el año 2017. Desde entonces hasta la fecha no se han registrado eventos que comprometan la continuidad de esta tercera etapa ni políticas que sugieran el inicio de una nueva. Por lo tanto, esta tercera fase de las relaciones bilaterales entre ambos países se podría proyectar hasta el cierre de la presente investigación. Incluso los autores sugieren que cabe pronosticar la consolidación de esta asociación estratégica sostenida tanto por factores internos como externos.

multilateralismo en el orden internacional, mitigar la influencia estadounidense en el Asia-Pacífico y velar por la estabilidad del Asia Central hicieron de Rusia un sostén para la consecución de estos objetivos, máxime si se considera la afinidad personal que mantienen Xi y Putin. Los vínculos entre ambos se han estrechado en materia militar, comercial y energética; esto no solo ha satisfecho los intereses económicos chinos, sino que le ha permitido a Rusia demostrar que pudo respaldarse en China para resistir la oleada de sanciones occidentales producto de la anexión de Crimea. Sin embargo, esto se ha traducido también en una dependencia de Moscú a Pekín, llevando a una creciente relación asimétrica a favor de la segunda y a una preocupación por el expansionismo económico chino que amenaza con opacar a Rusia.

2.2. Las bases de la asociación estratégica

Según Alexander Gabuev (2019, p. 44-48), hay tres motivos que sustentan el acercamiento de Rusia hacia China desde 1991 hasta la fecha. En primer lugar, la estabilidad de la parte oriental del país motivó a Moscú a limar asperezas con Pekín. Los enfrentamientos ocurridos en 1969 a causa de las discrepancias sobre la demarcación de sus fronteras llevaron a una escalada del gasto militar para prepararse ante un potencial conflicto bélico, lo que privaba de recursos a otros sectores de la economía que los requerían para su modernización. Por ello, ambos aprovecharon la oportunidad de llegar a un acuerdo al respecto en 2004 y, posteriormente, establecer la delimitación fronteriza definitiva en 2007, zanjando finalmente esta fuente de discordia. Para China, este acuerdo significó disponer de mayores recursos para la modernización del Ejército de Liberación Popular y el fortalecimiento de su fuerza marítima, con el fin de contrarrestar la presencia de Estados Unidos en el Asia-Pacífico. Para Rusia, siendo consciente de la cada vez más asimétrica relación con China – a favor de esta última –, resultó conveniente realizar algunas pequeñas concesiones territoriales en el acuerdo fronterizo a cambio de evitar un enfrentamiento bélico por esta cuestión. Para ambos, la ganancia fue la estabilidad y la seguridad que un acuerdo de este tipo les proveyó, permitiéndoles consolidar un carácter cooperativo en sus relaciones bilaterales.

En segundo lugar, la cooperación y complementariedad económica fue otro vector que propició la asociación entre los dos países. Rusia es un país rico en materias primas, pero carece del capital para explotarlos y la infraestructura necesaria para colocarlos en el mercado internacional. China se encuentra ávida de recursos naturales que satisfagan las necesidades de su economía en expansión y, además, cuenta con el capital para realizar inversiones extranjeras y una amplia experiencia en la ejecución de proyectos de infraestructura. En consecuencia, ambas economías tienen necesidades compatibles que pueden atender mutuamente, permitiéndoles, además, diversificar sus mercados.

En tercer lugar, el desarrollo de los hechos que configuran el sistema internacional también ha fomentado la convergencia entre Moscú y Pekín. La política atlantista que Rusia adoptó tras el fin de la URSS con el objetivo de integrarse a Occidente fue diluyéndose hasta desembocar en un deterioro ostensible de sus relaciones con Estados Unidos y Europa. La ampliación de las fronteras de la OTAN, las severas reprobaciones occidentales respecto de la guerra en Chechenia y el bombardeo realizado por la Alianza Atlántica sobre Yugoslavia fueron hitos que, en la década de los noventa, fraguaron el distanciamiento y la desconfianza de Moscú hacia Occidente. Paralelamente, China percibía como amenazante el fortalecimiento de la alianza entre Estados Unidos y Japón. Empezó a sedimentarse así la desaprobación que ambas naciones sentían por el papel que Washington desempeñaba por aquel entonces en el orden global, llevando a los dos países a alinearse en torno al objetivo de promover un orden multipolar. Esta postura se consolidaría desde el segundo mandato de Putin, luego de un nuevo intento infructuoso de confluencia con el mundo occidental, sumado a eventos como la invasión de Irak por parte de Estados Unidos y las “revoluciones de colores” que daban asidero a la percepción de una política de cambio de régimen promovido por Estados Unidos y la UE. Por entonces, China desplegaba una política exterior menos asertiva, más pragmática y de perfil bajo – sintetizada en la fórmula *tao guang yang hui* u ‘ocultar el brillo, alimentar la oscuridad’ de Deng Xiaoping –, buscando entablar un entendimiento con Occidente, pero sin perder la oportunidad de apoyarse en Rusia para condenar el unilateralismo.

La oposición al unilateralismo occidental acentuó el consenso entre Moscú y Pekín en torno a las amenazas occidentales. Por añadidura, Gabuev identifica dos momentos históricos puntuales que terminaron por convencer a Rusia de la necesidad de asociarse con China y recelar de Occidente. El primer suceso es el de la crisis financiera global de 2008 y 2009. Hasta antes de este fenómeno, Rusia redujo a China a la condición de moneda de cambio o de carta estratégica de la que podía echar mano en el medio de sus convulsionadas pugnas contra Occidente. Un crudo ejemplo de esta postura tuvo lugar durante las disputas de gas que Rusia sostuvo con Ucrania (2006-2009) y Bielorrusia (2007), cuando el Kremlin desplegó su diplomacia energética para intensificar contactos con China al colocar en la agenda conjunta la potencial construcción de un gasoducto entre ambos países que sería abastecido por fuentes de gas ubicadas en Siberia Occidental, comprometiendo los suministros europeos de dicha materia prima. Poco tiempo después, una vez que la disputa energética con Europa se saldó en favor de los intereses económicos de Rusia luego de la renovación de los contratos entre la UE y *Gazprom*, Moscú perdió el interés por atender sus compromisos con China (ibid., p. 50).

Tras el año 2009, China empezó a gozar de una mayor consideración por parte de las autoridades rusas (ibid., pp. 51-54). Este cambio en la percepción de las élites ocurrió durante

la crisis financiera global, cuando Rusia registró una caída de la demanda y los precios de sus materias primas, contrayendo consecuentemente su economía. Esta pálida imagen de la coyuntura económica rusa contrastaba con la resiliencia de la economía china ante los embates de la crisis. La depresión económica ocasionó que el producto bruto interno de la Federación de Rusia cayera 7.8% en 2009 (Banco Mundial, s. f.-b), mientras que la economía de la República Popular de China logró resistir mejor los embates de la crisis al cerrar el año con un crecimiento del 9.399% (Banco Mundial, s. f.-a). Es así como empiezan a cobrar mayor relevancia las oportunidades comerciales en China para los exportadores rusos de materias primas.

Rusia pasó a considerar a China como un socio fundamental para el crecimiento de su economía, un destino atractivo para sus exportaciones – a partir de 2009, China desplazó a Alemania como el socio comercial principal de Rusia – y una fuente de financiación para los proyectos de infraestructura de las empresas estatales – como los créditos tomados por *Rosneft* y *Transneft* del Banco de Desarrollo de China para el desarrollo del oleoducto Siberia Oriental-Océano Pacífico – y privadas rusas – siendo Hong Kong y Shanghái posible plazas en las que podían lanzar ofertas públicas iniciales –.

Sin embargo, a fines de la primera década del siglo XXI, Rusia empezó a sopesar el precio que estaba pagando por haber tratado a China como una moneda de cambio frente a Europa, ya que Pekín había desplegado su propia diplomacia energética al establecer vínculos comerciales con países del Asia Central como Kazajistán y Turkmenistán. Si bien para Rusia resultaba gratificante que las naciones del Asia Central dirigieran sus fuentes energéticas hacia China en lugar de Europa, también le parecía preocupante que dichos Estados se habían erigido en competidores de Moscú en el mercado chino.

En el plano internacional, el año 2009 también fue testigo del surgimiento de un espacio para afianzar la asociación entre Moscú y Pekín. En dicho año tiene lugar la primera cumbre del BRIC, un grupo conformado por Brasil, Rusia, India y China – y que, un año después, pasaría a llamarse BRICS tras la inclusión de Sudáfrica – que albergaba a las principales economías emergentes y que reclamaba cambios en el orden económico internacional surgido de los acuerdos de Bretton Woods y encabezado por Estados Unidos. Rusia y China también mostraron sintonía en la gestión de la problemática nuclear de Corea del Norte y exhibieron un rechazo conjunto a la intromisión de Occidente en la Primera Árabe.

El segundo suceso que, según Gabuev, constituye un punto de inflexión para Moscú en la afirmación de su relación bilateral con China y su extrañamiento de Occidente se dio tras la anexión de la península de Crimea por parte de Rusia en 2014 (ibid., pp. 54-55). A partir de este momento – y fruto, probablemente, más de la necesidad que de la convicción –, Moscú empieza a dispensarle a Pekín un trato propio de un socio estratégico. Las sanciones infligidas contra

Rusia por este hecho comenzaron a hacer mella en sectores relevantes de su economía – por ejemplo, el bancario, energético y armamentístico – y develaron la vulnerabilidad de una economía cuyas exportaciones se encontraban muy vinculadas a Occidente. Para resistir este tipo de embates, resultó ineluctable recurrir a un socio que no perteneciera a la esfera occidental. El candidato natural para esquivar las políticas punitivas defendidas por Estados Unidos y la UE era China. Así, el giro hacia China por parte de la política exterior rusa pasó a ser decidido. Los hechos acaecidos en dicho año suponen un hito y un punto de inflexión en la política exterior rusa, confirmando su colisión contra Occidente. La apuesta por Pekín implicaba, además, la posibilidad de confiar en un socio estratégico que, a pesar de su poderío económico, no aspira a imponer un modelo ideológico o institucional, a diferencia de Occidente; esto suponía un alivio para Moscú si se toma en cuenta su creciente autoritarismo político luego de 2012. Mientras que Estados Unidos se mostraba decidido a impulsar un orden internacional basado en la globalización y principios universales, Rusia y China coincidían en izar la bandera de la soberanía.

Sin embargo, es necesario precisar que elevar el nivel del vínculo bilateral con China tuvo lugar solamente luego de un minucioso proceso de análisis en el que el Kremlin analizó los costos en los que tendría que incurrir al optar por esta posición (ibid., p. 55-56). Las autoridades rusas concluyeron que, a pesar del fortalecimiento y el afianzamiento de la condición de socio mayor de China frente a Rusia, los intereses de Moscú no enfrentarían una inminente amenaza. Pese a que el Kremlin pronosticaba que, en la medida en que China se acercase y eventualmente alcanzase la condición de gran potencia, aumentaría la probabilidad de que imponga sus designios al resto de naciones, Moscú también evaluó que un orden unipolar encabezado por China era inviable debido a que Estados Unidos y otras potencias ofrecerían resistencia y dificultarían la concreción de las ambiciones más maximalistas de Pekín. En consecuencia, se abriría paso un orden multipolar en el que Rusia ocuparía una posición destacada – aunque por detrás de China y Estados Unidos –, contaría con su propia esfera de influencia y ejercería una política exterior independiente en defensa de sus intereses nacionales.

2.3. La percepción de las amenazas y la construcción de un orden multipolar

Las relaciones sino-rusas se explican por una variable primordial: la política exterior implementada por Estados Unidos y las amenazas que de ella se desprenden. En ese sentido, resultan ilustrativas las ideas que Stephen Walt esbozó sobre la formación de una alianza como un medio para contrarrestar amenazas:

Las alianzas se suelen considerar una respuesta a las amenazas, pero hay un gran desacuerdo sobre cuál será esa respuesta. A la hora de establecer una alianza, los Estados pueden optar por el *balance* – aliarse en oposición a la principal fuente de peligro – o por el *bandwagon* – aliarse con el Estado que representa la principal amenaza – (Walt, 1985, p. 4).

La implementación del concepto de *balance* otorga una mayor seguridad a los Estados que deciden asociarse para ofrecer una mayor resistencia ante un potencial agresor que busca ejercer su hegemonía sobre ellos. Esta es la noción que subyace tras la afinidad entre Rusia y China y la que explica su necesidad de pergeñar un entendimiento que enfrente los peligros que provienen de Occidente y que atentan contra sus intereses. Rusia ha percibido como una amenaza las constantes ampliaciones de la OTAN y la derogación por parte de Estados Unidos del Tratado sobre Misiles Antibalísticos de 1972 para proponer, en su lugar, un sistema de defensa antimisiles. China, por su parte, ha visto con aprensión el respaldo estadounidense a Taiwán cada vez que han recrudecido las tensiones a ambos lados del estrecho de Formosa y la robustez de la alianza entre Estados Unidos y Japón. Ambos países desaprueban los bombardeos de la Alianza Atlántica sobre Yugoslavia durante la guerra de Kósovo en 1999, en los que aprecian una violación del principio de la soberanía territorial (Martínez Álvarez & Garza Elizondo, 2011, p. 644). Si Rusia toma como una amenaza la ampliación de la OTAN en la Europa del Este, lo propio percibe China con respecto a la presencia que tiene Washington en el Asia Pacífico; de esta manera, se instala tanto la percepción del despliegue de una estrategia occidental de “contención dual” hacia Moscú y Pekín como la necesidad de estos dos de consolidar su asociación con el propósito de prevenir una avanzada del unilateralismo (Li & Poh, 2019, p. 25).

Las intervenciones humanitarias desplegadas por Occidente y, eventualmente, sus respectivas políticas de promoción de la democracia han generado en ambos una clara oposición al unilateralismo proveniente de Washington y el intervencionismo moral procedente de Occidente (Lo, 2015, p. 148). En respuesta a este tipo de política occidental, impelida por Estados Unidos, el Tratado de Buena Vecindad y Cooperación Amistosa entre China y Rusia firmado en 2001 recoge una serie de inquietudes comunes que también constituyen principios y valores innegociables. El primer artículo de dicho acuerdo lo explica de la siguiente manera:

De acuerdo con los principios y normas del derecho internacional universalmente reconocidos y sobre la base de los Cinco Principios de respeto mutuo de la soberanía estatal y la integridad territorial, la no agresión mutua, la no injerencia mutua en los asuntos internos de la otra parte, la igualdad y el beneficio mutuo y la coexistencia

pacífica, las partes contratantes desarrollarán la asociación cooperativa estratégica de buena vecindad, amistad y cooperación e igualdad y confianza entre los dos países desde una perspectiva a largo plazo y de manera integral (Ministry of Foreign Affairs of the People's Republic of China, 2001, Sección de Article 1, párr. 1).

La invasión estadounidense de Irak – una operación que ignoró la posición que al respecto adoptó el Consejo de Seguridad de la ONU – fue un suceso que reforzó la *entente* entre Moscú y Pekín, quienes percibieron una actitud beligerante y ofensiva por parte de Washington. En mayo de 2003, sus dos Representantes Permanentes ante las Naciones Unidas suscribieron una carta al Secretario General de la ONU en la que defendían el “fortalecimiento del papel de los mecanismos multilaterales” para que la solución a la crisis en Irak se ciera a lo dispuesto en las resoluciones del Consejo de Seguridad; además, formulan que “las partes creen que es necesario garantizar la soberanía, independencia política e integridad territorial del Iraq, y respetar la voluntad y la decisión libre del pueblo iraquí así como su derecho a disponer de los recursos naturales del país” (Wang & Lavrov, 2003, Sección de IX, párr. 3).

En 2005, en la “Declaración Conjunta de China y Rusia sobre Orden Internacional en Siglo XXI” se recoge la necesidad de resolver los problemas que aquejan al mundo en el marco del derecho internacional y se ahonda en la defensa de los principios westfalianos al declarar que “todos los países del mundo deben observar rigurosamente los principios de respeto mutuo a la soberanía e integridad territorial, no agresión, no intervención en los asuntos internos, igualdad y beneficio mutuo así como coexistencia pacífica”, todo esto “en lugar de tomar acciones unilaterales, adoptar la política de imposiciones y amenazar con la fuerza o emplearla” (Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular China, 2005, art. 2). Referencias de este tipo pueden ser interpretadas como una respuesta del Kremlin a una nueva ampliación de la OTAN en 2004 y a las “revoluciones de colores” acaecidas por aquel entonces en Georgia, Ucrania y Kirguistán; paralelamente, China consideraba preocupante en ese entonces que Estados Unidos reafirmara su alianza tanto con Japón – con este último mantiene vigente desde 1960 un Tratado de Cooperación y Seguridad Mutua – como con Corea del Sur (Martínez Álvarez & Garza Elizondo, 2011, p. 654). Los documentos oficiales que contienen menciones que abogan por un orden multipolar encuadrado en un nuevo orden internacional se ha convertido en una constante hasta la fecha en las declaraciones conjuntas de Moscú y Pekín, tal y como lo demuestra una declaración suscrita por Vladímir Putin y Xi Jinping en 2016 en la que se realiza una férrea defensa sobre ciertos principios que deben regir en el sistema internacional para asegurar su estabilidad:

La Federación de Rusia y la República Popular China comparten la opinión de que el principio de igualdad soberana es crucial para la estabilidad de las relaciones internacionales [...] reafirman el principio de que los Estados deben abstenerse de la amenaza o el uso de la fuerza en violación de la Carta de las Naciones Unidas y, por lo tanto, condenan las intervenciones militares unilaterales [...] apoyan plenamente el principio de la no intervención en los asuntos internos o externos de los Estados, y condenan como violación de este principio toda injerencia por parte de los Estados en los asuntos internos de otros Estados con el fin de forzar el cambio de gobiernos legítimos [...] condenan la aplicación extraterritorial por parte de los Estados de la legislación nacional que no se ajusta al derecho internacional como otro ejemplo de violación del principio de no intervención en los asuntos internos de los Estados (Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation, 2016, párr. 2).

El Consejo de Seguridad se convirtió en un espacio para defender este tipo de preceptos cuando, en 2007, China y Rusia vetaron en conjunto una resolución que invocaba a Myanmar a liberar a los presos políticos y cesar las hostilidades contra las minorías étnicas. Este respaldo al *Tatmadaw* – las Fuerzas Armadas que gobernaban Myanmar entonces – fue justificado por el Representante Permanente y Embajador de la República Popular China ante las Naciones Unidas al calificar la situación en dicho país como asuntos domésticos que corresponden ser atendidos por un Estado soberano (UN News, 2007, párr. 4). Esta fue la primera vez que ambas potencias hicieron un uso simultáneo de su poder de veto en el Consejo de Seguridad. Esta situación se ha replicado doce veces más desde 2007: diez con relación a la guerra civil y crisis humanitaria en Siria entre 2011 y 2020; una por la represión a las fuerzas de la oposición y civiles en Zimbabue, en 2008; y uno por la celebración de elecciones envueltas en acusaciones de fraude en Venezuela, en 2018. La gestión de las crisis acontecidas en el Medio Oriente tras la Primavera Árabe ha sido conducida principalmente por Rusia (Kaczmarek, 2020, pp. 97). Tanto en la fase inicial de la guerra civil en Siria como cuando el régimen de al-Ásad empezó a emplear armas químicas, China y Rusia evitaron que las potencias occidentales intervengan en el conflicto. Una similar convergencia se registró en la administración de la cuestión nuclear iraní (ibid. pp.97-98); inicialmente, Moscú fijó una agenda a la que posteriormente se plegó Pekín y que consistió en implementar sanciones entre 2006 y 2010 para ejercer presión sobre Teherán y rechazar sanciones de corte unilateral. Además, los dos se opusieron en 2018 al retiro de Estados Unidos del Plan de Acción Integral Conjunto, que comprendía una serie de medidas para limitar el programa de proliferación nuclear iraní. La misma postura se repitió con Myanmar cuando la

comunidad internacional pretendió sancionar al *Tatmadaw* por ser el responsable, desde 2016 hasta la fecha, de un genocidio contra la minoría rohinyá (ibid., p. 98).

En materia de control de armas y desarme, China y Rusia se han opuesto a apoyar algunas iniciativas promovidas por las estructuras de gobernanza global en materia de seguridad; así lo ha evidenciado su poco entusiasmo en la promoción de medidas que apuntan a la prohibición de minas antipersonas o la imposición de límites en el tráfico de “diamantes de sangre”. Sin embargo, las dos naciones coinciden en la defensa del régimen de no proliferación nuclear y respaldan políticas orientadas a luchar contra esta problemática, a pesar de que han expresado su rechazo conjunto a la interdicción en alta mar de embarcaciones sospechosas de transferir armas de destrucción masiva, cerrando las perspectivas sobre un tratado internacional que restrinja actividades de este tipo (Eilstrup-Sangiovanni, 2016, como se citó en Kaczmariski, 2020, pp. 98-99).

Por otro lado, la OCS es una plataforma a la que ambos Estados pertenecen y en la que unen esfuerzos para luchar contra las amenazas del terrorismo, el separatismo y el extremismo, además de afianzar las relaciones comerciales entre sus miembros. Ha habido visiones discrepantes sobre cuál debería ser el perfil de esta organización; Moscú aspiraba a que se convirtiera en una organización de seguridad de alcance global, mientras que Pekín apostaba por que tuviera una agenda más regional, prevaleciendo esta última (Baqués Quesada, 2018, p. 725; Kaczmariski, 2020, p. 99). Sin embargo, no se debe perder vista que la OCS aspira a contener el ascendente de Washington en Asia (Baqués Quesada, 2018, p. 726).

Kaczmariski (2020, pp. 100-107) afirma que lo que expresa la relación entre China y Rusia es una división de funciones en lo que atañe a la gobernanza global; mientras Pekín se muestra activo en los espacios globales que atienden temáticas económicas, financieras o medioambientales, Moscú asume un rol más protagónico en los que abordan cuestiones vinculadas a la seguridad global.

2.4. El Asia Central: problema y posibilidad

El Asia Central es un espacio de “contención geopolítica” (Li & Poh, 2019, p. 26) fundamental que evidencia tanto las oportunidades como las limitaciones que definen la asociación sino-rusa en esta área.

En materia económica, Pekín es consciente de que la expansión de su presencia comercial en Asia Central genera aprensión en Moscú, ya que esta última considera que podría perder hegemonía en su tradicional esfera de influencia; teniendo esa inquietud en cuenta, China ha dado muestras a Rusia de que sus intereses en esa zona son estrictamente económicos y forman parte de la Iniciativa de la Franja y la Ruta (IFR), mas no políticos ni vinculados a

cuestiones de seguridad, reconociendo el liderazgo ruso en esta región. Para frenar esta potencial pérdida de relevancia económica en la región es que Rusia fomentó la expansión de la UEE al promover la adhesión de Kirguistán – lo cual sucedió en 2015 – y Tayikistán – algo que no ha ocurrido hasta la fecha – a este espacio; a menudo se considera que la UEE es una respuesta a la Asociación Oriental impulsada por la UE, pero también debe ser evaluada como una iniciativa para contener el avance de China, más aún si se toma en cuenta que Pekín no se está limitando a forjar acuerdos comerciales, sino también a fortalecer vínculos políticos con países como Kazajistán, Kirguistán, Turkmenistán y Uzbekistán (Lo, 2015, p. 149).

Tanto la UEE como la OTSC son dos instancias multilaterales sobre las que Rusia se apoya para reafirmar su liderazgo en esta región. Hasta antes de la crisis financiera global de 2008, China y Rusia compartían la preocupación por una presencia significativa de Estados Unidos en el Asia Central y sus pretensiones militares, económicas – relacionadas con la construcción de gasoductos y oleoductos que atravesaran el Asia Central y llegaran a Europa, evadiendo a Rusia – e ideológicas – vinculadas con la posible promoción de valores democráticos en el espacio postsoviético –; esta percepción se vio alterada tras la crisis financiera global. Por un lado, Rusia sufrió los estragos de esta depresión económica y, por lo tanto, no logró brindar la asistencia requerida por los países del Asia Central para capear esta coyuntura adversa; sin embargo, China encajó mejor el golpe de la crisis, suplió el lugar que se esperaba que fuera ocupado por Rusia en este contexto, aprovechó la oportunidad para mejorar su poder de negociación y desplegó una cantidad de inversiones que la colocaron como el principal socio comercial de la región. Por otro lado, al llegar al poder en Estados Unidos en medio de este contexto, Barack Obama se propuso, en el marco de una política que aspiraba a reducir la intensidad de la participación estadounidense en ciertos escenarios internacionales, disminuir la presencia estadounidense en Irak y Afganistán y arriar las banderas que la administración Bush había levantado en lo que respecta a los intereses económicos o ideológicos previamente descritos. Mientras Pekín comenzó a apostar con una mayor ambición por la construcción de gasoductos en la región y la inversión en el sector de exploración y producción de petróleo, Moscú solo podía atinar a conservar su dominio estratégico sobre los recursos del Asia Central. En consecuencia, si hasta entonces China y Rusia optaron por una cooperación estratégica que los unía para hacer frente a un desafío común, a partir del tiempo posterior a la Gran Recesión aumentó el clima de competencia entre ambos. Particularmente destacable – y espinosa para los intereses económicos y estratégicos rusos – resultó la construcción del gasoducto China-Asia Central, que es parte del Cinturón Económico de la Ruta de la Seda y transporta gas de Turkmenistán a China, dotando de importantes reservas de gas al gigante asiático, a pesar de que analistas rusos habían descartado la materialización de este proyecto por causas políticas y técnicas. Es así como Rusia

perdió la exclusividad sobre el control de las rutas gasíferas que atraviesan el Asia Central – países como Kazajistán, Uzbekistán y Turkmenistán, por ejemplo – y China obtuvo acceso a fuentes alternativas de gas, debilitando la posición de privilegio que Moscú había gozado hasta entonces. Menos desestabilizadores para los intereses de Rusia resultaron la expansión de los acuerdos comerciales ligados al petróleo sellados por China y los países del Asia Central. En general, China ha fortalecido su posición en el mercado energético del Asia Central en desmedro de la de Rusia, que poco pudo hacer para evitarlo. Sin embargo, estas tensiones no han presentado una escalada que pueda empañar el vínculo bilateral, ya que se puede afirmar que China no ha establecido un dominio absoluto de la política energética en el Asia Central, pues el grueso del crudo y gas que allí se encuentra sigue siendo exportado a través de rutas que pasan por Rusia. Más allá de las ganancias económicas que esto implica, que Rusia cuente con un importante dominio sobre el tránsito de los hidrocarburos en esta zona restringe el acceso a la UE de los recursos energéticos del espacio postsoviético, agudizando la dependencia por parte de los Veintisiete del gas natural ruso. (Kaczmarek, 2015, pp. 88-92).

En cuestiones de seguridad, la convergencia entre Moscú y Pekín se basa en la necesidad de impedir la alteración del equilibrio de poder y contener la posible presencia militar de otro agente en la zona. Rusia considera a Estados Unidos como un obstáculo para ejercer su rol hegemónico en esta zona, mientras que China ve en Estados Unidos a un actor que buscaría arrinconarlo y tomar el Asia Central como un escenario desde el cual desplegar acciones que atenten contra los intereses chinos. Además, la presencia estadounidense pondría en peligro la estabilidad de los regímenes del Asia Central y generaría desequilibrios en el sur de Rusia y en la Región Autónoma Uigur de Xinjiang. Por lo tanto, en el ámbito de la seguridad del Asia Central, entre Moscú y Pekín se aprecia más espacio para la cooperación que la competición. Ante el cierre de la base militar estadounidense en Manas, Kirguistán, en 2014, China se ha concentrado en sus intereses energéticos y no ha tenido ninguna iniciativa para ocupar este vacío dejado por Estados Unidos. Pekín acepta que la prioridad del manejo de temas vinculados con la seguridad en el Asia Central le corresponde a Rusia. (ibid., pp. 92-94)

En el marco de la OCS, Moscú y Pekín han tenido concepciones discrepantes sobre cuál debería ser la proyección de dicha organización. Rusia tenía la aspiración de que se convirtiera en un bloque energético, algo que China evalúa que podría impedir el desarrollo de sus iniciativas e intereses en este campo; por su parte, Pekín deseaba que se convirtiera en una zona de libre comercio, pero el resto de los integrantes consideró que esto empoderaría económicamente a China de manera desproporcional. En la OCS existen, pues, intereses de ambos que se encuentran discretamente en competencia. Por otro lado, Rusia mostró su anuencia ante la posible inclusión de India en dicha organización intergubernamental, lo que le

permitiría neutralizar el creciente peso de China en el seno de esta colectividad; evidentemente, Moscú no contó con el beneplácito de Pekín y solamente lo consiguió cuando, en 2017, se aprobó el ingreso tanto de India como de Pakistán – este último es el rival histórico de India y un aliado de China –. La manera de disimular este tipo de discrepancias fue una fórmula intermedia que consiste en crear la categoría de “observadores” y “socios de diálogo”. Rusia quisiera hacer de la OCS un bloque de alcance global, mientras que China prefiere que tenga un corte regional para que facilite su crecimiento económico en la región. El limitado alcance político de la OCS para los intereses de Rusia quedó de manifiesto cuando intentó persuadir al resto de sus integrantes a reconocer la independencia de las repúblicas separatistas de Abjasia y Osetia del Sur; sin embargo, China y los demás países de la organización descartaron esta idea. La OCS, además de coordinar políticas de seguridad para mantener la estabilidad en el Asia Central en los campos previamente mencionados, también funge de foro en el que ambos ventilan sus críticas hacia Estados Unidos, el unilateralismo y la violación del derecho internacional. En resumen, las diferencias que Rusia y China sostienen en el seno de la OCS impiden la proyección de esta organización, sin que estas se eleven a una competencia o enfrentamiento abiertos entre los dos (ibid., pp. 94-97). Para Moscú, el objetivo primordial es conservar su presencia militar en la región, garantizar la condición prorrusa de las élites del Asia Central, evitar que los recursos energéticos de esta zona se dirijan a Occidente y ratificar, en aras de afianzar su prestigio, su condición de potencia dominante en la zona. Pekín tiene intereses más concretos, como contar con una fuente de petróleo y gas de la región, expandir sus inversiones en la zona y asegurar la estabilidad de Xinjiang. Rusia ha intentado contrarrestar la influencia económica de China en la zona con la creación de la UEE; el éxito económico de esta iniciativa aún es incierto, pero, de alcanzarlo, podría suponer un factor capaz de tensar las relaciones con Pekín, más aún si es que se vieran comprometidos los objetivos que China aspira alcanzar con la implementación de la IFR en esta zona. En consecuencia, la proyección de las relaciones entre ambas potencias dependerá de la complementariedad o la conflictividad entre ambas iniciativas (ibid., p. 97-100).

2.5. El Lejano Oriente Ruso: entre las aspiraciones de desarrollo y los temores atávicos

El Distrito Federal del Lejano Oriente Ruso concentra tanto una oportunidad como un desafío para las relaciones entre China y Rusia. Esta es una zona de gran riqueza por los recursos naturales que en ella se encuentran, pero su potencial se ve lastrado por la precaria infraestructura que no le permite convertirse en un nodo de cooperación en el noreste asiático y el Asia-Pacífico. El interés de Putin en el Lejano Oriente es de índole doméstica antes que regional; el desarrollo de condiciones económicas y sociales favorables en la zona es el principal

objetivo para garantizar la soberanía del Estado ruso sobre este vasto territorio ubicado al este del Lago Baikal. No en vano el mandatario ruso sostuvo que “para Rusia el desarrollo del Lejano Oriente es la prioridad nacional del siglo XXI” (Sputnik, 2017, párr. 4).

En consonancia con la complementariedad de ambas economías previamente descrita, China manifiesta su interés por recursos naturales como la energía, los metales y la madera, necesarios para su expansión económica y ubicados en el Lejano Oriente ruso (Lo, 2015, p. 161). No obstante, esta región cuenta con una baja densidad poblacional, lo cual despierta en Moscú el viejo temor de una “amenaza demográfica” y una pérdida de influencia y soberanía en este territorio a manos de Pekín (Gabuev, 2019, p. 55-56). El Lejano Oriente ruso conforma el 41% del territorio nacional, pero en él vive apenas el 6% de la población rusa (France24, 2019, párr. 3).

Además, los escrúpulos tienen una raigambre histórica. En 1858, el Imperio Ruso y el Imperio Qing firman el Tratado de Aigún, según el cual al primero se le transfirieron las tierras ubicadas al norte del río Amur, desde su junción con el río Argún hasta el estrecho de Tartaria. Dos años después, ante la negativa del Imperio Qing a ratificar este acuerdo, se suscribe el Tratado de Pekín, que le permite al Imperio Ruso hacerse del control del territorio ubicado al este del río Ussuri y al sur del lago Janka, que comprende lo que hoy es el krai de Primorie, cuya capital es la ciudad de Vladivostok. Estos dos tratados, entre otros, son denominados en China como “tratados desiguales”, pues se firmaron durante el “Siglo de Humillación” (The Editors of Encyclopaedia Britannica, 2019, párr. 1, 6-7).

Rusia necesita de los capitales chinos para poder desarrollar las oportunidades económicas que ofrece el Lejano Oriente, pero simultáneamente conserva reparos de largo aliento ante la perspectiva de que China pretenda ejercer su dominio en una zona con una baja densidad poblacional (Lo, 2015, p. 212). Empero, las posibilidades de una potencial “colonización” no tendrían mayor fundamento; la migración china en esta zona no es de una proporción significativa y suele ser de carácter temporal, sumado al hecho de que un gran número de trabajadores chinos en el Lejano Oriente ha retornado a su país natal ante el aumento de los salarios en China y la depreciación del rublo en Rusia. Evidencia de este tipo permitirá al Kremlin superar su anticuada “sinofobia” en esta cuestión y dinamizar los acuerdos de cooperación con Pekín que permitan impulsar el dinamismo económico y comercial del Distrito Federal del Lejano Oriente (Gabuev, 2019, p. 56).

2.6. Nueva doctrina en política exterior de China y la proyección de las relaciones sino-rusas

La llegada de Xi Jinping significó una gran transformación en el derrotero de la política exterior de China. La creciente asertividad de la nación asiática y los ambiciosos proyectos con los que

cuenta para desplegar su poderío en el escenario internacional exigían cambiar el posicionamiento internacional exhibido hasta entonces; es así como Xi hace a un lado la doctrina del *tao guang yang hui*, uno de los tantos legados de Deng Xiaoping en la política china y que durante décadas sustentó un crecimiento de perfil bajo, para optar, desde 2013, por un nuevo ideario que sintonice con los objetivos contemporáneos de Pekín: el *xixing guoji guanxi* – un ‘nuevo tipo de relaciones internacionales’ – y el *xixing daguo guanxi* – un ‘nuevo modelo de relaciones entre grandes países’ –. La primera idea busca apaciguar las dudas y tensiones que el auge de China genera en el escenario internacional, convenciendo a los países que componen su entorno geográfico más cercano – entre los que se encuentra Rusia – de que el crecimiento chino es pacífico, redundando en beneficio de sus economías y descarta cualquier pretensión revisionista; el segundo precepto, en cambio, reconoce la necesidad de administrar las relaciones con Estados Unidos a través de un enfoque diferente, desactivando los temores en torno a un potencial conflicto entre ambas naciones y abriendo la puerta a un mundo en el que diferentes potencias y sistemas internacionales cohabiten (Llandres Cuesta, 2021, p. 9).

Por todo lo previamente expuesto, estas ideas parecen haber recibido una calurosa acogida en Rusia. Por lo pronto, todo parece indicar que el nexo entre ambas naciones goza de buena salud; así lo indica la renovación, suscrita en junio de 2021, del Tratado de Buena Vecindad y Cooperación Amistosa por cinco años más a partir de febrero de 2022. Con el vínculo entre Rusia y Estados Unidos atravesando uno de sus puntos más bajos tras la Guerra Fría y la rivalidad entre China y Estados Unidos cobrando cada vez mayor intensidad, el efecto simbólico de la prolongación de este acuerdo estratégico en el año de su vigésimo aniversario expresa la estabilidad y consolidación del eje Moscú-Pekín en el marco de un escenario internacional cada vez más convulso que atestigua la decadencia de Occidente. La confianza que reviste la apuesta sino-rusa por la cooperación contrasta con el enfrentamiento y la competencia que signa la relación que ambos sostienen con Washington.

Lo más probable es que se asiente, como lo sostiene Gabuev (2019, p. 63-64), una “interdependencia asimétrica” entre Moscú y Pekín, en favor del segundo. En su quiebre con Occidente, el Kremlin no tiene más opciones que aceptar ser el “socio menor” de *Zhongnanhai*, siempre y cuando pueda conservar una autonomía que le permita seguir perfilando una política exterior funcional a sus intereses nacionales, mantener su liderazgo – en términos políticos y de seguridad – en sus esferas de influencia y reivindicar su estatus de potencia relevante en el orden internacional, aunque se encuentre relegada por Estados Unidos y China, la potencia aún hegemónica y la potencia retadora, respectivamente.

CAPÍTULO II

MARCO CONCEPTUAL: EL CONSTRUCTIVISMO COMO HERRAMIENTA DE ANÁLISIS EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES Y SU APLICACIÓN EN LA POLÍTICA EXTERIOR RUSA

3. Marco teórico: el constructivismo

Construimos mundos que conocemos en un mundo que no conocemos.
NICHOLAS ONUF, «World of Our Making: Rules and Rule in Social Theory and International Relations»

3.1. Características principales del constructivismo

En el campo de las Relaciones Internacionales, existen dos principales paradigmas que aspiran a explicar la conducta de los Estados en materia de política exterior: el realismo y el liberalismo. Mientras que la escuela realista destaca la competencia que los Estados sostienen en aras de preservar su interés nacional y amasar el poder que les permita garantizar su propia seguridad y supervivencia en un sistema internacional anárquico, el paradigma liberal manifiesta que la cooperación entre estos es posible en un marco de interdependencia económica, difusión de la democracia y empoderamiento de las instituciones internacionales (Walt, 1998, pp. 31-32). Ambas corrientes teóricas hacen referencia a elementos tangibles, verbigracia, la capacidad miliar o los beneficios del comercio internacional. Sin embargo, el constructivismo ha surgido como una alternativa a estas dos corrientes teóricas, ocupando en las últimas décadas un lugar distintivo en la academia y cobrando cada vez más un mayor protagonismo para explicar los factores que moldean la política exterior de los Estados. Precisamente, el marco teórico en el que se enmarca la presente investigación corresponde a las ideas que forman parte de la escuela constructivista.

La primera consideración que es preciso plantear con respecto al constructivismo - también denominado “constructivismo social” – concierne al debate académico que cuestiona su validez como una teoría. Nicholas Onuf, el responsable de acuñar el término “constructivismo”, considera que, más que una teoría, es una herramienta que permite teorizar acerca de asuntos que, en apariencia, no guardan una relación entre sí (Onuf, 1998, p. 58). Walter Carlsnaes (2013) considera al constructivismo como un “punto de vista metateórico en el estudio de los fenómenos sociales”, razón por la que lo entiende más como una herramienta “fundamental para el análisis político en lugar de un enfoque analítico o teórico específico dentro de las relaciones internacionales” (p. 121). Por el contrario, Emanuel Adler (2013, p. 114) afirma que el constructivismo cuenta con un lugar propio en la teoría convencional de las Relaciones Internacionales y rechaza el aserto de que esta corriente teórica sea una metateoría,

pues se involucra tanto o más que cualquier otra en la investigación empírica. Mónica Salomón González (2001) sostiene que el constructivismo se caracteriza por “su programa de investigación, construido no a partir de una teoría acabada sino más bien a partir de las carencias percibidas en los enfoques tradicionales (y, en concreto, en el programa neorrealista-neoliberal), particularmente en el tratamiento de los factores socio-cognitivos” (p. 31); en virtud de ello, los constructivistas “prefieren una teorización más inductiva e interpretativa que deductiva y explicativa. Más que premisas o supuestos, lo que se plantea son hipótesis de trabajo” (ibidem). Jeffrey Checkel (1998) menciona que, si bien el constructivismo ha ampliado las fronteras teóricas de las Relaciones Internacionales, no es una teoría sino “un enfoque sobre la investigación social basado en dos suposiciones: (1) el ambiente en el cual los agentes o Estados se desenvuelven es tanto social como material; y (2) este escenario puede proporcionar a los agentes o Estados los entendimientos respecto de sus intereses (puede ‘constituirlos’). Dicho de otro modo, estos académicos [los constructivistas] cuestionan el materialismo y el individualismo metodológico sobre el que se ha construido una gran parte del campo de las relaciones internacionales contemporáneas” (pp. 325-326). Trine Flockhart (2012, p. 81) descarta que el constructivismo sea una teoría, estimándolo, más bien, como una ontología social que no detalla las relaciones sociales que atiende; además, comenta que un gran sector de la academia preferiría catalogar al constructivismo como una aproximación antes que una teoría, pues se aduce que es incapaz de distinguir a los agentes y los problemas en los que participan en las relaciones internacionales. Este paradigma no cuestiona las premisas del realismo o el liberalismo, y no se trata, *per se*, de un paradigma “optimista” ni “pesimista” (Adler, 1997, p. 323, como se citó en Flockhart, 2012, p. 81-82). Sin embargo, el valor que el constructivismo aporta al debate académico no puede ser desestimado, pues echa luz sobre las posibilidades de cambio o el íntimo vínculo que subyace entre la identidad y el interés estatal (Hopf, 1998, p. 172, como se citó en Flockhart, 2012, p. 82). El constructivismo complejiza lo que se da por sentado y se toma como parte de lo que existe (Pouliot, 2004, p. 323, como se citó en Flockhart, 2012, p. 82).

A pesar de estos cuestionamientos, el constructivismo puede ser tomado como una teoría sustancial – es decir, que alude a la esencia de las cosas –, fungiendo de marco teórico para interpretar la política exterior de los Estados; así, se puede hacer referencia a un “constructivismo aplicado” (Flockhart, 2012, p. 82).

Alla Kassianova (2001, p. 823) afirma que el constructivismo no se concentra tanto en el valor de variables previamente establecidas, sino que atiende las modificaciones de los significados que los agentes le asignan. De este modo, el constructivismo incorpora una dimensión temporal y subjetiva al análisis tradicionalmente ceñido a una estructura material

inalterable. Este enfoque considera que las percepciones, las ideas y los conceptos que rigen la conducta política poseen un carácter relacional y encierran la posibilidad de modificarse en el tiempo. Al reconocer que la estructura posee un contenido no solamente material sino también cognitivo, el constructivismo desafía las evaluaciones que asumen que los agentes disponen de atributos inmodificables, esquemas de interacción reiterativos o un conjunto restringido de posibilidades.

En ese sentido, resulta fundamental tomar las ideas que al respecto expone Alexander Wendt, uno de los principales exponentes de la escuela constructivista. Para este académico, la cuestión central que el constructivismo atiende consiste en la conformación recíproca de las estructuras sociales y los agentes en las relaciones internacionales (Wendt, 1987, como se citó en Salomón González, 2001, p. 32). Wendt (1999) identifica dos supuestos esenciales del constructivismo: “(1) que las estructuras de la asociación humana se encuentran determinadas principalmente por las ideas compartidas en lugar de fuerzas materiales y (2) que las identidades y los intereses de los actores intencionales son construidos por estas ideas compartidas en lugar de ser otorgadas por la naturaleza” (p. 1); en virtud de ello, sugiere catalogar al constructivismo como “un tipo de ‘idealismo estructural’” (p. xiii). Estos presupuestos ponen de manifiesto el cuestionamiento que el constructivismo hace sobre el individualismo y materialismo metodológico (Checkel, 1998). Por otro lado, Wendt (2005) cuestiona la premisa de la escuela realista según la cual el principio de autoayuda que rige la conducta racional de los agentes y la anarquía sean intrínsecos al sistema internacional; en cambio, manifiesta que estas dinámicas son resultados de un proceso y no parte de una estructura inmutable. La estructura no es una entidad que existe independientemente de los agentes; esta no se puede explicar sin antes desentrañar el conjunto de las interacciones entre las identidades y los intereses específicos que la gestó. Es por ello que concluye que “la anarquía es lo que los Estados hacen de ella” (Wendt, 2005, p. 5). Su análisis prosigue sosteniendo que el constructivismo se basa en el hecho de que un agente se relaciona con un objeto u otro actor en función del significado que este último tiene para el primero; esto genera una serie de interpretaciones y percepciones intersubjetivas que cumplen la función de construir imágenes que distinguen al uno del otro, forjando el establecimiento de “significados colectivos” que constituyen la estructura en la que se enmarcan nuestros actos. El rol que los actores adquieren en estos “significados colectivos” les permite adquirir una identidad, una entidad de carácter eminentemente relacional que es entendida como las “expectativas e interpretaciones del yo relativamente estables y acordes con su papel” (ibid., p. 8). Posteriormente, dichas identidades constituyen los intereses, y el conjunto duradero de ambos sientan las bases de las instituciones. Wendt (2005) aduce que las instituciones se sostienen no por el hecho de que haya reglamentos o normas cifradas en ellas, sino porque son

“entidades cognitivas” que guardan un íntimo vínculo con las ideas acerca del mundo que poseen los agentes que participaron, a través de un proceso de “conocimiento colectivo”, en su constitución. Las instituciones pueden adoptar un carácter cooperativo o conflictivo, según las identidades, ideas e intereses de los actores que participaron en su conformación. En consecuencia, tanto los actores estatales – identidades – como las estructuras sistémicas – cogniciones colectivas – son “mutuamente constitutivas” (ibid., p. 9).

Onuf (2013, p. 29) delinea tres ideas que estructuran su noción de constructivismo. En primer lugar, la sociedad es lo que hace, ya que cualquier entramado de relaciones sociales cohesionadas es un proceso en el que los agentes y sus mundos se constituyen el uno al otro. En segundo lugar, el discurso y sus productos – como las reglas o las políticas – son los vehículos que permiten la construcción social – que siempre es normativa –; el lenguaje no solamente cumple la función de representar el mundo, sino también de constituirlo; los individuos se convierten en agentes gracias al lenguaje, que les permite manifestar anhelos que se traducen en metas sobre la que se realizan actos para alcanzarlas. En tercer lugar, las reglas, en su condición de vehículos, convierten los elementos disponibles en recursos, generando oportunidades asimétricas para ejercer el control y la distribución de beneficios; esto es algo que ocurre en toda sociedad, incluida la sociedad internacional.

Stefano Guzzini (2013, p. 197) identifica tres principios fundamentales del constructivismo en las relaciones internacionales: el nivel de observación, el nivel de acción y el vínculo entre estos dos. En el campo de la observación se encuentra que el constructivismo trata, desde una perspectiva epistemológica y otra ontológica, sobre la construcción social del conocimiento y la construcción del mundo social, respectivamente. En el ámbito de la acción se manifiesta un constructivismo sociológico, que lidia con el análisis de la intersubjetividad y que surge como respuesta a los enfoques de decisión racional. Por último, el constructivismo, al buscar desentrañar la manera en la que se construye la realidad, debe interpretar el nexo que se establece entre los niveles de observación y acción; el producto de este vínculo es el concepto y análisis del poder; la noción de poder está vinculada con ‘el arte de lo posible’.

Ahondando en el papel desempeñado por el observador y el valor sustancial de la observación, Guzzini (ibid., p.200-201) señala la diferencia entre los hechos naturales – es decir, fenómenos que se encuentran en un estado bruto – y los objetos de conocimiento; mientras que los primeros existen independientemente de la reflexión del observador, los segundos cobran relieve gracias a la observación de quien los interpreta por medio de prácticas discursivas. El constructivismo considera que la observación no debe ni quedar reducida a un simple recuento objetivo de los hechos naturales ni caer en la percepción subjetiva, sino ser una herramienta para la construcción social de objetos de conocimiento. El proceso interpretativo

que permite la construcción de objetos de conocimiento socialmente relevantes se asienta en códigos, símbolos, lenguajes y prácticas sociales. A su vez, estos objetos de conocimiento pasan a constituir lo que se denomina 'realidad', siendo esta, en consecuencia, una construcción social.

Por añadidura, el constructivismo traza una línea entre el mundo natural y el social, entre los sucesos en su estado bruto y los hechos institucionales, existiendo estos últimos gracias a la función que les asignamos, a un conjunto compartido de significados intersubjetivos (ibid., pág. 201). En el campo de la acción social, los constructivistas deben tomar los hechos institucionales y analizarlos no sobre la base del individualismo, sino de la intersubjetividad. Realizar un análisis bajo un marco individualista posee poca utilidad para el constructivismo, pues asume una lógica egoísta y racional basada en la maximización del valor y una interpretación errónea respecto de la esencia de las reglas y normas (ibid., p. 203-204). El cambio estructural no es el resultado del cúmulo de acciones individuales, sino por la multiplicación de prácticas intersubjetivas ceñidas a normas (ibid., p. 205). Este último argumento explica por qué es un error pensar que el constructivismo es una expresión de voluntarismo. La construcción de un orden social justificada exclusivamente en el deseo personal es inviable. Las acciones de los actores son orientadas por reglas y normas, y estas tienen un carácter intersubjetivo y no individual (ibid., p. 197).

Por otro lado, Trine Flockhart (2012, pp. 83-90) identifica cuatro postulados básicos del constructivismo. En primer lugar, el constructivismo considera que la realidad es una construcción social, un proyecto en constante devenir, y no una entidad preexistente. Si bien existen ciertos hechos "en bruto" que, por su materialidad, son incontrovertibles, lo que sí resulta contestable es el significado que cada actor le asigna a un mismo hecho. Empero, la realidad también está poblada de aspectos que son catalogados como hechos "sociales" a los que se les asigna un significado común, producto del consenso y el conocimiento compartido, y que "existen" producto de la práctica. Los sucesos que acontecen en las relaciones internacionales son hechos "sociales" cuyo valor se encuentra en el significado y las prácticas que los actores les han atribuido. Las relaciones sociales, reglas y prácticas habituales de estos hechos "sociales" durante un periodo temporal prolongado pueden darle a este la apariencia de un suceso "objetivo". Onuf (2012) propone un constructivismo que no marca una distinción drástica entre las realidades sociales y materiales; ninguna de las dos ejerce soberanía sobre la otra ni la relega a un segundo plano, porque ambas, según sus palabras, "se contaminan" recíprocamente (p. 40). Con relación a este concepto, Friedrich Kratochwil (1991, como se citó en Peltonen, 2017, p. 4) destaca el significativo papel desempeñado por el lenguaje y el discurso; dado que las cosas no poseen una esencia propia que sea necesario develar, el significado de

estas se elabora en los contextos en los que se enmarcan, siendo necesario reconocer la función que la comunicación o el lenguaje pueden jugar en este proceso.

En segundo lugar, el constructivismo apela a un enfoque en las estructuras ideológicas y materiales y la importancia de las normas y reglas. La estructura está compuesta tanto por fuerzas materiales como ideacionales. Onuf (1998, p. 63) propone denominar a la estructura más bien como un “acuerdo social” y considerar que la anarquía internacional es un acuerdo social a gran escala. Es el conocimiento compartido sobre los objetos materiales, las reglas, los símbolos y el lenguaje los que determinan la interpretación que un agente hace respecto del mundo y las acciones de sus semejantes. Las estructuras están cifradas en reglas formales y normas informales a las que los actores se ciñen tras un proceso de socialización (Wendt, 1992, como se citó en Flockhart, 2012, p. 82). Una norma puede ser definida como un patrón de comportamiento que resulta adecuado y propio de un agente con una identidad específica (Finnemore & Sikkink, 1998, p. 891). Las normas son entendimientos colectivos que se encuentran ligadas a identidades particulares y enraizadas en colectividades específicas. Las reglas y normas le otorgan sentido a lo que una situación es y establecen marcos para interpretar acciones o elecciones particulares (Kratochwil, 1991, p. 98-100, como se citó en Peltonen, 2017, p. 4). Dichas normas componen la estructura en la que los agentes interactúan; si es que se modifican las normas que rigen la actuación de los agentes, también lo hará la estructura (Flockhart, 2012, p. 86). Estas normas sociales y significados intersubjetivos condicionan la perspectiva que el hombre tiene tanto de sí mismo como del mundo (Adler, 2013, p. 125). Las reglas y normas instituyen prácticas que posibilitan el significado (Kratochwil, 1991, como se citó en Peltonen, 2017, p. 4). Ningún agente, por sí solo, posee ni una autonomía absoluta ni una independencia total para actuar, pues se encuentra constreñido por los límites que las reglas y normas le imponen (Onuf, 1998, p. 65).

En tercer lugar, el constructivismo subraya el papel que la identidad desempeña en la configuración de la acción política y la importancia de las 'lógicas de acción'. La identidad consiste en el juicio que uno elabora sobre sí mismo, el lugar que ocupa en el mundo y las relaciones que sostiene con los demás; esta apreciación es dinámica y puede presentar variaciones a lo largo del tiempo. Pero esta evaluación tiene un carácter relativo; es decir, se encuentra en función de la percepción con la que uno cuenta en comparación con un “Otro”. Las identidades comprenden una gama de intereses o preferencias específicas relacionadas con la forma de proceder de un agente (Hopf, 1998, p. 175, como se citó en Flockhart, 2012, p. 87). La identidad de un agente puede estar determinada por el contexto histórico, cultural, político y social en el que se desarrolla. El reconocimiento de estos elementos intangibles es fundamental para comprender por qué un actor no siempre se guía por factores materiales o

una lógica racional de costo-beneficio para tomar una decisión; antes bien, el curso de sus actos puede guardar coherencia con su identidad, las normas que la sustentan y la conducta que le demanda. A pesar de que se reconoce que la lógica de la acción está condicionada por la identidad del agente, el constructivismo admite que el contexto de la coyuntura y la fuerza de la costumbre también pueden desempeñar un papel preponderante en la adopción de una forma de actuar (Flockhart, 2012, 87).

En lo que concierne a la identidad, Vendulka Kubálková (2015, p. 33) afirma que el constructivismo propone pasar de la evaluación de las capacidades estatales o de la distribución del poder en el marco de la estructura internacional al énfasis en la identidad que define a un Estado; de esta manera, son las identidades, y no las capacidades, las que se encuentran vinculadas a los intereses nacionales que este último defiende. Es decir, se propone pasar de un enfoque que explica lo que los Estados son capaces de hacer debido a la posición que ocupan en la estructura a lo que estos quieren hacer debido a la imagen que conciben de sí mismos en comparación con los demás.

En cuarto lugar, el constructivismo defiende la naturaleza mutuamente constitutiva de los agentes y la estructura, así como un enfoque en la práctica y la acción. Wendt (1995, p. 73) contrasta las dispares nociones respecto de la estructura que poseen el neorrealismo y el constructivismo; mientras el primero considera que esta es una mera distribución de capacidades materiales, el segundo sugiere que es la conjunción del conocimiento compartido, los recursos materiales y la costumbre. Onuf (1998) considera que el constructivismo trata a las personas y a la sociedad como el producto de la construcción del otro y que “el acto de construcción, la co-constitución [sic] de las personas y la sociedad, es lo que hace la historia” (p. 42). La esencia mutuamente constitutiva de los agentes y la estructura bebe de las ideas de Anthony Giddens, cuya teoría de estructuración asevera que las estructuras influyen en los agentes, pero que estos, a través de la práctica, también pueden ejercer un impacto en estas. Las prácticas rutinarias permiten que los hechos “sociales” se manifiesten y se vuelvan costumbre, adquiriendo una entidad propia ajena a los agentes que los engendraron y que se incorpora en la estructura. Un agente ve reforzada su identidad al apreciar que su propio mundo cognitivo se encuentra reproducido en la estructura. No obstante, esto abre paso a una de las limitaciones del constructivismo: la dificultad de cambio. Si bien un actor puede generar un cambio en la estructura, también reproduce las limitaciones que la misma le impone. Por ello, se debe distinguir entre la política exterior como práctica (en la que un agente no produce ninguna modificación en la estructura) y como acción (en la que un actor posee la pretensión y el objetivo de alterar la estructura). Es más probable que la acción que produce un cambio acaezca cuando se da lo que se denomina una “coyuntura crítica”, en la que los entendimientos

cognitivos hasta entonces vigentes carecen del consenso del que antaño gozaban, siendo necesaria una modificación en las reglas y normas – e incluso en la identidad, los intereses y el conocimiento compartido – para modelar una estructura que permita encarar los nuevos desafíos que presente el contexto (Flockhart, 2012, p. 89-90).

A modo de síntesis, el constructivismo puede ser considerado como un enfoque que: destaca los factores ideacionales, además de los materiales, para explicar la acción social y las interacciones; afirma que los factores ideacionales de mayor relevancia son aquellos que son compartidos y que constituyen un conjunto de creencias intersubjetivas que no se agotan en un solo individuo; sostiene que los factores ideacionales en cuestión establecen los intereses y las identidades de los actores (Guzzini, 2000, como se citó en Bertucci et al., 2018, p. 18).

3.2. Divergencias en el seno del constructivismo

A pesar de los principios previamente expuestos que definen al constructivismo, este dista de ser un bloque monolítico de ideas; referirse a “el” constructivismo difuminaría las divergentes interpretaciones que sus teóricos han hecho de esta corriente y sería, por lo tanto, impreciso. Existe el consenso de que las acciones en el sistema internacional son sociales – y no exclusivamente materiales – y construidas – y no preconcebidas –. Los constructivistas rechazan la distinción que se hace entre el responsable de las decisiones de política exterior como agente y la estructura del sistema internacional, pues consideran que tanto el agente como la estructura son indisolubles y ninguno de los dos es más prominente que el otro. Sin embargo, se plantean distintos enfoques para salvar esta brecha entre el agente y la estructura; es decir, existen diferentes fenómenos sociales a los que se apela para justificar la intermediación o la mutua constitución del agente y la estructura (Kubálková, 2015, pp. 21, 23). Teóricos como Martha Finnemore y Peter Katzenstein apuntan a las normas y el contexto social como la principal variable explicativa. John Gerard Ruggie, en cambio, sugiere que la institucionalización y la intersubjetividad son las responsables de difuminar las fronteras entre el agente y la estructura. Nicholas Onuf y Karin Marie Fierke proponen al lenguaje como el elemento fundamental que permite unificar a los dos. Alexander Wendt (2005, p. 30) propone las nociones del ‘altercasting’ – en el que hay un *ego* que proyecta una identidad para crear un escenario en el que condicione las respuestas de *alter*, de manera que *ego* logre que *alter* asuma y represente el rol que el primero desea que el segundo ejerza – y del ‘reflejo en el espejo’ – en el que la identidad de *alter* es un resultado del accionar de *ego*, por lo que, si el proceder de *ego* cambia, también lo hará la autopercepción que *alter* tiene de sí mismo –. Sin desatender la construcción de la realidad social a través de las normas y las consecuencias normativas de esta clase de

construcciones, la atención de los estudios constructivistas se ha orientado a la identidad y sus repercusiones (Adler, 2013, p. 113).

Ian Hurd (2009, pp. 305-309) destaca tres principales diferencias que surgen al interior del constructivismo. La primera discrepancia gira en torno a la manera en la que un académico constructivista decide abordar una unidad de análisis. Más allá de que se pueda subrayar el rol de ciertos actores o prácticas en alguno de los tres niveles de análisis – individual, estatal y sistémico, como lo definió Kenneth Waltz en *El hombre el estado y la guerra: un análisis teórico* – existe un consenso en el constructivismo acerca de la constitución mutua entre los agentes y las estructuras bajo análisis, evitando la discusión respecto de qué nivel de análisis es el más determinante al estudiar el desarrollo de las relaciones en el orden internacional. Entender la forja de la identidad de un Estado no puede circunscribirse al análisis de un solo nivel. Sin embargo, aquello que puede ser dado por sentado resulta un asunto un tanto más controversial; esto ocurre cuando se opta por tomar a un Estado como algo dado, priorizando el estudio sobre la manera en la que este influye y es influido por las normas internacionales, pero dejando de lado el estudio previo sobre la formación de dicho Estado. La significancia de este último ejercicio no es menor, pues el proceso histórico y social por el cual el Estado ha logrado constituirse en una entidad puede ofrecer claves para entender la relación que éste sostiene con las normas internacionales. Adoptar este enfoque al examinar a un actor, un proceso o una estructura puede tanto problematizar como enriquecer el análisis, pero la decisión de optar o descartar esa alternativa dependerá del criterio del constructivista.

En segundo lugar, reconocer que el campo de la política internacional es fruto de una construcción social genera algunas discusiones intelectuales respecto de la epistemología y el método científico presentes en el estudio de las Relaciones Internacionales. Esto ha generado dos vertientes en el seno del constructivismo. Por un lado, existe una corriente positivista que aduce que la construcción social del sistema internacional se basa en patrones que pueden dar pie a ideas generales e hipótesis que pueden ser refutadas si son puestas a prueba frente a una observación que las contradiga; dichos patrones son el resultado de leyes implícitas que rigen las relaciones sociales y pueden ser distinguidas gracias a una investigación científica. De esta manera, a pesar de que las herramientas empleadas en las ciencias sociales sean diferentes de aquellas utilizadas en las ciencias físicas, el propósito final de ambas es identificar las relaciones de causa y efecto que ocurren independientemente del sujeto que las estudia. En contraposición a esta tendencia surge una perspectiva pospositivista, asegurando que la información que puede ser extraída de los fenómenos sociales no es inequívocamente objetiva, el sujeto que analiza el objeto de estudio no es completamente independiente de este último y los vínculos sociales no pueden ser catalogados como meras causas o efectos. Los fenómenos sociales no son una

certeza, sino una contingencia; en consecuencia, la investigación social debe enfocarse en “la constitución social del significado, la construcción lingüística de la realidad y la historicidad del conocimiento” (Campbell 2007, p. 209-210, como se cita en Hurd, p. 307). Por ende, en lugar de probar una hipótesis, resulta indispensable interpretar la forma en la que los sentidos sociales y el poder generan la – aparente – estabilidad de la esfera social (Devetak, 2005, p. 169, como se cita en Hurd, p. 307). Estas interpretaciones discrepantes entre la orientación positivista y pospositivista dentro del constructivismo generan relaciones igualmente disímiles respecto del componente ético presente en su investigación; mientras que para la primera corriente existe una distancia entre el observador y las relaciones objetivas bajo estudio que relegan la cuestión ética a un segundo plano, la segunda tendencia evalúa que el sostener una línea interpretativa a partir de la cual se pueden formular aseveraciones es una postura con implicancias éticas. David Campbell (1998, como se cita en Hurd, p. 308) ejemplifica la posición pospositivista al respecto al argumentar que la violencia desatada durante la guerra de Bosnia fue, en cierta medida, fomentada por la comunidad internacional, porque esta procedió a resolver el conflicto asumiendo la existencia de una norma subyacente según la cual el concepto de comunidad nacional requiere la unión entre un territorio acotado y una identidad fija. Para Campbell, dicha norma se sustenta en la intolerancia étnica y apunta a que los diferentes grupos étnicos en Bosnia deben estar físicamente distanciados entre sí, dándole cabida al discurso nacionalista que impulsa la expulsión de aquello que es visto como ajeno frente al espacio considerado como propio o doméstico. En cambio, una interpretación de corte ético al respecto podría cuestionar la noción de que los individuos con una identidad étnica unitaria se ubican en un estado nación unitario. La formación de una idea de comunidad siempre genera tensiones, pero el abogar por una forma de comunidad no étnica y no nacional puede promover una convivencia más pacífica con el otro y rebajar la violencia entre los distintos sectores que la componen. Interpretaciones constructivistas en esta línea adquieren, como es evidente, una dimensión ética.

En tercer lugar, el carácter anárquico del orden internacional también es motivo de discusión entre los constructivistas. La mayoría de constructivistas asumen que el orden internacional es anárquico, coincidiendo con los neorrealistas y neoliberales. No obstante, teóricos como Wendt (1999, p. 307-308, como se cita en Hurd, p. 308) mencionan que si sucediera una serie de cambios en las relaciones sociales entre los Estados, quizás la anarquía podría abrir paso a la autoridad, entendida esta última como una relación de poder que cuenta con la suficiente legitimidad para impulsar un orden jerárquico al que un conjunto de actores se someten y cuyas directrices se ven obligados a acatar. Los constructivistas que avalan esta posición identifican al Secretario General de la ONU, el Consejo de Seguridad de la ONU, los discursos basados en el derecho internacional o las normas que regulan las intervenciones como

ejemplos que ilustran el predominio de la autoridad en desmedro de la anarquía en el escenario internacional. En este sentido, el constructivismo se divide entre un bando ‘convencional’ – que afirma que, si bien el contenido del anarquismo puede verse alterado gracias a la coordinación entre las instituciones o a una cultura compartida, su condición estructural como base del sistema internacional es invariable – y un campo ‘posanárquico’ – que rebate la idea del anarquismo y dialoga con la escuela inglesa de las Relaciones Internacionales, exponente de una sociedad de estados en el sistema internacional en lugar de una condición anárquica del mismo –.



4. El constructivismo y su aplicación en el análisis de la política exterior rusa

Mientras haya Estados, habrá orgullo nacional con toda seguridad.
EMILE DURKHEIM, «Professional Ethics and Civic Morals»

[...] mi idea es que las nueve décimas partes de nuestra fuerza consisten solo en el hecho de que los extranjeros no entienden y nunca entenderán la profundidad y el poder de nuestra unidad.
FIÓDOR MIJÁILOVICH DOSTOIEVSKI en una carta con fecha del 21 de octubre de 1870 enviada desde Dresde al poeta Apolón Nikoláievich Máikov

Antes de emplear un enfoque constructivista para explicar la convergencia entre la Federación de Rusia y la República Popular China en el ámbito de sus relaciones internacionales, resulta oportuno comentar la validez y la pertinencia del constructivismo como una herramienta útil y práctica para emprender un análisis sobre la política exterior rusa en términos generales.

William C. Wohlforth (1994, p. 91) comenta que la corriente teórica del realismo surgió para ilustrar la caída en desgracia durante la década de los treinta del orden internacional establecido tras la Primera Guerra Mundial y se consolidó para explicar la incompatibilidad entre las grandes potencias tras la Segunda Guerra Mundial; sin embargo, su incapacidad para anticipar tanto el abrupto y relativamente apacible desmantelamiento de la Unión Soviética como la culminación de la conflictividad soviético-estadounidense que caracterizó al orden internacional establecido desde 1945 despertó críticas respecto de su validez como herramienta para describir el nuevo orden que surgió en 1991, una vez concluida la Guerra Fría. Las críticas se dirigieron principalmente al realismo estructural esgrimido por Kenneth Waltz y su insuficiencia para realizar análisis que tomen en cuenta las condiciones específicas del contexto en el que se enmarcan los actores internacionales; esto sí era posible con otras corrientes teóricas, entre ellas, el constructivismo.

Si bien estas consideraciones permiten complejizar y enriquecer el análisis de las relaciones internacionales y tomar en cuenta el componente del cambio en las mismas, sería injusto descartar al realismo como corriente teórica por el hecho de no haber podido prever el colapso de la Unión Soviética. Guzzini (2013, p. 196) así lo corrobora, aduciendo que se suele malinterpretar la crítica constructivista a las corrientes teóricas tradicionales, reduciéndola a una reprobación por no haber tenido la capacidad de predecir un evento puntual acaecido en el futuro. En realidad, el juicio constructivista de la época va más allá, pues alude al hecho de ni siquiera haber considerado el cambio como una circunstancia posible, dado que el sistema internacional es una entidad que no es inmutable:

Que un acontecimiento único sea difícil de predecir es algo que cabía esperar. Lo que impulsó la crítica constructivista fue, más bien, que las teorías predominantes ni siquiera reconocían la posibilidad de que ocurriera en primer lugar. Porque, según los constructivistas, el final de la Guerra Fría demostró que el mundo de las Relaciones Internacionales no es fijo como el mundo natural, un mundo que existe independientemente de la acción y la cognición humanas – incluyendo aquí los fenómenos sociales del lenguaje y la comunicación –. El sistema internacional, que suele describirse como anárquico por carecer de un gobierno central, sigue siendo un sistema cuyas reglas son elaboradas y reproducidas por las prácticas humanas. Solo estas reglas intersubjetivas, y no algunas verdades inmutables deducidas de la naturaleza humana o de la anarquía internacional, dan sentido a las prácticas internacionales (Guzzini, 2013, p. 196).

Reconociendo los cuestionamientos a los que se encontró sometido el realismo tras la conclusión de la Guerra Fría, resulta comprensible que, durante la década de los noventa, el auge de la teoría constructivista estuviera aparejado con el estudio de la política exterior de la Unión Soviética y, posteriormente, de su heredera: la Federación de Rusia (Neumann, 1996, Checkel, 1997, Hopf, 2002, como se citó en Feklyunina, 2018a, p. 5).

Teniendo en cuenta estos antecedentes, es preciso reconocer ciertos temas o conceptos vinculados a la escuela constructivista que dan forma a la política exterior rusa.

4.1. Ideas, identidad y su relación con la política exterior rusa

Valentina Feklyunina (2018a, pp. 8-10) se refiere a la presencia de las ideas y las identidades como uno de los rasgos más sustanciales en la formulación e implementación de la política exterior rusa. La aparición de nuevas ideas puede derivar en una modificación de la política exterior de un país cuando los responsables de promover políticas – los “empreendedores de políticas públicas”, en palabras del politólogo John Wells Kingdon – identifican las oportunidades surgidas tras un cambio en el orden internacional y tienen acceso a los principales tomadores de decisión; esto ocurrió en la Unión Soviética a fines de la década de los sesenta e inicios de la década de los setenta durante la época de la *détente*, en 1985 con la implementación de la perestroika y a inicios de la década de los noventa, cuando el bloque soviético se disolvió y surgió la Federación de Rusia (Checkel, 1997, como se citó en Feklyunina, 2018a, p. 8).

Por aquel entonces, según Vera Tolz (2001, p. 237-238), en los círculos intelectuales surgieron cinco corrientes teóricas que buscaban resolver cuál debía ser la identidad nacional rusa, ahora que Rusia ya no formaba parte de una entidad supranacional – como lo fue durante

el Imperio Ruso o la Unión Soviética – y daba sus primeros pasos como una nación autónoma. En resumen, se procuró pergeñar una respuesta a la siguiente pregunta: “¿quiénes somos los rusos?” En esa línea, se pensó en definir a “la nación rusa” como: “una unión identitaria”, en la que los rusos se reconocen como un pueblo imperial o un pueblo cuyo designio es forjar un Estado supranacional y pluriétnico en el territorio de la otrora Unión Soviética; “una nación de eslavos orientales”, que engloba a los rusos con un origen étnico y cultural comunes; “una comunidad de rusohablantes”, que ubica en el idioma el principal rasgo identitario de la colectividad rusa, independientemente de cuál sea el origen étnico de sus integrantes; “una comunidad racial”, donde los vínculos sanguíneos determinan una identidad común; “una nación cívica”, que aglutina a todos los ciudadanos de la Federación de Rusia, sin importar su raigambre étnica o cultural, que le deben lealtad a la constitución y a las instituciones políticas del naciente Estado ruso. Llegar a un acuerdo sobre una identidad única rusa era, pues, una tarea difícil que refleja la crisis existencial que supuso para la nación afrontar esta etapa de transición.

A pesar de ello, el constructivismo ha permitido que el análisis de las identidades presentes en la política exterior rusa adquiera visibilidad; en ese sentido, existe un consenso general de que Occidente y Europa son los principales puntos de referencia a partir de los cuales se puede explicar el proceder de la diplomacia rusa (Morozov, 2015; Tsygankov, 2016, como se citó en Feklyunina, 2018a, p. 8). En Rusia, la noción del “Otro” se encuentra hondamente asociada con Europa, y su inclusión o exclusión de esta ha perfilado, en buena medida, su política interna y externa:

De hecho, la idea de Europa es el principal "Otro" en relación con el cual se define la idea de Rusia [...] Los rusos, cuando se ponen a hablar de Europa, también hablan de sí mismos. La identidad no reside en rasgos culturales esenciales y fácilmente identificables, sino en las relaciones, por lo que la cuestión de dónde y cómo deben trazarse las fronteras hacia "el Otro" resulta crucial. La elaboración de la política rusa depende del tipo de proyecto político que sus ciudadanos políticamente dirigentes quieren que sea Rusia. Dado que la lucha sobre esto se lleva a cabo como una cuestión de cómo debería relacionarse con Europa, las ideas sobre Europa surgen como un determinante clave de fondo tanto para la política interior como para la exterior (Neumann, 1996, p. 1).

La idea del pasado juega un rol significativo en la determinación de la identidad de un Estado y su respectiva definición del “Otro”; Europa y Rusia han abordado de manera disímil sus

devenires históricos para identificarlo. Para Thomas Diez (2005), si la UE se reconoce como una “potencia normativa” basada en la comunión pacífica de sus miembros, es porque ha encontrado en Europa y su pasado desangrado por luchas intestinas y conflictos fratricidas el “Otro” del que aspira a distanciarse. Es sobre este “rechazo” a su propia historia que la UE cimenta su proyecto de integración. Por el contrario, Andréi Makarychev (2008) observa que la identidad de Rusia se encuentra sólidamente arraigada en su trayectoria histórica, reivindicando así su pasado.

Adicionalmente, el percibir que forma parte o no de Europa ha tenido para Rusia un impacto en la formulación de las amenazas a sus intereses nacionales y la definición de su agenda de seguridad. Aglaya Snetkov (2012) se remonta a los dos primeros periodos presidenciales de Vladímir Putin para demostrarlo. Entre 2000 y 2002 – los primeros años del primer mandato presidencial de Putin – el presidente ruso delineó en su discurso la identidad de Rusia como la de un Estado débil que temía perder su sitio dentro del conjunto de los Estados de primera línea; la principal amenaza en materia de seguridad consistía en el debilitamiento del Estado ruso a nivel interno y, por ello, se hizo hincapié en la atención de las amenazas domésticas a la seguridad nacional con el fin de fortalecer el Estado, lo que se vio plasmado en el Concepto de la Seguridad Nacional de la Federación de Rusia publicado en 2000. El terrorismo internacional presentaba amenazas para la estabilidad interna del país, como lo había demostrado la segunda guerra chechena; sin embargo, los riesgos de este fenómeno también estaban presentes a nivel externo, pues los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos pusieron en entredicho la estabilidad del orden internacional; no obstante, Rusia interpretó esta coyuntura como una oportunidad para presentarse como un socio indispensable en la lucha contra este flagelo, recuperando relevancia en el plano internacional y un lugar entre las potencias más importantes del planeta. El objetivo de fortalecer al Estado ruso para atender sus problemas internos pasaba, necesariamente, por obtener el reconocimiento como una gran potencia por parte de Occidente. Como sostiene Iver B. Neumann, “una Rusia como pequeña potencia es una imposibilidad. Rusia tiene que ser una gran potencia o no será nada. De hecho, este es un axioma explícito y autorreferencial en la política de identidad rusa, y lo ha sido durante mucho tiempo” (Neumann, 2008, pp. 128-129).

Sin embargo, entre 2006 y 2008 – últimos años del segundo periodo presidencial de Putin – el discurso del Kremlin varió. Por entonces, Rusia se consideraba un Estado sólido cuyas amenazas internas habían sido resueltas. Sin embargo, el país advirtió que Occidente no compartía esta percepción, pues este último no le dispensaba el trato que le corresponde a una gran potencia. Por ello, en esta época las relaciones con Occidente empezaron a deteriorarse y es así como el frente externo pasó a ser identificado por el discurso oficial como la principal

fuelle de los peligros para el Estado ruso. Si hasta hace unos años los brotes separatistas que surgían en las zonas del Cáucaso septentrional – como Chechenia o Daguestán – constituían las principales amenazas para el Estado, ahora el discurso oficial señalaba a los enemigos externos de Rusia – y del régimen de Putin, en particular – como las amenazas más peligrosas que buscaban infiltrarse en el Estado ruso para minarlo desde dentro; el sistema internacional y Occidente eran los escenarios desde los que se atentaba contra la nación euroasiática. Por aquel entonces empezaron a gestarse los discursos de claro tinte normativo, que reivindican los valores, la cultura y los intereses nacionales e invocan a la resistencia ante la avanzada occidental que pretende imponer sus valores y normas en territorio ruso. Rusia se describía ante el resto del mundo como una gran potencia que había superado las tribulaciones internas que antaño la aquejaron y que poseía la capacidad para defender sus intereses nacionales y reclamar el lugar que legítimamente le correspondía en el tablero internacional. Snetkov profundiza en este concepto de la siguiente manera:

Por lo tanto, la evolución de las políticas y los discursos de seguridad de Rusia en este periodo – como su relación con Occidente, la política hacia el Cáucaso Norte o sus planteamientos sobre la lucha contra el terrorismo – no pueden ser considerados simplemente examinando la esfera exterior o la interior. Tampoco pueden entenderse plenamente sin contextualizar estos ámbitos de seguridad dentro de la comprensión más amplia de la identidad del Estado y de otras normativas políticas, sociales y económicas. Por lo tanto, la política de seguridad de Rusia no debería tratarse como un subconjunto de su política exterior, sino como una política que debe estudiarse por derecho propio y relacionarse más ampliamente con la visión que tiene Rusia de sí misma y de sus "Otros" (Snetkov, 2012, p. 539).

Feklyunina (2018a, pp. 9-10) menciona que no existe un consenso sobre cuál es la fuente sobre la que se fundamenta la definición de la identidad rusa; algunos académicos recurren a documentos y declaraciones oficiales, mientras que otros acuden a los debates que tienen lugar en las élites y otros optan por las interpretaciones comunes presentes en las ficciones populares, los medios de comunicación masiva, los manuales, las encuestas de opinión pública o los grupos de enfoque. Neumann (1996) identifica dos perspectivas sobre la identidad rusa que históricamente se han encontrado en constante tensión: el nacionalismo romántico – que comprende las corrientes del eslavofilismo y el paneslavismo – y el liberalismo europeo. Andréi Tsygankov (2016, pp. 5-9), en cambio, prefiere romper con esta tradicional lógica binaria y propone tres vertientes que han predominado en el debate sobre la identidad rusa tras el fin de

la Unión Soviética: la occidentalista, la estatista y la civilizacional. Asimismo, se ha realizado un estudio (White y Feklyunina, 2014, p. 248, como se citó en Feklyunina, 2018a, p. 10) en el que se han identificado tres discursos identitarios contruidos por las élites políticas e intelectuales que presentan tres percepciones discrepantes sobre Rusia y su posición con respecto a Europa: “Rusia como Europa”, “Rusia como parte de una Gran Europa” y “Rusia como una Europa Alternativa”. En el estudio en cuestión también se concluye que las interpretaciones comunes condicionan indirectamente las medidas adoptadas por los tomadores de decisiones rusos, quienes deben velar por el mantenimiento de la legitimidad popular de la que gozan para preservar las influyentes posiciones que ocupan.

Tampoco debe descartarse la influencia que la posición material o económica de Rusia ha tenido en la construcción y percepción de su identidad en contraposición con Europa y Occidente. De acuerdo con Viacheslav Morozov (2013), Rusia ha asimilado la identidad de un “imperio subalterno”; por un lado, lo respalda su proverbial pasado imperial, la histórica hegemonía que ha ejercido en su esfera de influencia – ubicada en su “extranjero cercano” – y la poderosa capacidad nuclear que ostenta; por otro lado, presenta una considerable dependencia de Occidente en los campos económico y normativo. Por lo tanto, Rusia es, pues, una nación con una identidad escindida, híbrida, dual, ambigua, lo cual desata inevitables presiones internas en la formación de su política exterior.

4.2. La “idea rusa”

Una comprensión profunda de la identidad rusa estaría incompleta sin el reconocimiento de los valores que la configuran y que están presentes en la mentalidad de las autoridades que conducen la política exterior rusa. Para identificarlos, es preciso recurrir a los conceptos volcados por el propio Putin en el manifiesto “Rusia, ante el cambio de milenio” (Putin, 2005) emitido por el Kremlin el 29 de diciembre de 1999, dos días antes de asumir la Presidencia de la Federación de Rusia tras la renuncia al cargo por parte de Yeltsin. En el corolario de una década turbulenta y angustiante a causa de una crisis multidimensional que laceró al país, Putin mantiene que el camino de la recuperación no es un asunto circunscrito meramente a la dimensión económica, sino que incluye el plano político, conceptual, espiritual y ético. Reconoce que en una nación democrática – como lo es, por lo menos en términos formales, el país que encabeza – la ciudadanía no puede vivir sometida bajo una ideología estatal oficial y admite que la población ha acogido valores humanos universales que no reconocen fronteras geográficas y que trascienden a los de cualquier grupo social o étnico. Sin embargo, advierte que esto es insuficiente para el apuntalamiento de la sociedad rusa, que tendrá que respaldarse en cuatro valores que forjan lo que el propio Putin denomina como la “idea rusa”.

En primer lugar, el patriotismo es el sentimiento que fomenta el coraje, la resistencia y la fortaleza de la Madre Patria – *Ródina-mat'*, en ruso – y sin el cual alcanzar grandes hazañas será inviable.

En segundo lugar, Putin cita la *derzhavnost'*, un vocablo difícil de traducir que alude al concepto de Estado como gran potencia mundial y a la creencia de que en el destino de Rusia está cifrada la misión de ser y actuar como tal. La posición geopolítica, económica y cultural que Rusia ocupa en el mundo le otorgan el derecho de atribuirse un título de esta envergadura pues, como dice Putin, “Rusia ha sido y será una gran potencia” (ibid., p. 227). La *derzhavnost'* ha condicionado la idiosincrasia del pueblo ruso y la política estatal rusa a lo largo de su historia, siendo el sustrato sobre el que se cimienta la defensa de los intereses de la nación en el orden internacional; es el principal motor de la política exterior rusa y trasciende la figura del propio Putin. En esa línea, Andréi Vladímirovich Kózyrev alegó que Rusia estaba “condenada a ser una gran potencia” (Kozyrev, 1994, como se citó en Thorun, 2009, p. 34) y Yevgueni Maksímovich Primakov expresó lo siguiente:

Rusia siempre será una gran potencia. Esto no se trata de una cuestión de nostalgia, es simplemente un enfoque sobrio. En la actualidad, esta "grandeza" se basa principalmente en nuestro potencial estratégico, que sólo es comparable al de Estados Unidos. Pero esa no es la única baza de nuestro país. Tomemos, por ejemplo, nuestro territorio, nuestro potencial científico, el nivel educativo de nuestro pueblo y el lugar destacado que siempre ha ocupado Rusia en términos culturales (Primakov, 1996, como se citó en Thorun, 2009, pp. 34-35).

Seva Gunitsky (2018) asegura que este concepto no solamente implica arrogarse la condición de gran potencia, sino también el ser reconocida como una por las demás potencias en el mundo. Asimismo, le confiere a Rusia la injerencia sobre una esfera de influencia en su vecindario, estableciendo un paralelismo entre lo que supone la *derzhavnost'* para Rusia y lo que significó la doctrina Monroe para Estados Unidos en el siglo XIX. Cuando en abril de 2005 Putin sentenció que la caída de la Unión Soviética fue “la mayor catástrofe geopolítica del siglo [XX]”, no estaba expresando una añoranza por el sistema comunista, sino un lamento por la pérdida por parte de Rusia de su condición de superpotencia y de su hegemonía en su zona de influencia; en resumen, sus palabras se remitían a una pérdida de la *derzhavnost'* y de la imperiosa necesidad de recuperarla.

En tercer lugar, Putin alude a la *gosudarstvennichestvo*, otro término directamente intraducible que defiende la presencia de un Estado fuerte en la vida de los ciudadanos. El Estado

garantiza el orden y propicia cualquier tipo de cambio que pueda acontecer en la sociedad. Un Estado potente y vigoroso que haga valer su autoridad sin caer en el vicio del totalitarismo es una noción que goza de buena salud en la población rusa. Por ello, Putin avizora que Rusia no experimentará un renacer liberal que la lleve a convertirse en un remedo de potencias occidentales – como Estados Unidos o el Reino Unido – porque las raíces de su modelo político autocrático se nutren de otra tradición.

En cuarto lugar, la solidaridad social presente en la cotidianidad rusa sustenta la preferencia por estilos de vida y conductas colectivistas antes que individualistas. Una comunidad cohesionada y un Estado paternalista, antes que el empeño o la perseverancia personales, suponen plataformas más seguras sobre la que un sujeto puede alcanzar el bienestar. Putin concluye este apartado de su manifiesto considerando que la “nueva Rusia” surgirá de la mistura de los valores universales que paulatinamente están siendo acogidos por la sociedad rusa en la actualidad y los valores tradicionales rusos que, desde siempre, la han acompañado.

4.3. Rusia y su imperiosa necesidad de ser reconocida como una gran potencia

Feklyunina (2018a, p. 10-12) también alude a un concepto mencionado líneas arriba: la importancia que tiene en los estudios constructivistas de la política exterior rusa el reconocimiento – o no – de la identidad de Rusia por parte de otros agentes del orden internacional. Elementos como el reconocimiento del “Otro” – encarnado en Occidente y, más precisamente, Europa –, el honor y el respeto tienen un lugar importante en la política exterior rusa y en los discursos a través de los cuales esta busca difundir su identidad. Rusia no solamente aspira a ser una gran potencia, sino que ambiciona ser reconocida como tal y que su identidad se asocie de manera indelible a este concepto; esta postura tiene una trayectoria de larga data, encontrando sus orígenes en la época de Pedro el Grande – zar de Rusia entre 1682 y 1725 – (Neumann, 2008, p. 128) y conservándose tras el desmembramiento de la Unión Soviética (Zevelev, 2002; Smith, 2014; Urnov, 2014, como se citó en Feklyunina, 2018a, p.10). Sin embargo, la Rusia postsoviética no ha tenido el éxito esperado en esta empresa. Existe una brecha entre la percepción que Rusia tiene de sí misma y la que Occidente y Europa tienen de ella. Morozov lo sintetiza de la siguiente manera:

Probablemente sea seguro concluir que la mayoría de los enfoques existentes convergen en describir la posición de Rusia en Europa como indecisa, liminal y/o periférica. Esto implica que la evolución política rusa está determinada en gran medida por su pertenencia y exclusión simultáneas de Europa – entendida como comunidad

política –. Este amplio diagnóstico es compartido por una serie de perspectivas que van desde el constructivismo dominante hasta el posestructuralismo (Morozov, 2015, p. 20).

Neumann (2008), en cambio, propone una mirada en la que el reclamo de ser una gran potencia no esté directamente relacionado con la capacidad material de un Estado – como ocurre en la corriente teórica del realismo – sino a una “base social”; Rusia no la tiene, entre otras cosas, por tener un sistema de gobierno incompatible con el de las potencias de la Europa Occidental y que agudiza las diferencias sociales entre ambos actores:

Con la elección realizada por Rusia bajo el mando de Putin, las diferencias sociales que han existido históricamente entre las potencias de Europa Occidental y Rusia y las que están inextricablemente ligadas al sistema de gobierno, siguen estando entre nosotros. Por ejemplo, la propiedad, la libertad de contratación, las prácticas judiciales y penales, la administración sanitaria y toda una serie de otras prácticas. [...] La incapacidad de proyectar el poder en un grado suficiente para complacer a un realista, junto con la falta de voluntad de jugar según las reglas morales establecidas por las grandes potencias existentes y la falta de voluntad de cambiar el Estado para aproximarse a una racionalidad de gobierno por medios indirectos, se interponen en el camino para que pueda ganarse el reconocimiento de otros Estados que aparentemente se esfuerza tanto por conseguir [...] Rusia no se contará como una gran potencia de pleno derecho durante décadas todavía (Neumann, 2008, pp. 147-148).

Igualmente importante para Rusia resulta ser reconocida no solamente como una gran potencia, sino también como una potencia “normal”, con el fin de recibir el mismo trato que el de las otras grandes potencias. Se entiende por “normal” a aquel Estado que respalda los sistemas político y económico que rigen y se valoran en Occidente (Herman, 1996, como se citó en Splidsboel-Hansen, 2002, p. 406). La socialización de su identidad como el de una potencia “normal” en el orden internacional tampoco ha tenido éxito y ha frustrado su necesidad de reconocimiento. La percepción que Rusia tiene respecto del rol que le incumbe ocupar en el orden internacional tras la resolución de la Guerra Fría no calza con la apreciación que Estados Unidos tiene sobre el papel que le corresponde desempeñar a Rusia en ese escenario; el cisma existente entre estas discrepantes interpretaciones ha empantanado las relaciones entre ambos Estados (Zevelev, 2002, como se citó en Feklyunina, 2018a). Recibir este reconocimiento también por parte de la UE es un objetivo que Rusia ha perseguido en los últimos tiempos:

[...] la relación de Rusia con la UE se desarrolló en gran medida en el contexto del reconocimiento de la identidad. Entre los muchos beneficios de una mayor cooperación con la UE, Rusia espera encontrar una aceptación de sí misma como miembro de pleno derecho de una comunidad ideológica más amplia. [...] Con el objetivo inalterado de ser reconocida como un "país normal" y con las reformas políticas y económicas en curso, Rusia seguirá mirando a la UE para que apruebe su nueva identidad (Splidsboel-Hansen, 2002, pp. 399, 416).

4.4. Aplicación de la teoría de la identidad social en la política exterior rusa y china

Asimismo, el ansia de reconocimiento de la identidad de Rusia como una gran potencia se encuentra ligado a ideas como el estatus, el honor y el respeto (Forsberg et al., 2014, como se citó en Feklyunina, 2018a, p. 11). Deborah Welch Larson y Alexei Shevchenko (2010) toman como base la teoría de la identidad social para explicar la adopción de cierta línea de política exterior por parte de un Estado. La teoría de la identidad social afirma que la identidad de un agente deriva parcialmente de los grupos sociales a los que se encuentra adscrito. El agente aspira a formar parte de un grupo que cuente con una identidad positiva, pues la imagen del segundo repercute en la del primero. Adicionalmente, un agente evalúa el accionar del grupo al que pertenece en relación con otra colectividad; se toma como punto de referencia a un conjunto que ocupa un nivel similar o superior al de uno, pues un grupo no solamente desea distinguirse de los demás, sino pretende ser mejor que el resto. El estatus consiste en el posicionamiento que detenta un grupo con respecto a una característica o rasgo que es valorado por la sociedad. Obtener el estatus de una gran potencia y las obligaciones y derechos exclusivos que dicha condición entraña implica, entre otras cosas, "asegurar y mantener el consentimiento por parte de las potencias menores de que las grandes potencias tengan derechos y responsabilidades especiales" (Bull, 2005, p. 125). La magnitud de la reacción de un Estado ante lo que considera una humillación o una afrenta a su dignidad puede ofrecer una medida sobre cuál es el estatus que posee y que desea preservar y hacer respetar. El Estado que desea mejorar su estatus puede optar por tres tipos de iniciativas: la movilidad social – accediendo a un grupo de Estados que gozan de un mejor estatus –, la competición social –desafiando al grupo que posee un estatus superior y al que no se puede integrar– o la creatividad social –emprendiendo la resignificación de un rasgo negativo o la búsqueda de un campo en el que el grupo en cuestión puede acceder a un estatus superior–.

Tomando en cuenta este entramado teórico, Larson y Shevchenko analizan la manera en la que Rusia y China buscaron un estatus en consonancia con la identidad que pretendían construir tras el fin de la Guerra Fría. Occidente – que pertenecía a un grupo con un mayor

estatus – no ofrecía barreras de ingreso lo suficientemente flexibles, por lo que Moscú y Pekín transitaron la vía de la competición social al ver sus identidades como grandes potencias bajo amenaza. China emprendió una política militar asertiva, agregándole al poder económico de su diplomacia un mayor peso político en la zona del Asia-Pacífico; sus reivindicaciones sobre el mar de la China Meridional y sus maniobras militares en el estrecho de Taiwán en respuesta al nacionalismo taiwanés que hacía su aparición como un actor en el firmamento político de la isla son ejemplos de competición social. En consecuencia, se instaló la imagen de una China cuyo auge era tan vertiginoso como amenazante. En el caso de Rusia, su marginación de las instituciones multilaterales lideradas por Occidente a las que Andréi Kózyrev intentó acercar a su país abonó el terreno para la implementación por parte de su sucesor, Yevgueni Primakov, de la diplomacia multipolar, una política de competición social; de esta forma, Rusia buscaba hacer coincidir la política exterior de su país con su estatus de gran potencia y ser tratado como un socio en igualdad de condiciones, algo que no logró debido al momento unipolar y la hegemonía estadounidense que caracterizó al mundo en la década de los noventa. Al concluir ese decenio, la pérdida de su estatus de gran potencia suponía una gran inquietud para Rusia (Freedman, 1999, como se citó en Larson & Shevchenko, 2010, p. 81), cuya caótica situación doméstica ahondaba aún más en la percepción occidental de una nación devenida en un “caso perdido”.

Por otro lado, ambos países recurrieron a la creatividad social como un medio para adquirir estatus en terrenos que se encontraban alejados de la competencia geopolítica. China abocó esfuerzos para proyectar una imagen de gran potencia responsable; buscó el reconocimiento de otras naciones como Francia, Estados Unidos y Rusia por medio de “asociaciones estratégicas”, una iniciativa que no entraba en conflicto directo con ningún otro Estado y que promovía relaciones bilaterales con beneficios recíprocos; la fundación de la OCS presentó a China como una potencia responsable que buscaba liderar, desde esta plataforma, la lucha contra el terrorismo, el extremismo religioso y el separatismo; Pekín mostró una actitud de apoyo a las economías asiáticas que más sufrieron los embates de la crisis financiera de 1997-98, oportunidad que utilizó para demostrar que la cooperación económica entre China y demás naciones de la región no tenía que ser vista con recelo; tras el 11 de setiembre de 2001, China aprovechó el ascendente que tenía sobre Pakistán para que coopere con Estados Unidos en la lucha contra el fundamentalismo islámico en Afganistán. Por su lado, Rusia recuperó elementos de la simbología zarista – el escudo de armas de Rusia, con el águila bicéfala y la imagen de San Jorge dando muerte al dragón, fue restituido en 1993 – y soviética – el himno nacional ruso mantuvo la melodía del himno nacional soviético – que, puestos nuevamente en valor, recobraron una connotación positiva en el imaginario colectivo. Los atentados del 11 de

setiembre de 2001 supusieron también para Rusia una chance para presentarse como un actor necesario en la lucha de la comunidad internacional contra el terrorismo islámico, lo cual demostró con acciones concretas como: permitir a Estados Unidos el uso de su espacio aéreo, aceptar la instalación de bases militares estadounidenses en el Asia Central, coordinar acciones de apoyo para la Alianza del Norte – un frente que luchó contra el régimen talibán – y compartir información de inteligencia en la lucha contra el terrorismo islámico. Este tipo de acciones presentaban a una Rusia que renunciaba a la confrontación geopolítica frontal con Estados Unidos, fraguando una estrategia de creatividad social. Sin embargo, la asociación fue efímera, porque Rusia no recibió de Occidente el reconocimiento que esperaba: ser tratado como un socio ubicado al mismo nivel que Estados Unidos. Washington nunca vio en Moscú a un semejante, pues consideraba que debía amoldarse a los objetivos estadounidenses en Eurasia. La invasión estadounidense de Irak – burlando el Consejo de Seguridad de la ONU, donde Rusia ocupa un asiento permanente – y el respaldo de Washington a las “revoluciones de colores” que promovían cambios de régimen en Georgia, Ucrania y Kirguistán fueron asimiladas no solo como dolorosas afrentas que socavaban el rol tutelar de Rusia en su tradicional esfera de influencia, sino también como alarmantes advertencias sobre las posibles intenciones de pretender debilitar y derrocar el régimen de Putin. En respuesta, Moscú recurrió a una postura asertiva al comprender que no recibiría de Occidente la satisfacción que esperaba: el reconocimiento de su identidad como gran potencia. La cooperación que tanto Rusia como China puedan brindar a la comunidad internacional dependerá de que se les confiera dicha condición:

China y Rusia han estado motivadas por un fuerte sentimiento de agravio por las humillaciones pasadas infligidas por potencias externas. [...] Debido a su necesidad de identidades distintivas, los Estados emergentes deberían ser admitidos en las instituciones internacionales y las coaliciones informales sin estar sujetos a criterios ideológicos. A medida que disminuye la habilidad de Estados Unidos para alcanzar sus objetivos de forma unilateral, este país debe aprender a tratar a China y Rusia de forma distinta a la de rivales o socios menores si quiere obtener su cooperación (Larson & Shevchenko, 2010, pp. 94-95).

4.5. Una cuestión de honor

Tsygankov (2012) alude al rol que ejerce el honor en la construcción de la política exterior rusa. El honor, entendido como una manera de proceder virtuosa que determina la posición que un Estado ocupa respecto de otro en el orden internacional, puede servir para comprender la dimensión moral y ética de una acción en política exterior. Se sugiere que, en el caso de Rusia,

se podría rastrear en la defensa de su honor las razones de sus acciones en el escenario internacional y los motivos de sus fallidos intentos de acercamiento con Occidente. De acuerdo con Tsygankov, el mito del honor ruso que permea su política exterior está conformado por la noción de un Estado fuerte y paternalista que, por medio de sus instituciones domésticas, vela por el bienestar de sus ciudadanos y asume la responsabilidad de protegerlo de cualquier amenaza interna o externa; adicionalmente, incluye un sentido de deferencia a aquellos que se muestran afines a esta concepción del honor ruso a pesar de que no habiten el territorio ruso (Tsygankov, 2012, p. 28) – ver más adelante la mención al *Russkiy mir* –. Para Rusia, la empresa de conciliar sus intereses internos y externos con este sentido del honor ha supuesto un desafío frecuentemente irrealizable y al que Occidente no siempre se ha plegado. A través de diversos episodios históricos desde el siglo XIX hasta el siglo XXI, Tsygankov ilustra la manera en la que la preservación del honor ha conducido a Rusia a políticas exteriores de corte cooperativo – por ejemplo, la guerra contra el terrorismo islámico entre 2001 y 2005 –, defensivo – verbigracia, la contención de la expansión de la OTAN entre 1995 y 2000 – o asertivo – entre otros, la guerra de Osetia del Sur en 2008 –.

Tsygankov defiende un maridaje entre el realismo y el constructivismo para alcanzar un entendimiento más cabal de la política exterior rusa; es así como variables como el poder estatal o la seguridad son insuficientes por sí solas y deben ser complementadas con factores como la cultura o las ideas. Por ello, sostiene que lo que sostiene la política exterior rusa es un ideal nacional de una conducta honorable a la que se le agrega las capacidades materiales de las que la nación dispone. Los desacoples entre Rusia y Occidente ocurren cuando el primero lleva a cabo acciones que resguardan su honor en política exterior y el segundo las malinterpreta:

Mientras sienta suficiente reconocimiento y reciprocidad por parte de las capitales occidentales, Moscú está dispuesta a actuar de forma concertada con su interlocutor. Sin embargo, cuando Occidente desafía el carácter distintivo de Rusia y su sentido del honor interno, Rusia tiende a adoptar posturas políticas defensivas o asertivas. [...] Lo que Moscú ve como avances exitosos de sus honorables objetivos – que han incluido la seguridad, el bienestar y la independencia – las naciones occidentales lo perciben ocasionalmente como un comportamiento unilateral y revisionista (Tsygankov, 2012, pp. 5-6).

De esta manera, una relación virtuosa con Moscú será posible para Occidente en la medida en que acepte el desarrollo de una política exterior rusa caracterizada por la defensa de sus valores, intereses y sentido del honor excepcionales.

4.6. Las normas y su relación con la política exterior rusa

La relación que Rusia ha sostenido con las normas internacionales, ya sea adhiriéndose a ellas o cuestionándolas, es un elemento central para un análisis constructivista de la política exterior de Moscú. A principios de la década de los noventa, Rusia se mostraba aquiescente con las normas internacionales entonces vigentes en el orden internacional, pero las progresivas diferencias que han caracterizado su relación con Occidente la han llevado a cambiar su postura diplomática y presentar una interpretación alternativa de dichos preceptos (Feklyunina, 2018^a, p. 13). Las premisas normativas se han convertido en un ingrediente imposible de desatender en los discursos que Rusia ha dirigido a la audiencia internacional y que sustentan la proyección de su poder más allá de sus fronteras; esta actitud ha sido recibida con desconfianza por los miembros que conforman la UE (Makarychev, 2008). Por un lado, Rusia busca persuadir a los demás actores internacionales de que su política exterior se enmarca en una normativa semejante a la de Occidente, con el objetivo de ser reconocida como una potencia “normal”; sin embargo, ha promovido su propia agenda normativa frente a la UE, enfrentándose a las intenciones de esta última de exportar más allá de sus fronteras un modelo de gobernanza basado en la democracia liberal. Rusia considera a la UEE como una respuesta a la UE, buscando fomentar la instauración de un modelo regulatorio y de gobernanza común en los países del espacio postsoviético que integran esta plataforma. En este sentido, se da una “rivalidad normativa” en lo que es el “vecindario común” de ambos (Noutcheva, 2018, p. 317). De cualquier modo, Putin emplea el debate normativo para reafirmar la posición de liderazgo que Rusia pretende ejercer en la arena internacional (Makarychev, 2008).

Cabe destacar la ligazón entre la normatividad y la noción del “Otro”. Para comprender en su totalidad una norma, es preciso identificar quienes son los agentes que no se encuentran comprendidos dentro de ella; es decir, debe permitir reconocer a los que la infringen, definir a quienes se oponen a su cumplimiento. El “Otro” puede variar dependiendo del contexto que se encuentre bajo análisis; para Rusia, podría tratarse de la UE, Estados Unidos u Occidente cuando estos se alejan de la normativa a la que Moscú espera que se atengan (ibidem). Neumann (1996) menciona la dicotomía que se plantea en Rusia entre la “Europa falsa” – en la que se agrupa a los países del viejo continente que manifiestan su animadversión hacia Rusia o reniegan de los “auténticos valores europeos” – y la “Europa verdadera” – conformada por los Estados prorrusos y los que honran “el espíritu original de Europa” –, contrastando entre aquellos Estados que se apegan a una normativa esperada y aquellos que la incumplen, a partir de lo cual se puede precisar la figura del “Otro”. Entonces, podría afirmarse que identificar y caracterizar

quién es para Rusia el “Otro” será un buen punto de partida para auscultar la normatividad que propugna en el escenario internacional.

Dentro de los estudios constructivistas que atienden la política exterior rusa, las normas vinculadas a la soberanía, las intervenciones humanitarias y la doctrina de “responsabilidad de proteger” también poseen un espacio preponderante. En ese sentido, se traza un punto de coincidencia con China. Ambas potencias buscan manifestarse como Estados juiciosos y diligentes que velan por el cumplimiento del derecho internacional. Asimismo, Moscú y Pekín se muestran reacias a participar de manera directa y autónoma en guerras civiles, temiendo reproducir la desestabilización de la que Occidente ya ha dado pruebas de generar en escenarios como Afganistán, Libia e Irak; China ha mantenido esta postura a lo largo de las últimas décadas, mientras que Rusia la sostuvo hasta la anexión de Crimea en 2014.¹¹ Es así como estos dos países han formado una suerte de asociación estratégica en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para cerrar el paso a resoluciones punitivas contra el régimen de al-Ásad, como se ha demostrado en el caso de la guerra civil en Siria; empero, desempeñan diferentes roles dentro de dicho entendimiento, pues Moscú ha asumido el papel de ser un disidente más vistoso y explícito de esta doctrina, mientras que Pekín ha optado por ser un socio más prudente y silencioso (Snetkov & Lanteigne, 2015).

4.7. Rusia, su interpretación bidimensional de la soberanía y la construcción del *Ruskiy mir*

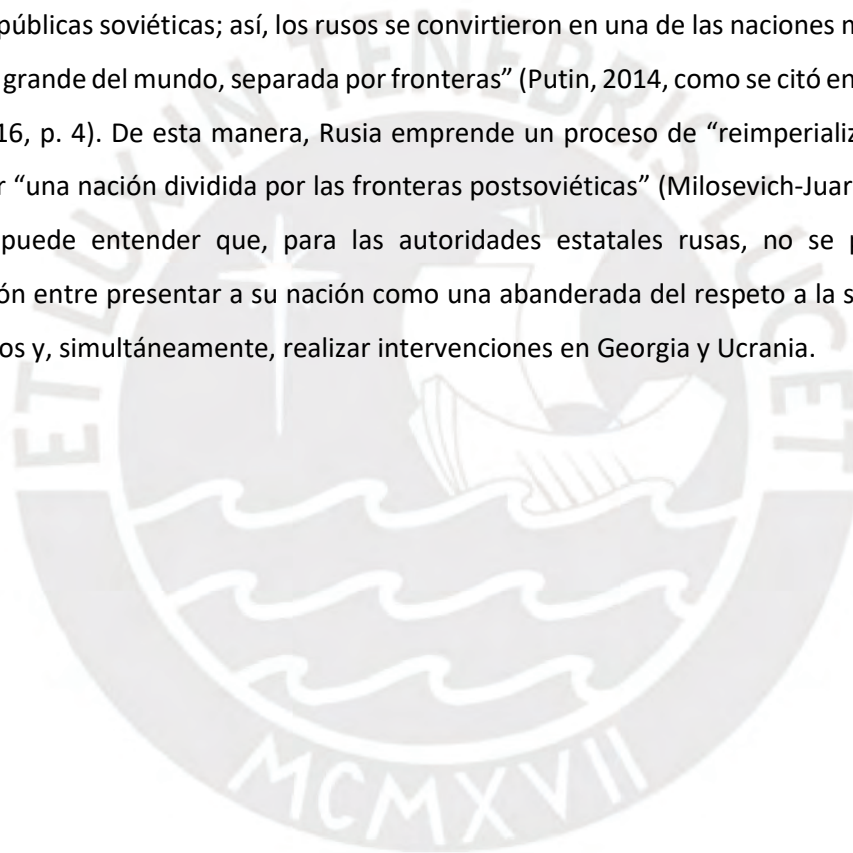
Una mención aparte merece la interpretación *sui generis* que Rusia ha desarrollado del concepto de soberanía, no coincidiendo del todo en comparación con la concepción que Occidente tiene del mismo. En un nivel, Rusia defiende firmemente la soberanía estatal, en línea con el respeto a los principios westfalianos que forma una piedra angular en su retórica de política exterior; dicha concepción de la soberanía se aplica para la propia Rusia, los Estados ubicados fuera del territorio que constituyó la Unión Soviética y el orden internacional en general. En otro nivel, se manifiesta un entendimiento más flexible de la soberanía, combinada con otros conceptos como la soberanía popular, la autodeterminación y la “responsabilidad de proteger” que tanto reprueba en los actores occidentales; ese enfoque se destina para el espacio postsoviético y

¹¹ Aglaya Snetkov y Marcel Lanteigne mencionan que la Federación de Rusia no manifestó su intención de participar individualmente en conflictos civiles hasta 2014, cuando tuvo lugar la anexión de Crimea y comenzó la guerra del Donbás, los dos principales episodios que conforman la guerra ruso-ucraniana. Sin embargo, es preciso señalar la existencia de intervenciones militares ejecutadas por parte de Rusia tras 1991 tanto en el ámbito geográfico correspondiente a la otrora Unión Soviética como fuera del espacio postsoviético. En el primer caso, hubo una participación militar directa por parte de Rusia en la guerra de Transnistria (1990-1992), la guerra de Abjasia (1992-1993), la guerra civil tayika (1992-1997), la guerra de Osetia del Sur (2008) y la guerra ruso-ucraniana (en curso desde 2014). En el segundo caso, la única intervención militar rusa se ha desarrollado en la guerra civil siria (en curso desde 2015).

Rusia lo considera un derecho exclusivo que se arroga y que permanece vetado a los Estados que no pertenecen a esta zona geográfica. Esto evidencia una instrumentalización de la noción de soberanía por parte de Moscú, pues ha servido para defender los intereses nacionales en su esfera de influencia, contrarrestar la influencia occidental – especialmente la estadounidense – en la región y afirmar una característica de su identidad como potencia (Deyermond, 2016, p. 16). Esta perspectiva rusa tan particular sobre la soberanía en su vecindario inmediato expone el hecho de que las fronteras que en la actualidad delimitan la Federación de Rusia no coinciden con las que demarcaron el Imperio Ruso y la Unión Soviética; esta brecha ha sido fuente de debates que buscan determinar en qué consiste y a quiénes incluye la “nación rusa” y dónde se ubican sus “justas fronteras”. Esta noción ha impregnado el discurso poscomunista y nacionalista y ha sido el sustento ideológico de políticas formuladas y adoptadas por la Federación de Rusia (Tolz, 2001, p. 235-236). La idea en cuestión se encuentra codificada en el concepto del *Russkiy mir* – “el mundo ruso” – al que apela Putin para destacar la excepcionalidad de Rusia como un “Estado civilización” que anhela recuperar el espacio que le corresponde a la “Rusia histórica”; el elemento cohesionador del *Russkiy mir* no es la etnicidad, sino el idioma ruso, pues incluye a los rusos nacidos en territorio ruso y a los “compatriotas rusohablantes” del extranjero. Dicho concepto fue afinado por ideólogos cercanos al Kremlin en la segunda mitad de la década de los noventa y se instaló en la retórica de Putin a partir de 2001 como una herramienta para legitimar su política doméstica y externa y respaldar las acciones “protectoras” emprendidas con el objetivo de defender al “imperio de la diáspora” (German Council of Foreign Relations, 2016, párr. 4-5). La relación entre la construcción de una comunidad lingüística rusa y la consecución de los intereses nacionales no debe ser subestimada; incluso se hace referencia a ella en el punto 81 de la Estrategia de Seguridad Nacional del país aprobada en 2015:

Una importancia especial para el fortalecimiento de la seguridad nacional en la esfera de la cultura se le atribuye a la implementación de la política estatal sobre la realización de la función del idioma ruso como el idioma estatal de la Federación de Rusia, un medio para garantizar la integridad estatal del país y la comunicación interétnica entre los pueblos de la Federación de Rusia, la base del desarrollo de los procesos de integración en el área postsoviética y un medio para satisfacer las necesidades lingüísticas y culturales de los compatriotas en el exterior. Rusia está implementando programas de apoyo al estudio de la lengua y la cultura rusas en los Estados miembros de la CEI para acelerar los procesos de integración euroasiática (Russian Federation, 2015, párr. 81).

Esta es una herramienta con la cual Rusia pretende cohesionar su esfera de influencia, proyectar su influencia en ella y aislarla de la injerencia de los valores occidentales, formando un “Estado civilización” ruso con un pasado y símbolos comunes que se erija en un relevante agente geopolítico (Ukraine Crisis Media Center, 2021, párr. 1). La noción del *Russkiy mir* y su ambición por restablecer las “fronteras perdidas” estuvo presente en el discurso que Putin pronunció el 18 de marzo de 2014, en el que se celebró un acto potentemente simbólico: la firma del borrador del tratado que oficializaría la incorporación de la península de Crimea a la Federación de Rusia. Por aquel entonces, el mandatario ruso recordó, en alusión al desmembramiento de la Unión Soviética, que “millones de personas se fueron a dormir en un país y se despertaron en muchos otros Estados, convirtiéndose en las minorías étnicas de las antiguas repúblicas soviéticas; así, los rusos se convirtieron en una de las naciones más grandes, si no la más grande del mundo, separada por fronteras” (Putin, 2014, como se citó en Milosevich-Juaristi, 2016, p. 4). De esta manera, Rusia emprende un proceso de “reimperialización” para dejar de ser “una nación dividida por las fronteras postsoviéticas” (Milosevich-Juaristi, 2016, p. 4). Así se puede entender que, para las autoridades estatales rusas, no se percibe una contradicción entre presentar a su nación como una abanderada del respeto a la soberanía de otros Estados y, simultáneamente, realizar intervenciones en Georgia y Ucrania.



SEGUNDA PARTE: DISEÑO METODOLÓGICO Y RESULTADOS

CAPÍTULO III

DISEÑO METODOLÓGICO

5. Metodología de la investigación

5.1. Características de la investigación cualitativa

Esta es una investigación de tipo cualitativo. Un estudio de esta naturaleza es: interpretativo, naturalista, situacional, reflexivo, flexible, inductivo y orientado al estudio de casos (Schreier, 2012, p. 20-28). En primer lugar, tiene un componente interpretativo, pues las fuentes que se emplean para realizar el análisis tienen un valor simbólico; por lo tanto, a diferencia de una investigación de orden cuantitativo, la interpretación del material en cuestión durante la investigación depende del sesgo del investigador, que elige dotar de significado y subrayar ciertas aristas de la información recolectada en desmedro de otras. Esto permite desechar la noción de una interpretación inequívoca; en efecto, la coexistencia de múltiples – e incluso discrepantes – explicaciones con base en un mismo material es válida. En segundo lugar, su enfoque es naturalista, pues considera al contexto como un elemento que tiene influencia en el fenómeno bajo estudio; se busca preservar el entorno en el que el fenómeno sucede, en contraposición con una investigación cuantitativa, que suele adoptar medidas para controlar esta variable y así evitar que esta influya en los resultados de la investigación. En tercer lugar, el análisis cualitativo es situacional, dado que el contexto no debe ser aislado ni desligado del análisis, pues puede determinar el valor de una observación; una conclusión divorciada del contexto ofrecerá generalidades que desembocarán en un análisis de escasa utilidad. En cuarto lugar, posee un enfoque reflexivo antes que objetivo; se toma en consideración el grado de involucramiento en la investigación tanto de los participantes – que se convierten en *socios* del investigador – como del investigador mismo – que reconoce su propia influencia en los resultados del estudio y en las interacciones que entabla con los participantes –. En quinto lugar, presenta un carácter flexible en el transcurso de la investigación; no es inmutable, pues a medida que se acumula y analiza información, el investigador puede alterar ciertos aspectos del estudio – por ejemplo, la pregunta de investigación o el número y tipo de preguntas que se realizan en una entrevista – a pesar de que este ya se haya iniciado, con el fin de adaptar los procesos vinculados a la búsqueda de información a los objetivos de la investigación. En sexto lugar, se orienta hacia un análisis inductivo, en el que las preguntas que se formulan a los participantes son abiertas – evitando la uniformidad de sus respuestas – y los conceptos o categorías más

importantes del análisis surgen de la información recolectada – en lugar de preestablecerlos y sondear la manera en la que encajan con el material reunido. En sétimo lugar, se orienta más al estudio de casos antes que de las variables preestablecidas, pues se aspira a analizar en toda su complejidad y de manera exhaustiva y holística el fenómeno en cuestión en lugar de comentar el papel aislado que una variable desempeña en el objeto de estudio. Finalmente, el análisis cualitativo hace hincapié en la validez de los resultados. Este es un objetivo común de las investigaciones de índole cuantitativa o cualitativa, pero ambas difieren respecto a lo que se tipifica como un “error”. La objetividad, tan valorada en los estudios cuantitativos, no tiene cabida en un análisis cualitativo; las condiciones del contexto en el que se ejecuta la investigación pueden variar en el tiempo. Por otro lado, no existe consenso sobre cuáles deberían ser los criterios según los cuales se puede determinar el grado de confiabilidad de un estudio. La validez de un estudio, entonces, alude tanto a la idoneidad de las herramientas que son empleadas para identificar y analizar la información necesaria que permita atender la pregunta de la investigación como a la solvencia y coherencia de las conclusiones alcanzadas producto de la data recolectada.

5.2. El análisis cualitativo de contenido

Sin embargo, es importante precisar que existen diversos procedimientos que permiten abordar el material cualitativo recolectado en una investigación; aquel que rige esta investigación es el análisis cualitativo de contenido. Un enfoque de esta naturaleza aspira a vincular fragmentos de la información acopiada a las categorías de un marco de codificación definido por el investigador.

Un dato carece de sentido por sí solo, pues es aquella persona que lo interpreta, con su apreciación personal sobre el tema y las singulares condiciones que configuran su formación y el entorno en el que se ubica, quien le adjudica un significado. Como ya se mencionó, el sentido es una construcción y no un elemento dado. El análisis cualitativo de contenido resulta pertinente cuando el significado de la información estudiada no es evidente para aquellos que la abordan y no genera un juicio unánime entre todos ellos, por lo que resulta indispensable una interpretación del material bajo estudio. Esta información puede ser tomada de otras fuentes que hacen referencia al problema de investigación – como documentos oficiales o libros – o generada por uno mismo al emprender el proceso de búsqueda de información – como entrevistas o grupos de enfoque – (Schreier, 2012, p. 56).

El análisis cualitativo de contenido apunta a explicar de una manera sistemática el sentido de la información hallada. Dicha información no consiste en textos en toda su extensión, sino en ciertos extractos relevantes de los mismos; este enfoque selectivo, que fija la perspectiva

desde la que se analiza el material recolectado, es el rasgo que distingue a este método cualitativo de otros. La herramienta que cumple esta función de filtro se denomina marco de codificación. Codificar implica un medio a través del cual “se agrupa la información obtenida en categorías que concentran las ideas, conceptos o temas similares descubiertos por el investigador” (Rubin y Rubin, 1995, como se citó en Fernández Núñez, 2006, p. 4). Los códigos consisten en “etiquetas que permiten asignar unidades de significado a la información descriptiva o inferencial compilada durante una investigación”, lo que permite “identificar o marcar los temas específicos en un texto” (Fernández Núñez, 2006, p. 4). Es decir, los códigos son los aspectos más resaltantes e importantes del material analizado que constituyen las dimensiones o categorías principales del marco de codificación. Posteriormente, se pueden establecer subcategorías que sirvan para especificar de manera más precisa el sentido de la información contenida en las categorías principales. Adicionalmente, el marco de codificación debe contar con categorías que sean unidimensionales – cada categoría debe comprender un solo aspecto del material que es analizado –, mutuamente excluyentes – las unidades sujetas a codificación deben recaer en una sola subcategoría dentro de una dimensión, pero pueden ser asignadas a más de una subcategoría si es que pertenecen a distintas dimensiones – y exhaustivas – cada unidad codificada debe ser atribuida a por lo menos una subcategoría – (Schreier, 2012, p. 71). El uso de esta estructura permite administrar una gran cantidad de información que, de otra forma, sería difícil de procesar, aunque se debe reconocer que el material que no encaje en alguna de las categorías establecidas, por muy valioso que pueda ser, será omitido de la fase analítica (ibid., p. 82).

Posteriormente, las categorías y la información que contienen, segmentadas a causa del proceso de codificación, deben ser integradas para derivar en un análisis holístico que permita identificar los nexos que se tejen entre sí (Fernández Núñez, 2006, p. 4).

5.3. Fuentes empleadas para la elaboración de la investigación

Las fuentes empleadas para la presente investigación son de carácter tanto primario como secundario. Las fuentes primarias conciernen a los documentos oficiales emitidos por el Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia y el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular China, las declaraciones conjuntas o los tratados suscritos entre ambos países y las entrevistas o declaraciones públicas brindadas por sus principales autoridades políticas. Este tipo de fuentes seleccionadas abarcan un horizonte temporal entre 1991 y 2021; al respecto, cabe precisar que la mayoría de estas corresponden a la última década, pues en este periodo se aprecia un incremento de las interacciones entre ambas naciones, producto del creciente dinamismo que, hasta la fecha, viene adquiriendo esta asociación

estratégica. Asimismo, han sido tomados en consideración las declaraciones conjuntas o los acuerdos firmados por ambos países en el marco de los BRICS (acrónimo de la plataforma económico-comercial integrada por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) o la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), iniciativas multilaterales en las que no se acusa la participación o presencia relevante de una potencia occidental. En este caso, se han utilizado aquellos documentos que, a lo largo del tiempo en el que estas plataformas han estado vigentes – desde 2009 en el caso de los BRICS y a partir de 2001 en lo que atañe a la OCS –, hacen alusiones pertinentes a las dimensiones constructivistas que son objeto de análisis de esta investigación. Dentro de las fuentes primarias también se incluyen las entrevistas realizadas a tres académicos que cuentan con un significativo conocimiento sobre el papel de Rusia en el orden internacional y su creciente convergencia con China: Andrés Serbin – presidente de la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales –, Vladímir Rouvinski – director del Laboratorio de Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Icesi en Cali, Colombia – y Natalia Piskunova – profesora titular del Departamento de Seguridad Internacional de la Facultad de Política Mundial de la Universidad Estatal M.V. Lomonósov de Moscú –.

Por otro lado, las fuentes secundarias consultadas para el presente estudio han sido principalmente libros, artículos académicos y artículos periodísticos.

6. Problema de investigación

Reconocida como la heredera de la fenecida URSS, la Federación de Rusia empieza a transitar a partir de 1991 por un difícil y escarpado terreno en el sistema internacional. El contraste entre el momento unipolar del orden mundial encabezado por Estados Unidos y la espiral de colapso y crisis en la que se hundía la nación euroasiática durante la última década del siglo XX no podía ser más elocuente, revelando que la tarea de restablecer el estatus del que antaño esta última había gozado era tan colosal como improbable. A esta compleja situación se le añaden inquietudes de gran calado que buscan definir cuál es la identidad de Rusia – en su calidad actual de república independiente y ya no, como antaño, constituir un imperio ni ser parte de una federación – y que las élites políticas pretenden resolver para así perfilar la política exterior de la nación.

Tras un infructuoso acercamiento a Occidente en el inicio de esta etapa, Rusia cuestiona el no ser considerado por la comunidad internacional como un socio al que le corresponde recibir un trato en igualdad de condiciones, como sí lo perciben otras potencias del orbe. Desde entonces, Moscú opta por diversificar sus relaciones bilaterales e impulsar iniciativas multilaterales que le permitan forjar un orden multipolar y recuperar la influencia perdida que antaño ostentó. Uno de los Estados en los que Rusia se ha apoyado para conseguir este fin es la República Popular China y, producto de la creciente afinidad entre estos dos, la asociación estratégica forjada ha demostrado una gran resiliencia a lo largo del tiempo, a pesar de las zozobras y los desafíos presentados por un escenario geopolítico en permanente convulsión.

En consecuencia, la presente investigación aspira a identificar cuáles son algunos de los factores ideacionales más relevantes que sustentan el acercamiento de Rusia hacia China desde 1991 hasta 2021, la fecha de cierre de este estudio. Cabe precisar que, si bien se señalarán las variables que facilitan una convergencia recíproca *entre* Moscú y Pekín, lo que se pretende es dilucidar las motivaciones del primero para acercarse *hacia* el segundo; en efecto, el análisis apunta a responder esta cuestión desde la perspectiva rusa, atendiendo las causas que sirven de estímulo para uno de los actores de esta relación bilateral.

7. Hipótesis de la investigación

Es posible explicar el acercamiento de Rusia hacia China desde 1991 hasta la fecha a través de factores de distinta índole; sin embargo, la hipótesis de esta investigación sostiene que es posible identificar en el ámbito ideacional algunos de los motivos que consolidan la asociación estratégica entre estos dos países, más allá de los intereses materiales. En ese sentido, la corriente teórica del constructivismo resultará útil en la exploración de factores de esta naturaleza.

En primer lugar, la necesidad de apoyarse en China para forjar un orden multipolar que pueda contrarrestar el actuar unilateral de Occidente – liderado por Estados Unidos – supone un elemento que impele a Rusia a cultivar sus vínculos con el gigante asiático. En segundo lugar, Rusia encuentra en China a un socio de gran peso geopolítico con el que coincide en su interpretación y cumplimiento de ciertas normas internacionales; el respeto a la soberanía estatal de las naciones o el rechazo a las intervenciones humanitarias bajo la doctrina “responsabilidad de proteger” con el fin de evitar un temido cambio de régimen en sus esferas de influencia son algunos ejemplos que ilustran la comunión de estos dos actores en este punto. En tercer lugar, la percepción que Moscú tiene de Occidente – sea Europa occidental o Estados Unidos – como un espacio del que se siente excluido y que encarna el papel de un “Otro” amenazante ha dado forma a su percepción sobre las amenazas en materia de seguridad a las que se encuentra expuesta, lo que explica su creciente sintonía con Pekín. A su vez, sondear la relevancia que la noción del “Otro” tiene para Rusia en la formulación de su política exterior permitirá tentar una aproximación respecto de cuál es su identidad, si es que esta última tiene rasgos en común con la de China o si es que es validada por ella; con relación a este último punto, será importante contemplar si es que Rusia satisface su búsqueda de reconocimiento como gran potencia en su relación con su vecino del sur y si es que es tratada como un socio de considerable importancia en la consecución de los objetivos comunes que ambos Estados comparten en el escenario internacional.

CAPÍTULO IV

ANÁLISIS Y DISCUSIÓN DE LOS RESULTADOS

8. Principales dimensiones ideacionales presentes en el discurso y la documentación oficiales emitida por la Federación de Rusia y la República Popular China

A continuación, se presentará una selección de las más destacables alusiones de corte ideacional que se han manifestado en el discurso y la documentación oficiales en materia de política exterior emitidos por la Federación de Rusia y la República Popular China. Estas referencias se han aglutinado en tres principales dimensiones que constituyen temas significativos en los que convergen la política exterior de ambos países: la defensa de un orden multipolar o policéntrico, el respeto a los principios del derecho internacional y la apelación a un “Otro” común. Para cada idea-eje se seguirá la siguiente estructura: primero se citarán las menciones al respecto presentes en los documentos y declaraciones oficiales de carácter bilateral; posteriormente, se hará lo mismo para los documentos de dos instancias multilaterales – los BRICS y la Organización de Cooperación de Shanghái – que ambas naciones integran y lideran; finalmente, se procederá a esbozar un análisis de la información recolectada, a la que se le añadirá las apreciación de los tres expertos entrevistados para la realización de esta investigación.

8.1. En defensa de un orden multipolar o policéntrico

[...]vemos los intentos de revivir de alguna manera un modelo estandarizado de un mundo unipolar y de difuminar las instituciones del derecho internacional y la soberanía nacional. Este mundo unipolar y estandarizado no requiere Estados soberanos, sino vasallos. En un sentido histórico, esto equivale a un rechazo de la propia identidad, de la diversidad del mundo dada por Dios.

VLADÍMIR VLADÍMIROVICH PUTIN en una reunión del Club Internacional de Debates Valdái celebrada el 19 de setiembre de 2013

En los documentos oficiales emitidos por la Federación de Rusia y la República Popular China se aboga de manera recurrente por el establecimiento de un orden *multipolar*. Las autoridades rusas suelen preferir utilizar el término *policéntrico* al referirse al tipo de orden internacional que respaldan entusiastamente. Puesto que ambas expresiones aluden al mismo concepto y se manifiestan de manera recurrente en diversos documentos oficiales, para fines de esta investigación se tomarán como equivalentes o intercambiables. Sin embargo, resulta pertinente esclarecer los matices implicados en la noción del policentrismo y porqué está tan presente en el discurso oficial ruso. Al respecto, Andrés Serbin, presidente de la Coordinadora Regional de

Investigaciones Económicas y Sociales, ofrece una aproximación en una entrevista personal realizada para la presente investigación:

Quiere decir [la concepción de un orden policéntrico] que hay muchos centros con capacidad de poder distinta y a eso apuntan los rusos. Ellos dicen: “Nosotros no somos una potencia económica, pero somos una potencia desde el punto de vista de nuestra capacidad estratégica”. Entonces, hay que entender que existen centros de distinto tipo en el sistema internacional. De una manera similar podría ubicarse India, con un centro importante desde el punto de vista económico y no necesariamente estratégico. Para Rusia, el concepto de multipolaridad es un concepto más uniformizador [sic] de los referentes en el sistema internacional. Es un largo debate que todavía sigue en pie, requiere de una discusión más amplia, pero en todo caso estamos en el plano de distintos actores con cierta igualdad de condiciones en el sistema internacional (A. Serbin, comunicación personal, 19 de julio de 2021).

8.1.1. La multipolaridad en los documentos y discursos oficiales sino-rusos

En una intervención fechada el 25 de diciembre de 1991 y que tuvo lugar en el Comité Permanente de la Asamblea Popular Nacional, Qian Qichen, ministro de Relaciones Exteriores de la República Popular China entre 1988 y 1998, confirmaba, en el mismo día en que se oficializaba la disolución de la Unión Soviética, la inauguración de un nuevo orden mundial alejado de la lógica bipolar que hasta entonces había predominado:

El colapso de la Unión Soviética supuso el fin del enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética, de la Guerra Fría entre Oriente y Occidente y de la estructura bipolar de la comunidad mundial que ha existido durante casi medio siglo desde la Segunda Guerra Mundial (Lukin, 2018, p. 42).

Qian recordaba, además, que las relaciones con las ex repúblicas soviéticas habían sido amigables y que el gobierno chino continuaría desarrollándolas en esa misma dirección.

Jiang Zemin acudió a Rusia en setiembre de 1994. Entre los múltiples acuerdos firmados por los dos Estados se encuentra la declaración conjunta en la que ambos se reconocen como “potencias que son un factor importante para mantener la paz y la estabilidad en la situación del sistema internacional policéntrico emergente” (ibid., p. 98).

En una declaración conjunta firmada el 25 de abril de 1996¹² por Yeltsin y Jiang, Rusia y China aseguran que “la tendencia hacia un mundo multipolar y el deseo de paz, estabilidad, cooperación y desarrollo ha constituido la corriente principal de la vida internacional actual” (United Nations, 1996, p. 4); sin embargo, también alertan que dicha corriente está lejos de materializarse, pues “el hegemonismo, la política de poder y la repetida imposición de presión sobre otros países han seguido produciéndose” (ibidem). Así, denuncian que la política basada en una lógica de bloques continúa vigente, a pesar de que haya cobrado una apariencia disímil a la que exhibió durante la Guerra Fría.

El 23 de abril de 1997, Borís Yeltsin y Jiang Zemin suscribieron la “Declaración conjunta ruso-china sobre un mundo multipolar y la creación de un nuevo orden internacional”¹³, que constituye uno de los documentos en los que más se profundiza sobre este concepto. Se declara el fin de la Guerra Fría y, con ella, el fin del orden bipolar. Un sistema multipolar se erige no solamente como una necesidad para contener cualquier proyecto político de corte hegemónico y una garantía para establecer relaciones con base en la paz, la justicia y la estabilidad, sino también como una “exigencia” de los tiempos que corren y un “imperativo histórico” (Naciones Unidas, 1997, art. 1). Rusia y China se presentan como agentes que, atentamente, identifican e interpretan los cambios que se están produciendo en el ámbito de las relaciones internacionales en el último decenio del siglo XX y, en vista de ello, proponen un modelo de orden internacional que no los deje a la sombra de la influencia de Estados Unidos y Occidente. Comentan que la “política de bloques” (ibid., art. 3) ha concluido y que la cooperación bilateral y multilateral es el canal adecuado para alcanzar la paz y la seguridad mundiales. En el documento en mención se hace referencia a los países en vías de desarrollo y al Movimiento de Países No Alineados como actores que contribuirán en la construcción de un orden multipolar en el que podrán intervenir en pie de igualdad con el resto de naciones y sin ser el blanco de “discriminación de ningún tipo” (ibid., art. 5). Rusia y China consideran que el vínculo establecido entre ambos se enmarca en una dinámica multipolar en el que la lógica de la Guerra Fría ha sido superada; dicha relación bilateral los conducirá a una “interacción estratégica” (ibid., art. 6) en el siguiente siglo – el siglo XXI – y brindará armonía y prosperidad al mundo. Ambos actores aducen estar actuando con un “sentido de responsabilidad histórica” (ibidem) e invocan a todos los países a discutir “la construcción de un nuevo orden internacional basado en la paz, la estabilidad, la justicia y el sentido común” (ibid., art. 7).

¹² <https://undocs.org/pdf?symbol=en/A/51/127>

¹³ <https://digitallibrary.un.org/record/234074>

Jiang catalogó, en una entrevista concedida a *Rossiyskaya Gazeta* – periódico oficial del Gobierno ruso – en noviembre de 1998, los vínculos bilaterales entre Moscú y Pekín como unas “relaciones internacionales de un nuevo tipo” (Lukin, 2018, p. 43-44). En ese mismo mes, las dos naciones emiten un comunicado conjunto en el que recalcan que “la emergente asociación estratégica ruso-china no es una alianza y no está dirigida contra terceros países” (ibid., p. 100).

A ese orden internacional apela Yeltsin de manera más enfática en unas enérgicas declaraciones que realizó en 1999 en compañía de Jiang¹⁴, y dirigidas a su par estadounidense, Bill Clinton:

Ayer Clinton se tomó la libertad de arremeter contra Rusia. Aparentemente, por un segundo, por un minuto, por medio minuto, olvidó lo que es Rusia, que Rusia tiene un arsenal completo de armas nucleares. Se olvidó de eso. Así que decidió jugar con sus músculos, como se dice. Por eso quiero decirle a Clinton, a través de usted, que no olvide en qué mundo vive, que no ha dictado ni dictará al mundo cómo vivir, cómo trabajar, cómo descansar, etc. ¡No y otra vez no! El mundo multipolar es la base de todo. Así lo hemos acordado con Jiang Zemin, el presidente de la República Popular China. Nosotros dictaremos al mundo cómo vivir, no él solo («Zayavlenie Eltsina [Declaración de Yeltsin]», 1999, párr. 1).

Vladimir Putin brindó en Pekín una entrevista, en julio de 2000 – pocos meses después de haber conquistado su primera elección presidencial en marzo y juramentar como presidente en mayo del mismo año, a pesar de haber sido presidente en funciones desde el 31 de diciembre de 1999 producto de la renuncia de Yeltsin –, en la que declaró que Rusia y China compartían la misma postura y principios en diversos asuntos de carácter internacional; sin embargo, destacó principalmente “nuestro objetivo de mantener y fortalecer el mundo multipolar” y “nuestros esfuerzos conjuntos para preservar el equilibrio estratégico y el balance en el mundo y para promover el desarrollo pacífico, progresivo y efectivo de nuestros dos Estados” (Lukin, 2018, p. 81).

El Tratado de Buena Vecindad, Amistad y Cooperación¹⁵, suscrito por Rusia y China el 16 de junio de 2001, es un documento fundamental para profundizar en las bases que sostienen la relación bilateral entre ambos países. En el decimocuarto artículo del documento se expresa la necesidad de fortalecer los lazos de cooperación en las regiones contiguas a ambos países por

¹⁴ <https://www.kommersant.ru/doc/232501>

¹⁵ <https://undocs.org/pdf?symbol=es/CD/1649>

medio de iniciativas multilaterales “que correspondan a la realidad de estas regiones” (Naciones Unidas, 2001, art. 14). En la Declaración Conjunta que acompañó a la suscripción del citado tratado, realizada por Vladímir Putin y Jiang Zemin, se registra la voluntad de ambas partes de formar un mundo multipolar, pues “facilita la creación de un nuevo orden internacional estable, democrático, de no confrontación, justo y racional” (ibid., art. VII). También se dice que un orden multipolar se encuentra en consonancia con los intereses de Rusia y China y, para alcanzarlo, es preciso potenciar el papel desempeñado por la ONU y su Consejo de Seguridad. Adicionalmente, ambas partes apuestan por consolidar su rol rector en su vecindario próximo, pues se comprometen a participar en conjunto en iniciativas multilaterales y bilaterales para velar por la estabilidad, seguridad y cooperación en el Asia-Pacífico – lo cual ratifica lo expresado en el decimocuarto artículo del tratado –. Liu Guchang, embajador de China en Rusia entre 2003 y 2009, aseveró que el tratado demostraba “que la comunidad internacional se esfuerza sin descanso por lograr la multipolaridad y la democratización de las relaciones internacionales” (Lukin, 2018, p. 46).

En el que fue su primer viaje al extranjero en calidad de presidente de la República Popular China, Hu Jintao pronunció el 28 de mayo de 2003 en el Instituto Estatal de Relaciones Internacionales de Moscú – MGIMO, por sus siglas en ruso – un discurso en el que resaltó a Rusia como un país que “defiende activamente un mundo multipolar y la democratización de las relaciones internacionales. Su lugar en el mundo es cada vez más importante” (ibid., p. 48).

En la “Declaración Conjunta de China y Rusia sobre Orden Internacional en Siglo XX”¹⁶ lanzada en 2005, se defiende la implantación de una multipolaridad que coadyuve a la creación de un nuevo orden internacional. Se rescata el papel de las organizaciones regionales multilaterales como herramientas que permiten la consecución de este tipo de orden internacional, pues promueven la cooperación en igualdad de condiciones y evitan las acciones beligerantes contra otras naciones. Además, se menciona que los asuntos de alcance global deben ser resueltos con un criterio multilateral y colectivo; sobre esta base es que se deben emprender las gestiones necesarias para limar asperezas entre los Estados. En un tono categórico, se asevera que es la multipolaridad la que permitirá “no procurar el monopolio ni derecho rector de los asuntos internacionales ni dividir a los países entre la categoría de dirigentes y la de subordinados” (Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular China, 2005, art. 2). Nuevamente, se califica a este tipo de orden global como “justo y razonable” (ibid., art. 12) que, para atribuirse esas propiedades, debe contar con el beneplácito de la totalidad de los actores que pertenecen a la comunidad internacional.

¹⁶ https://www.fmprc.gov.cn/esp/zxxx/200507/t20050702_735254.html

En una declaración que conmemora, en 2006, la primera década de la asociación estratégica entre Rusia y China¹⁷, ambas partes hacen un llamado a que la ONU adopte las reformas que faciliten la toma de decisiones basadas en el máximo consenso posible, siendo el “fortalecimiento de las acciones multilaterales” (Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular China, 2006, art. 1) una de los medios para alcanzar ese objetivo. Esta explicación constituye el telón de fondo del respaldo expresado en el documento a iniciativas como el diálogo de los Seis – plataforma integrada por Corea del Norte, Corea del Sur, Estados Unidos, Japón, Rusia y China que aspira a alcanzar un acuerdo que permita la desnuclearización de la península coreana –, la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) – que, por entonces, contaba con cinco años de existencia y se la considera un instrumento valioso en la lucha contra el terrorismo, separatismo y fundamentalismo religioso – y la cooperación entre Rusia, India y China (RIC) – el triángulo estratégico por el que Primakov hizo esfuerzos en cultivar para promover un orden multipolar que permitiera contrapesar la influencia de Occidente en el orden global –.

Yang Jiechi, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Popular China entre 2007 y 2013, declaró, en una entrevista a la revista *Russia-China: 21st Century*, que Rusia y China coincidían en la defensa de un orden multipolar que permitiera la implementación de un escenario internacional “justo y racional”, habiendo superado la lógica desfasada de las relaciones internacionales propias de la Guerra Fría según la cual dos Estados deben ser aliados o, de lo contrario, adversarios (Lukin, 2018, p. 49).

En una entrevista brindada a tres canales televisivos en 2008 en la que realizó un balance sobre los resultados de la guerra de Osetia del Sur¹⁸, Dmitri Medvédev señaló a la multipolaridad como uno de los principios esenciales que debía guiar la política exterior rusa durante su gestión, criticando la inestabilidad que conlleva un mundo unipolar:

El mundo debe ser multipolar. La unipolaridad es inaceptable, la dominación es inadmisibles. No podemos aceptar un orden mundial en el que todas las decisiones sean tomadas por un solo país, incluso un país tan serio y con tanta autoridad como los Estados Unidos de América. Este tipo de mundo es inestable y está plagado de conflictos (Reynolds, 2008, párr. 9).

¹⁷ <https://www.fmprc.gov.cn/esp/wjb/zzjg/dozys/gjlb/3220/>

¹⁸ <http://news.bbc.co.uk/2/hi/europe/7591610.stm>

Medvédev incluso describe al responsable de salvaguardar este orden unipolar como una potencia hegemónica – Estados Unidos – que, con su intolerable conducta, genera desequilibrios en las esferas de influencia – otro de los principios enunciados por el presidente en una de sus intervenciones – de las otras potencias.

Putin expresa, en un artículo de su autoría titulado “Rusia en un mundo cambiante”¹⁹ y publicado originalmente en el periódico *Moskovskie Novosti*, su apoyo a la conducta exhibida por China en el escenario internacional; descarta que Pekín aspire a convertirse en una potencia hegemónica y enfatiza en sus esfuerzos por construir unas relaciones internacionales equilibradas en las que las organizaciones multilaterales en las que ambos tienen una influyente presencia asuman una responsabilidad en la solución de los principales desafíos que se presentan en el orden internacional:

[...]China no brinda las pautas para hablar de sus aspiraciones a un dominio mundial. Es evidente que la voz china suena cada vez con mayor seguridad en el mundo y lo aplaudimos, porque Pekín comparte nuestra visión del nuevo orden mundial equitativo que se está formando. Seguiremos prestándonos ayuda en la arena mundial, solucionando los problemas regionales y globales más agudos, acrecentando la colaboración en el Consejo de Seguridad de la ONU, BRICS, la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), el G20 y otros mecanismos multilaterales (Putin, 2012, párr. 58).

Apenas ocho días después de asumir, en 2013, la presidencia de la República Popular China, Xi realizó su primera visita al extranjero y el destino elegido fue Rusia. Putin, por su parte, expresó que la relación con su vecino del sur estaba basada en “un alto grado de mutua confianza, el respeto a los intereses del otro y apoyo en cuestiones vitales” (Herszenhorn & Buckley, 2013, párr. 13) y, en una declaración conjunta publicada tras las conversaciones que ambos dignatarios sostuvieron en privado, se asegura que ambos Estados “se oponen a que un país o un bloque de países refuercen unilateralmente y sin límites sus capacidades antimisiles, perjudicando la estabilidad estratégica y la seguridad internacional” (ibid., art. 19), refrendando algunos de los principios que se recogen en los documentos previamente citados que ambas naciones han suscrito a nivel bilateral y multilateral.²⁰ Esta percepción es mutua, pues Xi, en una

¹⁹ https://actualidad.rt.com/actualidad/view/39720-Rusia-en-un-mundo-cambiante_-un-artículo-de-Vladimir-Putin

²⁰ <https://www.nytimes.com/2013/03/23/world/asia/xi-jinping-visits-russia-on-first-trip-abroad.html>

entrevista con la agencia estatal rusa TASS en 2019²¹, confirmó que él y su homólogo ruso comparten una visión similar sobre el panorama internacional (Global Times - Xinhua, 2019). Ese mismo año, Dmitri Gueórguievich Novikov, primer vicepresidente del Comité de Relaciones Internacionales de la Duma Estatal, aseguró en una entrevista a la agencia china de noticias *Xinhua*²² que el binomio formado por China y Rusia se ha convertido en un modelo avanzado de relaciones interestatales en el mundo contemporáneo que muchos observan “con esperanza y fe, esperando la creación de un orden mundial más justo” (Huang et al., 2019, parr. 38). Un año después²³, el mismo Novikov elogió la aspiración de Xi de forjar una “comunidad de destino”, pues supone “un modelo de relaciones en el que se tienen en cuenta los intereses de todos los países y pueblos” (Xinhuanet, 2020, parr. 13).

En la “Declaración Conjunta por parte de los ministros de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia y la República Popular China sobre ciertos aspectos de la gobernanza global en las condiciones modernas”²⁴, emitida en marzo de 2021, se menciona que, en aras de dotar al escenario internacional de mayor seguridad global y estabilidad geopolítica, es preciso promover un “orden internacional más justo, democrático y multipolar” (Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, 2021b, párr. 1). La idea de justicia o igualdad – *fairness*, como suele aparecer en las declaraciones oficiales traducidas al inglés – está vinculada al llamado por parte de las autoridades rusas de “democratizar” el orden internacional y de reconocer a Rusia como una potencia en igualdad de condiciones que las demás, reivindicando así la noción de multipolaridad.

También en marzo de 2021, Wang Yi declaró²⁵ que China estaba dispuesta a profundizar la cooperación que sostiene con Rusia en plataformas de carácter multilateral, como la ONU, la OCS, la APEC y los BRICS, para “salvaguardar conjuntamente el multilateralismo y mantener el sistema internacional con la ONU en su centro” (Embassy of the People’s Republic of China in the Kingdom of Norway, 2021, parr. 6); también abrió la posibilidad de trabajar con países que tengan una perspectiva similar a Moscú y Pekín para preservar la equidad y la justicia internacionales.

El compromiso por forjar un mundo multipolar ha persistido hasta la fecha, pues en junio de 2021, en el marco del vigésimo aniversario del Tratado de Amistad entre la Federación de Rusia y la República Popular China, Putin rescató, en una conversación con Xi Jinping a través de

²¹ <https://www.globaltimes.cn/content/1153186.shtml>

²² http://www.xinhuanet.com/english/2019-06/05/c_138118414.htm

²³ http://www.xinhuanet.com/english/2020-07/01/c_139179862.htm

²⁴ https://www.mid.ru/en/foreign_policy/news/-/asset_publisher/cKNonkJE02Bw/content/id/4647776

²⁵ https://www.mfa.gov.cn/ce/ceno/eng/zgwj_1/t1863858.htm

una videoconferencia²⁶, que los dos países participan activamente en la resolución de asuntos significativos para el orden internacional, citando a modo de ejemplo: la desnuclearización de la península coreana; los conflictos bélicos en Siria y Afganistán; el acuerdo internacional respecto del programa de enriquecimiento nuclear de la República Islámica de Irán; la OCS y los BRICS como testimonio de los esfuerzos conjuntos en la creación de un orden internacional más justo y policéntrico (RT, 2021). En un momento en el que, según Xi, “el mundo está entrando en un periodo de turbulencias y cambios y el desarrollo humano enfrenta múltiples crisis”, ambos mandatarios se comprometieron a defender el “verdadero multilateralismo” (Xinhua Español, 2021b, párr. 29)²⁷. Un auténtico multilateralismo es aquel que se encuentra basado en la multipolaridad.

En la “Declaración conjunta de la Federación Rusa y la República Popular China en el vigésimo aniversario del Tratado de Buena Vecindad y Cooperación Amistosa entre la Federación Rusa y la República Popular China”²⁸, publicada en junio de 2021, se hace referencia en dos ocasiones a la multipolaridad. En el primer apartado del documento se alude a la cooperación plena y a la asociación estratégica entablada por Rusia y China, atribuyendo al tratado el asentamiento de “un modelo de un nuevo tipo de relaciones interestatales” (The Embassy of the Russian Federation to the United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland, 2021, art. I, párr. 2) que promueve un orden mundial multipolar. Posteriormente, en el segundo apartado, se descarta que la relación bilateral entre ambos constituya una alianza política o militar, como las que existieron durante la Guerra Fría; se menciona que ni el oportunismo ni la ideologización tienen cabida entre estos dos países que, más bien, lo que hacen es respetar los intereses de la otra parte, formando así una asociación autosuficiente que no precisa enfilarse contra un tercero (ibid., art. II, párr. 3). Por otro lado, se reconoce que existen ciertos Estados que respaldan un juego de “suma cero” que siembra la discordia entre las grandes potencias y amenaza con dividir al mundo en bloques ideológicos – entre otras consecuencias –, lo que socava la construcción de un orden policéntrico. En ese sentido, China expresa su satisfacción por “la importancia positiva de los esfuerzos de Rusia para crear un sistema de relaciones internacionales justo y multipolar” (ibid., art. VIII, párr. 6); en el mismo sentido, Rusia manifiesta su sintonía con el anhelo de China de construir “una comunidad de destino común” que asegure la comunión de esfuerzos para enfrentar los desafíos globales; ambos coinciden en catalogar estos conceptos, de similar sentido y que apuntan a un mismo objetivo, de “ideas doctrinarias” (ibidem). En el tramo final del documento, se cataloga a los

²⁶ <https://www.youtube.com/watch?v=BvtJa8y9Uyc&t=>

²⁷ http://spanish.xinhuanet.com/2021-06/29/c_1310033040.htm

²⁸ <https://www.rusemb.org.uk/fnapr/7007>

mecanismos multilaterales en los que participan las dos partes – la OCS, los BRICS, el triángulo estratégico RIC y el G20 – como “actores responsables e influyentes” que bregan por un “orden internacional más equitativo y representativo” (ibid., art. VIII, párr. 23).

En un artículo titulado “Derecho, derechos y reglas”²⁹ y publicado el 28 de junio de 2021, Serguéi Lavrov afirma que “un mundo multipolar se está haciendo realidad” (Sergei V. Lavrov, 2021, p. 232). El ministro de Asuntos Exteriores de Rusia asevera que los retos que enfrenta el mundo no podrán ser enfrentados ni resueltos con un orden internacional basado en un “único centro legítimo de toma de decisiones” (ibidem); en cambio, la participación de las grandes potencias, que deben tomar en consideración los intereses del resto de actores de la comunidad internacional, es la fórmula más apropiada para atender estos desafíos. Lavrov defiende la necesidad de reestructurar el Consejo de Seguridad de la ONU para que contemple una mayor participación de los Estados asiáticos, africanos y latinoamericanos; de esta manera, se podrá “aportar más democracia a las relaciones internacionales y afirmar un orden mundial policéntrico” que permitirán “acabar con la anomalía que supone la excesiva representación de Occidente en el principal órgano de la ONU” (ibid., p. 240).

Al final de este texto, Lavrov hace referencia al artículo “Estar abiertos a pesar del pasado”³⁰, un texto escrito por Putin y publicado el 22 de junio de 2021 en el semanario alemán *Die Zeit* en homenaje al octogésimo aniversario del inicio de la Gran Guerra Patria. En dicho escrito, el mandatario ruso critica que el término de la Guerra Fría no trajo consigo el fin de la lógica que predominó durante ese periodo histórico, pues la OTAN ha perdurado hasta la fecha y además ha expandido sus fronteras a pesar de ser un organismo anacrónico – Putin la llama una “reliquia” (Putin, 2021, párr. 7) – y que no responde a los desafíos del orden internacional contemporáneo. Promueve la consecución de la paz en un espacio europeo “sin líneas divisorias” (ibid., párr. 9) y en el que se desarrolle la cooperación en igualdad de condiciones entre Estados. Las ideas vertidas por el presidente de Rusia en este texto denuncian el hecho de que las potencias occidentales – y particularmente Estados Unidos, que se siente la “ganadora” de la Guerra Fría – siguen recurriendo a una política de bloques y a una visión maniquea del mundo – de ahí la mención sobre las “líneas divisorias” – que ancla al orden internacional en una dinámica bipolar. Una OTAN que se extiende hacia el este, absorbiendo a su paso Estados que antaño pertenecían a la órbita soviética y que Moscú considera que actualmente deberían pertenecer a su esfera de influencia, solo puede sustentarse, de acuerdo con la lógica expuesta por Putin, en una mentalidad aún ideologizada por parte de los tomadores de decisiones

²⁹ <https://eng.globalaffairs.ru/articles/the-law-the-rights-and-the-rules/>

³⁰ <https://www.zeit.de/politik/ausland/2021-06/ueberfall-auf-die-sowjetunion-1941-europa-russland-geschichte-wladimir-putin>

occidentales que no superan el recuerdo de la Guerra Fría y que ven en Rusia a un Estado nostálgico de reconstruir la Unión Soviética; esta forma de pensar impide la transición a un orden policéntrico que asegure la estabilidad y el equilibrio estratégico en el orbe.

En el artículo “La base de la amistad”³¹, escrito por Lavrov y publicado en *Rossiyskaya Gazeta* en julio de 2021, el Ministro de Asuntos Exteriores ruso hace un balance de la relación bilateral entre Rusia y China tras dos décadas de la suscripción del Tratado de Buena Vecindad, Amistad y Cooperación. Lavrov considera que este documento es un testimonio que “formula una visión de un nuevo modelo de relaciones interestatales [...] y que desempeña un papel importante en el mantenimiento de un orden mundial multipolar sostenible y en la garantía de la seguridad y la estabilidad” (Serguéi Lavrov, 2021, párr. 2). Ambos Estados han establecido un vínculo que el tratado establece en términos jurídicos como una “asociación igualitaria de confianza e interacción estratégica” que sienta las bases de una “nueva era” (ibid., párr. 4). Lavrov también aprovecha para ratificar que el nexo entre Moscú y Pekín no se inscribe en una dinámica política o militar más propia de la Guerra Fría que de los tiempos actuales; su afinidad “no está limitada por condicionantes ideológicos” (ibid., párr. 6). Posteriormente, agrega que Rusia y China apoyan de manera consistente la construcción de un “orden mundial policéntrico más justo, democrático y, por lo tanto, sostenible” (ibid., párr. 24), dado que un orden internacional de esta índole incluye las numerosas culturas y civilizaciones del mundo que desean decidir, libre de cualquier imposición, su propio camino al desarrollo. En ese sentido, el respaldo de Rusia y China a un escenario internacional que facilite este objetivo genera un “efecto estabilizador y equilibrador” (ibidem). Hay acciones como, por ejemplo, la implantación de una iniciativa de seguridad en la región Asia-Pacífico “basada en enfoques no alineados” (ibid., párr. 25) que confirman esta inclinación.

Por su lado, Wang Yi escribe un artículo que acompaña al de su homólogo ruso en la misma edición del órgano oficial del Gobierno ruso. El texto, llamado “Nuestros logros”³², reproduce las palabras de Lavrov en lo que refiere al nuevo paradigma que constituyen las relaciones sino-rusas. Wang valora el hecho de que el respeto mutuo por el camino al desarrollo, el diálogo en igualdad de condiciones y la política de “buena vecindad” que caracteriza el trato entre las dos naciones “han servido de ejemplo para las relaciones entre las grandes potencias” (Wang, 2021, párr. 3). Por lo demás, también destaca el objetivo común de velar por la paz en el orden internacional, para lo cual se proponen impulsar soluciones políticas a los problemas contemporáneos, mejorar el sistema de gobernanza mundial, constituyendo un tándem que

³¹ <https://rg.ru/2021/07/16/sergej-lavrov-moskva-i-pekinn-storonniki-policentrichnoj-sistemy-miroustrojstva.html>

³² <https://rg.ru/2021/07/16/glava-mid-kr-za-eti-20-let-kitaj-i-rossiia-proshli-neprosto-put.html>

actúa como “una de las principales fuerzas estabilizadoras del mundo moderno” (ibid., párr. 6). En desmedro de un sistema unipolar, Wang destaca que Moscú y Pekín interpretan el mundo como un espacio en el que la interdependencia entre las naciones se encuentra en auge y en el que priman “la cohesión en lugar de la división, la apertura en lugar de la insularidad, la cooperación en lugar de la confrontación” (ibid., párr. 13), por lo que la relación entre ambos se erige como un modelo a ser emulado por otros Estados. Reivindicando la promoción por parte de ambos gobiernos de la cooperación en la comunidad internacional – y, especialmente, entre las grandes potencias –, el Ministro de Relaciones Exteriores de la República Popular China propone impulsar un tipo de relaciones internacionales despojadas de cualquier matiz ideológico, que defienda los principios de no alianza, confrontación y ataque a terceros. Finalmente, expresa que tanto su país como Rusia se encuentran comprometidos a abogar por un “sistema ONU-céntrico de relaciones internacionales” y “a aplicar un auténtico multilateralismo, a promover la democratización de las relaciones internacionales, a promover los valores universales de la paz, el desarrollo, la igualdad, la justicia, la democracia y la libertad para formar un destino unido de la humanidad” (ibid., párr. 20).

8.1.2. La multipolaridad en los documentos oficiales de los BRICS

Las declaraciones conjuntas de las cumbres de los BRICS también son referencias ineludibles en las que se puede encontrar una defensa de la multipolaridad, pues habitualmente se hace en ellas un llamado a una mayor democratización del orden internacional vigente. En la declaración conjunta suscrita por los líderes que participaron en la primera cumbre de los BRICS³³, celebrada en Yekaterimburgo en 2009, se expresa un respaldo a un “orden mundial multipolar basado en el imperio del derecho internacional, la igualdad, el respeto mutuo, la cooperación, la acción coordinada y la toma colectiva de decisiones por parte de los Estados” (University of Toronto, 2009, art. 12). Además, se rescata el valioso aporte de la “diplomacia multilateral” para gestionar los desafíos con los que debe lidiar el mundo y el papel de la ONU como el responsable de promover dicho enfoque diplomático (ibid., art. 14); en virtud de ello es que se expresa la necesidad de una reforma integral del mencionado organismo – incluido el Consejo de Seguridad – para que las aspiraciones de India y Brasil de desempeñar un rol más influyente, en sintonía con su estatus en el orden internacional, se materialicen (ibidem). Desde entonces, la reiteración de estos postulados en las declaraciones conjuntas emitidas por los BRICS hasta la fecha se ha convertido en una constante.

³³ <http://www.brics.utoronto.ca/docs/090616-leaders.html>

En la declaración conjunta de la cumbre de los BRICS en 2010³⁴, celebrada en Brasilia, se reconoce el papel del G20 para atender los estragos de la crisis financiera internacional que por entonces aquejaba al mundo desde 2008 y se la señala como una iniciativa “más amplia, inclusiva, diversa, representativa y efectiva” (University of Toronto, 2010, art. 3) que otras propuestas impulsadas en el pasado. También se enfatiza en la necesidad de realizar las reformas vinculadas a la gobernanza de las instituciones de Bretton Woods – el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial –, para que el peso de los votos de las economías emergentes y en vías de desarrollo guarde un correlato con su participación en la economía mundial. De igual manera, se demanda una mayor participación en las posiciones jerárquicas y en el personal de estos organismos, basada en el mérito y no en la nacionalidad (ibid., art. 11). Es decir, se alega en favor de una reestructuración de la arquitectura financiera internacional para que los países emergentes cuenten con una mayor representación en ella, lo que redundaría en una mayor capacidad para influir en sus objetivos de desarrollo. Por otro lado, tampoco se pierde la oportunidad de hacer una defensa al sistema multilateral de comercio encabezado por la OMC y una condena al proteccionismo (ibid., art. 14). Este tipo de alusiones también constituyen una constante en las declaraciones conjuntas de las posteriores cumbres de los BRICS. Cabe destacar que los países que suscriben esta declaración conjunta de 2010 enuncian su apoyo a la candidatura de Rusia a la OMC (ibidem).

Las reivindicaciones realizadas por Rusia y China sobre el anhelo de India y Brasil de desempeñar un rol más preponderante en la ONU incluirían a Sudáfrica a partir de 2011, año en el que este país se unió al grupo. En la declaración de Nueva Delhi³⁵, en 2012, queda plasmado el entusiasmo de Brasil, India, China y Sudáfrica tanto por la incorporación en ese año de Rusia a la OMC – que, a partir de esta admisión, es catalogada como un organismo más “representativo” (University of Toronto, 2012, art. 15) – como por su asunción de la presidencia pro t mpore del G20 en 2013 (ibid., art. 14). En esa ocasión, Medv dev³⁶ considera que esta asociación económico-comercial presenta un paradigma novedoso en lo que respecta al establecimiento de relaciones interestatales, pues se niega a recibir la etiqueta de “puente” o “mediador” entre países (Medvedev, 2012, párr. 8); atribuirse calificativos de esa índole constre nir  el margen de autonomía necesario para entablar las interacciones que considere pertinentes en el orden internacional. Los cinco países deben, según el entonces presidente de Rusia, “expandir y fortalecer el campo gravitacional que ya se está formando alrededor de nuestros cinco países” (ibid., párr. 10). Tampoco pierde la ocasión de resaltar la necesidad de

³⁴ <http://www.brics.utoronto.ca/docs/100415-leaders.html>

³⁵ <http://www.brics.utoronto.ca/docs/120329-delhi-declaration.html>

³⁶ <http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/14870>

elaborar “un acuerdo gubernamental multilateral sobre la cooperación cultural” (ibid., párr. 20), pues destaca que los BRICS poseen culturas singulares que, por medio de la comunicación entre sí, han logrado tomar parte del desarrollo del sistema de relaciones internacionales del siglo presente.

En la cumbre de Durban, en 2013, Putin³⁷ declaró que el fortalecimiento de los BRICS era una de las prioridades de la política exterior de su país y que, en el mediano y largo plazo, el objetivo era que este conjunto de naciones desempeñe un papel fundamental en el sistema de gobernanza mundial en los planos político, legal, financiero y económico (Putin, 2013, párr. 2). En el mismo evento, Xi³⁸ aduce que la igualdad y la democracia deben ser los principios que rijan sus actitudes en el escenario internacional, pues todos los países deben ser considerados como miembros en igualdad de condiciones, más allá de sus características particulares; bajo esta premisa, el orden internacional debe orientarse a “una dirección más justa y razonable” y la cooperación entre países se desarrollará sobre la base de la igualdad (Xi, 2013, párr. 6).

La declaración de Fortaleza, en 2014³⁹, anuncia, en respaldo a las economías emergentes y en vías de desarrollo, una sesión conjunta con los jefes de Estado de los países de América del Sur para aumentar la cooperación en esta región; se considera a la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) como un instrumento significativo que, junto con los BRICS, puede conducir a la profundización del multilateralismo en el escenario internacional (University of Toronto, 2014, art. 3). Se describe al mundo como un lugar conflictivo e inestable políticamente, en gran medida porque las estructuras de gobernanza internacional están perdiendo legitimidad y efectividad; ante ello, los BRICS se autodefinen como “una fuerza importante para el cambio progresivo y la reforma de las instituciones actuales hacia una gobernanza más representativa y equitativa” (ibid., art. 5). Se felicita a Rusia por haber demostrado una gestión “exitosa” durante la presidencia pro t mpore del G20 en 2013 (ibid., art. 10). En la declaración conjunta de 2015, se congratula de similar manera a China, que el siguiente año asumir  la presidencia de ese foro (University of Toronto, 2015, art. 18). Es recurrente la apelación al concepto de multilateralismo en referencias de este tipo; podría afirmarse que, para Rusia y China – junto con los otros tres países que los acompañan en este espacio – la existencia de un mundo multipolar es posible a través de un multilateralismo en el que las potencias occidentales incluyan a otras fuerzas emergentes del orden internacional. Así se podría explicar la referencia al G20 en lugar del G7; el primero representa un espacio geopolítico más diverso que permitiría alcanzar una

³⁷ <http://www.brics.utoronto.ca/docs/130327-putin-statement.html>

³⁸ <http://www.brics.utoronto.ca/docs/130327-xi-statement.html>

³⁹ <http://www.brics.utoronto.ca/docs/140715-leaders.html>

estabilidad financiera internacional sobre una base más amplia en comparación con el segundo, un grupo de corte occidental.

La declaración de Goa⁴⁰, en 2016, afirma que la consecución de un orden internacional multipolar precisa de un enfoque “global” y “concertado” que debe estar basado en “el espíritu de solidaridad, la confianza y el beneficio mutuos, la equidad y la cooperación” (University of Toronto, 2016, art. 7).

8.1.3. La multipolaridad en los documentos de la Organización de Cooperación de Shanghái

En los documentos de la OCS también se recoge el concepto de la multipolaridad. En la declaración que oficializa la creación en 2001 de esta iniciativa⁴¹, se evocan los principios que definen el “espíritu de Shanghái”, perfilados por el grupo de los Cinco de Shanghái, iniciativa que precedió a la constitución de la OCS: la confianza mutua, el beneficio mutuo, la igualdad, las consultas conjuntas, el respeto a la diversidad cultural y el anhelo de alcanzar el desarrollo colectivo (Shanghai Cooperation Organization, 2001b, art. 4). Más adelante, se especifica que la OCS no es una alianza dirigida en contra de algún otro Estado o región; al contrario, se distingue por su apertura y su predisposición a entablar el diálogo y la cooperación con aquellos agentes que compartan sus objetivos (ibid., art. 7).

A su vez, en la Carta de la OCS⁴², suscrita en San Petersburgo, en 2002, se advierte el deseo de desarrollar una “multipolaridad política”. En el primer artículo de este texto se exhorta a sus miembros a defender “un nuevo orden político y económico internacional democrático, justo y racional” y a emprender “acciones conjuntas basadas en una asociación igualitaria” (Shanghai Cooperation Organization, 2002a, art. I). En la declaración conjunta emitida el mismo año por los jefes de los Estados miembros de la organización⁴³ se comenta que sus relaciones se ubican en un “emergente sistema multipolar” y se afirma que el orden internacional del presente siglo XXI debe converger en la resolución colectiva de los problemas principales, el Estado de derecho y la democratización de las relaciones internacionales (Shanghai Cooperation Organization, 2002c, art. III, párr. 1). Abogando a favor de la cooperación, se sostiene que los intereses que poseen los Estados no son mutuamente excluyentes, sino elementos mutuamente complementarios que conforman un orden internacional naciente (ibid., art. III, párr. 3). En aras de abolir la lógica de bloques o alianzas propias de la Guerra Fría, se remarca que es preciso coincidir en “un nuevo tipo de concepto de seguridad” (ibidem). En concordancia con lo

⁴⁰ <http://www.brics.utoronto.ca/docs/161016-goa.html>

⁴¹ eng.sectsco.org/load/193504/

⁴² eng.sectsco.org/load/203013/

⁴³ eng.sectsco.org/load/193445/

expresado en las declaraciones de los BRICS, también se menciona que sobre la ONU y su Consejo de Seguridad debe reposar la responsabilidad de encabezar un nuevo sistema internacional y liderar las respuestas a los principales problemas que emerjan de este (ibid., art. III, párr. 6). Mientras tanto, en la declaración conjunta de 2002 emitida por los ministros de Asuntos Exteriores de los países miembros⁴⁴ se hace referencia a estos conceptos al expresar su preocupación por la guerra en Afganistán, país que un año antes había sido invadido por Estados Unidos y sus aliados; los firmantes advierten que el buscar “incluir al país en la esfera de influencia” (Shanghai Cooperation Organization, 2002b, art. II, punto 4) de otro Estado puede degenerar en una inestabilidad tanto dentro como fuera de las fronteras afganas – Tayikistán y Uzbekistán, miembros de la OCS, limitan con Afganistán⁴⁵ –. Desde este momento se hace alusión a un escenario bélico específico para expresar la preocupación que existe entre los socios de la OCS en lo que concierne a la propagación de la amenaza del terrorismo, pero también se reconoce el rol estabilizador que esta entidad puede asumir en la región para frenar este flagelo (ibid., art. IV, punto 1).

En la declaración de Moscú⁴⁶, en 2003, los jefes de Estado miembros de la OCS manifiestan que “es más importante que nunca [...] construir conjuntamente una estructura y una arquitectura de seguridad internacional para el siglo XXI que sea aceptable para todas las naciones” (Shanghai Cooperation Organization, 2003, art. VI, párr. 3).

En la declaración conjunta de los jefes de Estado miembros congregados en Taskent⁴⁷, en 2004, se explica que la resolución de problemas como el terrorismo internacional o las crisis regionales deben ser abordados sobre una “base multilateral y cooperativa sin categorizar a los Estados y bajo el liderazgo de la ONU” (Shanghai Cooperation Organization, 2004, art. III, párr. 6); así se entiende el llamado que hacen a las organizaciones y foros internacionales de la región del Asia-Pacífico para instaurar asociaciones multilaterales que alcancen acuerdos entre ambas partes y concederse de manera recíproca el estatus de observador (ibid., art. IV, párr. 2).

En la declaración de Astaná⁴⁸, en 2005, se enfatiza que, en un orden internacional justo y racional, “nadie debe reclamar el monopolio y el dominio en las relaciones internacionales”;

⁴⁴ eng.sectsco.org/load/193567/

⁴⁵ India, Pakistán e Irán, países miembros de la OCS, también comparten frontera con Afganistán; sin embargo, la incorporación de las dos primeras a esta organización se produjo recién en junio de 2017, mientras que el proceso de adhesión de esta última fue puesto en marcha en setiembre de 2021. La guerra de Afganistán se inició en octubre de 2001. En cambio, Tayikistán y Uzbekistán son miembros de la OCS desde su fundación, en junio de 2001. En la actualidad, todos los países que limitan con Afganistán son miembros de la OCS, con la excepción de Turkmenistán, que participa en calidad de invitado. Por su parte, Afganistán ostenta la categoría de Estado observador desde junio de 2012.

⁴⁶ eng.sectsco.org/load/193680/

⁴⁷ eng.sectsco.org/load/197344/

⁴⁸ eng.sectsco.org/load/197543/

al referirse a la estabilidad y seguridad de dicho orden, no se alude a un Estado o bloque específicos, sino a la primacía de los principios y normas del derecho internacional (Shanghai Cooperation Organization, 2005, art. II, párr. 3).

En la declaración de 2006⁴⁹ – que conmemora el primer lustro de existencia de la OCS – se menciona que los cambios inéditos que experimenta el mundo confirman la “creciente tendencia hacia la multipolarización” de un nuevo escenario internacional cuyo advenimiento atraviesa un “proceso lento y desigual” (Shanghai Cooperation Organization, 2006, art. III, párr. 1).

En la declaración de Biskek⁵⁰, en 2007, queda plasmada la convicción de que los desafíos más acuciantes en materia de seguridad deben ser enfrentados a través de iniciativas colectivas de la comunidad internacional y dentro de los mecanismos multilaterales. Posteriormente, se atestigua que “las acciones unilaterales no pueden resolver los problemas existentes” (Shanghai Cooperation Organization, 2007, párr. 2) y que una iniciativa que aborde los problemas de seguridad debe considerar “el equilibrio de intereses de todos los participantes en las relaciones internacionales” (ibid., párr. 6).

La declaración de Dusambé⁵¹, en 2008, retoma este concepto, pero le agrega una enérgica condena al uso de la fuerza; se sostiene que la influencia que esta posee en la política global y regional se encuentra en declive. Se advierte que aquellos actos que buscan “reforzar la seguridad propia a costa de los demás” no serán de utilidad para establecer un orden internacional estable (Shanghai Cooperation Organization, 2008, art. I, párr. 2). También se procede a reconocer la creciente expansión de los contactos establecidos por la OCS con otras organizaciones más allá de la ONU, como la Asociación de Naciones de Asia Sudoriental (ASEAN, por sus siglas en inglés), la Comunidad de Estados Independientes (CEI), la Organización del Tratado de la Seguridad Colectiva (OTSC), la Unión Económica Euroasiática (UEE) – Rusia es miembro fundador de las tres últimas – (ibid., art. 8).

En la declaración de Yekaterimburgo⁵², en 2009, se tilda de “irreversible” la propensión del orden internacional hacia una “auténtica multipolaridad” y se destaca la prevalencia de los enfoques regionales para resolver problemas de alcance global (Shanghai Cooperation Organization, 2009, art. I, párr. 1).

En la declaración de Taskent⁵³, de 2010, se confirma que, producto de un mundo “crecientemente multipolar”, la interdependencia entre los Estados está cobrando fuerza

⁴⁹ eng.sectsco.org/load/197680/

⁵⁰ eng.sectsco.org/load/197905/

⁵¹ eng.sectsco.org/load/198068/

⁵² eng.sectsco.org/load/198293/

⁵³ eng.sectsco.org/load/199082/

(Shanghai Cooperation Organization, 2010, art. 1, párr. 1). La OCS, al ser “una asociación multilateral efectiva y transparente”, identifica oportunidades para cooperar con miras al desarrollo internacional y regional, rechazando “enfoques orientados a los bloques, ideologizados o confrontacionales” (ibid., art. 2, párr. 1). Por otro lado, el texto se hace eco de los problemas que acarrea la crisis financiera global y considera necesario que las naciones afectadas por esta se involucren, en igualdad de condiciones, en la toma de decisiones de alcance internacional para su resolución (ibid., art. 6, párr. 1).

En la declaración de Ufá⁵⁴, en 2015, se describe a la OCS como “uno de los participantes más influyentes en el sistema moderno de relaciones internacionales”, reconociendo su prominencia en un “emergente mundo multipolar” (Shanghai Cooperation Organization, 2015b, párr. 3). En el documento “Estrategia de desarrollo de la OCS al 2025”⁵⁵, elaborado en la misma cumbre previamente citada, se avizora un próximo decenio que atravesará cambios que derivarán en “el establecimiento de un mundo policéntrico, el fortalecimiento del nivel regional de gobernanza mundial y la consolidación de la posición de los países en desarrollo” (Shanghai Cooperation Organization, 2015a, sección *Global and Regional Development Trends*, párr. 3). La OCS, en su calidad de asociación regional, tiene un rol protagónico en la implementación de “una arquitectura universal, global, inclusiva y transparente de seguridad indivisible y fiable y de crecimiento sostenible” (ibid., sección *Global and Regional Development Trends*, párr. 8). Por otro lado, se renueva la defensa de la igualdad entre los integrantes de la OCS, pues se trata de un “pilar inalterado” que define las actividades de la organización (ibid., sección *Principles*, párr. 4).

En la Resolución 75/268⁵⁶, en marzo de 2021, los miembros de la OCS lanzaron un pronunciamiento dirigido a la Asamblea General de la ONU en el que reconocen lo beneficioso que sería aumentar el potencial de la organización en tanto “mecanismo multilateral” (United Nations, 2021, p. 2), debido al “papel constructivo” que esta ha llevado a cabo en la consolidación de la paz, el desarrollo sostenible, la cooperación regional y la política de buena vecindad y confianza mutua con miras a dotar de estabilidad y seguridad a la región comprendida por sus socios (ibid., p. 4). Igualmente, reconoce la necesidad de que se promueva el diálogo, la cooperación y la coordinación entre los sistemas de la ONU y la OCS y que, para ello, se intensifiquen los contactos entre los secretarios que encabezan las dos organizaciones a través de los mecanismos interinstitucionales disponibles, con el fin de alcanzar sus objetivos comunes (ibidem).

⁵⁴ eng.sectsco.org/load/200119/

⁵⁵ eng.sectsco.org/load/200162/

⁵⁶ <https://undocs.org/es/A/RES/75/268>

8.1.4. Análisis sobre el concepto de la multipolaridad en los documentos y discursos oficiales sino-rusos

Desde un primer momento, la República Popular China manifestó su disposición a entablar relaciones con la Federación de Rusia, despojándose de las diferencias ideológicas que antaño habían tensado el trato entre ambas. Incluso poco antes del desplome de la Unión Soviética, esta postura ya había sido asumida por la dirigencia política china. Las declaraciones vertidas por las autoridades chinas en la primera mitad de la década de los noventa revelan que Rusia era considerada un potencial socio con el cual podía unir fuerzas para promover y defender la construcción de un mundo policéntrico. Conforme iba progresando el último decenio del siglo XX, Pekín fue testigo de los desencuentros entre Moscú y Occidente y previó que el entendimiento entre estos dos sería un proceso más accidentado e improbable de lo que avizoraban los entusiastas pronósticos de aquellos que consideraban que “el fin de la historia” había llegado. Las diferencias cada vez más insalvables entre Rusia y las potencias occidentales le presentaron a China una oportunidad para asociarse con la nación euroasiática en la lucha contra el orden unipolar que Estados Unidos estaba dispuesto a imponer.

De acuerdo a la fecha de las principales fuentes recolectadas para esta investigación, se aprecia que, si bien la defensa de un orden multipolar o policéntrico ha sido uno de los intereses en política exterior más importantes para Rusia y China desde la década de los noventa, no es sino hasta entrada la segunda mitad de dicho decenio que este concepto empieza a manifestarse de manera más recurrente en el discurso oficial de las autoridades rusas al entrar en contacto con sus semejantes chinos. Esto podría deberse a la aprensión que experimentó Rusia al ver que en el escenario internacional se configuraba un “momento” unipolar encabezado por Estados Unidos, que se presentaba como el “ganador” de la Guerra Fría y se aprovechaba de la debilidad interna padecida por la nación euroasiática. Para Rusia, en cambio, la conclusión de este conflicto ideológico enterraba el orden bipolar que había predominado tras la Segunda Guerra Mundial y generaba la posibilidad de construir un sistema multipolar estable y pacífico, alejado de la “política de bloques”⁵⁷. Tras el desmoronamiento de la Unión Soviética, Rusia perdió su condición de superpotencia y experimentó una merma considerable en su influencia en los desafíos que se suscitaron en los principales escenarios geopolíticos; la defensa de un orden policéntrico era una forma de reducir la creciente brecha que la separaba de Estados Unidos y

⁵⁷ Gorbachov consideró que a Occidente lo aquejaba un “complejo de vencedor” que no le permitió tratar a Rusia con el respeto que se merecía (Gardels, 2014, párr. 15); dicha actitud le impidió entender que “la Unión Soviética no era solo un adversario, sino un socio de Occidente” que le brindaba un “cierto equilibrio” al orden internacional (ibid., párr. 17).

evitar quedar eclipsada por Washington. Conforme avanza la década de los noventa, la preocupación con la que Rusia – en mayor medida – y China – en menor escala – se expresan sobre el orden unipolar aumenta, y el tono con el que lo censuran se endurece. Las declaraciones previamente citadas de Yeltsin en 1999 son una prueba de ello; su fastidio ante la permanente minimización de Rusia por parte de Estados Unidos es indisimulado. Desde entonces, Moscú ya ventilaba su renuencia a aceptar un sistema internacional diseñado e impuesto de manera unilateral por Washington y buscaba sacar provecho de sus relaciones con China para encontrar un socio con el que promover un orden multipolar y contrapesar la presión proveniente de Occidente y, más específicamente, Estados Unidos. La premura por evitar la agudización de un escenario unipolar queda revelada en el vuelco de la política exterior rusa con la salida de Kózyrev y el ingreso de Primakov en la cancillería rusa, y en propuestas impulsadas por este último – como el triángulo estratégico conformado por Moscú, Pekín y Nueva Delhi – que se enmarcan en un enfoque “multivectorial” de la política exterior rusa.

La promoción de un escenario internacional multipolar es una de las bases más significativas que sostiene la asociación estratégica entre ambos países, a tal punto que es reconocida en el Tratado de Amistad suscrito en 2001 por los dos Estados. A inicios del siglo XXI, China y Rusia se encuentran inmersos en un sistema internacional cuya configuración se presenta más favorable en su afán por implantar una multipolaridad que garantice mayor estabilidad en el escenario global. Surge un contexto en el que Estados Unidos comienza a sufrir una pérdida de legitimidad en su liderazgo internacional a consecuencia del sesgo neoconservador de la política exterior conducida por George W. Bush; la imposición y la coerción fueron la impronta de una gestión que no tuvo reparos en eludir la consideración de otros agentes o instancias internacionales relevantes para alcanzar sus propios objetivos – basta recordar que Washington encumbró su “Coalición de la Voluntad” por encima de la ONU para invadir Irak en 2003 –. Esto marcó un contraste con el estilo aparentemente más concertador proyectado por Bill Clinton y su Secretaria de Estado, Madeleine Albright; la gestión del presidente demócrata no estuvo exenta de intervenciones militares protagonizadas por Estados Unidos – como ocurrió en Somalia, Haití, Bosnia y Yugoslavia, estas dos últimas ejecutadas por la OTAN –, pero la percepción internacional general la juzgó como una administración más propensa a la concertación y el involucramiento de los países europeos para una coordinación más articulada de las acciones desplegadas, lo que repercutió favorablemente en su legitimidad – al menos en el bloque occidental –. Este fue un activo que la gestión de su sucesor republicano dilapidó y, por lo tanto, la imagen que la comunidad internacional tenía de Estados Unidos sufrió un severo declive durante su mandato. Por otro lado, no menos importante es remarcar que por aquel entonces no solo Rusia mostró los primeros síntomas de recuperación económica tras una

década de postración y China empezó a consolidar su crecimiento económico, sino que, además, el poder se encuentra atomizado en una serie de potencias emergentes y actores no estatales. En paralelo, surgen plataformas que reúnen a Estados que reclaman por una mayor participación en la toma de decisiones de los asuntos más trascendentales del orden internacional; es decir, se trata de espacios que cuentan con una autonomía lo suficientemente considerable como para adoptar iniciativas conjuntas sin que un solo actor, ajeno a estas estructuras, pueda impedir el desarrollo de sus actividades. En ese sentido, la participación de Rusia y China en el foro de los BRICS y en la OCS, y sus constantes solicitudes para que el Consejo de Seguridad de la ONU incorpore un mayor número de miembros provenientes de América Latina, África y Asia, se inscriben en la aspiración de Moscú y Pekín de “democratizar” las relaciones internacionales. La validación y el respaldo que reciben en estas plataformas por parte de las otras potencias emergentes – cuya ansia de protagonismo encuentra una vía de expresión por medio de Rusia y China – consolida y dota de mayor músculo la postura esgrimida por las dos potencias de salvaguardar el orden internacional multipolar. La “democratización” de las relaciones internacionales por la que tanto intercede Rusia consiste en que el poder ya no lo ostente una potencia hegemónica – en este caso, Estados Unidos – sino que este sea transferido a un concierto de grandes potencias – en el que, por supuesto, se encuentre incluida Rusia –, tomando como fuente de inspiración el Congreso de Viena celebrado en 1815 (Lo, 2015, p. 68).

Los diversos desafíos que han brotado a lo largo del siglo XXI han sido tomados por Rusia y China como pruebas de que un multilateralismo inclusivo, basado en la multipolaridad, es la herramienta más apropiada para trabajar sobre la base de los intereses comunes. Cuantos más polos de poder sean tomados en cuenta para implementar políticas multilaterales, mayores probabilidades habrá de dotar al mundo de paz y estabilidad. Por ejemplo, George W. Bush se negó a cooperar con la OCS para abordar la crisis en Afganistán; Barack Obama mostró un mejor talante en este aspecto, comprendiendo que era preciso unir esfuerzos con todos los actores posibles en aras de alcanzar una solución duradera que garantizase la estabilidad de Kabul y del resto de Asia Central. Un buen ejemplo de esta actitud constructiva se dio en la conferencia impulsada por la OCS en Moscú el 27 de marzo de 2009 y que contó con la asistencia no solamente de los integrantes de la mencionada organización, sino también del entonces Secretario General de las Naciones Unidas y de los representantes de la OTAN, la CEI, la OTSC y la Organización de la Conferencia Islámica; en esta reunión se abordaron medidas colectivas para luchar contra el tráfico ilícito de drogas, el terrorismo y el crimen organizado. Esto supone un ejemplo de cooperación multipolar en la que las potencias occidentales cooperan con las no occidentales en iniciativas multilaterales para resolver desafíos compartidos. La OCS estima la

coordinación con Occidente en la medida en que beneficie sus intereses económicos y en cuestiones de seguridad; paralelamente, sus integrantes valoran ser parte de una plataforma que no pertenece a los centros de poder occidentales, empleando un enfoque no occidental para alcanzar sus objetivos y comprendiendo la diversidad política, económica, social y cultural de sus miembros (Lukin, 2018, p. 125).

Por otro lado, la faceta económica de la multipolaridad es puesta en relieve desde la misma génesis de los BRICS. En las primeras declaraciones de las cumbres de los BRICS, se alude a la crisis económica que en 2008 aquejó a Estados Unidos y a otras naciones occidentales, en contraste con la resiliencia demostrada por la economía china. En este contexto, el discurso multipolar enarbolado por Moscú y Pekín – junto con aquellos Estados que deciden secundarlos – que primero clamó por la reestructuración de los espacios en los que se toman decisiones vitales para la seguridad internacional – por ejemplo, el Consejo de Seguridad de la ONU – se extendió al ámbito económico – verbigracia, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial – con el objetivo de aumentar la representación de las naciones emergentes y en vías de desarrollo para así permitir una reconfiguración de la gobernanza financiera mundial más balanceada en favor de países como Rusia y China. Por otro lado, cabe destacar que por aquel entonces se fundó UNASUR, y el entusiasta respaldo expresado por Rusia y China en las declaraciones de los BRICS hacia este organismo de integración sudamericana puede ser interpretado como el reconocimiento de una iniciativa destinada a la creación de un nuevo centro de poder que permitiría a la región sudamericana tentar la posibilidad de establecer una política exterior más independiente en el vecindario estadounidense, socavando el liderazgo hasta entonces desempeñado por la OEA – y, con ello, también el de Estados Unidos, país que la encabeza – en un momento en el que coincidieron en el continente una serie de presidentes con una aguda retórica antiimperialista y antiestadounidense – Hugo Chávez, Evo Morales, Rafael Correa, Cristina Fernández de Kirchner y Lula da Silva –. Asimismo, los llamados realizados por parte de Rusia y China a profundizar con el G20 las coordinaciones que sean necesarias para garantizar la resolución de los problemas económicos y financieros internacionales enuncia un respaldo a un foro que promueve soluciones sobre una base más amplia de naciones, pero también deja entrever una implícita minimización del G7, espacio conformado íntegramente por potencias occidentales – o funcionales a ellas, como Japón –; esta interpretación cobra mayor asidero si se toma en cuenta que estas menciones se registran posteriormente a 2014, año en el que Rusia es expulsada de este espacio – entonces denominado G8 – tras la anexión de la península de Crimea. Precisamente el G7 ha endurecido el tono de los mensajes críticos que dirige contra Rusia y China. Así lo demuestra la reunión de ministros de Asuntos Exteriores del G7, celebrada en mayo de 2021, donde se hizo una exhortación a defender “las sociedades

abiertas y democráticas” (El Mundo, 2021, párr. 1), en una alusión que claramente excluía a Moscú y Pekín. Un mes después, en la Declaración de Carbis Bay, los líderes de estos siete países le pidieron a Rusia que desista de su “comportamiento desestabilizador y actividades malignas” (Infobae, 2021, párr. 3). China, por su parte, recela el lanzamiento del programa *Build Back Better World* – “reconstruir un mundo mejor” – en la cumbre de 2021 del G7, ya que la considera una estrategia con la cual Estados Unidos quiere detener la proyección de la IFR. Por consiguiente, cabe deducir que las referencias positivas al G20 en las declaraciones conjuntas de los BRICS – como cuando se felicita a Rusia o China por haber asumido la presidencia pro t mpore de este foro en 2013 y 2016, respectivamente – entrañan el rechazo de Rusia y China al G7 por considerarla una entidad a través de la cual Estados Unidos y sus socios occidentales buscan cohesionarse para lanzar una ofensiva diplomática en contra de los intereses estratégicos de Moscú y Pekín.

Las menciones en las que se destaca la preeminencia de la región Asia-Pacífico alberga el objetivo de cuestionar la narrativa estadounidense que propugna una perspectiva de un “Indo-Pacífico Libre y Abierto”. Para Pekín, este último concepto, presente en el discurso de Washington y sus aliados, busca poner en entredicho sus reclamaciones en el mar de la China Meridional y contener la hegemonía geopolítica que China busca consolidar en la zona del sudeste asiático; ante este escenario, la reivindicación del Asia-Pacífico y el fortalecimiento de sus vínculos con los países del ASEAN significan para China y Rusia una manera de rebelarse ante las iniciativas dirigidas por Estados Unidos – como la alianza militar Aukus o el foro Quad – que apuntan a la conservación de un sistema unipolar y al desconocimiento de nuevos centros de poder que no cuenten con el predicamento de Washington. Para Rusia, son importantes las referencias en los documentos oficiales de la OCS a organizaciones que se encuentran bajo su liderazgo – la OTSC, la CEI, o la UEE – y que ilustran un sistema internacional de dinámicas interacciones en diversos ámbitos geográficos en donde se desarrollan relaciones de poder en ausencia de un actor hegemónico universal y de los valores que este podría imponer. En resumen, un mundo policéntrico implica, para Rusia, el declive de Occidente – principalmente, el de Estados Unidos y sus intenciones hegemónicas –, la caída en desgracia de nociones supranacionales – como la “responsabilidad de proteger” o los derechos humanos universales – y el fortalecimiento de la soberanía de los Estados y el carácter nacional de sus políticas. Adicionalmente, la multipolaridad implica el encumbramiento del resto del mundo, lo que sugiere que, con el auge de China, también tiene lugar el de Oriente, perfilándose la zona del Asia-Pacífico como el principal centro de poder en el mundo (Lo, 2015, pp. 45-46).

Las permanentes menciones por parte de Rusia y China sobre el respeto que, por su singularidad y trayectoria histórica, se merecen cada una de las culturas representadas por los

Estados que conforman los espacios multilaterales en los que participan denotan, también, un elemento civilizacional en el discurso conjunto, pues las demandas por mayor inclusión y representatividad en los espacios de poder son asimismo una defensa de un escenario internacional más balanceado culturalmente, libre de las recetas occidentales que buscan reformar sociedades con un funcionamiento y unas tradiciones particulares y que han generado inestabilidad cuando dichas fórmulas han sido impuestas; esto explica, por ejemplo, el rechazo a la instrumentalización por parte de Occidente del conflicto en Afganistán y de pretender, eventualmente, arrastrarlo a una esfera de influencia a la que no pertenece.

Por otro lado, el contexto global actual pareciera presentar condiciones propicias de las que Rusia y China podrían sacar ventaja en su afán por construir un orden policéntrico. Tras la gestión de Donald Trump, la imagen internacional de Estados Unidos se ha visto severamente erosionada, la confianza depositada en Washington por parte de sus aliados históricos – muchos de ellos maltratados por declaraciones destempladas proferidas por el antecesor de Joe Biden – tardará en restablecerse y la retirada desordenada de las fuerzas estadounidenses de los más importantes escenarios bélicos del orbe - Somalia, Irak, Siria y Afganistán – son factores que plantean un contexto en el que los Estados empezarán a sondear la viabilidad de una política exterior más diversificada y autónoma de la principal potencia. La debilidad que experimenta Estados Unidos avizora una transición de poder en el orden internacional que China y Rusia se muestran prestas a aprovechar. El resto de Estados en el mundo, percibiendo el liderazgo de China y Rusia en el escenario internacional – y la creciente asertividad con la que Xi y Putin lo ejercen – y sopesando la actitud progresivamente aislacionista exhibida por Estados Unidos, están cultivando sus vínculos diplomáticos en todos los frentes posibles en beneficio de sus intereses, en vista de la reconfiguración que el sistema internacional experimenta; Estados Unidos sigue siendo la principal potencia, prescindir de ella o enfrentarla directamente no es una opción rentable para ninguna potencia emergente, pero su hegemonía ya no es, como antaño, incuestionable y permanente, lo cual se convierte en un aliciente para el fortalecimiento de los vínculos por parte de los demás Estados con Moscú y Pekín, máxime cuando ambos prometen interactuar con otros Estados en un marco de equidad. Salvo en el plano territorial – a causa de los diferendos y conflictos que mantiene con Ucrania –, Rusia no ha demostrado ser, en los ámbitos económico, normativo, institucional o ideológico, un Estado revisionista que proponga revertir el Orden Internacional Liberal, sino, más bien, uno que desea posicionarse en este como una potencia en igualdad de condiciones que Estados Unidos y la UE (Adins, 2021); de China podría afirmarse algo similar, señalando también que su actitud revisionista se limita al ámbito territorial, en el que despliega sus reivindicaciones en el Mar de la China Meridional – . Para Rusia y China, la insistencia de dirimir los desafíos internacionales más significativos en la

ONU les permite diluir el sistema “monocéntrico” impelido por Estados Unidos y sus aliados en instancias en las que se encuentren en pie de igualdad con relación a estos – como el Consejo de Seguridad – y puedan atribuirse un rol relevante en el devenir del orden internacional. Por otro lado, el interceder por una mayor representatividad de las potencias emergentes y las naciones en vías de desarrollo en los espacios de decisión de los organismos internacionales apunta a disolver aún más el poder de Washington, capitalizando el descontento que existe hacia Estados Unidos en regiones como el Medio Oriente, Asia, África y América Latina y el Caribe. Adicionalmente, cabe destacar que el fenómeno de la globalización, desde el fin de la Guerra Fría hasta la fecha, no ha cesado de reforzarse y contribuye en la generación de un contexto propicio para el fortalecimiento de la multipolaridad, fomentando continuos reajustes de corte político y económico y promoviendo enfoques colectivos en la gestión y resolución de los principales desafíos mundiales.

Las referencias a la justicia o la igualdad que surgen en las declaraciones y los documentos emitidos por ambos Estados también se inscriben en el apuntalamiento de esta nueva distribución de poder en un sistema internacional que permita la emergencia de China y la reemergencia de Rusia. Sin embargo, la relación crecientemente asimétrica entre Moscú y Pekín – en desmedro del primero – dejaría traslucir una valoración distinta sobre la multipolaridad por parte de ambos actores y una convergencia temporal en torno a este ideal. En ese sentido, una interpretación plausible es que China vea en Rusia a un Estado que le permita frenar la consolidación de un orden unipolar encabezado por Estados Unidos. No obstante, cabe esperar que China considere a la multipolaridad como una etapa de transición hacia un orden bipolar, erigiéndose en uno de los dos polos que lo conformarán. Este podría ser el objetivo ulterior de Pekín y, en ese marco, Moscú constituiría una potencia importante y estratégica, mientras que Estados Unidos ocuparía el papel de una potencia aún más significativa, pero hostil (Lukin, 2018, p. 63). Andrés Serbin coincide en que el establecimiento de un orden multipolar es una meta cuya promoción vincula a Rusia y China y con la cual aspiran a diseñar un nuevo horizonte en el campo de las relaciones internacionales; ambos sintonizarán sus mensajes cada vez que Estados Unidos asuma – según su interpretación – un liderazgo unilateral y patrocine un sistema unipolar, y plantearán que todas las posibilidades de progreso compartido en el sistema internacional se realicen a través de esquemas multilaterales. No obstante, rescata que China, quizás a causa del auge tan vigoroso que está experimentando, probablemente considere en su fuero interno que el mundo contemporáneo se encuentre en – o se esté encaminando a – un escenario bipolar, en el que solo Estados Unidos se erige como la única potencia que, en la actualidad, le pueda hacer frente; por el momento, insiste en la idea de la multipolaridad porque le resulta beneficiosa (A. Serbin, comunicación personal, 19 de julio

de 2021). En consonancia con esta apreciación se encuentra la evaluación de Vladímir Rouvinski, que considera que, para Pekín, el concepto del orden policéntrico es menos relevante para su identidad que para Moscú, ya que, en la actualidad, “China es el centro, todo va hacia China” (V. Rouvinski, comunicación personal, 13 de agosto de 2021). Natalia Piskunova coincide con esta visión, aduciendo que “Rusia está más cerca de una estructura mundial multipolar” en comparación con China (N. Piskunova, comunicación personal, 4 de setiembre de 2021). En efecto, estas opiniones estarían tomando en cuenta el factor identitario como un elemento que determina cuan arraigado se encuentra el concepto de la multipolaridad en la política exterior de un Estado; en ese sentido, Rusia, que abarca un espacio geográfico que comprende Europa y Asia, y que asimismo cuenta con una identidad escindida entre ambas regiones, habría asimilado con mayor naturalidad y convicción la necesidad de constituir un orden policéntrico.

En la línea que resalta los diferentes valores que Rusia y China le atribuyen al concepto de la multipolaridad se encuentra la perspectiva del académico R. James Ferguson, quien considera que esta es una figura de la que Rusia echa mano para simultáneamente mitigar la presión proveniente del unilateralismo hegemónico de Estados Unidos y evitar que China opaque su influencia en el espacio euroasiático. Para el Kremlin, sufrir una pérdida de poder en Europa, Asia o Eurasia implica una ganancia para otros actores; es decir, la multipolaridad sería vista por las autoridades rusas como un juego que se lee en clave de suma cero (Ferguson, 2018, p. 91). En cambio, China, en diversos documentos oficiales, ha preferido hacer hincapié en los beneficios de la relación “ganar-ganar” – *shuangying waijiao* – en el ámbito comercial, reparando más en las bondades de la cooperación propia del multilateralismo – *duobian zhuyi* – antes que en la competencia que entraña la multipolaridad – *duojihua* –. China insiste en que un multilateralismo eficiente y funcional es el mejor camino para alcanzar un orden multipolar basado en el equilibrio y una baja conflictividad (ibidem); por ello, las autoridades chinas realizan una íntima asociación entre el multilateralismo y la multipolaridad, considerando a la ONU y los foros regionales como espacios que mitigan la inestabilidad (ibid., p. 95). Con esta transición hacia la multipolaridad sin un conflicto abierto con Washington, Pekín busca desafiar el sino conflictivo inscrito en la teoría de transición de poder (ibidem). En contraste, para Moscú, la multipolaridad no se concibe como un multilateralismo en el que el poder se encuentre ampliamente difundido entre Estados y actores no estatales que cooperan entre sí, sino como un recurso para que las potencias emergentes – o reemergentes, como lo sería, en todo caso, Rusia – y las organizaciones regionales instauren un nuevo orden jerárquico, en el que a Rusia le corresponda asumir un rol preponderante en los asuntos correspondientes al espacio euroasiático y al tablero global (ibid., p. 98). Rusia ha arribado a esta visión del orden internacional basada en la competitividad tras las expectativas frustradas que dejó la

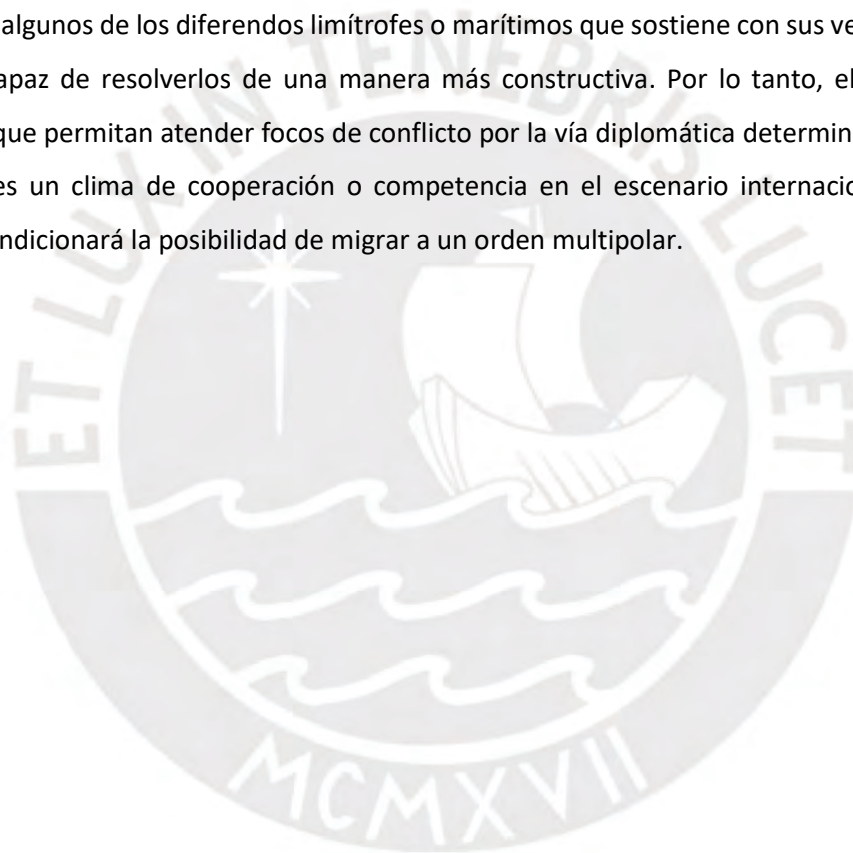
cooperación establecida con Estados Unidos luego de los atentados del 11 de setiembre de 2001. Posteriormente, la guerra de Osetia del Sur acaecida en 2008 puede ser interpretada como una primera declaración de rechazo a la unipolaridad que Occidente ha pretendido perpetuar en espacios en los que, según Rusia, no le corresponde intervenir (ibid., p. 99). El objetivo de las intervenciones en Georgia, Ucrania y Siria habrían consistido en comunicarle al mundo que Rusia es una potencia que no puede ser ignorada al momento de dirimir las justas más críticas del orden internacional; evitar que Rusia sea ubicada en la periferia por parte de los intereses antagónicos occidentales y chinos y, más bien, ser considerada como un centro de poder fue parte de su estrategia para materializar un orden multipolar (Lynch, 2011, como se citó en Ferguson, 2018, p. 100).

Adicionalmente, se debe mencionar que un mundo policéntrico no necesariamente contiene la idea de que el poder se encuentre equitativamente repartido entre los polos existentes en el orden internacional. Para Moscú, en un orden multipolar se admite una distribución asimétrica del poder entre los diversos centros de poder, que son distintos, independientes y ejercen un influjo sobre su propia esfera de influencia (Lo, 2015, p. 44). Rusia teme quedar rezagada en un mundo en el que exista una asimetría entre el polo que le corresponda liderar y los encabezados por China y Estados Unidos; para evitar esta situación, deberá continuar trabajando para demostrar que su alcance puede ir más allá de Eurasia (Ferguson, 2018, p. 100).

Según Alexander Lukin, la renuencia de Rusia a aceptar la imposición del paradigma occidental es un síntoma del enfrentamiento entre el modelo homogeneizador promovido por Occidente y el orden policéntrico emergente. Es así como “el mundo posbipolar puede describirse como provisional y en transición desde el dominio global de Occidente tras el fin de la Guerra Fría a un mundo multipolar que aún se está formando” (Lukin, 2019, p. 32), quedando en el terreno de la especulación la posibilidad de que este último pueda asentarse en el futuro. En ese orden policéntrico, el influjo del centro de poder occidental se verá mermado, lo que llevará a Occidente a ejecutar acciones para evitarlo. En dicho contexto, Lukin advierte que aquellos centros de poder no occidentales más débiles buscarán articularse para contrarrestar el predominio del centro más poderoso; sin embargo, una medida de este tipo no se traducirá en una alianza antioccidental.

Sin embargo, la concreción de un orden multipolar se antoja distante, pues requeriría de un reconocimiento de estatus de gran potencia que Rusia recibe de algunos Estados – como India o China – u organizaciones – como la OCS o los BRICS –, pero que Occidente se muestra renuente a conceder desde la crisis en Ucrania (Ferguson, 2018, p. 104). Por otro lado, los que aspiran a un orden multipolar – como Rusia y China – necesitan encontrar una fórmula que

asegure una transición de poder que no degenera en una guerra abierta y que, antes bien, desemboque en un escenario en el que las potencias en cuestión se muestren conformes con sus respectivas cuotas de poder. Rusia y China tendrían que reconocerse a sí mismos como actores protagónicos de esa transición, reconociendo y respetando los intereses de potencias semejantes. Lograr una meta de esta naturaleza le será difícil a Rusia, pues su participación en la crisis de Ucrania ha acentuado la dinámica competitiva y socavado las posibilidades de cooperación con Occidente; de hecho, la anexión de la península de Crimea es un ejemplo de una multipolaridad disfuncional, en el que la intersección de agendas discrepantes precipitaron un juego de suma cero que impidió a la OTAN, la UE y la UEE lograr sus objetivos en torno a Kiev (Ferguson, 2018, p. 107). En el caso de China, aún resta ver si es que una situación similar ocurrirá en algunos de los diferendos limítrofes o marítimos que sostiene con sus vecinos o si es que será capaz de resolverlos de una manera más constructiva. Por lo tanto, el contar con esquemas que permitan atender focos de conflicto por la vía diplomática determinará si lo que prevalece es un clima de cooperación o competencia en el escenario internacional, lo cual también condicionará la posibilidad de migrar a un orden multipolar.



8.2. La defensa de los principios del derecho internacional

Reitero, Moscú no tiene una devoción abstracta por los ideales de la ONU. Su actitud hacia esa organización seguirá siendo esencialmente pragmática y táctica.

GEORGE KENNAN, «Telegrama largo»

La multipolaridad no es la única dimensión constructivista que se manifiesta periódicamente en el discurso oficial sino-ruso. Otro tema que ha sido el eje de referencias permanentes por parte de las autoridades de Moscú y Pekín ha sido llamar a la comunidad internacional a velar por el irrestricto cumplimiento de ciertas normas vinculadas a los principios westfalianos. Asimismo, el hecho de que ambas partes apelen a la estabilidad global entraña un mensaje dirigido veladamente contra Occidente, pues reivindican una postura conservadora que busca mantener vigente el *statu quo* en el ordenamiento legal internacional.

8.2.1. La defensa de los principios del derecho internacional en los documentos y discursos oficiales sino-rusos

En un viaje realizado en diciembre de 1992, Yeltsin suscribió una declaración conjunta con Yang Shangkun, presidente de la República Popular China entre 1988 y 1993, en la que se establecía que las relaciones bilaterales entre Moscú y Pekín tendrían lugar “de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas, basadas en los principios de respeto mutuo e integridad territorial, no agresión, no injerencia en los asuntos internos de los demás, igualdad y beneficio mutuo, coexistencia pacífica” (Lukin, 2018, p. 97) y respetando los principios del derecho internacional. Por otro lado, tomando en consideración el nuevo sistema político que Rusia había abrazado desde hace un año tras la disolución de la Unión Soviética, las partes se comprometieron a “respetar el derecho del pueblo de cualquier país a elegir libremente el camino de su desarrollo interno” (ibidem), asegurando que las diferencias ideológicas entre ambos no sería un obstáculo para desarrollar sus vínculos.

En una declaración conjunta firmada por Yeltsin y Jiang tras una reunión sostenida en Pekín, en abril de 1996, se destaca el carácter doméstico de dos cuestiones delicadas para ambos países. Por un lado, China manifiesta su respaldo a las acciones que el Estado ruso ha ejecutado en el marco de la primera guerra chechena – conflicto que comenzó en diciembre de 1994 y finalizó en agosto de 1996 – en aras de preservar su unidad nacional y considera que la resolución de este conflicto corresponde exclusivamente a Rusia (United Nations, 1996, párr. 7); por otro lado, Rusia reconoce al Gobierno de la República Popular China como el único representante legítimo de China y afirma que tanto Taiwán como el Tíbet son una parte inalienable de su territorio (ibid., párr. 8). Se reconoce así la potestad de ambas naciones para

decidir sobre problemas que son estrictamente de orden interno, rechazando implícitamente la intervención de otros Estados en estos. Adicionalmente, se reconoce a la ONU como un garante de la estabilidad y la paz mundiales, pero se señala que es preciso dotar de mayor “eficiencia” a sus operaciones de paz; para ello, dichas intervenciones deberían de basarse en los siguientes principios recogidos en la Carta de las Naciones Unidas: el acuerdo entre todas las partes implicadas, la imparcialidad, la neutralidad, la no injerencia en los asuntos internos de la otra parte y el no uso de la fuerza a menos que sea en defensa propia (ibid., párr. 18).

En la “Declaración conjunta ruso-china sobre un mundo multipolar y la creación de un nuevo orden internacional”, emitida en 1997, ambas partes se muestran de acuerdo en honrar principios como “el respeto mutuo de la soberanía y la integridad territorial, la no agresión, la no injerencia en los asuntos internos, la igualdad y el provecho mutuo, la coexistencia pacífica”, pues consideran que forman “la norma fundamental de conducta en las relaciones entre Estados y la base para la creación de un nuevo orden internacional” (Naciones Unidas, 1997, art. 2, párr. 1). No cierran la posibilidad de que se ejecuten operaciones para el mantenimiento de la paz, siempre y cuando estas sean producto de un acuerdo unánime en el Consejo de Seguridad de la ONU y cuenten con la anuencia de los países involucrados (ibid., art. 4, párr. 2).

Antes de realizar una visita a Pekín, en julio de 2000, Putin reconoció que su país coincidía con China en identificar al terrorismo, el separatismo y el extremismo religioso – “los tres males”, como suelen llamarles las autoridades chinas – como amenazas, pero también en señalar a las intervenciones humanitarias como un concepto “peligroso”. En ambos casos, aseguró que Rusia veía en China a un socio fiable sobre el cual podía respaldarse y con el que podía ofrecer resistencia ante este tipo de contingencias:

El principal objetivo de Rusia en la política internacional es preservar el equilibrio de fuerzas e intereses en la escena internacional. Como saben, de vez en cuando nos enfrentamos a nuevas amenazas, con lo que creemos que son nuevos conceptos peligrosos, como las supuestas intervenciones humanitarias en los asuntos internos de otros Estados. Nos enfrentamos a amenazas como el terrorismo internacional y problemas como el extremismo religioso y el separatismo...En este contexto, China es uno de los socios clave de Rusia para hacer frente a estos problemas y eliminar sus posibles consecuencias negativas (Lukin, 2018, p. 82).

El grado de importancia que se le otorga al derecho internacional resulta evidente al considerar que se lo menciona al inicio del Tratado de Buena Vecindad, Amistad y Cooperación entre la Federación de Rusia y la República Popular China suscrito en 2001; en dicho apartado

se menciona que las partes desarrollarán su relación bilateral “de acuerdo con los principios y las normas del derecho internacional universalmente reconocidos, los principios del respeto mutuo de la soberanía y de la integridad territorial, la no agresión mutua, la no injerencia en los asuntos internos de la otra Parte, la igualdad del beneficio mutuo, así como la coexistencia pacífica” (Naciones Unidas, 2001, art. 1). Posteriormente, ambas partes se comprometen a renunciar al uso de la fuerza, las amenazas o las sanciones económicas para resolver sus diferencias, pues estas deberán ser limadas pacíficamente ateniéndose a lo estipulado en la Carta de la ONU (ibid., art. 2, párr. 1). Asimismo, se manifiesta que tanto Moscú como Pekín respetarán mutuamente el camino al desarrollo elegido por su contraparte, ya que esta es una elección “hecha por cada una de ellas de acuerdo a sus condiciones internas” (ibid., art. 3). Por otro lado, Rusia da un espaldarazo a “la unidad estatal y la integridad territorial de la República Popular China” (ibid., art. 4, párr. 1), en clara alusión al conflicto que Pekín mantiene con Taipéi. A este diferendo se hace referencia cuando Moscú establece una posición que es inmodificable, ateniéndose a los documentos firmados por ambos países entre 1992 y 2000; Moscú construye su relación con Pekín sobre la base del principio “una sola China” (ibid., art. 5), según el cual considera que Taiwán es una parte indivisible del territorio de China, rechaza la independencia de Taiwán y reconoce en el Gobierno de la República Popular China a la única autoridad política legítima con la cual establece relaciones diplomáticas.⁵⁸ Tampoco se pierde la oportunidad de traer a colación la delimitación del trazo fronterizo entre los dos países, un asunto que, por entonces, todavía estaba pendiente de resolución; en ese sentido, en el tratado se explicita el compromiso de proseguir con las conversaciones que lleven a buen puerto el desacuerdo sobre las zonas pendientes de delimitar y se expresa que, hasta que no se alcance un pacto al respecto, prevalecerá el *statu quo* (ibid., art. 6). Adicionalmente, queda registrado el compromiso de ambos países de no ceder sus territorios para el despliegue de actividades en las que terceras partes atenten contra la soberanía, la seguridad y la integridad territorial de alguna de las dos partes (ibid., art. 8). En la “Declaración Conjunta de Moscú de los Jefes de Estado de Rusia y China” que se encuentra adjuntada al tratado se enuncia que el respeto a la independencia estatal, la soberanía y la integridad territorial de los países “son elementos fundamentales del derecho internacional y principios básicos que reglamentan las relaciones internacionales, así

⁵⁸ Esta política nace a través de un diálogo que, el 22 de marzo de 1972, sostuvieron Richard Nixon, presidente de Estados Unidos, y Zhou Enlai, primer ministro de la República Popular China. Dicho intercambio se encuentra registrado en un memorándum de conversación en el que Nixon expresa su reconocimiento al principio de “una sola China”, aceptando que Taiwán es una parte inalienable de esta última. Además, Estados Unidos se comprometió a no respaldar ningún movimiento independentista taiwanés, persuadir a Japón de adherirse a la política trazada por Washington e impulsar una resolución pacífica de esta cuestión.

como condiciones imprescindibles para la existencia de todo Estado” (ibid., art. VI, párr. 1); su carácter innegociable es puesto de manifiesto al expresar que, de ser necesario, Moscú y Pekín aunarán esfuerzos en el Consejo de Seguridad de la ONU para impedir la aplicación de figuras como “intervención humanitaria” o “soberanía limitada” (ibid., art. VII, párr. 2), que generan el debilitamiento de los principios del derecho internacional. Por último, ambas partes dicen que los convoca el objetivo de asegurar la “estabilidad estratégica a escala mundial y regional” (ibid., art. VIII, párr. 1), para lo cual es preciso defender los avances en materia de control de armas, desarme, no proliferación de armas de destrucción masiva, no despliegue de armas en el espacio ultraterrestre y reducción de armas ofensivas estratégicas en el marco del Tratado sobre misiles antibalísticos (ABM) – por entonces vigente y que expiraría en 2002 tras el retiro por arte de Estados Unidos del acuerdo –.

Ígor Ivanov, canciller ruso entre 1998 y 2004, sostuvo una conversación telefónica, en marzo de 2003, con su homólogo chino, Li Zhaoxing, quien ejerció el cargo entre 2003 y 2007, en la que convinieron promover “el cese inmediato de las acciones militares contra Irak, que fueron emprendidas eludiendo el Consejo de Seguridad de la ONU y que carecen de base legal” (Lukin, 2018, p. 107). También aprovecharon la ocasión para ratificar que los dos Estados consideraban al Consejo de Seguridad de la ONU como “el único que puede tomar decisiones sobre la reconstrucción de Irak y sobre la solución del problema iraquí de acuerdo con las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU” (ibidem).

En la “Declaración Conjunta de China y Rusia sobre Orden Internacional en Siglo XXI”, de 2005, queda patente el consenso que existe entre los dos países sobre cuáles son los principios y normas internacionales por cuyo cumplimiento insisten al momento de abordar los principales desafíos que enfrenta el orden internacional:

Los problemas que enfrenta la humanidad podrán ser solucionados tan sólo sobre la base de los principios y normas del derecho internacional universalmente reconocidos y en un orden mundial justo y razonable. Todos los países del mundo deben observar rigurosamente los principios de respeto mutuo a la soberanía e integridad territorial, no agresión, no intervención en los asuntos internos, igualdad y beneficio mutuo así como coexistencia pacífica (Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular China, 2005, art. 2, párr. 1).

A esto se adiciona la precisión de que las operaciones para el mantenimiento de la paz que la ONU emprenda deben ceñirse a lo consignado en la “Constitución de las Naciones Unidas”. Los países, haciendo un ejercicio pleno de su soberanía, deben poder elegir el modelo

social y político que se encuentre en armonía con su particularidad cultural; estas diferencias de índole civilizacional entre naciones no justifica la intervención en los asuntos internos de un Estado. De esta imagen de una colectividad de naciones que respete las diferencias entre sus integrantes se desprende el promisorio futuro que Rusia y China avizoran cuando comentan que están cooperando para erigir un nuevo orden internacional que podrá preciarse de ser universal “cuando todos los miembros de la comunidad internacional estén de acuerdo con sus propósitos y normas” (ibid., art. 12).

El respeto a principios propios del derecho internacional se ve refrendado por las acciones que Rusia implementa en su política exterior dirigida hacia China. Así consta en el documento que, en 2006, conmemora los primeros diez años del establecimiento de la asociación estratégica entre Moscú y Pekín. En este texto se señala que existe un respeto recíproco a las acciones que ambas partes adopten con miras a preservar su soberanía nacional e integridad y unidad territorial. Por ello, Rusia confirma su adhesión a la política de “una sola China”, por medio de la cual reconoce que Taiwán es una parte intransferible del territorio chino y considera que el gobierno de la República Popular China es el único representante político legítimo de la China continental y Taiwán, negándose así a reconocer a la República de China – el nombre oficial con el que se autodenomina el gobierno de Taipéi – como un Estado independiente y oponiéndose a un potencial ingreso de este último a la ONU (Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular China, 2006, art. IV, párr. 1). Para Rusia, Taiwán es un asunto doméstico de China cuya resolución recae en la exclusiva responsabilidad de Pekín y en el que cualquier otro Estado extranjero no tiene por qué tener participación. En otro orden de cosas, Rusia también considera que la región del Tíbet pertenece al territorio chino. También se hace un espacio para referirse a conflictos ajenos a las dos naciones; por ejemplo, afirman que el conflicto árabe-israelí será zanjado “sólo sobre la base del derecho internacional universalmente reconocido, inclusive las resoluciones correspondientes al Consejo de Seguridad de la ONU y el principio de “tierra por paz” y a través de negociaciones” y que la cuestión iraquí será resuelta protegiendo su “soberanía, unificación e integridad territorial” (ibid., art. IX, número 7).

En marzo de 2008, el Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia emitió una nota⁵⁹ en la que, en el marco de los disturbios que acontecieron en ese momento en el Tíbet, expresaba, como en otras ocasiones, que consideraba a esta provincia autónoma como una parte inalienable del territorio chino, y que las cuestiones que el gobierno chino tuviera que

⁵⁹ https://www.mid.ru/ru/maps/cn/-/asset_publisher/WhKWb5DVBqKA/content/id/345510?p_p_id=101_INSTANCE_WhKWb5DVBqKA&_101_INSTANCE_WhKWb5DVBqKA_languageId=en_GBe

resolver con el dalái lama era un asunto doméstico (Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, 2008). En julio de 2009, la cancillería rusa lanzó un mensaje del mismo tenor en relación con los disturbios acaecidos en Urumchi, capital de la región de Xinjiang (Lukin, 2018, p. 114).

Serguéi Lavrov y Yang Jiechi ofrecieron en Moscú, en mayo de 2011, una conferencia de prensa conjunta⁶⁰ en la que abordaron la inestable coyuntura por la que entonces atravesaban algunos países de África y Medio Oriente, donde se desarrollaba la Primavera Árabe. El canciller ruso manifestó que esta situación inquietaba a Rusia y China por la inestabilidad y consecuencias negativas que podía desatar en las mencionadas regiones; a pesar de ello, recaló que los dos Estados coincidían en que “en la base de nuestra posición conjunta se encuentra el principio según el cual cada pueblo debe determinar por sí mismo, sin interferencias externas, su futuro” (Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation, 2011, párr. 6), lo cual supone “un principio aplicable a cualquier zona del mundo y que, por cierto, está recogido en la Carta de las Naciones Unidas” (ibidem).

En marzo de 2013, en el que fue el primer viaje de Xi fuera del territorio chino, el flamante mandatario chino arribó en Rusia para reunirse con Putin. En su primer encuentro bilateral, Xi le comentó a su homólogo ruso que ambos debían “apoyarse mutuamente de forma decidida en los esfuerzos para proteger la soberanía nacional, la seguridad y los intereses de desarrollo” (Herszenhorn & Buckley, 2013, párr. 7) y que la coordinación entre las dos naciones debía apuntar a salvaguardar “la seguridad estratégica compartida de los dos países” (ibid., párr. 9). Estas palabras encontraron un idóneo receptor en Putin, que aprovechó la ocasión para distinguir el significativo papel compartido que ambas naciones desempeñan en el Consejo de Seguridad de la ONU, resaltando así el valor de su asociación estratégica a nivel tanto bilateral como global (ibid., párr. 11-12).

En la Declaración de la Federación Rusa y la República Popular China sobre la promoción del derecho internacional⁶¹, firmada en 2016, las dos partes manifiestan estar comprometidas en el establecimiento de un orden internacional basado en el derecho internacional. Para ello, prometen defender los principios establecidos en la “Declaración relativa a los principios de derecho internacional referentes a las relaciones de amistad y a la cooperación entre los Estados de conformidad con la carta de las Naciones Unidas” (Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation, 2016, art. 1), un documento que en 1970 proclamó los siguientes principios: el rechazo a emplear la amenaza o la fuerza en perjuicio de la integridad territorial o la

⁶⁰ https://www.mid.ru/en/maps/cn/-/asset_publisher/WhKWb5DVBqKA/content/id/208126

⁶¹ https://www.mid.ru/en/foreign_policy/position_word_order/-/asset_publisher/6S4RuXfeYIKr/content/id/2331698

independencia política de cualquier Estado; la resolución pacífica de los conflictos internacionales entre Estados; la no intervención en asuntos que no corresponden al ámbito doméstico de los Estados; la mutua cooperación entre los Estados; la igualdad de derechos entre Estados y la libre determinación de los pueblos; la igualdad soberana de los Estados; la promesa de que los compromisos correspondientes a dicha declaración serán cumplidos por los Estados firmantes (Dipublico, 2010). Otra referencia interesante en el documento de 2016 consiste en la adopción por parte de Moscú y Pekín de los cinco principios de coexistencia pacífica, presentes en el “Acuerdo entre India y China sobre comercio e intercambio entre la región del Tíbet de China e India” suscrito en 1954 y comúnmente denominados como *panshcheel*: el respeto mutuo por la integridad territorial y la soberanía de la otra parte; la no agresión mutua; la no injerencia en los asuntos internos de la otra parte; la igualdad y el beneficio mutuo; la coexistencia pacífica. Las alusiones a estos documentos sustentan el deseo mutuo de hacer del derecho internacional “la piedra angular de unas relaciones internacionales justas y equitativas” (Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation, 2016, art. 1). Por añadidura, Moscú y Pekín señalan al terrorismo como una fuerza que hace peligrar al sistema internacional basado en el derecho internacional y mencionan que la respuesta a este flagelo debe ser una acción colectiva que se encuentra enraizada justamente en el derecho internacional (ibid., art. 7). También hacen una invocación a que, en lo que concierne a las disputas marítimas entre Estados, prevalezcan y se apliquen las disposiciones contempladas en la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (ibid., art. 9).

En la “Declaración Conjunta por parte de los ministros de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia y la República Popular China sobre ciertos aspectos de la gobernanza global en las condiciones modernas”, publicada en marzo de 2021, se hace referencia a la necesidad de cooperar para construir un mundo con mayor estabilidad geopolítica. Asimismo, ambas partes critican que otros países, evidenciando un “doble rasero”, instrumentalicen la agenda de los derechos humanos para justificar su intromisión en los asuntos internos de otros países (Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, 2021b, art. 1); agregan que realizar este tipo de intervenciones con el fin de “promover la democracia” son injustificables, pues a cada nación soberana le asiste el derecho de determinar libremente la senda al desarrollo que desee seguir (ibid., art. 2). Se hace un llamado a todos los Estados a “mantener la inviolabilidad del sistema de relaciones internacionales – en el que las Naciones Unidas desempeñan un papel central – y del orden mundial formado de acuerdo con el derecho internacional” (ibid., art. 3). Finalmente, Rusia y China señalan especialmente a las grandes potencias globales – poniendo énfasis en los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU – de ser las responsables de defender el derecho internacional (ibidem).

Tanto Lavrov como Wang, en una rueda de prensa celebrada en Guilin, China, tras entablar las conversaciones que derivaron en la suscripción de esta declaración conjunta⁶², condenan las acciones de las alianzas político-militares que, persistiendo en interpretar el orden internacional a través del lente de la Guerra Fría, socavan “el papel protagónico de la ONU y la arquitectura mundial basada en el derecho internacional” (Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, 2021a, párr. 6). Catalogan de “inadmisibles” las “restricciones unilaterales arbitrarias” (ibid., art. 20) impuestas por el bloque occidental que, con este tipo de acciones, procuran que “el orden mundial no debe basarse en el Derecho Internacional sino en estas reglas. Las sanciones forman parte de tales reglas” (ibid., art. 21).

En marzo de 2021, en un encuentro bilateral entre Lavrov y Wang, este último alegó que ambos países tienen la necesidad de preservar la seguridad de sus propios gobiernos y sistemas, hacer respetar “sus derechos legítimos e intereses comunes” (Embassy of the People’s Republic of China in the Kingdom of Norway, 2021, párr. 3) y conservar la estabilidad en las zonas aledañas a China y Rusia. Wang apunta que lo que se denomina un “orden internacional basado en reglas” (ibid., párr. 6) por un reducido grupo de naciones carece de una definición precisa, su sentido es difuso, porque este concepto engloba las reglas que estos pocos países consideran relevantes y no toma en consideración un punto de vista más amplio, con base en la perspectiva de la comunidad internacional al respecto; es por ello que el Ministro de Relaciones Exteriores de la República Popular China le dice a su par ruso que “debemos defender el derecho internacional universalmente reconocido” (ibidem). Asimismo, explica que Pekín está dispuesta a cooperar con Moscú en los organismos multilaterales a los que ambos pertenecen para establecer vínculos con otros Estados que aspiren a defender la equidad y la justicia internacionales, honrar los propósitos y principios de la Carta de la ONU y rechazar la intromisión de fuerzas extranjeras en las cuestiones domésticas de otros Estados (ibid., párr. 7).

En marzo de 2021, en el marco de la extensión del Tratado de Buena Vecindad y Cooperación Amistosa entre China y Rusia, Xi declaró que la renovación de este documento consagraba la convergencia en la defensa de la soberanía e integridad territorial de ambos países, la no injerencia en los asuntos internos de ambos países y el rechazo a ser los primeros en emplear armas nucleares o apuntar misiles estratégicos el uno al otro (RT, 2021). En el mismo evento, Putin también se comprometió a garantizar la soberanía nacional e integridad territorial de Moscú y Pekín, y agregó que el uno respeta el camino al desarrollo elegido por el otro (Xinhua Español, 2021b, párr. 19).

⁶² https://www.mid.ru/es/foreign_policy/news/-/asset_publisher/cKNonkJE02Bw/content/id/4647898

La Declaración Conjunta que celebra, en junio de 2021, los veinte años de del Tratado de Amistad entre Rusia y China sostiene, una vez más, que el nexo entre ambos se basa en los principios previamente expuestos a lo largo de este apartado. Sin embargo, agregan que el contexto inestable y conflictivo por el que el mundo atraviesa dificulta solucionar los problemas más amenazantes para el orden internacional; en esa línea, la injerencia “descarada” en los asuntos internos de los Estados soberanos, las sanciones arbitrarias unilaterales y el debilitamiento del marco jurídico del sistema de relaciones internacionales – haciendo referencia al campo que compete al control de armas – no contribuyen a estabilizar el escenario global (The Embassy of the Russian Federation to the United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland, 2021, art. VIII, párr. 1). También se oponen a que los actuales mecanismos legales internacionales sean sustituidos por iniciativas que no sean inclusivas y propongan medidas carentes de consenso (ibid., art. VIII, párr. 3). Con respecto a la agenda internacional de los derechos humanos, apoyan la promoción por parte de la ONU de instrumentos que aborden esta problemática desde un enfoque imparcial, con el fin de neutralizar los intentos de politización y la política de doble rasero que distorsionen los avances en esta esfera (ibid., art. VIII, párr. 8). En esta declaración, las dos partes apoyan el cumplimiento de los objetivos planteados tanto en la Convención sobre la Prohibición del Desarrollo, Producción, Almacenaje y Uso de Armas Químicas y sobre su destrucción como en la Convención sobre la Prohibición del Desarrollo, la Producción y el Almacenamiento de Armas Bacteriológicas y Tóxicas y sobre su destrucción. Por añadidura, se muestran expectantes a la iniciativa que se está gestando en la ONU para elaborar las “nuevas reglas, normas y principios de comportamiento responsable de los Estados en el espacio de la información” (ibid., art. VIII, párr. 18). Finalmente, Moscú y Pekín abogan por el establecimiento de un sistema de seguridad “equitativo e indivisible en la región de Asia-Pacífico, basado en los principios de no injerencia en los asuntos internos de los Estados soberanos, la solución pacífica de las controversias y el no uso de la fuerza o la amenaza de la misma” (ibid., art. VIII, párr. 23).

En el artículo “Derecho, derechos y reglas”, escrito por Serguéi Lavrov y publicado en junio de 2021, el Ministro de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia censura el “comportamiento arrogante” (Sergei V. Lavrov, 2021, p. 231) con la que, en los documentos aprobados en la cumbre del G7 celebrada ese año en la ciudad británica de Cornwall, se incluye el concepto de un “orden mundial basado en las reglas”, pues este entra en contradicción con los principios que constituyen el derecho internacional y se encuentran en la Carta de la ONU. Lavrov no se opone a la existencia de “reglas” que rijan la conducta de los Estados en el escenario internacional, sino al hecho de que estas promuevan los ideales de un grupo excluyente y reducido de naciones y no del más amplio conjunto de naciones del mundo, como sí sucede con

los consensos alcanzados en la ONU. Posteriormente, Lavrov ofrece una esclarecedora explicación inspirada en la etimología rusa de los vocablos “regla” y “ley” para sugerir por qué la peculiar asociación que Rusia realiza entre estas dos palabras tiene una raigambre lingüística y cultural:

Un detalle interesante: en ruso, las palabras "ley" y "regla" contienen la misma raíz.⁶³ Para nosotros, una norma auténtica y justa es inseparable de la ley. Este no es el caso de las lenguas occidentales. Por ejemplo, en inglés, las palabras *law* y *rule* no comparten ningún parecido. ¿Se ve la diferencia? *Rule* no trata tanto sobre la ley – en el sentido de las leyes generalmente aceptadas – como sí de las decisiones tomadas por quien rige o gobierna. También cabe destacar que *rule* tiene la misma raíz que "regla", que es un dispositivo común para medir y dibujar líneas rectas. Se puede deducir que, a través de su concepto de "reglas", Occidente pretende alinear a todo el mundo en torno a su visión o aplicar la misma vara de medir a todo el mundo, para que todos caigan en un mismo fichero (Sergei V. Lavrov, 2021, p. 234).

De esta manera, todo Estado que reivindica un orden internacional asentado sobre reglas se alza, según Lavrov, como “la encarnación del doble rasero” (ibid., p. 235). Por ello es que Lavrov declara que, en contraste con este tipo de interpretación de las reglas internacionales expuesta a arbitrariedades, todos los documentos oficiales en los que hay constancia de los documentos doctrinales de Moscú en lo que concierne a su política exterior, seguridad nacional y defensa enarbolan la defensa de su libertad a elegir independientemente su camino al desarrollo, su derecho a velar por sus intereses nacionales y su inclinación a entablar negociaciones en igualdad de condiciones con otros Estados semejantes (ibid., p. 238). Lavrov asegura que Rusia se muestra preparada para promover intercambios con Estados que estén dispuestos a entablar un vínculo “firmemente arraigado en el derecho internacional” (ibid., p. 240), para posteriormente rematar su escrito con una sentencia categórica: “éstas son las reglas a las que nos adherimos” (ibidem).

En junio de 2021, Xi y Putin sostuvieron una videoconferencia en la que celebraron las dos décadas de existencia del tratado de amistad entre ambas naciones y la prórroga del mismo por un lustro.⁶⁴ El presidente chino aseguró que la “amistad duradera” se basa en la sintonía que existe entre Rusia y China en respetar mutuamente los intereses fundamentales de cada una de

⁶³ Lavrov apela a la similitud gráfica y fonética que existe entre las palabras «право» (*pravo*) – derecho o ley – y «правило» (*pravilo*) – regla, principio o norma –.

⁶⁴ https://www.fmprc.gov.cn/eng/zxxx_662805/202106/t20210629_9133487.html

las partes y los intereses comunes que los dos comparten; entre estos últimos, se mencionan la reivindicación de un sistema internacional con la ONU como ente rector, el predominio del derecho internacional y el rechazo a las acciones unilaterales justificadas bajo pretextos como la defensa de la democracia o los derechos humanos (Ministry of Foreign Affairs of the People's Republic of China, 2021a, párr. 6). El secretario general del Comité Central del Partido Comunista de China expresó su apoyo a las medidas desplegadas por Rusia que busquen conservar su estabilidad a largo plazo y resguarden su derecho a gestionar sus asuntos domésticos (ibid., párr. 5). Desde otro ángulo, el mandatario ruso adujo que está dispuesto a fortalecer el vínculo bilateral con el objetivo de combinar esfuerzos que velen por la soberanía nacional y la integridad territorial de ambas partes (ibid., párr. 4).

En el artículo “La base de la amistad”, publicado en julio de 2021, Lavrov explica que el Tratado de Buena Vecindad, Amistad y Cooperación entre Rusia y China ha sido un acto jurídico internacional que ha determinado la elaboración de un amplio número de documentos suscritos entre ambos países, así como los firmados por Moscú y Pekín con terceras naciones; además, ha sido una fuente de inspiración para fijar los “fundamentos conceptuales” (Serguéi Lavrov, 2021, párr. 3) de otras organizaciones en las que ambos participan, como la OCS o los BRICS. El Ministro de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia señala que el rótulo político de “asociación igualitaria de confianza e interacción estratégica” con el que se describía el nexo entre Moscú y Pekín fue elevada a una categoría con reconocimiento jurídico una vez que este tratado fue suscrito en 2001. Lavrov pasa revista a los principios consagrados en el tratado y que, hasta la fecha, se han convertido en la piedra angular de la relación sino-rusa:

Nuestro documento central se basa en normas de derecho internacional universalmente reconocidas, sobre todo en los propósitos y principios de la Carta de la ONU. Consagra acuerdos sobre el apoyo mutuo a la defensa de la unidad nacional y la integridad territorial, el rechazo al primer uso de las armas nucleares y la orientación mutua de los misiles estratégicos. Se formuló el principio de respeto a la elección del propio desarrollo político, económico, social y cultural. Se ha previsto un contacto inmediato entre las partes en caso de amenaza de agresión contra una de ellas. Los terceros Estados no pueden utilizar sus territorios contra los demás. En el contexto de las profundas transformaciones que se están produciendo en el mundo, estas disposiciones adquieren un significado especial (Serguéi Lavrov, 2021, párr. 5).

Para Lavrov, la afinidad entre Rusia y China no se debe a un entendimiento ideológico, sino a un consenso plasmado en el undécimo artículo del tratado. En dicho apartado se apoya

“la estricta observancia de las normas de derecho internacional universalmente reconocidas” (ibid., párr. 23), en sintonía con el rechazo a medidas que busquen coaccionar o interferir en las cuestiones domésticas de los Estados; en consecuencia, ambos comparten un enérgico rechazo a las políticas de “cambio de régimen”, el “doble rasero” (ibidem) y las sanciones unilaterales. Lavrov advierte de que ampararse en estos principios cobra una mayor relevancia si se toma en consideración el contexto actual en el que se encuentra inmerso el orden global, en el que hay un conjunto de Estados que buscan destruir la arquitectura jurídica internacional de la ONU para reemplazarla por un “orden basado en normas” (ibidem).

Wang, en su artículo “Nuestros logros”, también publicado en julio de 2021, menciona que la igualdad y el respeto mutuo son las “normas fundamentales” (Wang, 2021, párr. 3) que sostienen la interacción entre ambos países. Además, afirma que China y Rusia convocarán a la comunidad internacional para que defienda “los valores comunes” (ibid., párr. 14) que fomentan el progreso colectivo. Tanto Moscú como Pekín deben perseverar en su compromiso de velar por los principios que se distancian de las alianzas, la confrontación o los ataques contra terceros. El tipo de relación entre Rusia y China, aduce Wang, debe ser promovido para que se formen más vínculos de carácter internacional que se encuentren desprovistos de cualquier sesgo ideológico y respeten las diferencias culturales entre Estados. Para el responsable de las relaciones exteriores de la República Popular China, uno de los ámbitos en el que tanto la nación que representa como su socio euroasiático deben dar el ejemplo es en el de la “defensa de la justicia”; al respecto, sostiene lo siguiente:

China está dispuesta, junto con Rusia, a defender enérgicamente el sistema “ONU-céntrico” de relaciones internacionales, a abogar por el orden mundial basado en el derecho internacional, a aplicar un auténtico multilateralismo, a promover la democratización de las relaciones internacionales, a promover los valores universales de la paz, el desarrollo, la igualdad, la justicia, la democracia y la libertad para formar un destino unido de la humanidad (Wang, 2021, párr. 20).

En una conversación telefónica que Xi y Putin sostuvieron en agosto de 2021⁶⁵, el mandatario chino dijo que “solo el usuario sabe si los zapatos le quedan bien o no” (Ministry of Foreign Affairs of the People’s Republic of China, 2021b, párr. 3); con esta imagen, hizo referencia al hecho de que solamente China y Rusia son los que deben decidir cuál es el sistema que mejor funciona en sus países. Xi subraya que las dos naciones, en su calidad de “socios

⁶⁵ https://www.fmprc.gov.cn/eng/zxxx_662805/202108/t20210826_9133850.html

estratégicos integrales de coordinación para una nueva era” (ibidem), deben unir esfuerzos para repeler cualquier intromisión que perjudique las decisiones que decidan adoptar sobre su futuro. Asimismo, explicita su respaldo a las intenciones de Moscú de encontrar el modelo de desarrollo que mejor se ajuste a sus intereses nacionales y a las medidas que decida ejecutar en aras de la preservación de su soberanía y seguridad doméstica (ibidem). Putin, por su lado, corresponde este gesto de Xi al manifestar la adhesión de su país a la política de “una sola China” y avala las políticas emprendidas por Pekín para proteger sus intereses en Taiwán, Hong Kong, Xinjiang y el Mar de la China Meridional (ibid., párr. 6).

En la sexta edición del Foro Económico Oriental celebrado en setiembre de 2021 en Vladivostok⁶⁶ – en el que tanto Rusia como China estuvieron presentes –, Putin tomó la palabra y, en referencia a la abrupta retirada de las tropas estadounidenses en Afganistán tras dos décadas de un conflicto armado que concluyó con la toma del país por parte de los talibanes, defendió la consecución de soluciones que cuenten con el máximo grado de concertación internacional; por ello, mencionó que son las Naciones Unidas y el Consejo de Seguridad los que deben cumplir la función de “policía global” luego de este revés (Agencia EFE, 2021, párr. 24). Adicionalmente, adelantándose a los contactos que será necesario establecer con los talibanes para reintegrar a Afganistán en la comunidad internacional, Putin considera que será preciso exigirle al nuevo régimen de Kabul el cumplimiento de “determinadas normas civilizadas” (ibid., párr. 13); cabe inferir que esta intención responde a la necesidad de sumar un socio que funja de palanca para la estabilidad en el Asia Central al honrar los principios del derecho internacional – en particular, la no intervención de asuntos internos de otros Estados, pues a Rusia y China les preocupa que los talibanes establezcan vínculos con organizaciones terroristas en países de la región, lo cual ramificaría una ola de incertidumbre e inseguridad a lo largo de una zona próxima a sus países –.

8.2.2. El derecho internacional en los documentos oficiales de los BRICS

Los BRICS conforman una agrupación en la que no solamente se aboga por un orden internacional multipolar, sino también se intercede por el respeto a los principios internacionales compartidos por Rusia y China; de hecho, en varias alusiones se presenta a estos conceptos como complementarios. Desde la primera cumbre de este conjunto de países, en 2009, se pone de manifiesto su compromiso por la defensa de las normas a las que se ha hecho referencia anteriormente; en la declaración de Yekaterimburgo, las potencias emergentes

⁶⁶ <https://www.efe.com/efe/america/mundo/putin-y-tokayev-llaman-a-aceptar-la-nueva-realidad-en-afganistan/20000012-4621663>

entonces convocadas defienden un orden multipolar “basado en el imperio del derecho internacional, la igualdad, el respeto mutuo, la cooperación, la acción coordinada y la toma de decisiones colectiva de todos los Estados” y la implementación de soluciones políticas y diplomáticas para dirimir los conflictos que se presenten entre las naciones (University of Toronto, 2009, art. 12).

En las declaraciones conjuntas de todas las cumbres sostenidas por los BRICS hasta la fecha se exhibe una defensa consistente de estos principios. En la declaración de Sanya⁶⁷, en 2011, los firmantes expresan que, en consonancia con las normas del derecho internacional universalmente reconocidas, el respeto mutuo y la toma colectiva de decisiones, se debe fortalecer la gobernanza económica mundial y la democracia en el orden internacional, para que así la voz de los Estados emergentes adquieran mayor peso en el debate de las cuestiones de alcance globales (University of Toronto, 2011, art. 7). También se hace eco de la inestabilidad que atraviesan las regiones de Oriente Medio, el África septentrional y occidental – se repara de manera expresa en la guerra de Libia y en la importancia de cooperar a través del Consejo de Seguridad de la ONU para implementar una respuesta al respecto –, cuyas situaciones deben ser remediadas a la vez que, para ello, se rechaza el uso de la fuerza y se respeta la independencia, soberanía, unidad e integridad territorial de cada país afectado (ibid., art. 9).

En la declaración de Nueva Delhi⁶⁸, en 2012, se expresa una preocupación particular por alcanzar una solución integral, justa y permanente al conflicto árabe-israelí que se encuentre en armonía con el marco jurídico internacional; por lo tanto, es preciso tomar en cuenta las resoluciones de las Naciones Unidas, los Principios de Madrid y la Iniciativa de Paz Árabe, así como promover el involucramiento de las partes afectadas por medio de negociaciones directas (University of Toronto, 2012, art. 20). El documento también expresa una preocupación por parte de aquellos que lo suscriben respecto de la guerra civil en Siria; la gestión de la crisis en esta nación pasa por tener presentes las pretensiones de las partes en conflicto, siempre y cuando se respete la independencia, integridad territorial y soberanía sirias (ibid., art. 21). La participación de la ONU y de la Liga Árabe en la conducción de una salida política a la situación que aqueja a Damasco se encuentra alineada con el objetivo de los BRICS de alcanzar una salida política al conflicto liderada por los propios sirios (ibidem). En esta misma cumbre, Medvédev declaró que los cinco integrantes de este bloque deben mostrar un compromiso con los principios del derecho internacional “en el sentido clásico de la palabra” (Medvedev, 2012, párr. 7); añadió que las posturas basadas en la presión militar o violación de la soberanía de los países

⁶⁷ <http://www.brics.utoronto.ca/docs/110414-leaders.html>

⁶⁸ <http://www.brics.utoronto.ca/docs/120329-delhi-declaration.html>

no pueden ser aceptadas. El por entonces presidente de la Federación de Rusia subraya la necesidad de que los BRICS fortalezcan el papel del Consejo de Seguridad – y, en esa línea, expresa el apoyo de Rusia a la inclusión de India, Brasil y Sudáfrica en este organismo – como una plataforma que fomente la paz y estabilidad en el mundo y no encubra medidas unilaterales o propuestas cuyo fin ulterior sea el derrocamiento de gobiernos no afines a ciertas potencias (ibid., párr. 12).

En la declaración de Fortaleza, en 2014, se reitera la reprobación a las sanciones económicas e intervenciones militares que contravienen el derecho internacional y, debido a ello, se hace hincapié en “la importancia única de la naturaleza indivisible de la seguridad” (University of Toronto, 2014, art. 27), ante lo cual un Estado no debe implementar medidas en pos de su seguridad si es que estas atentan contra la seguridad de otros Estados. Justamente por la preocupación que despierta el despliegue de acciones unilaterales es que los miembros de esta plataforma dejan en este texto constancia de su inquietud por la crisis en Ucrania – asunto directamente vinculado con los intereses de Moscú en su vecindario próximo – e invocan a “la contención de todos los actores implicados” y a un diálogo ajustado a la Carta de la ONU y los derechos humanos y libertades fundamentales de índole universal (ibid., art. 44).

En la declaración de Goa, en 2016, los BRICS declaran que el respeto y la conformación con los principios y normas del derecho internacional deben ser “coherentes y universales” (University of Toronto, 2016, art. 8). Para resolver de manera pacífica las controversias que se puedan presentar en el escenario global, se enumeran los principios internacionales que se han mencionado con anterioridad, con la inclusión del de la “buena fe” (ibid., art. 9). Por otro lado, los que suscriben esta declaración defienden un espacio ultraterrestre de libre acceso y exploración pacífica por parte de todos los Estados “sobre la base de la igualdad, de conformidad con el derecho internacional” (ibid., art. 55); para ello, se hace referencia a un proyecto de tratado presentado por China y Rusia ante la Conferencia de Desarme de la ONU que aspira a evitar el emplazamiento de armas en el espacio exterior y el uso de la fuerza contra los objetos ubicados en este escenario. Se reclama una iniciativa de carácter internacional para que esta inquietud se traduzca en un compromiso político.

En la declaración de Xiamen⁶⁹, en 2017, los BRICS defienden, una vez más, los principios internacionales a los que desde un principio se adhirió, esta vez para subrayar su apoyo a la resolución pacífica de numerosos conflictos. En el caso de Siria, abogan por un proceso que deben dirigir y del cual se deben apropiar los mismos sirios – *Syrian-led, Syrian-owned* – y en el cual se cumplan las disposiciones de la Resolución 2254 emitida por el Consejo de Seguridad de

⁶⁹ <http://www.brics.utoronto.ca/docs/170904-xiamen.html>

la ONU en 2015 (University of Toronto, 2017, art. 41); también respaldan las conversaciones de paz de Ginebra y el proceso de Astaná. Por su parte, la crisis en Afganistán también debe tener como protagonista principal a la población afgana – *Afghan-led, Afghan-owned* – y se brinda respaldo al formato de consultas de Moscú y al proceso Corazón de Asia-Estambul – del cual Rusia y China son integrantes – (ibid., art. 47). Con respecto al conflicto en Irak, se extienden felicitaciones a Bagdad por haber recuperado la ciudad de Mosul y continuar con su lucha contra el terrorismo, a la vez que se reafirma la defensa de la soberanía, integridad territorial e independencia política iraquíes (ibid., art. 43).

En la declaración de Brasilia⁷⁰, en 2019, se advierte sobre la necesidad de respaldarse en la cooperación internacional para pergeñar un marco de cooperación o, incluso, una herramienta normativa universal de carácter vinculante para prevenir el uso indebido de las tecnologías de la información y comunicación; en este sentido, se rescata un planteamiento hecho por Rusia para alcanzar un acuerdo intergubernamental entre los países miembros de los BRICS para velar por la seguridad en el empleo de las tecnologías de la información y comunicación (University of Toronto, 2019a, art. 19). En el mismo año, los líderes de las cinco naciones que conforman esta plataforma sostuvieron una reunión informal en Osaka *ad portas* de la cumbre del G20 celebrada en dicha ciudad; en un comunicado conjunto, los firmantes expresan un fuerte apoyo al sistema de comercio multilateral basado en normas, siendo la Organización Mundial del Comercio (OMC) la responsable de implementarlo (University of Toronto, 2019b, art. 6). Además, aspiran a una reforma que haga de esta institución un espacio que brinde soluciones más eficaces y relevantes y considere los intereses de los países en vías de desarrollo y menos desarrollados, pero se aclara que estos cambios deben “preservar el carácter central, los valores básicos y los principios fundamentales de la OMC” (ibidem).

En la declaración de Nueva Delhi⁷¹, en 2021, se declara que la promoción de un sistema internacional multipolar con mayor representatividad ubica a “las Naciones Unidas en su centro, basándose en el derecho internacional y en los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas, en particular la igualdad soberana de todos los Estados y el respeto por su integridad territorial” (University of Toronto, 2021, art. 2). Entre las recomendaciones que se ofrecen para una reforma del sistema multilateral, se menciona la necesidad de impulsar la consulta y la colaboración inclusivas en beneficio de todos, salvaguardando la independencia soberana, la igualdad, los intereses legítimos mutuos y las preocupaciones de cada Estado; de esta manera,

⁷⁰ <http://www.brics.utoronto.ca/docs/191114-brasilgia.html>

⁷¹ <http://www.brics.utoronto.ca/docs/210909-New-Delhi-Declaration.html>

las funciones de las organizaciones multilaterales cobrarán mayor credibilidad y transparencia (ibid., art. 14).

8.2.3. El derecho internacional en los documentos oficiales de la Organización de Cooperación de Shanghái

La OCS es el otro espacio relevante en el que China y Rusia se unen para defender principios del derecho internacional. En la “Declaración sobre la creación de la Organización de Cooperación de Shanghái”, en 2001, los Estados miembros de dicha organización – al igual que los BRICS – expresan su aceptación a los siguientes principios consignados en la Carta de la ONU y su respeto mutuo a: la independencia, la soberanía y la integridad territorial; la igualdad y el beneficio mutuo; la resolución de todas las cuestiones mediante consultas mutuas; la no injerencia en los asuntos internos; la no utilización o amenaza de utilización de la fuerza militar; la renuncia a la superioridad militar unilateral en las zonas colindantes (Shanghai Cooperation Organization, 2001, art. 5). En vista de que en el documento se afirma que este bloque no constituye una alianza, los miembros expresan que la organización comulga con el principio de apertura (ibid., art. 7).

En la Carta de la OCS, publicada un año después de la fundación de dicha plataforma, se presenta un detalle más extenso sobre los principios a los que los miembros se comprometen a apoyar y hacer valer: el respeto mutuo de la soberanía; la independencia; la integridad territorial de los Estados y la inviolabilidad de las fronteras estatales; la no agresión; la no injerencia en los asuntos internos; el no uso de la fuerza o la amenaza de su uso en las relaciones internacionales; la búsqueda de la no superioridad militar unilateral en las zonas adyacentes; la igualdad de todos los Estados miembros; la búsqueda de posiciones comunes sobre la base de la comprensión mutua y el respeto de las opiniones de cada uno de ellos; la realización gradual de actividades conjuntas en los ámbitos de interés mutuo; la solución pacífica de las controversias entre los Estados miembros; la identificación de la OCS como una iniciativa que no está dirigida contra otros Estados y organizaciones internacionales (Shanghai Cooperation Organization, 2002a, art. II). En la declaración de los jefes de Estado de los países miembros de la OCS, en 2002, llaman la atención sobre la necesidad de forjar “un nuevo tipo de concepto de seguridad basado en los principios de confianza mutua, beneficio mutuo, igualdad y cooperación” que permita luchar contra las amenazas que socaven la seguridad internacional (Shanghai Cooperation Organization, 2002c, art. III, párr. 3). Las acciones que se ejecuten para hacer frente a este flagelo deben estar condicionadas por una serie de principios y un marco jurídico internacional de carácter vinculante en el seno de la ONU, de tal manera que no haya “espacio a la doble interpretación de su contenido y no sirva de cobertura para la injerencia en los asuntos de otros

Estados y la violación de su soberanía” (ibid., art. III, párr. 6). Por otro lado, en la declaración conjunta de los ministros de Asuntos Exteriores de los países miembros en el mismo año, se hace referencia en tres ocasiones a la necesidad de cooperar para preservar la estabilidad y seguridad regionales. Las partes expresan una particular preocupación por la situación en Afganistán y advierten a la comunidad internacional que tienen que respetar “la soberanía, la integridad territorial y la unidad estatal de Afganistán, y evitar cualquier interferencia en sus asuntos internos” (Shanghai Cooperation Organization, 2002b, art. I, párr. 3).

En la declaración de Moscú, emitida en 2003 por los jefes de Estado de los integrantes de la OCS, se enfatiza la importancia de trabajar por “el mantenimiento y el fortalecimiento de la estabilidad estratégica”, en un momento en el que se identifica que el problema de la no proliferación de armas de destrucción masiva va en aumento (Shanghai Cooperation Organization, 2003, art. VI, párr. 2).

En la declaración de Astaná, en 2005, se sostiene que el mantenimiento de la paz y la seguridad en un escenario internacional cada vez más globalizado debe respaldarse en los principios que han sido mencionados en cumbres previas, pero a estos se les añaden dos que, si bien no son novedosos – pues guardan relación con el espíritu de aquellos evocados desde la primera declaración conjunta –, reciben una denominación alternativa: “un pensamiento no conflictivo” y “un progreso coherente hacia la democratización de las relaciones internacionales” (Shanghai Cooperation Organization, 2005, art. II, párr. 1).

En la declaración que celebra los primeros cinco años de existencia de la OCS, los que suscriben el texto señalan que, producto de su adhesión a los principios de apertura, el no establecimiento de alianzas y el no orientar este bloque contra un tercero, se ha apostado de manera decidida por el diálogo, el intercambio y la cooperación con países y organizaciones internacionales que busquen cultivar relaciones basadas en la igualdad y el respeto mutuo (Shanghai Cooperation Organization, 2006, art. III, párr. 5). También se expone que la progresiva importancia de la OCS se sustenta en el “espíritu de Shanghái”, un concepto basado en “la confianza mutua, beneficio mutuo, igualdad, consulta, respeto por las civilizaciones [sic] y búsqueda del desarrollo común” (ibid., art. II, párr. 6). Estas ideas constituyen, según la declaración, “la filosofía subyacente y el código de conducta más importante” de la organización; los miembros valoran que estas concepciones potencien la teoría y la práctica de las relaciones internacionales y hagan más factible alcanzar la democratización de estas (ibidem). Por ello, más adelante se afirma que la OCS se compromete a apostar por una “nueva arquitectura de seguridad global” al amparo del derecho internacional y ajena al doble rasero (ibid., art. III, párr. 5).

En la declaración de Biskek, en 2007, se ofrecen mayores detalles sobre los alcances de esta potencial arquitectura de seguridad global. Basándose en las normas del derecho internacional que gozan de amplio consenso, esta propuesta permitirá: representar el equilibrio de intereses de todos aquellos Estados que participan en las relaciones internacionales; respetar el derecho de cada Estado de seleccionar de manera autónoma el camino al desarrollo que considere más idóneo – de acuerdo con sus raíces históricas y culturales –, le permita salvaguardar su unidad e integridad territorial y facilite su participación en igualdad de condiciones en el orden internacional; velar por la resolución pacífica de los conflictos internacionales, alcanzando soluciones que se encuentren en armonía con el derecho internacional y que sopesen los intereses de todas las partes involucradas; defender la heterogeneidad cultural y civilizacional existente en el orden internacional, fomentando el entendimiento entre diferentes culturas y religiones (Shanghai Cooperation Organization, 2007, párr. 6).

En la declaración de Dusambé, en 2008, se celebra la aprobación en Moscú del plan de paz de seis puntos acordado entre Medvédev y Nicolas Sarkozy, el entonces presidente de Francia, para encontrar una solución al conflicto en la región separatista georgiana de Osetia del Sur (Shanghai Cooperation Organization, 2008, art. 3). El acuerdo considera: desechar el uso de la fuerza para resolver la disputa; suspender las acciones militares en la zona; permitir el libre acceso de ayuda humanitaria al territorio surosetio; garantizar el retorno de las Fuerzas Armadas de Georgia al lugar que ocupaban previo al conflicto; habilitar una deliberación de alcance internacional que resuelva el estatus futuro de Osetia del Sur y Abjasia – la otra provincia georgiana que también atravesaba una crisis separatista – y encontrar una fórmula que salvaguarde su seguridad. Este último punto era, naturalmente, el más controversial y difícil de aceptar para Tiflis (El Mundo, 2008, párr. 6-8).

En la declaración de Taskent, en 2010, se recoge la preocupación de los firmantes por la coyuntura que atraviesa Kirguistán y, en consecuencia, expresan la necesidad de respetar el derecho internacional y el rechazo a todo tipo de acciones que puedan desencadenar un clima de tensión en la región. Por ello, los Estados miembros de la OCS se muestran dispuestos a ofrecer la asistencia necesaria para promover diálogos y medidas políticas y diplomáticas – recalcando, por supuesto, la no interferencia en los asuntos internos de un Estado soberano –, con el fin de que amaine la inestabilidad política por la que atraviesa esta nación y, con ella, la de la región de Asia Central en su conjunto (Shanghai Cooperation Organization, 2010, art. 3).

En la declaración de Pekín⁷², en 2012, se critica el emplazamiento unilateral de sistemas de defensa antimisiles por parte de un Estado, pues esto “puede socavar la seguridad internacional y la estabilidad estratégica”; resolver este asunto implica una iniciativa política y diplomática por parte de todas las naciones involucradas en esta cuestión, pues los miembros de la OCS ratifican que la seguridad de un Estado no se puede cimentar en desmedro de la de otros (Shanghai Cooperation Organization, 2012, art. II, párr. 2). También se hace mención – al igual que en el comunicado de los BRICS del mismo año – a la guerra civil siria y a la voluntad de los que suscriben la declaración de promover “un amplio diálogo interno basado en el respeto de la independencia, la integridad territorial y la soberanía de Siria”; consideran que las medidas tomadas por el Consejo de Seguridad de la ONU y el fomento de un diálogo político en el que todas las partes estén representadas “sirve a los intereses comunes del pueblo sirio y de la comunidad internacional” (ibid., art. II, párr. 6). Asimismo, se expresa una gran preocupación frente a la crisis diplomática por el programa nuclear ejecutado por la República Islámica de Irán – por aquel entonces, Estado observador de la OCS –, reparando en que el uso de la fuerza en esta disputa “es inaceptable y tendrá consecuencias imprevisibles que amenazan la estabilidad y la seguridad en la región y en el mundo entero” y, por consiguiente, haciendo una exhortación a la “máxima moderación” (ibid., art. II, párr. 7).

En la declaración de Dusambé⁷³, en 2014, los Estados miembros aseguran que se encuentran cooperando para así forjar “un espacio de información pacífico, seguro, justo y abierto”, el cual deberá respetar la soberanía de los Estados y la no intromisión en los asuntos internos de estos (Shanghai Cooperation Organization, 2014, art. 5, párr. 1). También afirman que buscarán impedir el uso de las tecnologías de la información y comunicación como una herramienta contra los Estados miembros (ibidem). En otro orden de cosas, los firmantes de este texto respaldan “Ginebra II”, la conferencia internacional de paz sobre Siria lanzada en enero de 2014, que aspira a implementar los alcances del “Comunicado de Ginebra” y la Resolución 2118 del Consejo de Seguridad de la ONU (ibid., art. 9, párr. 1). Por otro lado, abogan por el cumplimiento de las condiciones estipuladas en el Tratado de No Proliferación Nuclear, pues los progresos realizados con miras al desarme nuclear robustecen “la estabilidad estratégica y la seguridad igual e indivisible para todos” y aseguran el uso de la energía nuclear de manera pacífica (ibid., art. 11, párr. 1). Con relación al mismo tema, los miembros saludan la firma del protocolo concerniente a las garantías de seguridad del Tratado sobre una zona libre de armas nucleares en Asia Central, suscrito en mayo de 2014 por el Reino Unido, China, Rusia,

⁷² eng.sectsco.org/load/199515/

⁷³ eng.sectsco.org/load/199902/

Estados Unidos y Francia y considerado un paso importante en la construcción de un régimen mundial de no proliferación nuclear (ibid., art. 11, párr. 2). Por añadidura, se toca un tema particularmente importante para Rusia: la guerra del Donbás en Ucrania. Los intereses de Moscú con respecto a este conflicto reciben el apoyo de los miembros de la OCS, quienes se congratulan por la firma del Protocolo de Minsk, iniciativa producto del Grupo de Contacto Trilateral, integrado por Rusia, Ucrania y la OSCE; con esta propuesta se espera lograr “una solución integral” de la crisis que padece la zona oriental de Ucrania (ibid., art. 12).

En la declaración de Ufá, en 2015, se vuelve a invocar la necesidad de construir un espacio de información “pacífico, seguro y abierto, basado en los principios de cooperación y respeto a la soberanía nacional, la integridad territorial y la no injerencia en los asuntos internos de otros países” (Shanghai Cooperation Organization, 2015c, párr. 20). Para materializar esta pretensión, los Estados miembros apoyan la elaboración de “un código universal de reglas, principios y normas del comportamiento responsable de los Estados en el espacio de la información”; para ello, sería útil tomar como base y actualizar las “Reglas de conducta en el ámbito de la seguridad de la información internacional”, entregada en enero de 2015 por los miembros de la OCS al entonces Secretario General de la ONU, Ban Ki-moon, para su posterior difusión como documento oficial en la sexagésima novena sesión de la Asamblea General (ibid., párr. 21).

En el documento “Estrategia de Desarrollo de la OCS al 2025”, se especifica que la base de las relaciones en la OCS son los elementos que constituyen el “Espíritu de Shanghái”: la confianza mutua, el beneficio mutuo, la igualdad, las consultas mutuas, el respeto a la diversidad cultural y el anhelo de un desarrollo común (Shanghai Cooperation Organization, 2015a, sección de *Principles and Values*, párr. 2). Para los miembros de esta organización, la igualdad es un “pilar inalterable” que se ve reflejado en la toma de decisiones basadas en el consenso y alineadas a la Carta de la OCS (ibid., sección de *Principles and Values*, párr. 4). Por lo demás, se apelan a los principios mencionados en declaraciones previas: la resolución de conflictos sobre la base del derecho internacional; el rechazo al despliegue de acciones contra terceros; la no injerencia en asuntos internos; el respeto a la soberanía e integridad territorial; el rechazo al uso de medidas unilaterales que no cuenten con la aprobación del Consejo de Seguridad de la ONU; el respeto al camino al desarrollo elegido por cada Estado tomando en cuenta sus peculiaridades culturales, históricas y nacionales (ibid., sección de *Principles and Values*, párr. 7). El trato que se le dedica a las cuestiones de derechos humanos también concita la atención de los firmantes más adelante en el texto; se menciona que cooperarán para “superar la atmósfera de politización y confrontación” que suele envolver la manera en la que se abordan estas cuestiones y para promover un debate en pie de igualdad con el fin de que “la comunidad

internacional asigne el mismo valor a todos los tipos de derechos humanos, incluido el derecho al desarrollo” (ibid., sección de *Political Cooperation*, párr. 12).

En la declaración de Astaná⁷⁴, en 2017, los miembros de la OCS felicitan la iniciativa emprendida por Rusia de presentar en el Consejo de Seguridad de la ONU un proyecto de resolución que busca luchar contra la ideología terrorista; dicha proposición se inspira en la Resolución 1624, emitida en 2005, que sugiere a todos los Estados tipificar como delito la incitación al terrorismo (Shanghai Cooperation Organization, 2017, art. II, párr. 18).

8.2.4. Análisis de la defensa de los principios del derecho internacional en los documentos y discursos oficiales sino-rusos

Las declaraciones por parte de Rusia y China en lo tocante al respeto hacia los principios westfalianos que estructuran el derecho internacional han sido constantes y no han presentado modificaciones considerables desde 1991. En 1992, las declaraciones de Yeltsin y Yang aclararon que la diferencia entre los dos sistemas políticos que rigen los destinos de Rusia y China no sería un obstáculo para la consolidación de relaciones armoniosas y estables, pues ambos Estados se comprometían a respetar los principios del derecho internacional. Ninguno de los dos pretendía alterar la estabilidad interna del otro promoviendo valores o modelos de gobierno con los que comulgaba, en contraste con lo que sí ha hecho Occidente – con Estados Unidos a la cabeza – con su modelo democrático en distintas instancias a lo largo de las últimas tres décadas.

China y Rusia conforman un sólido binomio que pone de manifiesto una alta compenetración en la agenda que concierne la firme defensa de los principios del derecho internacional. El primer precedente que lanzó a ambos socios a coligarse en torno a esta causa fue el bombardeo que la OTAN realizó sobre Yugoslavia en 1999; tras este hito, las alusiones a la necesidad de respetar el derecho internacional por parte de Moscú y Pekín no hacen sino multiplicarse. Para Rusia, la operación militar desatada por la Alianza Atlántica supuso un episodio traumático al ver como Serbia, un aliado histórico, era sometida a una ofensiva que no contaba con el consentimiento del Consejo de Seguridad de la ONU; a ojos de Moscú, el acudir en auxilio de la población albanokosovar víctima de la limpieza étnica perpetrada por Slobodan Milošević fue una excusa esgrimida por Estados Unidos y sus aliados occidentales tras la cual se ocultaba su verdadero propósito: fragmentar Yugoslavia en una constelación de repúblicas para así debilitar a Serbia – y, por extensión, a Rusia – y expandir las fronteras de la OTAN para ejercer su dominio en los Balcanes. Inmediatamente después del bombardeo, Estados Unidos inició en Kósovo la construcción de lo que hoy es Camp Bondsteel, la base militar más grande fuera de su

⁷⁴ eng.sectesco.org/load/297146/

territorio y que, además, funge como sede de la OTAN. Por añadidura, todas las repúblicas independientes nacidas de la desaparecida Yugoslavia forman hoy parte de la Alianza Atlántica, con la excepción de Serbia y Bosnia y Herzegovina – además de Kósovo, que se trata de un Estado con reconocimiento internacional limitado –. Para China, este hecho también dejó secuelas, pues, en esta coyuntura, su embajada en Belgrado fue bombardeada accidentalmente por Estados Unidos el 7 de mayo de 1999, provocando la muerte de tres periodistas chinos. El embajador chino ante la ONU, Qin Huasan, describió lo sucedido como un “acto bárbaro” (CNN, 1999, párr. 1) y denunció que se trataba de una violación de la Carta de las Naciones Unidas y del derecho internacional. La Operación Fuerza Aliada significó para Moscú y Pekín una evidencia sobre la manera en la que Estados Unidos y Occidente estaban dispuestos a quebrar los principios del derecho internacional y burlar las instancias de la ONU para proceder con acciones unilaterales que les permitieran conseguir sus objetivos geopolíticos; por lo tanto, ambos hicieron de la defensa de estas nociones un eje central de su relación bilateral, tal como lo han plasmado en los numerosos documentos oficiales previamente citados.

Sin embargo, Piskunova propone un punto de partida posterior como inicio de esta comunión en defensa del derecho internacional. Según su apreciación, la secuencia cronológica de hechos que derivan en esta confluencia entre Rusia y China recién se consolidó a partir de 2011, a causa de la guerra civil libia. Rusia exteriorizó su rechazo a la intromisión occidental antes, cuando, en su discurso en la Conferencia de Seguridad de Múnich en 2007, Putin elaboró una inflexible crítica a las intervenciones humanitarias. China se pliega a esta cruzada recién en 2011, y continuó haciéndolo durante 2012 y 2013, cuando, en medio de las repercusiones de la Primavera Árabe, rondaba la posibilidad de que Occidente optase por realizar intervenciones humanitarias para abordar las secuelas de esta serie de manifestaciones. Finalmente, ambos países se unen nuevamente en esta postura durante la guerra civil siria (N. Piskunova, comunicación personal, 4 de setiembre de 2021).

Igualmente interesantes resultan las reacciones por parte de ambos socios estratégicos cuando alguno de los dos se ha visto en la necesidad, debido a sus fines geopolíticos, de trastocar los principios del derecho internacional. Cuando Rusia, en una interpretación del derecho internacional *ad hoc* a sus intereses geopolíticos en el espacio que conforma su “extranjero próximo”, reconoció a Abjasia y Osetia del Sur como Estados independientes, China no la secundó en esta medida, pero tampoco condenó a Moscú por desconocer el principio de integridad territorial – tan mentado en el discurso conjunto de ambos en numerosas ocasiones –. Las autoridades de Pekín prefirieron ponerse de perfil; Qin Gang, vocero del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular China entre 2005 y 2010, se limitó a expresar su preocupación por la situación y exhortar a las partes involucradas a resolver sus diferencias en

el marco del diálogo (Lukin, 2018, p. 115). No plegarse a la postura occidental que condenó las declaraciones unilaterales de independencia por parte de estas regiones separatistas georgianas era justamente lo que Rusia esperaba de China. Este ejemplo ilustra la connivencia recíproca que une a los dos países cuando, para hacer valer sus intereses en sus respectivas esferas de influencia, se ignoran o quiebran selectivamente los principios del derecho internacional. Mientras el uno no desarrolle esta clase de maniobras en la zona de influencia del otro, probablemente subsista este pacto sutil entre Rusia y China.

Asimismo, Piskunova coincide en que existe un acuerdo tácito entre las dos potencias en pasar por alto el respeto a la soberanía e integridad territorial de otros Estados cuando de salvaguardar sus intereses en sus esferas de influencia se trata.⁷⁵ De acuerdo con su opinión,

⁷⁵ Esta afirmación se ve respaldada una vez que, posteriormente al cierre de esta investigación, el tantas veces mentado respeto a los principios del derecho internacional – como el de la integridad territorial y la soberanía – por parte de la Federación de Rusia quedó en entredicho cuando esta invadió Ucrania el 24 de febrero de 2022 en lo que Putin denominó una “operación militar especial” con el objetivo de “desmilitarizar y desnazificar Ucrania”. Tres días antes, Putin reconoció la independencia de las repúblicas populares de Donetsk y Lugansk en un discurso de corte revisionista, irredentista y nacionalista, en el que afirmó que Ucrania está compuesta de “tierra históricamente rusa” y que es una nación ficticia, “creada por la Rusia comunista bolchevique”. La interpretación contemporánea sobre el concepto de soberanía realizada por Putin podría significar una recuperación de la doctrina Brezhnev y su noción de la “soberanía limitada”, guardando las diferencias ideológicas y la distancia histórica que separan a ambos mandatarios. El entendimiento establecido con Bielorrusia, la guerra ruso-georgiana en 2008, la guerra ruso-ucraniana librada desde 2014 y el despliegue de tropas rusas en el marco de una operación de la OTSC en Kazajistán en 2022 – es importante recordar que Putin aseveró, en 2014, que Nursultán Nazarbáyev es el creador del Estado kazajo y que, antes de él, “los kazajos nunca habían tenido un Estado” – apuntan en esta dirección, aunque la invasión rusa en Ucrania eleva la escalada de esta apuesta. Sin embargo, todavía resta saber si es que Putin estaría dispuesto a aplicar esta misma postura en otros países del espacio postsoviético que considere parte del *Russkiy mir*.

Por su parte, China hace equilibrio para sostener las buenas relaciones que tiene tanto con Rusia como con Ucrania. Días previos a la invasión de la ex nación soviética, Wang ratificó, en la Conferencia de Seguridad en Múnich, el respaldo de China a la soberanía e integridad territorial de todos los países, precisando que “Ucrania no es una excepción” a esta regla. Sin embargo, Pekín ha optado por una posición en este conflicto que en China se denomina como “neutralidad benevolente”, combinando cuidadosas declaraciones y gestos no condenatorios respecto del proceder de un socio indispensable para enfrentar a Occidente como Moscú – verbigracia, no reprobar la invasión de Ucrania ni calificarla como tal, no respaldar las sanciones comerciales y financieras que Occidente ha impuesto sobre Rusia y afirmar que la expansión de la OTAN, liderada por Washington, ha precipitado este conflicto por no tomar en cuenta las legítimas inquietudes rusas en cuestiones de seguridad – con su interés de proyectar una imagen de potencia responsable – interesada en una resolución pacífica del conflicto y dispuesta, al menos hasta el momento, a acatar las sanciones internacionales que pesan sobre Moscú y a no ayudarla a burlar dichas penalidades –. La autoridades chinas están interesadas en que las repercusiones globales de este enfrentamiento no perturben su crecimiento económico – los efectos de la pandemia aún no han sido plenamente superados y las autoridades chinas han proyectado un crecimiento de 5.5% para el año 2022, la tasa más baja en los últimos treinta años –, sus vínculos comerciales – el volumen de las exportaciones e importaciones que China sostiene con los países europeos es mayor que el que mantiene con Rusia – y estabilidad política interna – en 2022 se celebra el vigésimo Congreso del Partido Comunista de China, en el que, según se especula, se podría extender la continuidad de Xi en el poder luego de estar una década

China y Rusia han entablado un diálogo geopolítico sobre el papel ruso en el conflicto en Ucrania y las cuestiones vinculadas a la soberanía de la Región Autónoma del Tíbet y de la minoría uigur en la Región Autónoma Uigur de Xinjiang – que no se respeta en China –. Todo indica que los socios estratégicos han optado por hacerse de la vista gorda ante este tipo de licencias – Piskunova las denomina “travesuras” – que deciden tomarse en el ámbito doméstico o en su vecindario cercano. Es decir, prevalece un entendimiento diplomático en el que existen ciertos hechos que se circunscriben a la esfera de influencia de cada uno de ellos; por lo tanto, China opta por no reaccionar ante lo que Rusia pueda hacer en el este o el sur de Europa, mientras que Rusia no emite ningún comentario sobre lo que sucede en el Tíbet o Xinjiang. Para Piskunova, esto no puede ser explicado desde una óptica económica o de valores compartidos, pues corresponde a un acuerdo geopolítico. Son estos intereses de índole estrictamente geopolítica que llevan a Piskunova a descartar que el concepto del *Russkiy mir* tenga algún peso en la formulación de la política exterior rusa, más allá de ser empleada como una herramienta retórica; considera que “la idea del *Russkiy mir* no explica nada, de hecho”, pues se trata de “una idea arrastrada al discurso oficial y que no evolucionó naturalmente, ya que no hubo una discusión a nivel nacional sobre esta noción”. En consecuencia, su uso es más “una fachada para explicar los avances políticos” realizados por la Federación de Rusia.

Asimismo, la Declaración de la Federación Rusa y la República Popular China sobre la promoción del derecho internacional, firmada en 2016, reafirma el compromiso de ambas naciones de brindarse amparo mutuamente en una coyuntura en la que sus intereses geopolíticos en sus respectivas esferas de influencia se encuentran bajo amenaza producto de interpretaciones occidentales del derecho internacional con las que discrepan. En el caso de Rusia, la anexión de Crimea la convirtió en blanco de las críticas de la comunidad internacional por considerar que violó la integridad territorial de Ucrania; esta posición quedó plasmada en la Resolución 68/262 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, sancionada en marzo de 2014 y por la cual se desconocían los resultados del referéndum celebrado ese mismo mes en dicha península. Por otro lado, China sufrió un revés judicial en julio de 2016, cuando el Tribunal Permanente de Arbitraje de la Corte de La Haya falló a favor de Filipinas y desestimó las reclamaciones de soberanía por parte de China sobre las islas Spratly y el atolón de Scarborough,

liderando a la nación –. Por ello, Xi ha solicitado “contención máxima” y aboga por una solución pacífica del conflicto, mientras que Wang ha declarado que China podría asumir, si es que fuera necesario, el papel de mediador en este. Resta saber qué acciones adoptará China en el transcurso de dicho conflicto, pero no cabe esperar que se haga eco del discurso occidental ni que condene severamente a su socio estratégico más importante. En todo caso, China interpretará este conflicto en función de las consecuencias que pueda tener con su enfrentamiento geopolítico con Estados Unidos.

situados en el mar de la China Meridional. Por lo tanto, en ambos casos se aprecia que estas disposiciones entran en conflicto con la interpretación del derecho internacional realizadas por Moscú y Pekín. Todo indica que, para estas naciones, la soberanía que están facultadas a ejercer excede los límites territoriales de sus propios Estados y se extiende a lo largo de las que consideran sus esferas de influencia, que, en su calidad de potencias globales, tienen derecho a poseer y sobre la cual deben ejercer un papel rector. Serbin coincide con esta visión y, confirmando la confluencia sólida e incuestionable que existe entre Moscú y Pekín en lo tocante al respeto de la soberanía nacional y el principio de no intervención, paralelamente plantea la flexibilidad con la que, en ocasiones, Rusia y China interpretan el concepto de soberanía, poniéndolo en función de sus intereses; así, sostiene que “ambos plantean que el sistema internacional se ajuste al derecho internacional; es algo que claman reiteradamente, aunque eventualmente ellos también puedan romperlo, pero lo plantean como un referente” (A. Serbin, comunicación personal, 19 de julio de 2021). Por ello, como se mencionó previamente, es en el plano territorial – producto de su incursión en Ucrania – donde se puede afirmar que Rusia ha manifestado una conducta revisionista, algo que no se evidencia en otras esferas – como la económica, normativa, institucional e ideológica – (Adins, 2021); un raciocinio similar podría aplicarse al analizar la conducta de China en el orden internacional.

Las menciones a las normas con las que, según Rusia y China, debería funcionar el sistema internacional se incrementan cada vez que consideran que Estados Unidos avasalla el derecho internacional o asume un rol de liderazgo unilateral. Para ambos socios estratégicos, estas medidas no se tratan de sanciones enmarcadas en el derecho internacional, sino de arremetidas unilaterales que buscan perjudicar sus intereses en su patio trasero y que se encuentran amparadas en una valoración occidental del derecho internacional. En ese sentido, hablar de una interpretación del derecho realmente *universal* compartida por potencias occidentales y no occidentales resulta improcedente. Rusia y China consideran fundamental que las discrepancias se diriman con la anuencia de las partes involucradas – como lo menciona el quinto artículo de la declaración sobre la promoción del derecho internacional firmada en 2016 –; de lo contrario, se tratarían de sanciones que no se encuentran enmarcadas en el derecho internacional y, en consecuencia, carecen de validez – Manila entabló unilateralmente la demanda ante el Tribunal Permanente de Arbitraje en 2013 y, por ello, Pekín rechaza los alcances del fallo –.

Se constata, entonces, que existe un abismo conceptual entre Occidente y Rusia y China respecto de la manera en la que se interpretan y ejecutan los principios del derecho internacional, que terminan convirtiéndose en armas arrojadas contra el rival que buscan minar. Rusia y China enfatizan su adhesión a los principios establecidos en la Carta de Naciones

Unidas, pero han demostrado que prefieren exaltar aquellos que son funcionales a sus intereses e ignorar aquellos que no tienen un espacio relevante en su filosofía política no occidental; por ejemplo, mientras que el segundo artículo de dicho documento evoca el principio de igualdad soberana que aplica para todos los Estados miembros de la ONU, rechaza la amenaza o el uso de la fuerza que atente contra la integridad territorial de un Estado miembro y desestima la injerencia en los asuntos internos de los Estados, el primer artículo subraya el respeto a la libre determinación de los pueblos, los derechos humanos y las libertades fundamentales de todos los individuos de los Estados miembros; en las alusiones al derecho internacional presentes en los documentos oficiales suscritos por Moscú y Pekín, claramente abundan las primeras y se encuentran ausentes las segundas, consideradas como reglas morales establecidas por Occidente e intentos de manipulación moral provenientes de este que los dos países no están dispuestos a aceptar. Cuando China y Rusia proclaman, en la declaración suscrita por ambos en 2016, que los Estados deben tener el derecho de elaborar, interpretar e implementar el derecho internacional en igualdad de condiciones con respecto a los demás Estados, están solapadamente exigiendo que la apreciación de los países no occidentales sobre el derecho internacional tenga el mismo peso que la de las naciones occidentales; admitir esta heterogeneidad cultural y civilizacional es, también, uno de los cimientos precisos para “democratizar” las relaciones internacionales y construir un orden policéntrico.

La animadversión que les produce a Rusia y China la promoción de la democracia occidental – y los valores que acarrea – en sus esferas de influencia, así como el valor que le otorgan al modelo estado-céntrico que rige sus sociedades, también configura una afinidad presente en el discurso internacional de ambos Estados cuando hacen alusión a los principales desafíos geopolíticos en la actualidad. Desde un punto de vista geopolítico, los dos principales focos de tensión para China se encuentran en el Mar de la China Meridional y Taiwán, mientras que para Rusia el problema más crítico en este campo atañe a la tirantez en la frontera que comparte con Ucrania. Además de la situación irresuelta en Donetsk y Lugansk, Rusia resiente la posibilidad siquiera remota de que Ucrania pueda formar parte de la OTAN; los aún insuficientes avances del acuerdo de Minsk no han logrado aplacar las inquietudes rusas sobre este diferendo. Para Serbin, en estos conflictos se puede atestiguar que, para Moscú y Pekín, también se encuentra en juego la defensa de una visión estado-céntrica ante la arremetida occidental que pretende promover sociedades abiertas y democráticas en su patio trasero. Ambos países contienen sociedades que se encuentran sometidas al Estado, que es omnipresente y controla todo tipo de expresión societal. Gao Fei, catedrático de la Universidad de Asuntos Exteriores de China, estima que la proximidad entre Rusia y China se sustenta en las culturas políticas semejantes de ambas naciones (Lukin, 2018, p. 64). Estos sistemas políticos

gozan de una larga trayectoria en la tradición política de cada país. En esencia, son sistemas no occidentales, basados en un liderazgo autoritario; este último dato es particularmente relevante en el caso de Rusia, pues aún pervive el recuerdo de un Yeltsin que, incapaz de lidiar con el gran desorden en el que el país se encontraba sumido tras el colapso de la Unión Soviética, debió renunciar en medio de fuertes presiones – además de algunas destempladas apariciones en público producto de su alcoholismo, un factor que también melló su imagen y, por extensión, la del país en el extranjero – y ceder el poder a un Putin que, a diferencia de su antecesor, demostró tener la suficiente capacidad de liderazgo para evitar lo que parecía la inminente deriva de la nación. Este sistema de control estatal altamente centralizado entra en conflicto con la narrativa de Occidente, que promueve espacios para la formación de una sociedad civil independiente y garantiza derechos como la libertad de expresión, asociación o la posibilidad de denunciar violaciones de derechos humanos – aunque estos no siempre se respeten –. Estas ideas carecen de relevancia en el mundo euroasiático, según Serbin, y se perciben como taimados pretextos con los que se aspira a generar inestabilidad en las regiones adyacentes a Rusia y China. La promoción de estas ideas por parte de Occidente no suponen una defensa del derecho internacional, sino de un orden internacional basado en reglas exclusivamente diseñadas por naciones occidentales y que buscan ser impuestas a Estados no occidentales, lo cual resulta una intromisión inadmisibles para Rusia y China. Ambos censuran la politización de los derechos humanos, dejando constancia de esta molestia en la declaración conjunta de la OCS en 2015. Asimismo, el artículo “Derecho, derechos y reglas” de Lavrov apunta en esta dirección al comprobar que la falta de acuerdo en el campo normativo entre el mundo occidental y Rusia podría tener una base etimológica y cultural, pues Occidente – con Estados Unidos a la cabeza – disocia entre “regla” y “ley” – algo que Rusia no hace – y es esta disonancia de la cual, por medio de una política de “doble rasero”, saca provecho para justificar las intervenciones humanitarias, los cambios de regímenes o la doctrina de “responsabilidad de proteger”. China, independientemente de esta enriquecedora interpretación lingüística sugerida por el canciller ruso y que se encuentra estrictamente vinculada al idioma ruso, respalda esta conclusión. En suma, hay una concepción del derecho internacional y de los principios normativos que deben gobernar el orden internacional propia de las sociedades no occidentales que no sintoniza con la de los países occidentales, y es este desencuentro el que abre las puertas de las controversias que Rusia y China mantienen con Estados Unidos y sus aliados.

Para Rouvinski, las dos naciones promocionan los principios clásicos del sistema internacional westfaliano y rechazan de manera categórica la doctrina de “responsabilidad de

proteger⁷⁶ y las intervenciones humanitarias. Moscú no hace ninguna distinción entre las intervenciones humanitarias y las revoluciones de colores, pues interpreta que estas son avanzadas estadounidenses que buscan cambiar el régimen político de las naciones; esto explica las referencias en las declaraciones de la OCS de 2008 y 2010 respecto de la difícil tesitura vivida por Georgia y Kirguistán, respectivamente. Rouvinski comenta que China y Rusia coinciden en identificar la fuente de sus amenazas: los intentos de Occidente de cambiar regímenes políticos. Por ello, su atención se concentra en adoptar medidas similares que permitan atajar estas amenazas; por ejemplo, la recepción de fondos del exterior por parte de organizaciones pertenecientes a la sociedad civil se encuentra sancionada y, en consecuencia, limita su accionar – en Rusia, aquellos que incurran en esta práctica son calificados de “agentes extranjeros” –, mientras que la independencia de los medios de comunicación es muy reducida – en el caso de Rusia – o inexistente – con relación a China –. Estos ejemplos ilustran la sensibilidad y vulnerabilidad que Moscú y Pekín sienten ante la amenaza de un potencial cambio de régimen que altere la estabilidad de sus esferas de influencia o una revolución de color, instigada desde Occidente, que atente contra la continuidad de sus propios gobiernos – esta última se temió en Rusia durante las protestas entre 2011 y 2013 – (V. Rouvinski, comunicación personal, 13 de agosto de 2021).

Por otro lado, Rusia y China expresan su respaldo a las Naciones Unidas en su calidad de centro desde el cual irradian las normas internacionales que deben regir los destinos de las relaciones internacionales. La Federación de Rusia aboga por un sistema que le otorgue un rol preeminente a la ONU y, dentro de esta, al Consejo de Seguridad, en su calidad de “concierto de las grandes potencias”, reforzando la visión estado-céntrica de las relaciones internacionales por parte de Moscú; constantemente destaca su papel como cofundador de esta organización, de cuya génesis se siente partícipe trascendental y a la que vincula con una gesta histórica que, en la actualidad, ocupa un lugar destacado en su identidad contemporánea: el triunfo de la Unión Soviética frente a la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial.⁷⁷ Rouvinski aduce que

⁷⁶ La doctrina de “responsabilidad de proteger” se asienta sobre la base de tres pilares: la responsabilidad permanente que le corresponde a cada Estado de proteger a su población del genocidio, los crímenes de guerra, la limpieza étnica y los crímenes contra la humanidad, así como de su incitación; la responsabilidad que recae sobre la comunidad internacional de asistir a los Estados en el cumplimiento de las obligaciones establecidas en el primer pilar; y la responsabilidad que atañe a la comunidad internacional de ofrecer una respuesta colectiva y oportuna cuando un Estado fracase en su obligación de proporcionar dicha protección a su población. Este último pilar recoge la posibilidad de implementar el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, que contempla las medidas coercitivas que el Consejo de Seguridad puede adoptar en aras de preservar la paz. La oposición de Rusia se centra en la ejecución del tercer pilar de la “responsabilidad de proteger”.

⁷⁷ Esto explica, por ejemplo, que en la declaración conjunta de 2016 de los BRICS, las partes coincidan en “rechazar resueltamente los continuos intentos de tergiversar los resultados de la Segunda Guerra Mundial” (Universidad de Toronto, 2016).

“en términos de discurso e identidad, Rusia no trata de socializar valores, pero sí lo hace cuando se trata del papel que desempeñó en la Segunda Guerra Mundial”; de alguna manera, pareciera disminuir la contribución de las fuerzas aliadas, considerando al Frente Oriental como el más preponderante para la resolución del conflicto. En resumen, Rusia busca instalar el mensaje de que fue la potencia que se alzó con la victoria en la Gran Guerra Patria y posteriormente impulsó la creación de las Naciones Unidas para evitar la repetición de una catástrofe de semejantes proporciones; por ello, Moscú considera improcedentes los intentos occidentales de revisar o distorsionar los resultados del conflicto, debido a las indeseables consecuencias que una reinterpretación de la historia podría acarrear en el mantenimiento de la paz mundial. China también repudia los intentos revisionistas de Occidente en el campo de la historiografía, pero la mueven otros sucesos traumáticos para su memoria histórica – la masacre de Nankín y la explotación de las “mujeres de consuelo” durante la segunda guerra sino-japonesa –.

Por su lado, la República Popular China ha exhibido mayor discreción al referirse a su papel en el nacimiento de esta organización, pues es preciso recordar que fue Taiwán – la República de China – la que firmó, en 1945, la Carta de las Naciones Unidas y ocupó, hasta 1971, el asiento que hoy ostenta Pekín en la Asamblea General. En la actualidad, Rusia y China comparten el interés en defender las normas clásicas del derecho internacional a través del uso de los mecanismos que el sistema de las Naciones Unidas les provee. Los dos Estados desean conservar un sistema que los beneficia al reconocerlos como miembros permanentes del Consejo de Seguridad, lo que les confiere, en consecuencia, el poder de veto. Así, Rusia ha hecho un uso extensivo de su poder de veto durante décadas, mientras que China, en cambio, recurrió de manera marginal a esta herramienta durante la Guerra Fría, pero desde la década de los noventa ha demostrado no dudar en usarla en combinación con Rusia. De hecho, desde la disolución de la Unión Soviética hasta el cierre de esta investigación, Rusia es el país que más veces ha recurrido a esta herramienta, mientras que China es el tercero – en veintisiete y quince oportunidades, respectivamente –; además, en trece ocasiones han emitido sus vetos simultáneamente (United Nations Dag Hammarskjöld Library, 2021).

Existe, pues, un interés compartido por los dos países en preservar un *statu quo* que, en el ámbito del derecho internacional, es funcional a sus intereses. Así lo afirma Rouvinski, quien adicionalmente remarca la insatisfacción que a Rusia le produce el hecho de que Estados Unidos logre evadir los alcances de este marco normativo. Moscú no pretende cambiar las normas internacionales, pero desea que estas se apliquen tanto para Rusia como para Estados Unidos. Resulta inadmisibles que, mientras que a Estados Unidos se le tolera su accionar en Afganistán e Irak, a Rusia se la condene por anexionar Crimea. Para Rusia, la norma debe aplicarse sin ningún tipo de excepción; esto no es posible debido a que no posee la misma identidad que Estados

Unidos, aunque se debe mencionar que el contexto internacional ha cambiado y que Washington no podría reemprender las acciones que realizó durante los últimos veinte años. China, por su lado, se encuentra en una línea similar a la de Rusia, sin presentar alguna evidencia que sugiera una intención orientada al cambio de las normas en el escenario internacional.

Adicionalmente, también deben tomarse en cuenta los intereses de ambos Estados en torno a la no proliferación nuclear. Rusia y China comparten, en aras de salvaguardar sus intereses relacionados a la seguridad, el respeto a los principios internacionales que abogan por la no proliferación de armas nucleares; ambas son potencias nucleares que aceptan las normas de convivencia en el ámbito de las armas nucleares. De acuerdo con Rouvinski, a China le conviene velar por la continuidad y el cumplimiento de las normas comprendidas en el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP), porque un potencial conflicto entre India y Pakistán – países que cuentan con armas nucleares – engendraría una inestabilidad de proporciones impredecibles en su vecindario. De igual manera, el ámbito normativo ha sido testigo de la inclusión de una serie de inquietudes en línea con desafíos que exceden la integridad física de los estados; así se explica el interés de los BRICS por desarrollar una herramienta normativa universal sobre el buen uso de las tecnologías de la información y comunicación.

La convergencia que Moscú y Pekín han exhibido en los últimos tiempos en sus votaciones en el Consejo de Seguridad dista de constituir, según Rouvinski, una alianza. Con relación a la hipótesis de que Rusia cumpla el rol de un “disidente ruidoso” y China se desempeñe como un “socio cauteloso” – tal como lo sostienen Aglaya Snetkov y Marc Lanteigne – Rouvinski se muestra escéptico sobre esta tesis; advierte de que es difícil pensar que exista una coordinación explícita entre los dos países para conformar una agenda a mediano o largo plazo. Sopesar la posibilidad de que haya una premeditada distribución de roles de esta naturaleza implicaría afirmar que existe una alianza conformada por Rusia y China, lo que no existe debido a que sus intereses a largo plazo son disímiles; sin embargo, los papeles que ambos ejercen – y la manera en la que los desempeñan – abre la posibilidad de una repartición de roles en el marco de una cooperación estratégica, sin por ello alcanzar el nivel de una alianza. Este entendimiento es, por lo tanto, de carácter coyuntural. En lo que sí se puede reconocer una diferencia es en el tono diplomático que ambos emplean para manifestar su disconformidad con las posturas normativas de Occidente que no acogen de buen grado. La diplomacia china suele hacer un uso cuidadoso del lenguaje y solo recurre a un tono agresivo y fuerte cuando se cruza una línea roja para sus intereses; esto es algo que ocurre cuando algún Estado cuestiona el principio de “una sola China”, por ejemplo. En contraposición, la diplomacia rusa, según Rouvinski, “va directamente al golpe”. El lenguaje poco diplomático elegido por María

Vladimirovna Zajárova, la Directora del Departamento de Información y Prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, o incluso por el mismo Lavrov para ventilar su disconformidad frente a las actitudes adoptadas por los países occidentales con las que no coinciden es bastante elocuente al respecto. En otras ocasiones, se elige una retórica abiertamente beligerante o vulgar, como la que tuvo lugar en una reunión del Consejo de Seguridad de la ONU en 2017.⁷⁸ Rouvinski evalúa que, en este punto, se ha recuperado un proceder similar, de cierta manera, al de la Unión Soviética. En la actualidad, el canal diplomático entre Rusia y Estados Unidos se encuentra deteriorado – aunque preserva algunos mecanismos indispensables de diálogo político y coordinación en materia de seguridad entre altos mandos militares –; este grado de erosión en la comunicación interestatal casi ocurre entre China y Estados Unidos en los últimos años, mas no se llegó a ese nivel.

Tanto Moscú como Pekín mantienen con Washington una comunicación que oscila entre la tensión y la precariedad. Empero, resulta curioso que ambos países condenen la política de alianzas y la interpretación de los hechos bajo una óptica propia de la Guerra Fría y paralelamente se rescate, en la Declaración de la Federación Rusa y la República Popular China sobre la promoción del derecho internacional, la idea de la coexistencia pacífica, siendo este un principio surgido en plena Guerra Fría, difundido por Nikita Serguéievich Jrushchov y con el cual describía el estado de ánimo que debía primar en las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La invocación de esta noción suena a una invitación a respetar las diferencias entre diferentes Estados y aceptar que, después de todo, como sostiene Josep Piqué, ministro de Asuntos Exteriores de España entre 2000 y 2002, “el mundo *westfaliano* no existe fuera de Occidente” (Piqué, 2021, párr. 12).

⁷⁸ El 12 de abril de 2017 tuvo lugar un cruce verbal entre Vladímir Kárpovich Safronkóv, embajador adjunto de la Federación de Rusia en la ONU, y Matthew Rycroft, su homólogo británico, en el marco de una sesión del Consejo de Seguridad. Rycroft criticó a Rusia por emplear su poder de veto para frustrar una resolución – defendida por Estados Unidos, Reino Unido y Francia – en la que se condenaba un bombardeo con armas químicas en Siria perpetrado por el régimen de Bashar al-Ásad. Safronkóv le espetó, entre otras palabras, lo siguiente: “¡Mírame! ¡No desvíes la mirada! ¿Por qué miras hacia otro lado? No te atrevas a insultar a Rusia de nuevo”. (Schreck, 2017, párr. 4, 6).

8.3. La identidad y la noción del “Otro”

[...] nunca hemos marchado junto a otros pueblos ni pertenecemos a ninguna de las grandes familias del género humano: no somos ni Oriente ni Occidente y no poseemos tradiciones ni del uno ni del otro. [...] Los pueblos son seres morales de la misma manera que los individuos. Los educan los siglos, al igual que los años forman a las personas. Pero de nosotros casi se puede decir que somos una excepción entre los pueblos. Pertenecemos a aquellos que no parecen formar parte integrante del género humano, sino que existen para dar al mundo una importante lección.

PIOTR YÁKOVLEVICH CHAADÁIEV, «Cartas filosóficas»

Los rusos tenemos dos patrias: nuestra Rusia y Europa, incluso si somos eslavófilos (que estos no me guarden rencor por decirlo). Es imposible negarlo.

FIÓDOR MIJÁILOVICH DOSTOIEVSKI, «Diario de un escritor»

Occidente – es el amor desesperado de Rusia.

MARINA IVÁNOVNA TSVIETÁIEVA, «Cuaderno de notas nº3, 1916-1918»

Como se ha mencionado previamente, la identificación de un “Otro” resulta imprescindible al realizar un análisis sobre el discurso en materia de política exterior elaborado por un Estado. En el caso de Rusia, el “Otro” suele estar encarnado en Occidente, Estados Unidos y la UE – ver el marco conceptual de esta investigación –. En los documentos y discursos oficiales de las autoridades rusas y chinas, se asigna la condición de alteridad a estos tres agentes.

8.3.1. La identidad y la noción del “Otro” en los documentos y discursos oficiales sino-rusos

En la segunda mitad de la década de los noventa, cuando la política exterior rusa exigía un distanciamiento de Occidente y un giro hacia el este, surge una revalorización de las relaciones con China, en gran medida gracias al papel desempeñado por Ígor Alekséievich Rogachiov, embajador de la Federación de Rusia en la República Popular China entre 1992 y 2005. Así lo explica Ígor Vladímirovich Morgulov, diplomático que estuvo destacado en China, Estados Unidos y Japón, y que ejerce, desde 2011, el cargo de viceministro de Asuntos Exteriores de Rusia:

Sí, hubo un periodo "kozyreviano" [sic] en el que los ministros veían las relaciones con Estados Unidos y Occidente con gafas de color rosa. Pero a principios de 1994 se tranquilizaron rápidamente y surgió una valoración más positiva de China. Es decir, nos pusimos rápidamente en el camino correcto, y es un mérito de nuestros socios chinos que tuvieran la sabiduría de no degradar las relaciones con nosotros durante ese periodo. Superamos juntos los tiempos difíciles, y nuestras relaciones se han

desarrollado de forma constante desde 1994. Esto se debe en gran medida a I. Rogachiov, a quien yo llamaría el patriarca-ideólogo del desarrollo de las relaciones de Rusia con China... (Lukin, 2018, p. 75).

Morgulov considera, entonces, que el enfoque adoptado por Kózyrev de priorizar relaciones con Occidente había sido el erróneo porque, entre otras consecuencias negativas, desatendió las relaciones bilaterales con China hasta ese entonces. Tras la salida de Kózyrev, Moscú empieza a recuperar el terreno perdido y supera su decepción con respecto a Occidente impulsando sus relaciones con Pekín.

En un discurso pronunciado en 1995 en el Kremlin, Yeltsin confirmó este viraje que priorizaba el vínculo con China. El porvenir de Rusia dependía, según su propio presidente, en cuán prósperas fueran sus relaciones con su vecino del sur. Y no perdió la ocasión de enviarle un mensaje a Occidente: "Podemos apoyarnos en el hombro de China en las relaciones con Occidente. Entonces, Occidente trataría a Rusia con gran respeto" (ibid., p. 77).

En una entrevista durante su visita a Pekín, en julio de 2000, Putin comentó que Rusia era un país tanto europeo como asiático. En ese sentido, aclaró que "respetamos tanto el pragmatismo europeo como la sabiduría oriental. Así pues, Rusia seguirá una política exterior equilibrada. En ese sentido, las relaciones con la República Popular China serán sin duda una de nuestras principales prioridades" (ibid., p. 81).

El 24 de julio de 2003, el entonces viceministro de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, Aleksandr Prójorovich Losiukov, confirmó, en una entrevista publicada en el periódico económico *Vremia novostei*, que tanto para Moscú como para Pekín la presencia militar de Estados Unidos en el Asia Central fue tan incómoda como indispensable para luchar contra el flagelo del terrorismo. Washington fue considerado como un socio con el cual era inevitable entenderse para prevenir que el régimen talibán se consolide en Afganistán e irradie, desde Kabul, una ola de inestabilidad y violencia que pusiera en jaque los intereses vinculados a la seguridad de Rusia y China:

Ni nosotros ni China nos alegramos de que la presencia militar estadounidense haya aparecido en Asia Central. Es un elemento nuevo y muy serio en el equilibrio de fuerzas en la región...No podíamos...hacer frente a esa amenaza [terrorista] ni solos ni con la ayuda de China. Afganistán corría el riesgo de convertirse en un país totalmente controlado por los talibanes. Y entonces la inestabilidad habría inundado la frontera...Como resultado de la lucha contra esa amenaza surgió una presencia estadounidense, en la que nosotros estábamos interesados. Gracias a la intervención de

Estados Unidos fue posible eliminar esa amenaza, aunque no del todo, y eso es un logro importante. No vemos a EE.UU. como un adversario, sino como un socio en esta lucha, con el que tenemos intereses coincidentes en muchos aspectos. Los chinos también lo entienden así (ibid., p. 85).

En marzo de 2008, Rusia, a través de una nota de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores⁷⁹, tachó de “inaceptables” los intentos de politizar el desarrollo de los Juegos Olímpicos de Verano de Pekín (Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, 2008, párr. 4), que se celebraron en agosto de ese mismo año. Esta frase alude a los disturbios que por aquel entonces se suscitaron en el Tíbet en solidaridad con ciertos monjes budistas que, en octubre de 2007, habían sido detenidos tras celebrar la recepción de la Medalla de Oro del Congreso de los Estados Unidos por parte del decimocuarto dalái lama. Un grupo de organizaciones de derechos humanos con base en Occidente – como Human Rights Watch, Amnistía Internacional y la Red Internacional del Tíbet – hicieron invocaciones para boicotear los Juegos Olímpicos. El rechazo de Rusia hacia una medida de este tipo era una muestra de solidaridad con China en un principio que comparten – la no interferencia en asuntos domésticos – pero también una oposición al moralismo con el que Occidente disfrazaba su verdadera intención de mellar la reputación de Pekín.

En marzo de 2013, Xi mantuvo con sinólogos rusos y alumnos rusos estudiosos del idioma chino un encuentro⁸⁰ en el que dijo que Rusia ha sido uno de los países pioneros a nivel mundial en el estudio de la sinología y un líder contemporáneo en este campo académico, lo que supone un factor adicional en el robustecimiento de la amistad sino-rusa. Para el mandatario chino, las naciones china y rusa constituyen civilizaciones de larga data con “una larga historia y espléndidas culturas” (Ministry of Foreign Affairs of the People’s Republic of China, 2013, párr. 8); estos elementos comunes compelen a ambas partes a apuntalar su amistad y a no enfrentarse entre sí. Xi agregó que es viable compaginar los objetivos de alcanzar el rejuvenecimiento de la nación china y conseguir el desarrollo y la revitalización rusos (ibidem).

En tiempos recientes, en el espinoso ámbito de las telecomunicaciones se han realizado soterradas referencias a Occidente. Así ocurrió en una reunión bilateral entre Xi y Putin en 2019, en la que ambos mandatarios firmaron un acuerdo para que Huawei y las empresas de telecomunicaciones rusas cooperen en el establecimiento de una red 5G en Rusia. De acuerdo

⁷⁹ https://www.mid.ru/ru/maps/cn/-/asset_publisher/WhKWb5DVBqKA/content/id/345510?p_p_id=101_INSTANCE_WhKWb5DVBqKA&_101_INSTANCE_WhKWb5DVBqKA_languageId=en_GBe

⁸⁰ <https://www.fmprc.gov.cn/ce/cgsf/eng/xw/t1025549.htm>

a la declaración conjunta que resume los alcances de este encuentro⁸¹, se espera que con este entendimiento se pueda “contrarrestar las restricciones infundadas al acceso a los mercados de productos de tecnologías de la información, con la excusa de garantizar la seguridad nacional” (Sahuquillo & Vidal Liy, 2019, párr. 5); esta frase alude a Estados Unidos de manera tan implícita como evidente y tiene, como telón de fondo, la pugna tecnológica que actualmente enfrenta a Washington y Pekín.

En marzo de 2021, Wang y Lavrov celebraron una reunión bilateral en Guilin, China; en la mencionada cita, el segundo presentó un proyecto de declaración conjunta con miras a la celebración del vigésimo aniversario del Tratado de Buena Vecindad, Amistad y Cooperación entre la Federación de Rusia y la República Popular China. En declaraciones a la prensa, Lavrov aseveró que, entre otros temas, había coincidido con su homólogo chino en señalar el “carácter destructivo” con el que Estados Unidos buscaba minar el rol de la ONU y el sistema internacional basado en el derecho internacional, además de buscar construir alianzas de índole político-militar propias de la era de la Guerra Fría (Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, 2021a, párr. 6); posteriormente, durante su alocución amplió su rango geográfico de acusación, al achacar a Estados Unidos, Europa y Occidente en su conjunto de prescindir del arte de la diplomacia en reemplazo de la imposición de restricciones unilaterales (ibid., párr. 21). Lavrov añadió que la asociación entre Rusia, China y otras naciones para salvaguardar el orden basado en el derecho internacional cobra vigencia ante “los enérgicos intentos de Occidente” de impulsar un “orden mundial basado en reglas” (ibid., párr. 6); las sanciones, aclaró, son uno de los tipos de normas que componen ese sistema internacional anhelado por Occidente (ibid., párr. 21). Lavrov hace mención a la UE, a la que considera un “buen vecino” (ibid., párr. 22), al igual que a China; empero, las buenas relaciones y los mecanismos de cooperación que antaño Rusia construyó con la comunidad política europea se erosionaron, de acuerdo con Lavrov, por responsabilidad de Europa (ibidem). El canciller ruso concluye que la caída en desgracia de las relaciones entre Moscú y la UE contrasta con la profundización de sus relaciones con Pekín; de hecho, menciona que no existen relaciones con la UE en lo que respecta a su condición como organización (ibid., párr. 23). Lavrov deja la puerta abierta a una reconciliación, pero para ello advierte que será necesario que Europa erradique “esta anomalía en los contactos con su vecino más grande” (ibidem); hasta entonces, no cabe esperar cambios en el “frente occidental” (ibidem), mientras que en el Oriente – dentro de la que está comprendida China – se intensifican las oportunidades para fortalecer la política exterior rusa. En otro momento, el canciller ruso aborda las medidas adoptadas por Rusia para abandonar los sistemas internacionales de pago

⁸¹ https://elpais.com/internacional/2019/06/05/actualidad/1559758989_489176.html

que son dominados por Occidente. El alto diplomático ruso comenta que las instituciones financieras de Moscú y Pekín vienen realizando un creciente uso de sus propios sistemas de mensajería financiera; además, también se planea aumentar el pago en monedas nacionales de los intercambios comerciales entre los dos países (ibid., párr. 12). Lavrov justifica este tipo de acciones aduciendo que es un “imperativo” de los tiempos que corren y que las represalias contra los dos países se debe al hecho de que a aquellos que establecieron la actual arquitectura financiera internacional les disgusta la forma en la que otros países utilizan este sistema (ibid., párr. 14); al respecto, Lavrov destaca el caso de China, que le “gana a Occidente en su propia cancha” (ibidem), lo que desencadena sanciones unilaterales de Estados Unidos. Con Washington no hay entendimiento posible, pues pretende imponer a otros países la conducta que desea recibir de ellos, lo que lleva a Lavrov a evocar el siguiente refrán ruso: “en el corazón no se manda”⁸² (ibidem). Por otro lado, la crítica coyuntura por la que atraviesa el planeta a causa de la COVID-19 también es motivo para resaltar el criterio humanitario que ha imperado en la cooperación entre China y Rusia en la lucha contra la pandemia; Lavrov elogia las coordinaciones implementadas por ambas partes en lo que concierne a la producción y distribución de vacunas con el objetivo de salvar vidas, aprovechando la ocasión para recordárselo a todos, “incluidos nuestros socios en Occidente que intentan presentar a Rusia y China como aventureros en materia de “diplomacia vacunal” [sic]” (ibid., párr. 18).

La declaración conjunta que celebra los dos decenios desde la puesta en vigor del Tratado de Amistad entre China y Rusia alude al papel que Occidente y Estados Unidos han jugado en el empeoramiento de la seguridad en el orden internacional. En un pasaje de dicho texto, las partes consideran que los Estados poseedores de armas nucleares tienen una responsabilidad singular en redoblar el diálogo para prevenir el debilitamiento de la estabilidad estratégica mundial y una escalada o conflicto entre Estados que poseen armas nucleares (The Embassy of the Russian Federation to the United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland, 2021, art. VIII, párr. 9); este mensaje interpela a las naciones que cuentan, según el Tratado de No Proliferación Nuclear, con el estatus de “Estado nuclearmente armado”, entre los que se encuentran Rusia y China, pero también Estados Unidos, Francia y el Reino Unido. Pero, mientras en el campo nuclear se emplaza a las potencias occidentales a cooperar, en otros ámbitos se censura severamente las amenazas a las que exponen la seguridad global y regional. Por ejemplo, los firmantes de esta declaración expresan que el retiro por parte de Estados Unidos de acuerdos internacionales vinculados al control de armamento – como ocurrió con el Tratado

⁸² Esta es una traducción libre del refrán que, en ruso original, es «насильно мил не будешь»; el portal oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia ofrece una traducción que se acerca al sentido literal de la frase: «no puedes hacer que les caigas bien».

sobre Fuerzas Nucleares de Rango Intermedio en 2019 y el Tratado de Cielos Abiertos en 2020 – ponen en jaque la seguridad y estabilidad estratégica a nivel mundial, pues aumenta la posibilidad de que Washington desarrolle su propio sistema de defensa antimisiles e instale armas no nucleares de alta precisión dirigidas a objetivos estratégicos (ibid., art. VIII, párr. 11). También en esta declaración conjunta se hace una alusión específica al retiro estadounidense del Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Rango Intermedio, lo que le ha concedido a Estados Unidos la oportunidad de ahondar sus actividades de investigación y desarrollo de misiles terrestres de alcance medio y corto, ambicionando instalarlos en el Asia-Pacífico y Europa; ante esta alarmante perspectiva, Rusia y China demandan de Estados Unidos una conducta moderada y una disposición a atender la propuesta rusa de sancionar una moratoria al despliegue de misiles de esta clase (ibid., art. VIII, párr. 12). Adicionalmente, el espacio ultraterrestre tampoco se encuentra exento de desafíos para Pekín y Moscú; se señala a “ciertos países occidentales” (ibid., art. VIII, párr. 13) de querer transformarlo en un entorno de enfrentamiento militar, solicitando a las partes interesadas realizar los esfuerzos necesarios para evitar una carrera armamentística en el espacio ultraterrestre y asegurar el carácter pacífico de las actividades ejecutadas en esta zona, para lo cual deben asumir el compromiso de no ser los primeros en colocar armas en dicho ámbito.

El artículo “Derecho, derechos y reglas” escrito por Lavrov es, indudablemente, uno de los testimonios recientes más ásperos emitidos por una autoridad política rusa contra Occidente y el orden internacional que pretende imponer. El Ministro de Asuntos Exteriores ruso reconoce que la desconfianza que Rusia siente hacia la administración de Joe Biden empezó inmediatamente después del primer encuentro personal que Putin sostuvo con el mandatario estadounidense. En un diálogo sin condicionamientos que ambos entablaron en junio de 2021, en Ginebra, plantearon iniciar un diálogo respecto de la defensa de la estabilidad estratégica en el escenario internacional. A pesar de ello, Lavrov comenta que, tras esta cumbre, las autoridades estadounidenses hicieron declaraciones que contradijeron el carácter constructivo de las conversaciones sostenidas en este espacio de diálogo; retomando el tono severo con el que antaño se ha dirigido a Rusia, las autoridades estadounidenses mencionaron que hubo “avisos” y “exigencias” para que Moscú, en un plazo determinado, acceda a “las normas de juego” trazadas en Ginebra, si es que no quiere ser el blanco de mayores presiones (Sergei V. Lavrov, 2021, p. 228). El alto diplomático ruso lamenta no solamente que Estados Unidos haya retomado la actitud “inextirpable” con la que trata a Rusia, sino también que las naciones europeas se hayan plegado, “con evidente gusto”, a la postura del “Gran Hermano” (ibid., p. 229). Lavrov sospecha que esta actitud es producto del respaldo que este “coro” le endilgó al “vocalista principal” (ibidem) en una serie de eventos que ocurrieron con antelación a la cumbre

de Ginebra: la cuadragésimo séptima cumbre del G7 desarrollada en Cornualles, la cumbre de la OTAN en Bruselas y las reuniones que Joe Biden mantuvo con el presidente del Consejo Europeo y la presidenta de la Comisión Europea, Charles Michel y Ursula von der Leyen, respectivamente. De esta manera, lo que los países occidentales buscaron fue poner en escena un respaldo sin fisuras a la implementación de un “orden mundial basado en las reglas” – como se recoge en los documentos oficiales de las dos cumbres referidas anteriormente – en desmedro de los principios del derecho internacional presentes en la Carta de la ONU; estas naciones buscan imponer a otros Estados – “principalmente Rusia y China” (ibidem), puntualiza Lavrov – a allanarse a su línea política. El responsable de la política exterior rusa acusa a las naciones occidentales de ser lo suficientemente precavidos de no delimitar sus “normas” para que puedan acusar de violarlas a aquellos que no se avengan a sus intereses; esto le da a Occidente más libertad “para seguir con la práctica arbitraria de emplear tácticas sucias como forma de presionar a los competidores” (ibidem), por lo que Lavrov equipara su accionar deshonesto con el de los círculos criminales de la década de los noventa en Rusia. Lavrov comenta que en las cumbres de junio de 2021 se identificó como principales cortapisas del derrotero a seguir hacia la consecución de un “orden mundial basado en reglas” a Rusia y China en su calidad de “potencias autoritarias” (ibid., p. 231). Mientras que a Pekín se la acusa de impulsar sus intereses económicos de manera asertiva – siendo la IFR un ejemplo de ello –, a Moscú se le atribuye una “postura agresiva” (ibidem) en países cercanos en los que los derechos de los rusos se encuentran en entredicho o en naciones que han estado bajo el asedio de potencias occidentales o del terrorismo internacional – se cita el ejemplo de Siria –. Lavrov apunta que los países occidentales se desentienden del debate sobre la democratización de las relaciones internacionales, prefiriendo forzar a Rusia, China y otros países que considera “no democráticos” a que implementen las “prescripciones occidentales” (ibidem) en lo que concierne a los derechos humanos, la sociedad civil, la oposición, los medios de comunicación, el desempeño de las instituciones públicas y la interacción entre poderes. Lavrov es claro al mencionar que los países occidentales adoptan una postura “arrogante”, “imperial” y “neocolonial”, a través de la cual promocionan un “régimen totalitario” que interfiere en los asuntos internos de los Estados soberanos (ibid., p. 232). También aduce que Rusia, China y otras potencias poseen una raigambre histórica de larga data muy particular, y que en el mundo existen diversas civilizaciones que merecen respeto; se debe aceptar que en el mundo se encuentren maneras alternativas a las occidentales de organizar la sociedad (ibidem). A ojos del canciller ruso, el “Occidente histórico” ha ejercido su hegemonía en el mundo durante cinco siglos, y se resiste a perder su posición dominante con el advenimiento de un mundo policéntrico (ibid., p. 233); Occidente delibera sobre los temas que estima importantes en plataformas de las

que son excluidos los Estados que discrepan con su punto de vista. Lavrov procede a criticar el “multilateralismo eficaz” del que hace gala la UE – que busca imponer sus propias sanciones a quienes incumplen con sus requerimientos, evadiendo el Consejo de Seguridad de la ONU – en contraposición del “multilateralismo inclusivo” representado por la ONU (ibidem); incluso se citan expresiones propaladas por Emmanuel Macron, en las que concluye que el multilateralismo no precisa de la unanimidad y que aquellos que “no desean seguir avanzando no deben ser capaces de detener...a una ambiciosa vanguardia” del orden internacional (ibid., p. 234). Además, Lavrov critica la inconsistencia entre los gestos occidentales asociados al cumplimiento de una palabra empeñada; para ello, cita la expansión de las fronteras de la OTAN en dirección a Rusia, luego de que Occidente, al culminar la Guerra Fría, les asegurase a las autoridades soviéticas de que ello no iba a ocurrir (ibidem).⁸³ A menudo, Occidente suele retrucar, según Lavrov, de que esta fue una promesa oral, mas no un compromiso plasmado en un documento oficial; sin embargo, el canciller apunta que la tradicional costumbre rusa de honrar un acuerdo por medio de un apretón de manos, sin documentos de por medio, no arraigará en Occidente (ibid., p. 234-235). Las “reglas” que Occidente dice defender son un ejemplo de su doble rasero con respecto a la libre autodeterminación de los pueblos; estas normas las apoya cuando satisfacen sus intereses – como hace el Reino Unido con las islas Malvinas o la comunidad internacional con Kósovo, por ejemplo – y las rechaza cuando atenta contra ellos – verbigracia, como cuando Crimea expresó, a través de un referéndum, su voluntad de formar parte de la Federación de Rusia – (ibid., p. 235). Los principales tomadores de decisiones en Occidente se encuentran “consumidos por el complejo de la exclusividad” (ibid., p. 236) y, en consecuencia, renuncian a la conquista de acuerdos en espacios verdaderamente universales y representativos. La política que la UE adopta frente a Rusia suele ser pergeñada por “una agresiva minoría rusófoba” (ibid., p. 237). Tanto la OTAN como la UE no cejan en su objetivo de someter a otras regiones del mundo, “proclamando una autodenominada misión mesiánica global” (ibidem). La Alianza Atlántica ha acogido la idea estadounidense de respaldar el fortalecimiento de la región del Indo-Pacífico, lo cual busca, de acuerdo con Lavrov, debilitar a China. La UE lanza programas para establecer contactos en ámbitos geopolíticos próximos, pero sin realizar consultas sobre el contenido de dichas iniciativas a los países con los que se pretende formar lazos; tal es el caso de la Asociación Oriental o del marco estratégico aprobado en 2019 por la UE para fortalecer las relaciones con el Asia Central, a diferencia de las iniciativas en las que participa Rusia – la CEI, la UEE, la OTSC y la OCS –, que entabla relaciones con agentes ajenos a estos bloques sobre la base de una equidad consensuada con antelación (ibidem). Por

⁸³ Ver la nota de pie de página número cinco.

todo ello, Lavrov evalúa que “con su actitud despectiva hacia otros miembros de la comunidad internacional, Occidente se encuentra en el lado equivocado de la historia” (ibidem). El canciller ruso concluye su artículo aduciendo que Rusia no modificará su actitud ni aceptará un juego de suma cero impuesto por Occidente; cita unas palabras que Putin ha expresado en múltiples ocasiones: “no ha habido concesiones unilaterales desde finales de los noventa y nunca las habrá” (ibid., p. 238).

En una reunión sostenida por Wang y Lavrov en Guangxi, en marzo de 2021, el primero advirtió la necesidad de que las dos partes coincidieran en combinar esfuerzos para “combatir con firmeza las informaciones falsas sobre China y Rusia” (Embassy of the People’s Republic of China in the Kingdom of Norway, 2021, párr. 3). Asimismo, elogió la sólida amistad que define la relación entre ambos, siendo “superior a las relaciones actuales entre otros países” (ibid., párr. 7). Por su lado, Lavrov también resalta la elevada calidad en el vínculo bilateral formado por los dos países y aprovecha el momento pandémico por el que atraviesa el orbe para rechazar “la politización de las vacunas” (ibid., párr. 4); admite que esto se da en el marco de una “compleja” coyuntura internacional, por lo que “los países occidentales pueden hacer lo que sea” para preservar su posición de dominio (ibid., párr. 7). Xi y Putin también coincidieron, en setiembre de 2021, en una postura única para abordar la pandemia del nuevo coronavirus; mientras que el primero declaró que es necesario rechazar no solamente la politización de las vacunas, sino también la de cualquier investigación que explore los orígenes de la COVID-19, el segundo alegó que una investigación políticamente sesgada socava la credibilidad de los resultados de la misma y calificó de “errores colosales y dramáticos” las medidas politizadas adoptadas por aquellos que pretenden luchar contra el nuevo coronavirus (Deutsche Welle, 2021, párr. 6).

En “La base de la amistad”, Lavrov evoca la experiencia histórica común que, en tiempos recientes, ha unido a Rusia y China. Así, confirma que el sustrato ideológico del Tratado de Buena Vecindad, Amistad y Cooperación consiste en la disposición de ambas partes en transmitir la amistad entre ambos pueblos de generación en generación, producto de “una base histórica fundamental” (Serguéi Lavrov, 2021, párr. 12) que une a ambos Estados. El canciller ruso procede a evocar la alianza que forjaron para luchar contra el fascismo alemán y el militarismo japonés; también resalta que las fuerzas soviéticas jugaron un rol protagónico en la liberación del noreste de China. Los sacrificios en los que Rusia y China tuvieron que incurrir durante la Segunda Guerra Mundial les permite apreciar “las gloriosas páginas de nuestra historia compartida” (ibidem) y converger en la definición de las causas, el desarrollo y los efectos de este conflicto; por ello, Lavrov asegura que Moscú y Pekín resisten las intenciones revisionistas que se proponen adulterar la historia y enaltecer a criminales de guerra. De acuerdo con el

canciller ruso, el rublo y el yuan componen más de la cuarta parte de los pagos que se efectúan entre las dos naciones, con lo que se mitigan los riesgos a los que se encuentran expuestas las transacciones comerciales “ante la creciente presión de las sanciones de Estados Unidos y varios países occidentales” (ibid., párr. 15). También critica la política de “cambio de régimen”, “doble rasero” y sanciones unilaterales provenientes de “una serie de Estados que intentan destruir” el orden internacional basado en los principios de la Carta de la ONU para instaurar un “orden basado en normas” (ibid., párr. 23).

En julio de 2021, Putin aprobó la nueva estrategia de seguridad nacional de Rusia⁸⁴, un documento que no escatima ataques contra los valores promovidos por Occidente. Así, se denuncia la crisis del modelo liberal occidental y los intentos de ciertos Estados de socavar valores tradicionales o de alterar la interpretación de algunos hechos históricos en los que Rusia tuvo algún papel destacable (President of the Russian Federation, 2021, art. 19); estos países “inamistosos” – una obvia referencia a Estados Unidos y sus aliados – están tratando de “destruir” la cohesión de la sociedad rusa (ibid., art. 20). Más adelante se señala al responsable de estas embestidas cuando se advierte que “los valores espirituales, morales e histórico-culturales tradicionales son objeto de un activo ataque por parte de Estados Unidos y sus aliados, así como las corporaciones transnacionales, las organizaciones no gubernamentales extranjeras sin fines de lucro, religiosas, extremistas y terroristas” (ibid., art. 87). La “occidentalización” de la cultura incrementa la probabilidad de que Rusia pierda su “soberanía cultural” (ibid., art. 88). Entre los valores que se distinguen como tradicionalmente rusos, vale la pena destacar las alusiones al colectivismo y la predominancia de lo espiritual por encima de lo material (ibid., art. 91), lo que marca un claro contraste con la denuncia que se formula en contra del egoísmo y consumismo propios de un modelo cultural que defiende de manera radical la libertad individual (ibid., art. 85); este último paradigma cultural funge de vehículo de ideas y valores ajenos (ibid., art. 86) habitualmente atribuidos a las sociedades occidentales – principalmente a Estados Unidos –. Ante una embestida de esta naturaleza, no solamente resulta decisivo salvaguardar la soberanía e integridad territorial de la nación, sino también sus cimientos espirituales y morales tradicionales (ibid., art. 21).

En noviembre de 2021, un artículo publicado en *Rossiyskaya Gazeta*⁸⁵ recoge unas declaraciones de Putin en las que expresa estar “dispuesto a ampliar la asociación con China a pesar de los intentos de Occidente de abrir una brecha entre Moscú y Pekín” (*Rossiyskaya Gazeta*, 2021, párr. 1). Esta afirmación se enmarca en el otorgamiento de la Orden de la Amistad

⁸⁴ https://www.academia.edu/49526773/National_Security_Strategy_of_the_Russian_Federation_2021

⁸⁵ <https://rg.ru/2021/11/21/rossiia-i-kitaj-razvivaiut-informpodderzhku-dvustoronnih-otnoshenij.html>

– una condecoración concedida a las personalidades extranjeras que han realizado acciones para estrechar los lazos entre Rusia y su país de origen – a Shen Haixiong, presidente del Grupo de Medios de China. Según la nota periodística, en julio del año en mención, Shen y Dmitri Konstantínovich Kiselióv, director general de la agencia de la agencia estatal de noticias *Rossiya Segodnya* – Rusia Hoy, un medio distinto de la cadena de televisión *Russia Today*, a pesar de la similitud en sus nombres – lanzaron el “Fortalecimiento de la cooperación de los medios de comunicación para la buena vecindad y amistad”, una iniciativa que busca impulsar una política de información articulada entre los medios de comunicación de ambos países, “basadas en un enfoque objetivo, justo y completo” que permita “dar forma a la opinión pública mundial” (ibid., párr. 4). En este caso, se alude claramente a la necesidad de desafiar el relato mediático occidental que socava la imagen de los dos Estados. Así lo entiende Andréi Ivánovich Denísóv – embajador de la Federación de Rusia en la República Popular China desde 2013 hasta el cierre de esta investigación –, cuyas categóricas opiniones, que no dudan en acusar a Occidente como un adversario en este terreno, sobre este proyecto son reproducidas en este artículo. Al respecto, el diplomático alega que “Rusia y China explican sus posiciones en el diálogo con otros países, mientras que sus oponentes de Occidente imponen sus posiciones. Esta es la principal diferencia entre nuestros enfoques” (ibid., párr. 5). Denísóv se reafirma en su postura al asegurar que “un amplio círculo de países está sencillamente harto del doble rasero y de la imposición de posiciones occidentales” (ibid., párr. 6).

8.3.2. La identidad y la noción del “Otro” en los documentos oficiales de los BRICS

No abundan los señalamientos directos a potencias occidentales en los documentos oficiales de las cumbres realizadas por los BRICS; sin embargo, las permanentes reivindicaciones a un orden multipolar o policéntrico y la constante defensa de los principios del derecho internacional entrañan un cuestionamiento al sistema unipolar y al “orden basado en normas” defendido por Occidente y cuestionado por Rusia y China. A pesar de ello, hay algunas referencias al rol que se espera que cumplan ciertas potencias occidentales en algunos de los desafíos más apremiantes para el orden mundial y que reclaman la acción de la comunidad internacional. Por ejemplo, en la declaración de Ufá⁸⁶, en 2015, los representantes de los cinco países que componen esta asociación expresan su deseo de que se logre alcanzar un acuerdo para la implementación del Plan de Acción Integral Conjunto respecto del programa nuclear de la República Islámica de Irán (University of Toronto, 2015, art. 41). Para que dicha iniciativa salga adelante, se necesita de la participación de China y Rusia, pero también se insta a que Alemania, Francia, el Reino Unido y

⁸⁶ http://www.brics.utoronto.ca/docs/150709-ufa-declaration_en.html

la UE cooperen para alcanzar un proyecto que garantice el carácter pacífico del programa nuclear iraní y levante las sanciones impuestas contra Teherán. En el mismo documento también se alude a la guerra del Donbás y a la necesidad de que las partes involucradas en los acuerdos de Minsk cumplan con sus responsabilidades; de esta manera, se hace referencia a los deberes que tiene que asumir Rusia, pero también a los que le atañen a Francia, Alemania y, claro está, Ucrania (ibid., art. 43).

8.3.3. La identidad y la noción del “Otro” en los documentos oficiales de la Organización de Cooperación de Shanghái

En la cumbre de 2004 de la OCS, los jefes de Estado miembros de esta organización expresaron la importancia de fomentar la cooperación con las asociaciones regionales pertenecientes a la zona del Asia-Pacífico en aras de preservar la estabilidad y la paz; proponen formar asociaciones multilaterales que alcancen acuerdos, incluyendo el reconocimiento recíproco de la condición de observador (Shanghai Cooperation Organization, 2004, art. IV, párr. 2). El reconocimiento explícito de la región Asia-Pacífico cuestiona el discurso occidental que busca instalar el concepto del Indo-Pacífico en perjuicio de China, tal y como Lavrov lo explicó en su artículo “Derecho, derechos y reglas”.

El factor civilizacional – una arista que también explora el canciller ruso al apuntar contra Occidente – también se encuentra presente en las declaraciones de la OCS; el destacar el respeto y encuentro entre diferentes civilizaciones y culturas supone un velado ataque contra los intentos de Occidente de uniformizar el mundo imponiendo su sistema en contextos que han discurrido por una trayectoria histórica diferente. En la declaración que, en 2006, celebra los primeros cinco años de fundación de la OCS, los países miembros destacan que esta organización es un “buen ejemplo del diálogo entre civilizaciones” (Shanghai Cooperation Organization, 2006, art. IV, párr. 9). Los que suscriben el documento coinciden en que la diversidad, en lo tocante a las tradiciones culturales y los modelos de desarrollo condicionados por el curso de la historia de cada Estado, debe ser salvaguardada y no puede ser utilizada como una excusa para interferir en los asuntos internos de un país (ibid., art. III, párr. 6). La OCS reconoce el “singular y rico patrimonio cultural” de sus integrantes y considera que puede presentarse como un prototipo para incitar al diálogo entre civilizaciones (ibid., art. IV, párr. 9). En la declaración de Biskek, en 2007, entre las normas que se citan como las necesarias para levantar un sistema de seguridad están el garantizarle a cada Estado la elección de su modelo de desarrollo con base en “su propia experiencia histórica y especificidad nacional” y el defender la diversidad de culturas y civilizaciones, así como el fomentar el diálogo entre las civilizaciones y las religiones (Shanghai Cooperation Organization, 2007, párr. 6).

La inquietud que despierta para Moscú lo que considera interpretaciones revisionistas de los sucesos acontecidos durante la Segunda Guerra Mundial también está plasmada en algunos documentos oficiales en los que cuenta con el respaldo de China. En una declaración de 2015 en la que los jefes de los Estados miembros conmemoran el septuagésimo aniversario de la victoria contra las fuerzas fascistas⁸⁷, la OCS manifiesta su agradecimiento a los pueblos que con su “abnegada dedicación y patriotismo” triunfaron en esta guerra, resaltando que el orgullo y el recuerdo de esta hazaña crean una “brújula moral en la lucha por un mundo más justo y seguro” (Shanghai Cooperation Organization, 2015b, párr. 2). Adicionalmente, se reconoce la proeza conquistada a causa del sacrificio efectuado por los caídos en combate, los veteranos y los trabajadores del frente interno durante la Gran Guerra Patria, valorando el papel desempeñado por la Unión Soviética en el frente oriental para que los aliados se alcen con la victoria en la Segunda Guerra Mundial, pero destacando también el compromiso de las fuerzas chinas para hacer frente al militarismo japonés durante la segunda guerra sino-japonesa (ibid., párr. 5). En la declaración de 2019 se anticipa el septuagésimo quinto aniversario de la victoria sobre el nazismo, que tendrá lugar el siguiente año – 2020 – y que deberá servir para luchar contra “los intentos de revivir la ideología del nazismo, difundir la xenofobia y la intolerancia” (Shanghai Cooperation Organization, 2019, art. V, párr. 22). Todos los miembros de esta organización secundan las propuestas rusas de emitir una declaración conjunta en conmemoración a este hecho histórico en el siguiente Consejo de Jefes de Estado de la OCS y promover el reconocimiento de la victoria sobre el nazismo en la Segunda Guerra Mundial como un patrimonio de la humanidad y de los monumentos que homenajean a aquellos que lucharon contra esta amenaza como un memorial mundial de la humanidad. Los Estados miembros están de acuerdo en que Moscú impulse la inclusión de estas iniciativas en una resolución aprobada por la Asamblea General de la ONU que apunte a contrarrestar la glorificación del nazismo, el neonazismo y demás prácticas que alimentan las formas contemporáneas de racismo, discriminación racial, xenofobia y demás manifestaciones de intolerancia (ibidem). En la declaración de Moscú⁸⁸, en 2020, se celebra la conmemoración de este aniversario y la importancia de preservar la memoria histórica de esta gesta que estimuló la formación de un orden internacional comprometido con la estabilidad y la paz mundiales (Shanghai Cooperation Organization, 2020, párr. 3).

⁸⁷ eng.sectsco.org/load/200205/

⁸⁸ eng.sectsco.org/load/690349

8.3.4. Análisis sobre la identidad y la noción del “Otro” en los documentos y discursos oficiales sino-rusos

A lo largo de su historia, Rusia ha tenido líderes que han bregado para que su país se mire en el espejo de Europa. Tras el triunfo de la coalición integrada por Rusia en la Gran Guerra del Norte, Pedro I, el Grande, consideró que ante Rusia estaba “abriéndose una ventana a Europa”. Catalina II, la Grande, señaló en su *Nakaz* o “Instrucción” – un documento que, inspirado en las ideas de la Ilustración francesa, formulaba una serie de recomendaciones para renovar el arcaico código legal ruso entonces vigente – que Rusia es una potencia europea. Para referencias más cercanas al presente, basta señalar el deseo expresado por Gorbachov de construir la “casa común europea” en la que cupiera Rusia o las declaraciones de Putin, en febrero de 2000, en las que alegó que “Rusia es un país extremadamente diverso, pero formamos parte de la cultura europea occidental. Este es, de hecho, nuestro valor. Dondequiera que viva nuestro pueblo, en el Extremo Oriente o en el Sur, somos europeos” (Petro, 2018, p. 309). Rusia tiene internalizada la inveterada vocación de ser aceptada y reconocida como una nación europea; esta inequívoca actitud resultó evidente en los primeros años de existencia de la Federación de Rusia, llevándola a priorizar sus relaciones con Occidente y eclipsar sus vínculos con Oriente, a pesar de también ser una nación asiática. Las palabras pronunciadas por Yeltsin el 31 de enero de 1992 en el Consejo de Seguridad de la ONU grafican esta postura; en aquel momento anunció que “Rusia considera a Estados Unidos y a Occidente no como meros socios, sino como aliados. Es un requisito básico, para, yo diría, una revolución en la cooperación pacífica entre las naciones civilizadas” (Lukin, 2018, p. 73). Pero además dijo, en lo que suponía un giro histórico inédito para la tradición política rusa – y que actualmente parecería forzado e inverosímil – que “nuestros principios son claros y sencillos: la supremacía de la democracia, los derechos humanos y las libertades, las normas jurídicas y morales” (ibidem). En una reunión posterior celebrada entre el propio Yeltsin y Li Peng, a la sazón primer ministro de la República Popular China, el presidente ruso aseguraba que sus países debían de mantener fructíferos vínculos bilaterales, pero también reconoció que “la ideología nos diferencia de China, pero somos vecinos y debemos cooperar” (ibidem). Apenas había transcurrido poco más de un mes del hundimiento de la Unión Soviética, pero Yeltsin buscaba convencer a Occidente de que Rusia era parte de este y relegaba a un segundo plano sus relaciones con Oriente – y China –. ¿Cómo es que tres decenios después Rusia mantiene un vínculo con China que goza, según sus propios líderes, de una encomiable salud, mientras que su relación con Occidente experimenta una acelerada corrosión?

En los primeros años de la posguerra fría se instaló un ánimo triunfante en Occidente, sintetizado en el apotegma de Francis Fukuyama sobre “el fin de la historia”. El modelo de

democracia liberal occidental – y los valores que conlleva – debía encarrilarse en un proceso de inexorable universalización, toda vez que la Unión Soviética se había derrumbado. El celo con el que Occidente buscaba exportar, incluso recurriendo a la presión o el uso de la fuerza, su propio modelo político, económico, social y cultural, causó malestar en sociedades no occidentales, que ofrecieron resistencia ante lo que se adivinaba como un pretexto por parte de Occidente para imponer su hegemonía a nivel mundial (ibid., p. 3).

Los roces entre Rusia y Occidente comienzan con las interpretaciones desiguales sobre el desenlace de la Guerra Fría. El “consenso postsoviético” inauguraba una etapa en la que habría un entendimiento con Occidente para fortalecer la cooperación entre ambos, respetar los intereses de cada uno y establecer compromisos que fueran aceptables y viables para ambas partes; Rusia, sin renunciar a sus intereses nacionales, estaba dispuesta a realizar esfuerzos para ser admitida en el “mundo civilizado” (ibid., p. 10). Sin embargo, en Rusia se ha instalado la percepción de que, mientras esta sí honró su parte del trato, Occidente la decepcionó, traicionando sus promesas – como la no ampliación de las fronteras de la OTAN – y comportándose como el “ganador” de un conflicto que doblega al “perdedor” y lo obliga a acatar sus condiciones. Occidente – con Estados Unidos en la vanguardia – vio en el final de la Guerra Fría una oportunidad para poner en marcha la instauración de un orden unipolar, aprovechando la debilidad de una Rusia inmersa en sus problemas internos.

Con relación a la Alianza Atlántica, cabe mencionar que, en un escenario que hoy luce remoto e inviable, hubo un momento en el que se dejó abierta la puerta a que Rusia sea parte de la OTAN. James Baker, Secretario de Estado de Estados Unidos entre 1989 y 1992, sugirió, a inicios de la década de los noventa, que los dirigentes de la Alianza Atlántica debían definir una estrategia de ampliación de las fronteras de la organización hacia el este que incluyera a una Rusia democrática; de lo contrario, advertía que “la alianza más exitosa de la historia está destinada a seguir a la amenaza que la creó [la Unión Soviética] en el basurero de la historia” (Baker III, 1993, párr. 2). En 2002, Baker reconocía lo lejana de esta posibilidad, pues los responsables de esta admisión “imponen una condición más para la adhesión que Rusia nunca podrá satisfacer, a saber, que el candidato no sea Rusia” (Baker III, 2002, p. 98), lo cual alimentaba las probabilidades de una Rusia expansionista. George Kennan alertó de que el desplazamiento de las fronteras de la OTAN hasta las fronteras de Rusia podía convertirse en “el error más fatídico de la política estadounidense en toda la era de la posguerra fría” (Kennan, 1997, párr. 3), pues entrañaba el riesgo de aumentar las probabilidades de que Moscú frustrase su proceso de transformación en una democracia y adoptase una actitud nacionalista, militarista y antioccidental. Con la expansión de la OTAN sobre el mapa europeo y las respectivas

respuestas de Rusia ante cada uno de los avances de esta organización, hoy estos pronósticos parecen profecías cumplidas.

Es así como Rusia comenzó a adoptar una postura pragmática y entendió que no tenía que elegir entre Occidente y Oriente. Kózyrev apuntó en ese sentido cuando, el 22 de octubre de 1992, en una sesión del Sóviet Supremo de la Federación de Rusia, opinó que Rusia no tenía por qué verse obligada a optar entre el Este y el Oeste porque “la gama de sus intereses es mucho más amplia y debe considerar el mayor número posible de interacciones” (Lukin, 2018, p. 73). Estas declaraciones parecieron un prólogo a las que posteriormente emitió Yeltsin en el Kremlin en 1995 y que se encuentran reproducidas líneas más arriba. El cambio en el enfoque de la política exterior rusa sacaba a relucir las primeras fisuras en sus interacciones con Occidente. Sin embargo, también debe mencionarse otros hechos que abonaron en el giro hacia China. Las elites políticas “demócratas” de Rusia confirmaron que la trayectoria económica que atravesaba China distaba mucho de parecerse a la que había seguido la Unión Soviética; hubo un gran asombro al no advertir el nivel de atraso económico que esperaban encontrar en el vecino del sur, como le sucedió a Yeltsin en el primer viaje que realizó a Pekín en diciembre de 1992. Por otro lado, el proceso de reformas emprendido por Deng Xiaoping cristalizó en la institucionalización de los procesos de toma de decisiones en materia de política doméstica y exterior; esto despertó una impresión favorable en las autoridades rusas que, como reconoció el embajador Rogachiov, confirmaron que las relaciones entre ambas naciones se enmarcaban en una agenda basada en los intereses nacionales en función de los cuales se ejecutaban las acciones para su cumplimiento, independientemente del líder de turno. Así, cabía esperar una trayectoria predecible y libre de arbitrariedades al interactuar con China (ibid., p. 73-74). Las relaciones de Rusia con Occidente no transitaron por el mismo derrotero.

La brecha con Occidente también comenzó a ser cada vez más ostensible en el campo de los derechos humanos. Es importante identificar la época en la que Rusia y China empezaron a exhibir una coincidencia en la manera de abordar los aspectos más sensibles de esta agenda en lo que concierne a sus intereses. El celo con el que Rusia, a inicios de la década de los noventa, abordó el tema de los derechos humanos se atemperó claramente con la salida de Kózyrev. China apoyó la posición de Rusia en la primera guerra chechena, en contraste con las críticas que esta última recibió por parte de Occidente (ibid., p. 77). Este fue un gesto bien recibido por Rusia que, moderando el apoyo que a inicios de la década manifestó a la agenda de derechos humanos, pasó de abstenerse ante las medidas punitivas que Occidente promovía contra China por sus acciones en el Tíbet y Xinjiang en el Comité de Derechos Humanos de la ONU a rechazarlas y expresar su respaldo a Pekín (ibidem). Los dos países convergen en catalogar de extremistas, separatistas o terroristas a los grupos que consideran que ponen en peligro su

estabilidad interna; esto ocurre en regiones como Chechenia, Xinjiang o el Tíbet, y en grupos como Falun Gong o las organizaciones de la sociedad civil catalogadas de “agentes extranjeros” por recibir financiamiento proveniente del exterior. Sin embargo, Occidente ha condenado las actitudes de las autoridades rusas y chinas, catalogando a estos movimientos como víctimas de persecuciones y denunciando violaciones en materia de derechos humanos – llegando a calificar de genocidio lo que ocurre en Xinjiang – .

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 en territorio estadounidense generó las condiciones necesarias para que Rusia y Estados Unidos superasen la desconfianza mutua, propiciándose un acercamiento entre ambos en la lucha contra el flagelo del terrorismo. Putin fue el primer mandatario extranjero en llamar por teléfono a George W. Bush y expresarle sus condolencias tras los ataques perpetrados y su apoyo al pueblo estadounidense. Además, facilitó la intervención militar estadounidense en Afganistán compartiendo información de inteligencia, permitiendo el uso de su espacio aéreo para vuelos humanitarios y aceptando la instalación de una base aérea en Manás, Kirguistán – ubicada en el Asia Central, tradicional esfera de influencia rusa –. Tras su primer encuentro con Putin, Bush incluso llegó a decir, con desmedido entusiasmo, que había mirado a los ojos al mandatario ruso y había descubierto a una persona “directa y confiable”, logrando captar “una impresión de su alma” (Mufson, 2015, párr. 3). Estos gestos parecían anticipar un capítulo más prometedor – o, en todo caso, menos turbulento – en las relaciones de la nación euroasiática con el “Otro” norteamericano. Hubo expectativas en Rusia sobre las perspectivas de un nexo con Estados Unidos que redundara en beneficio de sus intereses estratégicos. La esperanza se extinguió velozmente cuando, menos de un año después, en junio de 2002, Estados Unidos abandonó el Tratado sobre Misiles Antibalísticos. En 2003 tuvo lugar la invasión estadounidense en Irak sin el permiso del Consejo de Seguridad de la ONU y entre 2003 y 2005 estallaron las revoluciones de colores – que Occidente no condenó – en Georgia, Ucrania y Kirguistán. Rusia se sintió nuevamente decepcionada por Occidente y no pudo sino verlo como el “Otro” ante el cual permanecerían irrealizables sus expectativas de ser tratada como una potencia en igualdad de condiciones en el orden internacional y proteger su esfera de influencia de aquellas agendas que promueven cambios de regímenes y perturban su estabilidad. En ese contexto, desarrollar una dinámica interacción con China, con la que existía una comunión de objetivos estratégicos en el orden internacional, resultaba un proyecto – quizás el único – atractivo. Por ejemplo, una de las circunstancias que se presentó para trabajar en conjunto involucró a la cuestión norcoreana. Luego de que Estados Unidos acusara, a fines de 2002, a Corea del Norte de violar el acuerdo marco firmado por ambos Estados en 1994 por enriquecer uranio clandestinamente, Washington decidió suspender los envíos de petróleo a Pyongyang. En respuesta, Corea del

Norte expulsó a la misión de la Agencia Internacional de Energía Atómica y, en enero de 2003, se retiró del Tratado de No Proliferación Nuclear. Rusia y China comparten el objetivo de la desnuclearización de la península coreana; por lo tanto, buscan coordinar esfuerzos para evitar que la tensión en la zona se eleve. Por ello, en esa ocasión ambos adoptaron una postura diplomática, expresando su voluntad de mantener buenas relaciones con Corea del Norte y Corea del Sur y convocando a un diálogo entre Washington y Pyongyang que condujera a una solución aceptable para ambas partes. Así, se impulsó el diálogo a seis bandas entre Rusia, China, Estados Unidos, Japón, Corea del Norte y Corea del Sur; entre 2003 y 2007 se celebraron seis rondas de conversaciones multilaterales que buscaron frenar la carrera armamentística nuclear norcoreana. El enfoque pragmático adoptado por Moscú y Pekín para abordar conjuntamente esta problemática contrasta con la postura de Washington, rupturista e inicialmente renuente a participar en las conversaciones (Lukin, 2018, p. 108).

La anexión de la península de Crimea por parte de Rusia y la intervención rusa en la guerra del Donbás constituyen un hito, un punto de inflexión – y quizás de no retorno – entre Occidente y el gigante euroasiático. Una distensión de las sanciones que Occidente le ha impuesto a Rusia podría abrir la posibilidad a una etapa menos tensa en las relaciones entre ambos. Empero, es claro que ello no logrará restablecer el vínculo al estado en el que se encontraba antes de la crisis en Ucrania. La profundización de los vínculos comerciales con China desde entonces, el socavamiento en la confianza hacia los socios europeos e incluso los recientes cambios registrados por la opinión pública son motivos que justifican esta visión (ibid., p. 93). Con relación a este último punto, debe mencionarse que en Rusia existe una sólida correlación entre la opinión pública y la línea adoptada por la política exterior; la ciudadanía ha demostrado que ajusta sus preferencias de acuerdo a la evolución de los hechos en el escenario internacional y se adhiere a la línea oficial (Efimova & Strebkov, 2020). Por ello, es pertinente considerar el juicio que la ciudadanía rusa tiene sobre el gigante asiático. En un sondeo realizado en febrero de 2021 por el Centro Levada, el 74% de los encuestados expresó una opinión favorable sobre China – contra un 45% sobre la UE y un 39% sobre Estados Unidos –, el 57% sostuvo que el acercamiento entre Moscú y Pekín se estrechará en los próximos diez años y el 55% adujo que el estatus que Rusia ostenta en el orden internacional se fortalece producto de sus vínculos con China (Smeltz et al., 2021). No menos oportuno es atender los tres sondeos de opinión realizados por la misma agencia encuestadora que recogen un cambio en la percepción que la ciudadanía rusa posee respecto de la identidad de su nación. En setiembre de 2008, el 52% de los encuestados afirmó que Rusia es un país europeo, el 36% respondió que no lo es y un 12% declaró que “es difícil de decir”. Poco más de una década después, en agosto de 2019, el 37% de los entrevistados aseguró que Rusia es una nación europea, mientras que el 55% consideró

lo contrario y el 8% mantuvo que “es difícil de decir”. Las cifras mostraron una nueva alteración cuando, en febrero de 2021, solo el 29% de los sondeados aseveró que Rusia es un país europeo, mientras que el 64% manifestó que no lo es y el 7% respondió que “es difícil de decir” (Levada Center, 2021). Estas cifras indicarían que la interpretación que la ciudadanía rusa hace sobre la identidad europea – o no – de su país tienen su correlato en la agudización del contraste entre el modelo democrático europeo y el sistema autoritario ruso. Tanto el endurecimiento del tono crítico del discurso propalado por las autoridades del Kremlin conforme su relación con la UE ha ido corroyéndose como el rol que ejerce la propaganda estatal promueven la construcción de esta apreciación por parte de la ciudadanía. Igualmente relevante resulta examinar la opinión pública china; una encuesta desarrollada por Genron NPO en setiembre de 2020 reveló que el 39.4% de la ciudadanía china considera que la relación de su país con Rusia es el vínculo bilateral internacional más importante – en comparación con el 23.6% que piensa lo propio con respecto a Estados Unidos – (The Genron NPO, 2020). Estas cifras deben contrastarse con las opiniones expresadas por la ciudadanía occidental; en esa línea, un sondeo publicado por Pew Research Center en junio de 2021 realizado en diecisiete países con economías desarrolladas – entre los que se encuentran Estados Unidos y nueve naciones de la UE – revela que un 74% de los encuestados tiene poca o ninguna confianza en que Putin “haga lo correcto” en los asuntos de índole internacional (Silver & Moncus, 2021). La distancia y la desconfianza no existe solamente a nivel oficial, sino también en el plano cívico.

Las acciones que Occidente adoptó desde 1991 en detrimento de los intereses de Rusia se acumularon, cimentando una mentalidad de asedio en las autoridades rusas hasta que, en el año 2014, el Kremlin se sintió en la obligación de reaccionar y mostrar su faz más asertiva para evitar que el cerco occidental en el “extranjero próximo” continuara estrechándose aún más. En vista de las diferencias cada vez más irreconciliables que surgen entre Rusia y Occidente, la primera ha emprendido un viraje hacia el este en su política exterior y, en ese sentido, China se ha convertido en una tabla de salvación para enfrentar los desafíos provenientes del “Otro”.

China también experimenta, al igual que Rusia, un cerco en el Asia-Pacífico que siente la necesidad de romper. Las reclamaciones marítimas y territoriales por parte de Pekín en el mar de la China Meridional y la disputa que sostiene con Japón por las islas Senkaku/Diaoyu tienen el objetivo de otorgarle una salida libre de obstáculos en el Asia-Pacífico, consolidando sus intereses geopolíticos en la zona. Esta meta encuentra oposición en la defensa por parte de Estados Unidos de un “Indo Pacífico Libre y Abierto” que aboga por la libre navegación en aguas que considera internacionales, apuntando, de esta manera, a contener el auge de China en el Asia-Pacífico. El “Otro” occidental también amenaza los intereses marítimos de China.

En otro orden de cosas, la OCS se ha convertido en un espacio en el que Rusia y China coordinan las políticas que implementan en el Asia Central; sin embargo, también debe evaluarse su peso en la construcción de la identidad de ambos países. En 2004, Putin declaró que “el papel histórico de la OCS es convertirse en un puente transcontinental que una Europa y Asia” (Lukin, 2018, p. 89). Para Moscú era importante incluir a Pekín en un espacio cuyos miembros, en pie de igualdad, toman decisiones consensuadas que impactan en esta región tan crucial para los intereses rusos. Ambas naciones eran inicialmente reticentes a ampliar el número de Estados que integran dicha organización. Sin embargo, conforme su relación con Occidente ha experimentado un importante deterioro, Rusia ha sopesado la importancia de que esta estructura acoja a naciones con una política que no se encuentre alineada o sometida a los designios occidentales, y ha encontrado el apoyo de China para la realización de este propósito; la incorporación de India y Pakistán en 2017 y el inicio del proceso de admisión de Irán en 2021 responden a esta voluntad. India ha ejecutado desde 1947 una política exterior basada en una autonomía estratégica sin que ello implique desatender sus relaciones en Oriente; el “no alineamiento” de Jawaharlal Nehru, la concordia establecida con la Unión Soviética durante el mandato de Indira Gandhi, el “Atender el Este” implementado por Narsimha Rao, Atal Bihari Vajpayee y Manmohan Singh, y el “Actuar en el Este” de Narendra Modi consolidan una política exterior en esa línea. Pakistán ha tenido históricamente una fluctuante relación con Estados Unidos, basculando entre la cooperación y la tensión con Washington. Irán es una potencia con una retórica y modelo socio-político abiertamente antiestadounidense y antioccidental desde el triunfo de la revolución de 1979. De esta manera, se ha configurado, intencionalmente o no, en la OCS un espacio que desafía la influencia occidental en el espacio euroasiático. Ninguna de estas naciones es occidental ni tiene una política exterior alineada con Occidente, y en algunos casos la relación con esta última se encuentra desgastada; esta afirmación puede extenderse incluso a los países que no son miembros de la organización, pero que sí son observadores – como Afganistán y Bielorrusia – o socios de diálogo – por ejemplo, Turquía y Sri Lanka – (ibid., p. 87-88). De hecho, uno de los criterios formales que hay que cumplir para ser miembro de esta organización es ser un Estado ubicado en Eurasia. Así, la OCS funge como un centro de poder no occidental encabezado por Rusia y China para la integración de Eurasia y la edificación de un orden multipolar; más precisamente, consistiría en un segundo polo de poder euroasiático, alternativo al que existe en Europa Occidental, que también se encuentra comprendida en esta vasta zona geográfica (ibid., p. 127).

Como dato adicional, Rusia e Irán comparten una misma herida: las sanciones occidentales. Una vez que Estados Unidos y la UE implementaron en 2014 las sanciones económicas contra Moscú en represalia por el apoyo de esta última a los separatistas prorrusos

que libran en Donetsk y Lugansk una guerra contra el gobierno ucraniano, Rusia demostró un entusiasta apoyo a la incorporación de Irán a la OCS (ibid., p. 87). La cancillería rusa manifestó su respaldo a esta iniciativa, pero para ello era necesario que el Consejo de Seguridad levante las sanciones que las potencias occidentales le impusieron a Teherán por su programa de enriquecimiento nuclear; ello ocurrió luego de la suscripción, en 2015, del Plan de Acción Integral Conjunto, quedando allanado el camino para la incorporación de Irán a la OCS. La presencia de la república islámica se acopla con los intereses de China y Rusia y, en un contexto en el que la primera mantiene relaciones cada vez más tensas con Estados Unidos y la segunda conserva un vínculo con Washington que se encuentra en mínimos históricos tras el final de la Guerra Fría, les permite comunicarle claramente a Occidente que cuenta con socios con una política exterior independiente sobre los cuales puede apoyarse (ibid., p. 78).

La OCS sería precisamente uno de los espacios que Moscú y Pekín estarían aprovechando para difundir un relato euroasiático que cuestione a Occidente. Rusia ha servido de freno para la expansión de la influencia occidental en Eurasia, y eso es algo que ha beneficiado a China. Al respecto, Serbin identifica que la coincidencia entre Rusia y China en lo que corresponde a la construcción del “Otro” se aprecia cuando, buscando hacerle frente a la narrativa occidental que determina los intereses y valores que deberían conformar el sistema internacional – que se refleja en el orden liberal internacional, tal y como se ha venido desarrollando hasta el momento –, fomentan relatos con prioridades o enfoques distintos; una de estos es el euroasiático, que facilita la convergencia entre ambos socios estratégicos, unidos con el fin de excluir a Estados Unidos del ámbito euroasiático – esto último se ha visto, por ejemplo, en la retirada estadounidense de Afganistán –. Rusia viene proponiendo una narrativa basada en el proyecto de la Gran Eurasia, que apunta a generar un entramado institucional en toda Eurasia que funja de contrapeso a la visión occidental. Con este paisaje geopolítico en mente, Rusia no solamente ha desarrollado su propio mecanismo en la zona en términos económicos – la UEE – y de defensa – la OTSC –, sino que también ha apuntado a sostener una interlocución con la narrativa y la visión china – verbigracia, la IFR –. Ambas partes buscan la armonización de la UEE con la IFR, de tal manera que esto no se convierta en una fuente de discordia o fricciones en el espacio euroasiático. Más allá de estas iniciativas se encuentra la OCS que, si bien fue forjada por Rusia y China, agrupa a gran parte de los Estados de la masa euroasiática, como se mencionó previamente. Este tipo de acciones constituye una importante y emergente narrativa euroasiática, teniendo en contrapartida a la occidental, especialmente en una coyuntura en la que las administraciones de Trump y Biden impulsan la tesis de un espacio “Indo-Pacífico Libre y Abierto”, que está asociada a la contención de China en el sudeste asiático, pero que también tiene su correlato en el fortalecimiento de la OTAN para refrenar a

Rusia en el ámbito europeo. Sin embargo, hay que ser conscientes de que estas narrativas, más que tocar una cuerda identitaria conjunta, son relatos instrumentalizados que justifican objetivos estratégicos de élites políticas, militares y económicas (A. Serbin, comunicación personal, 19 de julio de 2021).

Pero, ¿en qué consiste Eurasia y el proyecto eurasiánista? El pensamiento eurasiánista surge en la década de los veinte como una alternativa que busca zanjar las diferencias entre las corrientes eslavófila y occidentalizadora. Los eurasiánistas creían que la occidental era una civilización decadente, pero, a su vez, estimaban que el Estado ruso moderno no era precisamente heredero de la Rus de Kiev, sino de la Horda de Oro; al ser un Estado vasallo de los mongoles, el Principado de Moscú no había sido penetrado por la influencia occidental. En consecuencia, Rusia debía encontrar la fuente de inspiración para su proyecto eurasiánista, que se dilataba desde el océano Pacífico hasta el continente europeo, en el ejemplo que el imperio mongol le había legado (Snyder, 2018).

Si líneas más arriba se citaban las palabras de Putin en las que, en febrero de 2000, declaraba categóricamente que Rusia es una nación europea, pocos meses después, en octubre del mismo año, aseveraba, en una muestra más de la indeterminada identidad rusa, que “Rusia siempre se ha sentido un país euroasiático. Nunca hemos olvidado que la mayor parte del territorio ruso está en Asia. Francamente, no siempre hemos hecho un buen uso de esa ventaja” (Putin, 2000, párr. 1). Esta declaración supone un buen punto de partida para remitirse a las aristas que componen el concepto del neoeurasiánismo, ante lo cual es esencial ahondar en las ideas esgrimidas por su máximo exponente y principal teórico, Aleksandr Guélievich Dugin. Estratega político de extrema derecha, integrante de la lista negra del Departamento del Tesoro de Estados Unidos por su respaldo a los separatistas prorrusos del conflicto ucraniano, autor de unas ideas tan excéntricas como provocadoras, se especula – y exagera – sobremanera acerca del predicamento de Dugin sobre Putin; su influencia en las autoridades del Kremlin es bastante menor de lo que se conjetura en Occidente (Ferguson, 2018, p. 103), aunque su obra *Fundamentos de geopolítica: el futuro geopolítico de Rusia*, escrita en 1997, es un libro de texto objeto de estudio en la Academia Militar del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas de Rusia. Dugin plantea en dicho libro que es necesario deshacer la dominación “atlantista” implementada por Estados Unidos y la OTAN, cuyo objetivo es sitiar a Rusia a través de la instauración de espacios geográficos compuestos por nuevos Estados independientes; para lograr ese objetivo, la Unión Soviética debe ser ensamblada nuevamente y expulsar a Estados Unidos y sus acólitos atlantistas del continente (Clover, 2016). Esto abriría la posibilidad de instaurar un Imperio Euroasiático – no Ruso, sino Euroasiático –; en efecto, de acuerdo con Dugin, “el Imperio Euroasiático se construirá sobre el principio fundamental del enemigo

común: el rechazo del atlantismo, el control estratégico de los Estados Unidos y el rechazo a que los valores liberales nos dominen” (ibid., párr. 18). Con relación a este último punto, el liberalismo es, para Duguin, una amenaza por tratarse de “la liberación del ser humano de todas las formas de identidad colectiva” (Ramas & Tamames, 2018, párr. 19).

Duguin insiste en señalar que Eurasia no puede ser concebida en términos puramente geográficos; a su juicio, consiste en “una teoría, un sistema, y una visión especial del mundo” (Dugin, 2017, párr. 1). Para este filósofo, la historia demuestra que Occidente siempre ha buscado civilizar a la humanidad a través de la imposición de sus propias normas; estas últimas han cambiado con el correr del tiempo, pero el carácter hegemónico de Occidente ha permanecido imperturbable. Dicha actitud se ve reflejada en los avances que Occidente ha desplegado desde Europa hacia Asia, y particularmente hacia Eurasia. Duguin hace hincapié en distinguir a Eurasia como “el territorio del Imperio ruso situado en la zona clave del centro absoluto” (ibid., párr. 2). Este espacio se encuentra inmerso entre Europa y Asia; por eso, “nosotros mismos somos algo tercero” (ibidem), afirma. Además, considera que Occidente ha tenido éxito en cumplir su cometido en Oriente, pero no ha podido someter a Rusia, que ha ofrecido resistencia; Eurasia consiste, pues, en eso, en demostrar que Occidente no puede universalizar su sistema de valores y ejercer su dominio sobre otros pueblos que tienen el legítimo derecho de elegir un sistema distinto y contrario al occidental. Duguin plantea que Eurasia debe convertirse en un espacio en el que: se reivindique la singular identidad rusa; se incluya a aquellas naciones que compartan su rechazo a los intentos de dominación occidental; se plantee una política exterior ajena a la trazada por Occidente; se incorpore a las naciones que actualmente lindan con la Rusia actual para conformar una confederación que se erija en uno de los polos de un orden multipolar; se construya un Orden Euroasiático que administre los desafíos globales (ibid., párr. 6-9).

Sin embargo, el proyecto euroasiático, para poder prosperar, debe enmarcarse en un orden multipolar en el que el influjo de Estados Unidos y China sea de baja intensidad (Ferguson, 2018, p. 116). De hecho, Duguin sugiere que las reformas implementadas por China tras la época de Mao la han acercado a Occidente y la han convertido en un intermediario de los intereses atlantistas en la zona (Dunlop, 2004, párr. 67). Por otro lado, existe el temor de que China busque expandirse hacia el norte – más precisamente, hacia Kazajistán y Siberia del Este – (ibid., párr. 68). Desde un punto de vista geopolítico, China emerge, a juicio de Duguin, como el vecino más peligroso de Rusia, y es por ello que el teórico llega a proponer su desmantelamiento (ibid., párr. 69). En una lectura extremista del proyecto euroasiático, Rusia es el principal núcleo de Eurasia y no halla un lugar para China en él.

El neoeurasianismo considera a la rusa como una civilización distinta a la occidental y oriental; de ahí que Duguin considere que no existe tal cosa como los valores universales, sino los valores que le son propios a cada civilización (Ramas & Tamames, 2018). Esta doctrina explicaría que los conflictos en las relaciones internacionales actuales estarían determinados por factores culturales antes que económicos o sociales. Una interpretación de esta índole encierra un claro mensaje político: las naciones postsoviéticas son impermeables a la influencia del modelo occidental (Dixon Klump, s. f.). Es altamente improbable que Putin o las autoridades rusas tengan en consideración las premisas de Duguin, pero podrían estar instrumentalizando el concepto de “Eurasia” para consolidar su poder (Saunders, 2014) y justificar algunas de sus afirmaciones – como cuando, en 2014, Putin sostuvo que Rusia defenderá a “los compatriotas en el extranjero” (New York Times and Office of the President of Russia, 2014, párr. 6) o Dmitri Serguéievich Peskov, su secretario de prensa, afirmó que Rusia es “el país sobre el que se sustenta el mundo ruso” (Russian News Agency TASS, 2014, párr. 3) y que Putin es el “garante” de su seguridad (ibid., párr.1) – o alusiones oficiales – por ejemplo, en el Concepto de Política Exterior de 2000 se hace referencia a las nociones de *za rubezhom* o “exterior cercano” y *sootechestvennik* o “compatriota” para presentar a la diáspora rusa como una herramienta de la política exterior de Moscú (Milosevich, 2017, p. 267) –.

Si se pretende auscultar con mayor precisión las raíces ideológicas del pensamiento de Putin y de los funcionarios que han integrado o conforman actualmente su círculo íntimo, es preciso señalar las ideas de otros pensadores que han servido de inspiración y modelo para las autoridades del Kremlin en los últimos tiempos; se trata de ideólogos a los que el mandatario ruso ha apelado en numerosas ocasiones y que sustentarían su visión antagónica frente a Occidente. Uno de ellos es Iván Aleksándrovich Ilyín, un antibolchevique que fue parte de la “emigración blanca” que abandonó Rusia producto de la revolución que se produjo en 1917 y la posterior guerra civil que sacudió al país entre 1917 y 1923. Ilyín veía con simpatía – y también con una cierta nostalgia por la época zarista – la noción de “eurasianismo” como una respuesta al bolchevismo. Sus ideas derivaron hacia la extrema derecha, llevándolo a considerar que existía un vínculo espiritual entre el nacionalsocialismo enarbolado por Hitler, el fascismo liderado por Mussolini y el movimiento “blanco”, a cuya causa se adhirió Ilyín. Este ideólogo rechazaba tanto el comunismo soviético como la democracia occidental, considerando que Rusia debía transitar por un sendero “especial” fundamentado en la Iglesia Ortodoxa y los valores conservadores que permitirían una renovación espiritual del pueblo ruso, encontrándose este último bajo el influjo de paradigmas políticos y sociales occidentales de los cuales debía sacudirse. Para Ilyín, el Estado ruso – conformado por lo que antaño fue el Imperio ruso y posteriormente la Unión Soviética – consta de una sola entidad conformada por los países euroasiáticos, que se encuentran

enlazados espiritualmente (Barbashin & Thoburn, 2015, párr. 10). Una vez sobrevenida la Guerra Fría, Ilyín vio con aprehensión a las potencias occidentales, cuya vocación consiste en desmembrar a Rusia para anexionar partes del territorio ruso y promover el desorden y la decadencia (ibid., párr. 15). Ilyín considera que el pueblo ruso es el "núcleo de todo lo europeo-asiático y, por lo tanto, del equilibrio universal", pero es Occidente quien, en sus ansias de poder, lo asedia con el fin de dividirla (Brooks, 2014, párr. 10). Con ideas rayando las teorías de conspiración, Ilyín acuñó la expresión *mirovaya zakulisa* – cuya traducción aproximada sería “mundo entre bastidores” – para referirse al concierto de los líderes occidentales cuyo objetivo es derribar a Rusia (Barbashin & Thoburn, 2015, párr. 19). La democracia y la libertad propugnadas por Occidente no tienen cabida en Rusia y, más bien, suponen amenazas que buscan socavarla; en cambio, Ilyín defiende la necesidad de una “dictadura nacional rusa” que, sobre la base del autoritarismo, el patriotismo y el liderazgo centralizado, preservaría el orden y la estabilidad en la nación rusa (ibid., párr. 16).

Ilyín destaca el excepcionalismo de la nación rusa al mencionar que “ninguna nación del mundo ha tenido la misma carga y la misma tarea que el pueblo ruso” (Barbashin, 2018, párr. 9). La trinidad que, según Ilyín, debe regir los destinos de Rusia consiste en “Dios, patria y un caudillo nacional” - *Bog, rodina y natsionalnyi vozhd'* – (ibid., párr. 7). Ilyín propone para Rusia una “dictadura nacional”, amparada en la Iglesia Ortodoxa y el ejército, que forma a su pueblo, destinado para una misión sagrada que incluye la defensa del espacio euroasiático de los enemigos que lo amenacen (ibid., párr. 17) .

En la actualidad, existen ejemplos de medidas adoptadas por el Kremlin que tendrían una deuda ideológica con los conceptos de Ilyín. Tanto la ley adoptada en 2012 que permite catalogar de “agente extranjero” a aquella persona que desarrolle una actividad política y reciba financiamiento proveniente del extranjero como la norma promulgada en 2013 que penaliza la “propaganda sobre relaciones sexuales no tradicionales” entre los menores de edad son algunas de las iniciativas que encuentran su simiente en las ideas esbozadas por Ilyín y que han encontrado eco en los discursos y las decisiones de Putin para denunciar la corrupción y decadencia provenientes de Occidente (Barbashin & Thoburn, 2015, párr. 21). De hecho, Putin evocó la figura y los postulados de Ilyín en el mensaje anual que pronunció ante la Asamblea Federal en 2006 para defender el derecho de Rusia a “repeler posibles agresiones del exterior” y “responder a los intentos de cualquier parte de presionar a Rusia en política exterior, incluso con el objetivo de reforzar la propia posición a costa nuestra” (Putin, 2006, párr. 130). En otra ocasión, Putin también destacó el rol que juega la Iglesia Ortodoxa en la conservación del patrimonio histórico y cultural, la restauración de los “valores morales eternos” y el fomento del patriotismo en las nuevas generaciones (Putin, 2015, párr. 2). Asimismo, Ilyín consideraba que

Alemania tenía intenciones de hacerse de Ucrania y sostenía que la nación ucraniana era una entelequia, un producto de la ficción que no tenía ningún derecho a la estatalidad (Barbashin & Thoburn, 2015, párr. 16), siendo esta última una interpretación que Putin, en varias de sus intervenciones, ha demostrado compartir. Ilyín expresó que tenía la certeza “en que llegue un día en el que Rusia se alce desde la desintegración y la humillación y comience una nueva era de desarrollo y grandeza” (Gardels, 2014, párr. 11); son palabras que no se alejan de la lectura que en Rusia se elabora al describir el camino que el país ha debido transitar desde la década de los noventa hasta la fecha.

Putin también se ha referido a las ideas planteadas por Lev Nikoláievich Gumiliov, quien sostuvo que el eurasianismo tenía su base en lo que él denominó etnogénesis, una teoría según la cual las naciones habían surgido producto de una explosión de rayos cósmicos. La evolución de un pueblo radica en su capacidad de captar esta energía especial, esta fuerza cósmica a la que Gumiliov calificó de *passionarnost'* o “pasionaridad”. Gumiliov consideraba que Occidente carecía de esta energía y, por lo tanto, se encontraba en franco declive, mientras que Rusia poseía una fuerza vigorosa que le permitiría alcanzar su apogeo, estableciendo un Estado que abarcara Europa y Asia. Los pueblos que gozan de una mayor *passionarnost'* logran imponerse mientras que sucumben aquellos que experimentan una merma de esta fuerza singular. Gumiliov también señaló que existían grupos “quiméricos” o falsas naciones que amenazaban la energía cósmica de otros grupos (Snyder, 2018).

Nociones de esta índole podrían haber inspirado apreciaciones que aluden al carácter extraordinario de la civilización rusa en declaraciones y documentos de política exterior. Por ejemplo, el Concepto de Política Exterior de la Federación de Rusia de 2013 destaca que la competencia a nivel mundial ocurre, por primera vez, a nivel de civilizaciones (Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, 2013, punto 13); posteriormente, enfatiza en que la identidad civilizacional es la contracara de la globalización y que es necesario evitar los choques entre civilizaciones para asegurar un desarrollo pacífico de la humanidad (ibid., punto 14). Más adelante en el documento, Rusia reivindica su pertenencia a la civilización europea para invocar la creación de un espacio que abarque desde el Atlántico hasta el Pacífico (ibid., punto 56), en clara alusión al proyecto euroasiático que, bajo su liderazgo, desea implementar; siendo el eurasianismo un proyecto expansionista de tintes mesiánicos en el que una potencia ocupa y domina el espacio euroasiático, Rusia pretende ser esa potencia que dirija dicha iniciativa o, cuando menos, desempeñe un papel altamente preponderante e indispensable en su conducción. Putin recoge las ideas de Gumiliov cuando, en febrero de 2021, afirmó que “creo en la *passionarnost'*, en la naturaleza, como en la sociedad, hay desarrollo, clímax y declive. Rusia aún no ha alcanzado su punto más alto. Estamos en camino” (Uribe Ruan, 2022, párr. 9).

El socavar la UE y aspirar a su eventual disolución es fundamental para darle mayor viabilidad al proyecto euroasiático. El apoyo tácito brindado por Moscú hacia políticos euroescépticos que han manifestado una posición más empática o condescendiente para con el Kremlin, como Miloš Zeman – ex primer ministro y actual presidente de la República Checa –, Viktor Orban – actual primer ministro de Hungría y líder del partido Fidesz –, Silvio Berlusconi – ex primer ministro de Italia –, Matteo Salvini – líder del partido político italiano Liga –, Marine Le Pen – ex candidata presidencial y lideresa del partido político francés Reagrupamiento Nacional –, Nigel Farage – uno de los principales impulsores del *Brexit* y líder del partido Reform UK, antes llamado Partido del Brexit –, Norbert Hofer – ex líder del Partido de la Libertad de Austria – o Gerhard Schröder – excanciller alemán y actual presidente del consejo de administración de *Rosneft* –, abonarían en esa dirección. Las relaciones fluidas con los países del Grupo de Visegrado o la simpatía por los separatismos escocés y catalán – mas no por aquellos secesionismos que puedan surgir en el seno de la misma Rusia, evidentemente – y por los procesos como el referéndum del *Brexit* apostarían hacia el mismo objetivo (Snyder, 2018). Fenómenos como estos son síntomas de lo que Vladislav Yúrievich Surkov, asistente del presidente de la Federación de Rusia entre 2013 y 2020, promotor del concepto de “democracia soberana” y una de las figuras más importantes del círculo de confianza de Putin, describe como un proceso de “desglobalización, resoberanización [sic] y nacionalismo” (Surkov, 2019, párr. 11). Así, la política intervencionista en Ucrania en 2013 también se explicaría, entre otros motivos, por el temor de que, si esta nación se integraba a la UE, entonces no podría formar parte del proyecto euroasiático liderado por Rusia. Por su parte, *Russia Today* se presenta en este entramado como el instrumento mediático a través del cual se difunden las ideas de los políticos y procesos euroescépticos que minan la cohesión y expansión de la UE.

En ocasiones, Putin ha recurrido a la figura de Nikolái Aleksándrovich Berdiáyev, un filósofo que evaluó que la idiosincrasia y los valores occidentales fueron acogidos por la *intelligentsia* rusa con el fin de dejar atrás el modelo de la ‘vieja Rusia’; frente a esta tendencia surgió una corriente que se resistía a la asimilación de unos valores que consideraba ajenos a la sociedad rusa y atentaban contra los singulares designios reservados para la ‘santa Rusia’ (Hinojosa Gutiérrez, 2017, pág. 81-82). Berdiáyev afirmaba que Rusia tiene reservada para sí una misión mesiánica que encierra el privilegio de señalar a las demás naciones un derrotero a imitar y resolver los problemas de la humanidad (Brooks, 2014, párr. 8). Putin, basándose en las nociones de este filósofo, adujo que la defensa de los valores tradicionales protegerá a Rusia de la debacle moral (ibid., párr. 7). El mandatario ruso también evocó a Berdiáyev en un discurso pronunciado en 2013 para hacer una defensa del conservadurismo, que debe ser entendido, según él, no como una fuerza “que impida el movimiento hacia adelante y hacia arriba, sino que

impide el movimiento hacia atrás y hacia abajo, hacia la oscuridad caótica y el retorno a un estado primitivo” (Galeotti, 2014, párr. 14). El autoritarismo encuentra su fuente legitimadora en la promesa de la estabilidad social. La justificación de un modo de gobierno autoritario es reforzada por las autoridades rusas al aludir al amargo recuerdo que produce el descalabro multidimensional que sufrió el país durante la década de los noventa y al agitar la amenaza del anarquismo que podría cernirse nuevamente sobre el país si se renunciase a dicho estilo autoritario. Tomando en cuenta estas declaraciones, a Putin no lo movería, en principio, un afán expansionista como el experimentado durante la época zarista, sino el objetivo de preservar a Rusia del influjo político y cultural de Occidente que amenazan el futuro del mundo ruso, como si se tratase de una fortaleza asediada que hay que evitar que caiga en las manos de una fuerza invasora. Para plasmar este proyecto tan nacionalista como aislacionista, Putin ha encontrado en la Iglesia Ortodoxa al socio político idóneo para contrarrestar la influencia moral de Occidente.

En otro orden de cosas, resulta necesario delimitar un poco más el término “Occidente”, pues puede hacer referencia a un área tan vasta que termine por esconder las diferencias que, para Rusia y China, dentro de él existen. Y, en esa línea, ambos países pueden tener una interpretación diferente sobre lo que significa Occidente. Así lo menciona Piskunova, para quien esta noción del “Otro” se construyó, de cierta manera, en el discurso de la política exterior rusa. En su opinión, China toma a Occidente como una unidad más monolítica debido al peso similar que tanto Estados Unidos como la UE poseen en su calidad de socios comerciales. Rusia, en cambio, diferencia a la UE de Estados Unidos, aunque la ideología y propaganda estatal alude a estos como si fueran el “Otro”. Igualmente, Rusia tiende a hacer más hincapié en las relaciones bilaterales, y por ello enfatiza sus vínculos con, por ejemplo, Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido, independientemente de las relaciones institucionales que existen entre Moscú y la UE; en este caso, el discurso oficial ruso cambia de perspectiva y recuerda la historia común que Rusia ha mantenido con los países del continente europeo. En otro orden de cosas, Rusia y China no suelen inscribir a América Latina en Occidente – entendido como el Norte Global, donde se ubican las potencias occidentales –, sino que la incluyen en la noción del Sur Global, adoptando para ello un enfoque económico – identificando la problemática que aqueja a los estados tercermundistas o en vías de desarrollo – y cultural – reconociendo su historia colonial – alternativo (N. Piskunova, comunicación personal, 4 de setiembre de 2021).

Si se optara por considerar a Europa como parte del “Otro”, Piskunova sugiere que sería importante, a su vez, establecer algunas subdivisiones dentro de este continente para aproximarse a los matices que moldean la perspectiva rusa con relación a este territorio. Existe un vínculo cultural e histórico de largo aliento entre Rusia y Europa que no está presente en el

caso de China. Europa del Este sería considerada más cercana a los intereses rusos y las autoridades y la opinión pública esperarían, de alguna manera, que sea prorrusa; empero, en la realidad esto no ocurre con, por ejemplo, los países bálticos o Polonia – aunque esta última a veces suele ser considerada parte de Europa Central –. Sin embargo, se presentan enfoques distintos al tratar con los países de Europa del Este debido a que hay prioridades disímiles al abordarlas; Rusia es proclive a trastocar el principio de integridad territorial en aras de su seguridad, con la consiguiente tensión e inestabilidad que ello genera, mientras que China opta por una postura pragmática, trabando relación incluso con Estados prooccidentales que antaño fueron parte de la Unión Soviética, porque los acuerdos comerciales la benefician económicamente y la cooperación fomenta una mayor estabilidad en el orden internacional (Lukin, 2018, p. 65).

De cualquier manera, hay diferencias infranqueables que existen entre Rusia y sus pares europeos; una de ellas es el grado de empoderamiento que se le debe otorgar a la sociedad civil con respecto al Estado, un tema que genera interpretaciones discrepantes. Las bases sobre las que se configura el Estado ruso contempla una sociedad civil debilitada o prácticamente nula. El contraste con Europa – y con Occidente, en general – queda claramente ilustrado por las palabras de Valeri Nikoláievich Bogomólov, secretario general del consejo del partido de gobierno Rusia Unida entre 2003 y 2005, quien adujo que la defensa del Estado desplegada por Putin responde a que “en Rusia la palabra Estado equivale casi a la palabra sociedad, a diferencia de en Europa, donde la sociedad, a través del concepto de derechos humanos, tiene una aplicación más amplia” (Bonet, 2004, párr. 5). La sociedad rusa, por lo tanto, “sólo puede existir como tal en forma de Estado” (ibidem). Es por ello que, cuando el Estado se ha debilitado – como ocurrió en la década de los noventa –, “han empezado los conflictos, porque nuestra sociedad no responde al concepto europeo de sociedad civil” (ibidem).

En el entendimiento y discurso ruso suele haber, de acuerdo con Piskunova, una clara separación entre la UE y Estados Unidos; de ser así, Occidente sería un sinónimo solamente de Washington y los valores estadounidenses. Culturalmente, la parte europea de Rusia está históricamente más conectada a Europa; así lo avalan setecientos años – con sus altibajos – de historia común. Por lo tanto, Rusia sería más proclive a restablecer las buenas relaciones con Europa, a pesar de que las tensas relaciones con Bruselas en los últimos tiempos han logrado que las autoridades rusas le dirijan calificativos tan duros como los que le reservan a Washington. Con respecto a China, se trata de otra situación porque no existe una dilatada historia de cooperación cultural o proyectos conjuntos con Europa, por lo que la relación está más vinculada con asociaciones estratégicas y no con nexos culturalmente específicos o preeminentes.

Al ser Europa una parte constituyente de Eurasia, es preciso, al momento de delinear la imagen del “Otro” para Rusia, diferenciarla de Estados Unidos. Esta distinción permite agregar mayores matices a la percepción rusa sobre Occidente. Como se comentó al inicio de este apartado, existe un nexo cultural o una aspiración de tomar a Europa como un modelo por parte de Rusia que no ocurre con China. De acuerdo con Serbin, Rusia vive en una ambigüedad existencial muy difícil de superar porque, por un lado, quisiera tomar distancia de la presión que pueda ejercer Estados Unidos, pero por otro lado, tiene una interrelación cultural y económica muy importante con Europa. Se ha modificado la relación comercial entre Moscú y Pekín, mas no la relación cultural, ya que el referente cultural ruso sigue siendo Europa y no China.

Serbin es escéptico sobre la posibilidad de hablar de una identidad compartida entre Rusia y China, más allá del hecho de que ambas consideran a Estados Unidos como el rival principal a desafiar en el escenario internacional. La identidad rusa se encuentra a caballo entre Occidente y Oriente y, por ello, es difícil de determinarla; China, en cambio, se percibe como un Estado con una identidad distintiva, ajena a la occidental, sin tener la necesidad de definirse con relación a alguien. La definición de ambas identidades ha discurrido por senderos históricos disímiles, siendo improbable la formación de un frente común sobre la base de una coincidencia en ese orden. Serbin recuerda que si bien en Rusia, durante poco más de setenta años, hubo un intento de instaurar un proyecto colectivista, finalmente hoy prima una visión individualista. Actualmente, Putin no representa un ideal colectivista, pero sí fomenta la noción de un Estado que controla a la sociedad. Más allá de que se pueda hacer énfasis en el rol de la Madre Patria o en el recuerdo de la lucha contra el nazismo – aspectos que forman parte del relato oficial ruso –, nadie está planteando, como en la era de la Unión Soviética, una visión colectiva; hay intereses individuales que no son puestos en cuestión. Además, hay un agravante para la definición de la identidad rusa, y es que Rusia siempre toma como referencia a Occidente para distinguirse y marcar su identidad. Como dice Serbin, “Rusia es demasiado occidental. No es lo suficientemente asiática como para diferenciarse completamente de Europa”. La relación con Europa es ambigua, pues Rusia se siente – o aspira a ser – parte de ella, pero también considera que debe defenderse de ella, preservando los valores más conservadores de la sociedad rusa – como lo demuestra el giro conservador que ha adoptado el Estado ruso a partir del tercer mandato de Putin –. A este respecto cabe destacar, rescatando las tres escuelas de pensamiento en política exterior rusa descritas por el académico Andréi Pávlovich Tsygankov, la prevalencia de los valores comprendidos en las corrientes estatista – que aprecia la capacidad estatal para gobernar y mantener el orden, resalta el poder, la estabilidad y la soberanía y gestiona las amenazas a la seguridad de Rusia provenientes del extranjero – y civilizacional – que acentúa y promueve la singularidad de los valores rusos, cuestiona el sistema de valores occidentales,

defiende los valores del cristianismo ortodoxo o de las diferentes religiones que se profesan en Rusia y apoya respuestas más beligerantes frente a las amenazas a la seguridad del país – en desmedro de los de la corriente occidental – que considera a Occidente como un modelo civilizacional a emular y del que Rusia desea formar parte y estima las libertades constitucionales, la igualdad política, la democracia, los derechos humanos y el libre mercado – (Tsygankov, 2016). China, en cambio, es un caso aparte, pues cuenta con cinco mil años de historia y una trayectoria civilizatoria propia. Asimismo, el Siglo de la Humillación se encuentra muy presente en el imaginario colectivo chino. China no solamente no es occidental, sino que conserva un recuerdo amargo de las potencias occidentales que la sometieron durante este periodo histórico.⁸⁹ La construcción de la identidad, en el caso de Rusia, “es por contraste y especular”, como dice Serbin, con respecto a Europa, mientras que China aspira a recuperar su identidad como “el Reino del Medio”, que fue asumida por las distintas dinastías que, a lo largo de la historia, han regido los destinos de esta civilización. Por otro lado, Serbin comenta que los valores que predominan en China son fundamentalmente confucianos, pertenecientes a las sociedades asiáticas que ven al colectivo de una manera distinta. Además, agrega que cada una de estas identidades – la rusa y la china – implica una dosis de etnocentrismo y un reconocimiento de superioridad de su propia etnia por encima de todas las demás – en particular, la de los chinos –. Así, es improbable considerar que la convergencia entre Rusia y China se deba a una identidad compartida o semejante que se encuentre en contraposición a la occidental.

En línea con lo expresado por Serbin, Rouvinski ofrece otro ángulo analítico sobre este concepto, resaltando que la construcción del “Otro” ocupa un papel más relevante en el discurso de la política exterior rusa que en el de la china; para poder fortalecer la autopercepción de su identidad, el concepto del “Otro” es menos gravitante para China que para Rusia. Además, el “Otro” tendría diferentes representaciones para ambos. Rouvinski cree que, en el caso de China, el “Otro” ha tenido un nombre propio: Gran Bretaña. Si Serbin recuerda la huella indeleble que el Siglo de la Humillación ha dejado en la historia china, Rouvinski retoma esta idea y destaca el legado histórico de las guerras del opio; para China, Gran Bretaña fue el actor que no solamente forzó la apertura del país al mundo, sino que terminó con la grandeza china de comienzos del siglo XIX. En la época de Mao era recurrente apelar a la necesidad de alcanzar o superar a Gran Bretaña y no a Estados Unidos. Esta herencia de la época maoísta pervivió hasta la década de

⁸⁹ Por aquel entonces, Rusia tampoco salió indemne, pues en el transcurso de este periodo también sufrió una vejatoria derrota ante Japón en la guerra ruso-japonesa, librada entre 1904 y 1905 y que derivó en la pérdida rusa de Port Arthur y la Revolución rusa de 1905, que se convirtió en la antesala de la Revolución rusa de 1917 que finalmente derrocó al régimen zarista.

los noventa y la primera década del siglo XXI. Por otro lado, el caso de Rusia es diferente; en la Unión Soviética se establecían comparaciones con Estados Unidos, tal y como ahora, porque, de acuerdo con Rouvinski, “para los rusos de hoy, el “Otro” no es solo Occidente como tal, son los Estados Unidos, porque la relación con Europa es más compleja” (V. Rouvinski, comunicación personal, 13 de agosto de 2021). Las “exigencias” y “avisos” provenientes de la gestión Biden a Rusia, de acuerdo a lo mencionado por Lavrov, demuestran que Washington y Occidente siguen empleando, como antaño, una retórica áspera para con Moscú que no servirá para acercar posiciones, sino para acrecentar el mutuo recelo con el que se observan. Así, Rusia seguirá viendo en Estados Unidos un “Otro” semejante a – en palabras del canciller ruso – un “Gran Hermano”; la alusión del canciller ruso al personaje de la novela *1984* de George Orwell desliza una crítica dirigida a un Estados Unidos que no ha dejado de actuar como un dictador hegemónico y ubicuo que brega por mantener un *statu quo* distópico para las potencias que aspiran a cultivar una genuina “democratización” de las relaciones internacionales y recibir un trato igualitario. Rouvinski también subraya que en Rusia se ha instalado la percepción de que Europa no es “amiga” de Rusia por estar expuesta a la manipulación que Washington ejerce sobre el viejo continente. Esto explicaría por qué Lavrov se ha referido a la UE como un “buen vecino” con el que espera mejorar la relación actual una vez que, por medio de una política más autónoma, los países que conforman la Unión dejen de comportarse como un “coro” al servicio del “solista” – Estados Unidos – y dejen de integrar el “frente occidental”; las críticas difundidas en su artículo “Derecho, derechos y reglas” contra Charles Michel y Ursula von der Leyen se enmarcan en ese mismo sentido, señalando con nombre y apellido a los agentes responsables del cisma. Cuanto más distante se muestre la UE de Estados Unidos, menor será la percepción que Rusia tendrá de ella como un “Otro” hostil.

Sin embargo, tampoco debe descartarse la posibilidad de que los cambios en el enfoque de la política exterior de los Veintisiete surjan como consecuencia de la lectura que los líderes de turno de la UE tengan sobre los desafíos geopolíticos que se les presenten y las medidas que deban implementar para afrontarlos. Es decir, la UE podría, dependiendo de las circunstancias, demostrar una capacidad de agencia propia y adoptar una conducta exterior basada en la autonomía estratégica – como lo ha planteado el Alto Representante de la UE para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, Josep Borrell, con su “Brújula estratégica”⁹⁰ para dotar de

⁹⁰ Posteriormente al cierre de la presente investigación, la Brújula Estratégica fue aprobada en marzo de 2022. En este documento, que plasma la política de defensa conjunta de la UE, se responsabiliza a Rusia de revivir la división del mundo en esferas de influencia, producto de su participación en la guerra con Georgia en 2008, la anexión ilegal de la península de Crimea en 2014, sus íntimos vínculos con Bielorrusia y su presencia militar en Transnistria. Asimismo, Moscú es considerada como una amenaza para la seguridad europea, debido al despliegue de operaciones que realiza en Libia, Siria, Malí y la República

mayor fortaleza política y militar al espacio europeo –. Los cambios también podrían venir producto del sesgo político de los mandatarios al frente de los países de mayor peso del bloque europeo. Respecto de esta posibilidad, es preciso decir que se ha abierto la ventana a la especulación cuando, el 8 de diciembre de 2021, Olaf Scholz asumió la cancillería alemana luego de dieciséis años de gestión de Angela Merkel. Se prevé que el socialdemócrata apueste por un enfoque más ambicioso que el de su antecesora cristianodemócrata en el campo de la integración de la UE. Por otro lado, Scholz encabeza un gobierno tripartito conformado por liberales y verdes – inédito en la historia alemana – en el que el mando del Ministerio Federal de Relaciones Exteriores ha recaído en Annalena Baerbock, lideresa de Alianza 90/Los Verdes, que durante la última campaña electoral lanzó duros calificativos contra Moscú y Pekín. Reacia al inicio de operaciones del gasoducto *Nord Stream 2*, crítica de las violaciones a los derechos humanos en Xinjiang y partidaria de que la OTAN responda ante una intervención militar rusa en Ucrania, con Baerbock se espera, si no una modificación en la orientación de la política exterior – la actual crisis energética europea⁹¹ y los numerosos intereses comerciales en juego, sumado al perfil más concertador y continuista de Scholz, dificultan este escenario –, al menos un cambio de tono y un discurso más centrado en los valores y menos complaciente que los manifestados por Merkel, que siempre optó por el pragmatismo y la priorización de los intereses comerciales de Alemania al tratar con Rusia y China. Sin embargo, las tornas podrían cambiar si la entrada en funcionamiento del gasoducto – formalmente detenido por incumplir aspectos regulatorios, debido a que su proceso de certificación se encuentra suspendido – es empleada como un arma disuasiva para que Rusia desista de cruzar ciertas líneas rojas, como dejar de enviar gas a través de Ucrania – privando a Kiev de los ingresos que percibe provenientes de las tarifas de tránsito – o invadir dicho país.⁹² Por otro lado, si Emmanuel Macron conquista la

Centroafricana. Por otro lado, China es considerada como un “rival sistémico” y un “competidor económico”, mientras que se la reconoce como un socio indispensable para hacer frente a problemas de alcance global – por ejemplo, el cambio climático –.

⁹¹ Según cifras de 2019, el 41.1% del gas natural importado por la UE proviene de la Federación de Rusia (Eurostat, s. f.).

⁹² La invasión rusa de Ucrania, acaecida tras el cierre de la presente investigación, provocó una respuesta inicial de Alemania que supone modificaciones interesantes en lo que concierne a la trayectoria que ha seguido su política exterior pacifista de posguerra, cimentada en el trauma generado por su pasado bélico y nazista en el siglo XX. En los primeros días posteriores a la invasión, Scholz anunció la creación de un fondo especial de cien mil millones de euros destinado a la *Bundeswehr* (Fuerzas Armadas de la República Federal de Alemania) y propuso elevar el gasto en defensa al 2% del PBI, en línea con el mandato adquirido con la OTAN. Por otro lado, Berlín no solamente aprobó el envío de armas a Ucrania, sino que levantó la prohibición que pesaba sobre el envío de equipos armamentísticos de fabricación alemana por parte de terceros países, revirtiendo una política de larga data de no enviar armas letales a zonas de conflicto – aunque el cumplimiento de esta medida ha sido puesto en entredicho tras las revelaciones que apuntan a la existencia de armas alemanas en la guerra civil yemení –. Por otro lado, Scholz ordenó la paralización del proceso de certificación del *Nord Stream 2*, presentó iniciativas que le permitirán a Alemania alcanzar la independencia energética de Rusia y aprobó las sanciones financieras que excluyen a ciertos bancos

reelección en las elecciones presidenciales de 2022 en Francia, surge la posibilidad de que sea él y no Scholz quien asuma un liderazgo más protagónico en la conducción de los Veintisiete; queda por ver si ese rol implicaría tomar decisiones sobre China y Rusia con cierta independencia de lo que dicte la voluntad de Estados Unidos. En cambio, el triunfo de un candidato euroescéptico y con vínculos cercanos a Rusia – como Marine Le Pen, por ejemplo – podría suponer un trato más benigno de París hacia Moscú; nuevamente, una posible invasión de Ucrania por parte de Rusia podría alterar cualquiera de estos dos escenarios.⁹³ Asimismo, los vínculos que el Kremlin ha cultivado con los partidos euroescépticos en diversas naciones constituyen una baza con la que Moscú puede socavar, desde dentro, la cohesión de la UE; un cambio en la correlación de fuerzas en los países en los que estos ostentan cuotas de poder – por ejemplo, las cuatro naciones que conforman el Grupo de Visegrado – podría fortalecer o debilitar esta carta con la que cuenta Rusia para debilitar a los Veintisiete.

En cuanto a China, Rouvinski abre la posibilidad de que, debido al auge que experimenta actualmente, quizás pueda prescindir de la figura del “Otro” para sentirse, más bien, el centro del orden internacional contemporáneo. “Más que necesitar al “Otro”, China siente que los otros necesitan de ella”, aduce. China prescinde en la actualidad de la necesidad de compararse con el resto o de hallar un “Otro” a partir del cual construir una identidad por contraste, debido a que ha recuperado el espacio que perdió a finales del siglo XIX y durante el siglo XX. Para China, el “Otro” es, actualmente, todos los demás; de Rusia no se puede aseverar lo mismo.

Rouvinski advierte que el discurso de corte civilizacional emitido por el Kremlin no responde tanto a una intención de conectar con la identidad rusa, sino al propósito político de atacar a sus rivales externos e internos. El planteamiento de que Rusia es una civilización es parte de un discurso empleado por el Kremlin y, además, cuenta con una base legal tras los cambios incorporados a la carta magna luego de celebrado el referéndum constitucional de 2020. Rouvinski especula que “este es un discurso orientado hacia la audiencia rusa, porque la mayoría de rusos no son así”. En realidad, Rusia no está tratando de posicionarse en el ámbito

rusos del sistema de mensajería financiera SWIFT. Aún es prematuro evaluar cuál será la evolución de estas posturas, pero las drásticas y rápidas medidas adoptadas por Berlín demuestran que las acciones bélicas de Moscú han revertido en cuestión de días el enfoque tradicionalmente cauteloso y prudente de la política exterior alemana y su doctrina pacifista –aunque es importante recalcar que este proceder experimentó un quiebre cuando Alemania respaldó y participó, en el marco de la OTAN, en la Operación Fuerza Aliada desplegada en el transcurso de la guerra de Kosovo en 1999 –. Medidas de este corte reflejan que las autoridades alemanas son conscientes del momento histórico por el que atraviesa no solamente su relación bilateral con Moscú, sino su posición en el continente europeo y su rol en el escenario internacional; así lo expresó Scholz cuando declaró que la invasión rusa de Ucrania se erige como un “punto de inflexión” que “amenaza todo nuestro orden de posguerra”.

⁹³ Tras el cierre de esta investigación, Emmanuel Macron se alzó con el triunfo en las elecciones presidenciales de Francia en 2022, extendiendo su mandato hasta 2027.

internacional como promotor de ciertos valores tradicionales. Rouvinski pone de ejemplo a la cadena internacional de televisión *Russia Today* y afirma que su misión no es promover los valores rusos a través de la pantalla chica, sino atacar los principios de la democracia liberal y adoptar una postura antiestadounidense, pero sin postular a Rusia como una alternativa para la organización y los valores de la sociedad occidental. Si aún pervive una discrepancia ideológica entre Rusia y Occidente, ya no consiste en el enfrentamiento entre el comunismo y el capitalismo, sino entre el tradicionalismo autoritario y el liberalismo democrático (Lo, 2015, pp. 46-47). En el ámbito doméstico, el discurso centrado en Rusia como civilización sirve para enfrentar a la oposición o frenar los ataques de los medios independientes.

El sentirse Estados herederos de una civilización como punto en común para entender las afinidades identitarias entre Rusia y China no explica, según Piskunova, la convergencia de estas dos naciones. En el caso de Rusia, no hay elementos históricos que justifiquen una teoría de ese tipo; Piskunova se muestra de acuerdo con lo expresado por Rouvinski y mantiene que “el discurso civilizacionista [sic] en Rusia no es del todo bienvenido”. Comenta que Rusia precisó de trescientos años para construir un Estado común durante la época medieval, pero no posee miles de años de historia como un Estado-civilización, a pesar de que las autoridades lo afirmen; el país puede tener una ciudadanía y una identidad nacional compartida al ser un Estado multinacional, pero, simultáneamente, presenta una heterogeneidad étnica y religiosa. China, en cambio, sí ha tenido una civilización sólida que se remonta varios siglos en el tiempo y sobre la que está respaldada su trayectoria histórica, además de poseer una población más homogénea en términos étnicos⁹⁴ y religiosos. La ausencia de este vínculo cultural común se acusa en la inestable relación bilateral que la Unión Soviética entabló con China; la línea diplomática que antaño unía a ambos Estados no fue sólida y “no creo que haya algo que cambie esa dinámica, porque no creo que haya una relación universal que perdure durante varios siglos”, sentencia Piskunova.

Al hablar del grado de importancia que el ser reconocido como una potencia desempeña en la construcción de la identidad de un Estado, Rouvinski es categórico en afirmar que la identidad de la Rusia contemporánea consiste en ser reconocida como una gran potencia, en el mismo estilo de la Unión Soviética. “Yo creo que Rusia es una réplica de la Unión Soviética en términos identitarios”, asegura, pero posteriormente aclara que esta conclusión no se basa en una perspectiva realista – “en términos tangibles, Rusia no es comparable con la Unión

⁹⁴ De acuerdo a las cifras del último censo nacional, los chinos pertenecientes a la etnia han representado el 91.11 por ciento de la población total, mientras que aquellos que forman parte de las otras cincuenta y cinco minorías étnicas reconocidas oficialmente por el gobierno comprenden el 8.89 por ciento (Xinhua Español, 2021a).

Soviética” – sino que se centra en la socialización de la identidad que Rusia busca proyectar. En la década de los noventa, Rusia buscó exhibir una identidad distinta a la actual y fracasó en esa empresa; en la actualidad, busca promover que es una “nueva versión” de la Unión Soviética. Rouvinski cree que esta medida le ha dado resultados a Moscú, y cita que muchos *think tanks* y tomadores de decisiones parten de esta base – en muchos casos, de manera inconsciente – al diseñar las políticas estadounidenses dirigidas hacia Rusia. En resumen, la nación euroasiática intenta trazar una continuidad identitaria entre la Unión Soviética y la Federación de Rusia – independientemente de que esta última no cuente con las otras catorce repúblicas que componían la URSS –. Su observación parece encontrar respaldo al evocar las palabras pronunciadas por Lloyd Austin, actual secretario de Defensa en el Gabinete de Joe Biden, el 3 de diciembre de 2021; en el marco del despliegue de tropas rusas en la frontera con Ucrania, el estadounidense opinó que “lo mejor sería no ver una incursión de la Unión Soviética en Ucrania” (Russia Today, 2021, párr. 4). Más allá de que esta sea una expresión consciente o un acto fallido, todo indica que el fantasma de la Unión Soviética sigue planeando en la mente de muchos *halcones* y determinando las políticas con las que abordan a Rusia.

Resulta interesante la observación que hace Rouvinski sobre la fuente desde la que parte el reconocimiento de gran potencia de Rusia y China. Mientras que la primera ha hecho un esfuerzo para proyectar y socializar una imagen de gran potencia con el afán de recibir dicho reconocimiento por parte de sus semejantes, la segunda atravesó un proceso inverso, recibiendo este estatus desde el exterior, pues hubo una voluntad por parte del resto de Estados de reconocer a China como una gran potencia, incluso a pesar de su reticencia inicial a asumir una identidad de esta naturaleza. Rouvinski apunta que China inicialmente rechazó la socialización del estatus de gran potencia porque decía que era parte del Tercer Mundo y un país en vías de desarrollo; ahora, en cambio, China disfruta de este estatus. En conclusión, mientras que el reconocimiento de Rusia como gran potencia surge producto de una proyección y varios intentos de socializar esta identidad desde adentro, China recibe dicho reconocimiento desde afuera porque se beneficia de lo que es, sin tener que invertir en dicha socialización. Rouvinski menciona que el discurso dominante en Washington es el del retorno de las políticas de las grandes potencias – *great power politics are back* – y esto implica, entre otras cosas, reconocer no solo que China es una gran potencia, sino que Rusia “está de vuelta” en ese mismo sentido.

Sin embargo, cabe matizar estas apreciaciones con una consideración significativa; no solo basta establecer el hecho de que Rusia y China sean reconocidas como potencias, sino también es preciso discernir la clase de potencia que ambas encarnan. En ese sentido, algunas fuentes oficiales confrontan las apreciaciones de Rouvinski respecto del tipo de potencia que

Rusia encarna en la actualidad. Si bien en la última década Rusia ha logrado socializar una identidad de potencia asertiva debido a su poderío y acciones en el campo militar o porque se muestra articulando esfuerzos con China, también es cierto que todavía pervive la percepción de que se trata de una potencia estancada o incluso en declive; en esa línea se enmarcan las declaraciones de Obama, que en 2014 se refirió a Rusia como a una potencia regional, y Biden, que en 2018 alegó que Rusia era una potencia que se deslizaba por un tobogán, experimentando un irrefrenable debilitamiento. Más prudente es el Consejo Nacional de Inteligencia de Estados Unidos al catalogar a Rusia, en un informe titulado *Global Trends 2040: A More Contested World* y publicado en 2021, como una potencia disruptiva durante las próximas dos décadas, a pesar de que sus capacidades materiales la dejen rezagada en comparación con otros actores y, por lo tanto, le generen dificultades para preservar su influencia a nivel mundial; sin embargo, sus capacidades le permitirán desestabilizar el orden liberal internacional – cumpliendo una función de *spoiler* – y ejercer su poder en el espacio postsoviético y, ocasionalmente, más allá de este ámbito (National Intelligence Council, 2021, p. 95). En cambio, el mismo documento señala a China como un Estado que reclamará el papel de potencia global (ibid., p. 94). Y, en otro pasaje, tanto Moscú como Pekín son tildadas como “potencias emergentes y revisionistas” que aspiran a configurar un sistema internacional más beneficioso para sus intereses e indulgente con sus sistemas de gobierno (ibid., p. 98). En esa línea se inscriben los alcances de un informe publicado por la Corporación RAND en 2021 al concluir que, para Estados Unidos, las amenazas provenientes de Rusia son las más inmediatas, pero las de China constituyen las de mayor envergadura (Barghouty, 2021).

La noción del “Otro” también puede construirse en función de quienes encarnan una amenaza. Piskunova sugiere la posibilidad de que el lugar del “Otro” en el imaginario tanto político como popular ruso no está ocupado por Occidente, sino por la OTAN, una colectividad a la que se percibe como un problema que, si la relación con Occidente degenerase, podría escalar y convertirse en una amenaza. La noción de la existencia de la OTAN se encuentra firmemente arraigada desde el final de la Segunda Guerra Mundial; existe una historia sobre lo que esta organización es y hace, así como de las acciones que realizó en la década de los noventa. “En Rusia existe un sentimiento negativo contra todo lo relacionado con la OTAN”, declara, aunque matiza esta observación al mencionar que el rechazo que produce la Alianza Atlántica no se encuentra aparejado con el miedo. En efecto, la población siente confianza sobre la capacidad de Rusia para tomar represalias, pues considera que la nación es tan sólida como la OTAN – al menos, eso es lo que se desprende de las encuestas de opinión pública –. Pero siendo conscientes de los desafíos que plantea para Moscú “la cuestión de la OTAN”, la población rusa probablemente considere, según Piskunova, que es necesario y conveniente estrechar lazos con

socios estratégicos y leales, dondequiera que estos se puedan encontrar, sea en China, Asia, África o América Latina. “No se trata necesariamente de la amenaza que significa la OTAN, sino del problema que actualmente representa, un problema que podría convertirse en una amenaza si no se establecen alianzas”, concluye.

Retomando los principios del derecho internacional comentados previamente, podría afirmarse que parte de la identidad de China y Rusia radica en poseer las características de un Estado moderno, a diferencia de los Estados occidentales – como los de la UE – que se asocian más con los rasgos de un Estado posmoderno. Para Rouvinski, “Rusia y China son naciones modernas y no posmodernas” y esta identidad “fortalece su manera de actuar en el escenario internacional. Esto explica muchas de las disputas que Rusia y China tienen con el mundo occidental, porque hay un choque desde la perspectiva normativa”. Por otra parte, Piskunova coincide con esta apreciación, “porque China es un Estado tradicionalista y moderno que no se adhiere al discurso posmodernista, y lo mismo sucede con Rusia. En Europa es lo contrario, los Estados son mayoritariamente posmodernos y no tradicionalistas”. Resulta inconfundible la concepción ajena al posmodernismo sobre el Estado en Rusia cuando Surkov afirma en su artículo “El Estado duradero de Putin”, publicado en *Nezavisimaya Gazeta* en febrero de 2019, que la estatalidad rusa ya no se encuentra condicionada por “quimeras importadas, sino por la lógica de los procesos históricos” (Surkov, 2019, párr. 3). A juicio de Surkov, el derrumbe que experimentó Rusia tras el colapso de la Unión Soviética fue un proceso “imposible, antinatural y contrahistórico”, pero luego se recuperó para retornar “a su estado natural y único posible de una gran comunidad terrestre de naciones en expansión y reunión” (ibidem). Prosigue aseverando que Rusia, por extenderse a lo largo de un espacio geográfico tan extenso como diverso y en el que se han librado disputas geopolíticas permanentemente, ha construido un tipo de organización política que le otorga un papel trascendental a las competencias militares y policiales, pues un Estado es, en primer lugar, “un instrumento de defensa y ataque” (ibid., párr. 22).

La ex viceministra de Relaciones Exteriores de la República Popular China, Fu Ying, asegura que Moscú y Pekín no formarán una alianza vinculante que adopte una postura explícitamente antioccidental (Fu, 2016, p. 96); esta es una afirmación lógica, en la medida en que contradiría los postulados sobre los que se sostiene el orden multipolar – rechazo a la construcción de alianzas, el despliegue de acciones contra terceros Estados, la división del mundo en bloques ideológicos –. Más bien, las dos naciones son un paradigma de cooperación mutuamente beneficiosa y gestión responsable de las diferencias existentes entre ambos (ibidem). Debido a que este patrón no se repite en las relaciones que ambos mantienen con Estados Unidos, Fu compara las relaciones entre Moscú, Pekín y Washington con un triángulo

escaleno, en el que el lado de mayor longitud expresa la distancia entre los puntos que corresponden a Rusia y Estados Unidos – producto de la creciente tensión entre ambos –, el lado más corto denota la cercanía entre los puntos que corresponden a Rusia y China – a causa de la sociedad estratégica formada por ambos – y la recta restante indicando las diferencias entre China y Estados Unidos – con una relación no exenta de vaivenes – (ibid, pp. 104-105). Asimismo, haciéndose eco de la tesis de Snetkov y Lanteigne, Fu considera que Rusia suele ser proclive a la adopción de posturas diplomáticas más audaces y asertivas, mientras que China demuestra una conducta más prudente y reactiva (ibid., p. 100). Los principales intereses geopolíticos se localizan en zonas diferentes; para Rusia, en Europa – precisamente, Europa del Este – se encuentran sus principales desafíos internacionales, mientras que para China es Asia – especialmente, el Asia-Pacífico – la zona que más concita su interés. También cabe mencionar las cuestiones que podrían ser foco de discrepancias entre ambos socios, como una mayor presencia china en el Distrito Federal del Lejano Oriente, el Asia Central o el Ártico; China podría convertirse, pues, en un futuro desafío para Rusia, sin quedar claro si se erigiría como un “Otro”. Lo cierto es que los constantes retos geopolíticos que en la actualidad provienen de Occidente retrasan la materialización de un pronóstico poco auspicioso como este. China insiste en que su ascenso es pacífico, pero, para despejar temores como los previamente mencionados, será necesario que persuada firmemente a Rusia de que lo seguirá siendo en las próximas décadas. En la medida en que Pekín respete este compromiso, no tendría por qué convertirse en un “Otro” para Moscú en el futuro.

Rusia y China siempre declaran que su asociación estratégica no está dirigida contra terceros países, lo cual incluye a los países occidentales. Sus intereses políticos, económicos y de seguridad no los van a llevar a romper relaciones diplomáticas con Occidente, o a mantener un enfrentamiento abierto con este. Sin embargo, Moscú y Pekín perciben que ha habido una sucesión de fenómenos internacionales contrarios a sus intereses que ha empoderado a Estados Unidos y que lo ha obligado a reaccionar, afianzando su relación bilateral. La expansión de la OTAN, los intentos de Occidente de recurrir a la Alianza Atlántica para sortear los obstáculos que le presentaba el Consejo de Seguridad, la intención de Estados Unidos de promover un orden internacional basado en reglas y no en el derecho internacional, el apoyo de Occidente a las “revoluciones de colores” y sus consiguientes cambios de regímenes, el retiro de tratados importantes por parte de Washington – verbigracia, el Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Rango Intermedio, el Tratado de Cielos Abiertos y el Plan de Acción Integral Conjunto – son amenazas provenientes de Occidente, ese “Otro” que ha logrado que Rusia y China coordinen medidas para defender ideas que comparten, como la constitución de un orden policéntrico o

el respeto a los principios del derecho internacional, reivindicando el papel de las Naciones Unidas como árbitro internacional (Lukin, 2018, pp. 103-104).



Conclusiones

*Rusia no puede ser comprendida por la razón,
Ni medida por una regla común.
Tiene su propia configuración:
Solo se puede creer en Rusia.*

FIÓDOR IVÁNOVICH TIÚTCHEV, «Rusia no puede ser comprendida por la razón...»

El enfoque constructivista ha sido útil para identificar y analizar dimensiones ideacionales que han estado presentes recurrentemente en los discursos y documentos oficiales en materia de política exterior emitidos por la Federación de Rusia y la República Popular China. La presente investigación se encuadra en un marco temporal que abarca los últimos treinta años – entre 1991 y 2021 –, lo que ha permitido apreciar la evolución por la que han atravesado las ideas principales identificadas y lo susceptibles que han sido a los cambios coyunturales que se han presentado en el marco de las relaciones internacionales en este periodo de tres decenios. Tradicionalmente, las relaciones bilaterales entre Rusia y China se han abordado, predominantemente, desde el enfoque teórico del realismo y, en menor medida, del liberalismo; sin embargo, esta investigación ha optado por recurrir al constructivismo – la corriente teórica menos empleada de entre las tres – debido a su idoneidad para comprender con mayor precisión los conceptos que han sido objeto de análisis de la presente investigación. En ese sentido, ese es el aporte al debate académico que este estudio espera llevar a cabo.

Las autoridades rusas y chinas han manifestado en numerosas oportunidades su interés de sentar las bases de un orden multipolar o policéntrico. La defensa de esta noción supone una crítica al momento unipolar forjado sobre la base del liderazgo de Estados Unidos en la década inmediatamente posterior a la conclusión de la Guerra Fría, pero también expresa un rechazo a la lógica bipolar y a la “política de bloques” propias de este conflicto ideológico con la que Washington aún encara los principales desafíos globales. La manera tan arrolladora con la que Estados Unidos se mostró dispuesta a consolidar e imponer su hegemonía en la década de los noventa – considerando a Rusia no como una potencia en pie de igualdad con otras de la órbita occidental, sino como un Estado caído en desgracia producto de su “derrota” en la Guerra Fría – y la actitud con la que buscó aferrarse a ese proyecto en el giro del siglo XXI – con la administración neoconservadora de Bush – llevó a Rusia a priorizar una mayor “democratización” de las relaciones internacionales, encontrando en China al socio idóneo para esta empresa. China, por su parte, halló en su vecino septentrional al Estado más influyente con el que podía coligarse para contrarrestar la inquietante influencia de Estados Unidos en el orden global. La multipolaridad es un llamado por parte de ambos Estados a un multilateralismo más

inclusivo y representativo, un esquema que reconozca los nuevos centros de poder que están proliferando en varios espacios del escenario internacional. A eso aluden, por ejemplo, los llamados a una reingeniería de la arquitectura financiera mundial o una recomposición del Consejo de Seguridad de la ONU en las declaraciones de los BRICS, con miras a que se abran espacios de mayor participación para las economías emergentes y en vías de desarrollo. La OCS, por su parte, insta a reconocer la creciente influencia de los espacios a nivel regional en la gobernanza mundial. Estas dos iniciativas lideradas por Rusia y China han hecho de la defensa de un orden multipolar una de sus principales banderas. La constitución de un orden policéntrico favorece los intereses de Moscú y Pekín, pues dotaría al sistema internacional de un equilibrio en el que ninguna potencia tenga la suficiente fuerza para imponerse sobre las demás y, más bien, facilitaría las condiciones para establecer un mundo en el que los diversos centros de poder cooperen entre sí, fomentando la estabilidad, la seguridad y la paz. La idea de construir un orden policéntrico coincide con el posicionamiento de ambos Estados como grandes potencias en el sistema internacional; esto demuestra que los componentes constructivistas del discurso sino-ruso pueden converger con los intereses materiales compartidos por los dos países. Sin embargo, la relación asimétrica entre Rusia y China – en favor de esta última – invita a pensar que la noción de un orden multipolar podría tener grados de consideración dispares entre los dos países. En efecto, el ascenso vertiginoso que experimenta China y su constatación de que solamente Estados Unidos puede contener su auge e interponerse en la consecución de sus objetivos más ambiciosos desliza la posibilidad de que, para Pekín, el escenario multipolar consista en una etapa de transición hacia un orden bipolar que la enfrente con Washington; en ese sentido, su asociación estratégica con Moscú le permite ganar tiempo para prepararse para enfrentar esa circunstancia. Rusia, en cambio, tiene la necesidad de recuperar aquel peso que poseyó antaño, cuando lideró la Unión Soviética, para incidir en el devenir de los acontecimientos internacionales y que extravió una vez que el bloque soviético se desmanteló. Esta aspiración de ser nuevamente relevante se vería compensada en un orden multipolar cuya continuidad resulta más importante para Rusia que para China, en la medida en que Moscú comprenda que cuenta con una menor envergadura que Pekín; como máximo, podría ambicionar a ser uno de los polos que conformen un orden tripolar, aunque su objetivo principal es promover un escenario internacional que le permita lidiar en las condiciones menos adversas con los retos y las amenazas provenientes del polo integrado por Estados Unidos y sus aliados. Por supuesto, ambos defienden este tipo de sistema pues les beneficiaría; es decir, tanto Rusia como China evalúan que a cada una de ellas les correspondería ejercer su dominio y liderazgo en sus respectivos centro de poder.

Velar por el respeto a los principios del derecho internacional es otro ámbito en el que Rusia y China exhiben una contundente compenetración. Ambos países defienden sin fisuras que las decisiones que se adopten en el escenario internacional deben respetar los clásicos principios *westfalianos* y rechazan un orden basado en “normas” sujetas a la interpretación arbitraria de la potencia hegemónica de turno. Asimismo, abogan por un orden internacional arbitrado por la ONU y sujeto al estricto cumplimiento de las decisiones adoptadas por el Consejo de Seguridad; en esta última instancia pueden sacar provecho de su poder de veto para evitar la aplicación de la doctrina de “responsabilidad de proteger” o el despliegue de intervenciones humanitarias; estas medidas son inaceptables para Moscú y Pekín, pues creen que detrás de ella anida la secreta intención de Occidente de promover cambios de regímenes que, de ocurrir en países enclavados en sus esferas de influencia, podrían generar inestabilidad y atentar contra sus intereses estratégicos. Experiencias como el bombardeo de la OTAN sobre Yugoslavia o la invasión estadounidense en Irak – que no contaron con el consentimiento del Consejo de Seguridad –, así como las consecuencias de la invocación de la doctrina de “responsabilidad de proteger” en Libia afianzaron el entendimiento entre Rusia y China para oponer firme resistencia a las avanzadas occidentales que ignoren el derecho internacional y se disfracen con pretextos humanitarios. El saldo deplorable que han dejado las intervenciones realizadas por Estados Unidos y sus aliados en Afganistán, Irak y Libia abona en favor de la postura adoptada por Moscú y Pekín; es decir, el quebrantamiento del derecho internacional por parte de Occidente no ha propiciado los prometidos resultados que este auguraba, antes bien, ha estimulado la inestabilidad, alejado la posibilidad de crecimiento o desarrollo económico y confirmado que la democracia no puede arraigar allí donde es impuesta por una fuerza extranjera. Las dos naciones sienten que, adoptando una cerrada defensa del derecho internacional, ejercen un rol diligente destinado a reducir la incertidumbre y asentar la paz. Sin embargo, la enérgica vigilancia en torno al cumplimiento de los principios del derecho internacional esgrimida por Rusia y China no es irrestricta, pues vacila cuando ellos deciden, en aras de salvaguardar sus intereses estratégicos en sus respectivas zonas de influencia, tomar medidas que vulneran la soberanía y la integridad territorial de otros países; esto ocurre en Abjasia, Osetia del Sur, la región del Donbás y la península de Crimea – en el caso de Rusia – y el mar de la China Meridional – en lo que respecta a China –. Esta interpretación a dos bandas sobre el derecho internacional – una que rige dentro de su esfera de influencia y otra que aplica fuera de ella – es la que podría llevar a catalogarlas como potencias revisionistas. Sin embargo, tampoco están dispuestos a tolerar monsergas de tipo legal provenientes de un Occidente que solamente aplica lo que predica en situaciones que favorecen sus intereses o perjudican los de sus adversarios – por ejemplo, el reconocimiento por parte de Occidente de la independencia

de Kósovo, pero no del referéndum sobre el estatus político de Crimea – y es esa inconsecuencia la que Rusia y China tachan de “doble rasero”. Por otro lado, la agenda vinculada a la promoción de los derechos humanos o las libertades fundamentales no tienen cabida para los dos Estados, pues no se tratan de leyes internacionales, sino de “normas” promovidas por Occidente – a pesar de ser principios recogidos en la Carta de las Naciones Unidas –; esta convergencia entre ambos también puede explicarse en los sistemas políticos estado-céntricos que rigen sus sociedades. Incluso cuando Rusia intentó abrazar el modelo de democracia occidental en la década de los noventa, nunca tuvo la intención de condicionar sus relaciones con China a pesar de las diferencias políticas o ideológicas entre los dos, lo que añade un contraste adicional en relación con la actitud adoptada por las potencias occidentales. China y Rusia unen esfuerzos ante el temor de que Estados Unidos y sus socios occidentales arremetan contra el sistema del derecho internacional – de cuya interpretación y aplicación son protagonistas en su calidad de miembros permanentes del Consejo de Seguridad – para implementar un orden basado en “normas” occidentales; la prevalencia del sistema del derecho internacional es el mejor obstáculo para contener las acciones unilaterales de Estados Unidos. Empero, ambos adoptan estilos diferentes para defender los mismos conceptos; mientras que China recurre a un tono mayoritariamente diplomático y comedido – que solo quiebra en ocasiones excepcionales –, Rusia emplea una retórica más aguerrida y áspera para sentar su posición, probablemente por su necesidad de demostrar que aún es una potencia con capacidad de ejercer su influjo en el escenario internacional, pero también porque considera que las amenazas que enfrenta son más inminentes y acuciantes que las que le esperan a China, previstas para un horizonte temporal más lejano y para las que espera disponer de suficiente tiempo para prepararse y enfrentarlas con la fortaleza necesaria.

Más difícil es arribar a un consenso sobre una identidad conjunta o una noción compartida del “Otro” para ambos países. Más allá del respeto que tanto Rusia como China manifiestan hacia sus respectivas culturas en sus discursos y documentos oficiales, no se encuentra un devenir histórico similar o un pasado común que vincule a los dos desde un punto de vista identitario. Rusia es un país euroasiático, una nación bicontinental dotada de una identidad ambigua e indefinida, más allá de que su aspiración histórica siempre haya sido ser aceptada como un miembro pleno de la familia europea. China, en cambio, es un Estado asiático, con una tradición cultural única y heredero de una civilización de larga data que no tiene los vínculos culturales e históricos que Rusia sí ha formado con Europa. Además, mientras que el Estado ruso cuenta con poco menos de mil doscientos años de existencia y su pasado como civilización – en el sentido histórico de la palabra – no goce de un amplio consenso interno, el “Reino del Medio” en China ha sido testigo del paso de diversas dinastías que se remontan a una

época histórica previa al nacimiento de Cristo y que la convierten en una indiscutible heredera de una de las civilizaciones más antiguas de la Historia. También cabe añadir que el discurso que exalta los valores civilizacionales en Rusia responde más a la necesidad del Kremlin de idear un arma con la cual atacar a sus adversarios a nivel doméstico y externo que a la ambición de tocar una fibra íntima del imaginario colectivo ruso o promover un sistema de valores alternativo al occidental.

A pesar de que los dos países comparten la aspiración de ser reconocidos como grandes potencias, existen diferencias respecto de la posición en la que se encuentran en la consecución de dicho objetivo. La coincidencia entre ambos socios estratégicos radica en que Estados Unidos las tilda de potencias revisionistas, algo que responde al rechazo que le producen los cuestionamientos que ambos formulan al “orden internacional liberal” impulsado por Washington. Sin embargo, respecto del estatus de gran potencia al que ambos socios aspiran, puede afirmarse que esta empresa ya ha sido, de hecho, alcanzada por China, que no ha tenido que invertir tanto esfuerzo en socializar esta identidad y demostrar que se está erigiendo en el único Estado capaz de desafiar a Estados Unidos en las próximas décadas – algo que ya es evidente ante la mirada de cualquier observador del escenario internacional –. Rusia, por su lado, si bien ha demostrado una importante asertividad en el campo militar en los últimos años, es percibida generalmente – o desde Occidente, para ser más precisos – como una potencia estancada, lastrada por problemas internos aún no atendidos y que no le permiten proyectar una imagen más poderosa en todos los ámbitos relevantes de la agenda global. Rusia y China atesoran su asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU y utilizan sin remilgos su poder de veto porque es en este espacio donde las dos pueden actuar en tándem y ser reconocidas como grandes potencias en toda regla.

La definición de la identidad de un Estado se encuentra aparejada con un concepto fundamental al momento de esbozar un análisis constructivista: la identificación del “Otro”. La identificación de un “Otro” del que Rusia y China se desmarcan, se sienten ajenos y, producto de esta alteridad, construyen su identidad, se encuentra, de acuerdo al análisis de contenido de discurso realizado, encarnado por Occidente, en general, y Estados Unidos, en particular. Sin embargo, el deseo de sentirse relevante en el tablero internacional genera en mayor medida en Rusia que en China la necesidad de identificar a un “Otro” a partir del cual, por contraste, construir su identidad. Occidente fue tomado por Rusia a inicios de la década de los noventa como un modelo aspiracional, un referente del cual anhelaba formar parte, un espacio en el que pretendía recibir un trato en igualdad de condiciones que las demás potencias. Sin embargo, el tiempo demostró que Occidente no concilió sus intereses con los de Rusia; esta última no se mostró dispuesta a aceptar la instauración de un orden internacional liderado exclusivamente

por Estados Unidos y secundado sin mayor objeción por sus aliados, ante lo cual se vio obligada a considerar a Occidente como un adversario del cual debía defenderse y con el cual existen ínfimas probabilidades de reconciliación. La defensa de los intereses nacionales de Rusia no sintonizan con la ambición de Estados Unidos de liderar al sistema internacional basado en sus “normas” o “reglas”. Rusia busca recibir el trato que se le depara a todas las demás grandes potencias del mundo; Occidente frustra el cumplimiento de esta pretensión, mientras que China es la potencia que más se aproxima a satisfacerla, por lo que este último se ha erigido en el socio estratégico más importante del Kremlin. La especulación sobre un posible acercamiento entre Rusia y Estados Unidos tras los atentados terroristas del 11 de setiembre de 2001 demostró ser un espejismo. Las revoluciones de colores desgastaron aún más la relación de Moscú con Occidente, hasta que el quiebre pasó a ser insalvable tras la anexión de la península de Crimea y la guerra del Donbás. Conforme Occidente y Rusia fueron adoptando posiciones cada vez más antagónicas, el Kremlin empezó a apostar por cultivar su vínculo con China no solamente a nivel bilateral, sino también a través del liderazgo conjunto que ambos ejercen en la OCS y los BRICS, plataformas integradas por países no occidentales que frecuentemente cuestionan el enfoque con el que Occidente encara los problemas más urgentes del orden internacional. Los BRICS constituyen un foro de potencias emergentes que denuncia la falta de representatividad en la arquitectura financiera internacional de la que se benefician las potencias occidentales, mientras que la OCS constituye un centro de poder en Eurasia, espacio que Rusia aspira a liderar – o, por lo menos, coliderar con China – y promover un enfoque ajeno al de Occidente. La narrativa euroasiática, a pesar de su presencia en el discurso y los documentos de las autoridades rusas, antes que fungir como una herramienta que apele a la excepcionalidad cultural o identitaria de Rusia, busca presentarse como un medio para avanzar en los intereses nacionales del Kremlin en su esfera de influencia, sobre la que percibe que Occidente no le permite avanzar.

En cuanto a Europa, el “Otro” para Rusia no son propiamente los países europeos con los que aspira a tener la relación más beneficiosa que sea posible, sino la UE, entidad que, a ojos de Moscú, ha demostrado estar alineada con los designios de Estados Unidos y no ha cejado en su interés por promover o reconocer las revoluciones de colores y los movimientos democráticos que el Kremlin rechaza en países como Georgia, Ucrania y Bielorrusia. Cuanto menos autónoma de Washington sea la posición política de los Veintisiete, más firme arraigará su alteridad en la percepción de las autoridades rusas. China adopta para con Europa un enfoque más pragmático, concentrado en sus intereses comerciales y económicos.

A diferencia de China, para Rusia el “Otro” también se encuentra firmemente asociado con la OTAN. Inicialmente, la Alianza Atlántica no fue vista como un adversario, pues incluso se

barajó la perspectiva de que Rusia se integrase a ella; las sucesivas expansiones de las fronteras de la alianza militar desde el final de la Guerra Fría hasta la fecha han modificado esta percepción, estableciéndose como la principal amenaza para los intereses de seguridad de la nación euroasiática. En líneas generales, Occidente aún no ha logrado conjurar, en palabras del historiador Mark B. Smith, *the Russia anxiety*; Moscú lo advierte y responde a lo que considera provocaciones que proceden de este espacio, lo que conduce a una agudización de la conflictividad y la distancia que los separa.

Más allá de lo auspicioso que pueda resultar el balance de esta investigación con respecto a la sintonía establecida por Rusia y China o al entusiasmo con el que se prodigan recíprocamente en elogios, es necesario hacer un seguimiento permanente a la evolución de este vínculo y los giros que pueda adoptar conforme surjan acontecimientos que remezan tanto el tablero internacional como los cimientos sobre los que está construida esta relación. Toda sociedad dista de ser perfecta, ninguna debe ser dada por sentada y en cualquiera siempre pueden aflorar grietas que amenacen su continuidad. A esta idea aludió Putin cuando, tras su primera reunión con Joe Biden en Ginebra, en junio de 2021, evocó las palabras del célebre escritor ruso Lev Nikoláievich Tolstói para hacer un balance sobre dicho encuentro: “En la vida no hay felicidad, solo hay un espejismo de ella en el horizonte. Así que apreciaremos eso”. Para Rusia, el grado en el que su vínculo bilateral con China logre desarrollarse favorablemente determinará sus posibilidades de acariciar, en el tablero internacional, lo más parecido a esa esquiva ilusión llamada felicidad. A aferrarse a ella, entonces.

Recomendaciones

Como se mencionó en la introducción de esta investigación, en estas páginas se ha intentado ofrecer una mirada parcial sobre algunas aristas de corte ideacional que sustentan la actual convergencia sino-rusa. No obstante, la elaboración de análisis con enfoques distintos – por ejemplo, las corrientes teóricas del realismo o el liberalismo – enriquecerían este tema de estudio, ofreciendo perspectivas alternativas que echarían luz sobre factores tangibles que expliquen el acercamiento entre ambos socios. Adicionalmente, resultaría útil atender aquellos aspectos que actualmente limitan o eventualmente podrían restringir la profundización del vínculo bilateral entre Moscú y Pekín – en la presente investigación se ha mencionado tangencialmente al Asia Central, el Lejano Oriente ruso y el Ártico como escenarios de potencial conflictividad para los dos – y la manera en la que son tratados en los documentos y discursos oficiales. Por otro lado, evaluar la evolución de la rivalidad estratégica entre China y Estados Unidos proveería de información complementaria para entender el dinamismo de la relación entre Rusia y China.

Tras la fecha de cierre de esta investigación, la Federación de Rusia invadió Ucrania el 24 de febrero de 2022, siendo un fenómeno aún en curso al momento de escribir estas líneas. Al tratarse de un acontecimiento que producirá unas repercusiones preponderantes en el orden internacional, se recomienda a las personas interesadas en el estudio de las cuestiones abordadas en la presente investigación que tomen las declaraciones y los discursos emitidos por las autoridades rusas y chinas con relación a este suceso como insumos valiosos que pueden contribuir en la profundización y actualización del análisis de las dimensiones ideacionales que han sido objeto de estudio en este texto. De este modo, sería posible determinar si la invasión rusa de Ucrania ratifica o cuestiona algunas de las conclusiones a las que esta investigación arribó; igualmente conveniente sería identificar la posición que China adopte respecto de este acontecimiento y la manera en la que su vínculo con Rusia se transformará a causa del mismo.

Complejizar el estudio y tomar en cuenta las múltiples dimensiones de uno de los binomios más trascendentales para el devenir de las relaciones internacionales permitirá auscultar su consistencia y vigencia en el tiempo.

Referencias

Fuentes escritas

- Abu-Tarbush, J., & Granados, J. (2018). La política exterior de Rusia en Oriente Medio: Su intervención en Siria. *Revista Electrónica de Estudios Internacionales*, 35, 1-41.
- Adins, S. (2021). La política exterior rusa pos Guerra Fría. ¿Caso paradigmático de revisionismo? *Agenda Internacional*, 28(39), 37-77.
<https://doi.org/10.18800/agenda.202101.002>
- Adler, E. (2013). Constructivism in International Relations: Sources, Contributions, and Debates. En W. Carlsnaes, T. Risse, & B. A. Simmons (Eds.), *Handbook of International Relations* (pp. 112-144). SAGE Publications.
- Agencia EFE. (2021). *Putin y Tokáyev llaman a aceptar la nueva realidad en Afganistán*.
<https://www.efe.com/efe/america/mundo/putin-y-tokayev-llaman-a-aceptar-la-nueva-realidad-en-afganistan/20000012-4621663>
- Archive of the Gorbachev Foundation. (2010). Document No. 119: Record of Conversation between Mikhail Gorbachev and James Baker. En S. Savranskaya, T. S. Blanton, & V. M. Zubok (Eds.), *Masterpieces of history: the peaceful end of the Cold War in Eastern Europe, 1989* (pp. 675-684). Central European University Press.
- Baker III, J. A. (1993). Expanding to the East: A New NATO : Alliance: Full membership may be the most sought-after 'good' now enticing Eastern and Central European states-- particularly, Russia. *Los Angeles Times*. <https://www.latimes.com/archives/la-xpm-1993-12-05-op-64339-story.html>
- Baker III, J. A. (2002). Russia in NATO? *The Washington Quarterly*, 25(1), 93-103.
<https://doi.org/10.1162/016366002753358348>
- Baker, P. (2001, julio 19). Putin Offers West Reassurances and Ideas on NATO. *The Washington Post*. <https://www.washingtonpost.com/archive/politics/2001/07/19/putin-offers-west-reassurances-and-ideas-on-nato/99892a84-fde0-43d6-aa10-35d9c842c50a/>
- Banco Mundial. (s. f.-a). *Crecimiento del PIB (% anual) - China*. Recuperado 20 de mayo de 2021, de <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=CN>
- Banco Mundial. (s. f.-b). *Crecimiento del PIB (% anual) - Russian Federation*. Recuperado 20 de mayo de 2021, de <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=RU>
- Baqués Quesada, J. (2018). La relación estratégica entre Rusia y China: una mirada geopolítica. *Revista General de Marina*, 274(4), 721-730.
- Barbashin, A. (2018). *Ivan Ilyin: A Fashionable Fascist*. Riddle. <https://ridl.io/en/ivan-ilyin-a-fashionable-fascist/>
- Barbashin, A., & Thoburn, H. (2015, septiembre). *Putin's Philosopher. Ivan Ilyin and the Ideology of Moscow's Rule*. Foreign Affairs.
<https://www.foreignaffairs.com/articles/russian-federation/2015-09-20/putins-philosopher>
- Barghouty, L. (2021). *Threats from Russia more immediate, but threats from China greater: report*. Military Times. <https://www.militarytimes.com/flashpoints/2021/09/28/threats->

from-russia-more-immediate-but-threats-from-china-greater-report/

- BBC. (2009). *El BRIC busca su lugar en el mundo*.
https://www.bbc.com/mundo/economia/2009/06/090615_1330_bric_cumbre_ms
- Bertucci, M. E., Hayes, J., & James, P. (2018). Constructivism in International Relations: The Story So Far. En M. E. Bertucci, J. Hayes, & P. James (Eds.), *Constructivism Reconsidered: Past, Present, and Future* (pp. 15-31). University of Michigan Press.
- Bonet, P. (2004, marzo 6). «Rusia Unida somos conservadores en una época de crisis». *El País*.
https://elpais.com/diario/2004/03/07/internacional/1078614011_850215.html
- Borreguero, E. (2021). Rusia, un valioso adversario. *El País*. <https://elpais.com/opinion/2021-06-25/rusia-un-valioso-adversario.html>
- Brooks, D. (2014, marzo 4). Putin Can't Stop. *The New York Times*.
<https://www.nytimes.com/2014/03/04/opinion/brooks-putin-cant-stop.html>
- Bull, H. (2005). *La sociedad anárquica: un estudio sobre el orden en la política mundial*. Los Libros de la Catarata.
- Carlsnaes, W. (2013). Foreign Policy. En W. Carlsnaes, T. Risse, & B. A. Simmons (Eds.), *Handbook of International Relations* (pp. 298-325). SAGE Publications.
- Checkel, J. T. (1998). The Constructivist Turn in International Relations Theory. *World Politics*, 50(2), 324-348. <https://www.jstor.org/stable/25054040>
- CIDOB. (2010). La política exterior de la Federación Rusa. *Anuario Internacional CIDOB*, 493-502. <https://raco.cat/index.php/AnuarioCIDOB/article/view/199796>
- Clover, C. (2016, julio). The Unlikely Origins of Russia's Manifest Destiny. *Foreign Policy*.
<https://foreignpolicy.com/2016/07/27/geopolitics-russia-mackinder-eurasia-heartland-dugin-ukraine-eurasianism-manifest-destiny-putin/>
- de la Cal, L. (2021, marzo 23). China y Rusia hacen la pinza a EEUU y piden una reunión del Consejo de Seguridad de la ONU. *El Mundo*.
<https://www.elmundo.es/internacional/2021/03/23/6059c5eefc6c83cc1e8b459d.html>
- Deutsche Welle. (2021). *Putin y Xi Jinping critican la «politización» de las vacunas y del origen del coronavirus*. <https://www.dw.com/es/putin-y-xi-jinping-critican-la-politización-de-las-vacunas-y-del-origen-del-coronavirus/a-59076523>
- Deyermond, R. (2016). The Uses of Sovereignty in Twenty-first Century Russian Foreign Policy. *Europe-Asia Studies*, 68(6), 957-984. <https://doi.org/10.1080/09668136.2016.1204985>
- Diez, T. (2005). Constructing the Self and Changing Others: Reconsidering «Normative Power Europe». *Millennium*, 33(3), 613-636. <https://doi.org/10.1177/03058298050330031701>
- Dipublico. (2010). *Resolución 2625 (XXV) de la Asamblea General de Naciones Unidas, de 24 de octubre de 1970, que contiene la Declaración relativa a los principios del derecho internacional referentes a las relaciones de amistad y a la cooperación entre los estados de confo*. <https://www.dipublico.org/3971/resolucion-2625-xxv-de-la-asamblea-general-de-naciones-unidas-de-24-de-octubre-de-1970-que-contiene-la-declaracion-relativa-a-los-principios-de-derecho-internacional-referentes-a-las-relaciones-de/>
- Dixon Klump, S. (s. f.). *Russian Eurasianism: An Ideology of Empire*. Wilson Center. Recuperado 11 de diciembre de 2021, de <https://www.wilsoncenter.org/publication/russian-eurasianism-ideology-empire>

- Dugin, A. (2017). *Eurasia: A Special Worldview*. Eurasianist Archive. <https://eurasianist-archive.com/2017/03/20/eurasia-a-special-worldview/>
- Dunlop, J. B. (2004). Aleksandr Dugin's Foundations of Geopolitics. *Demokratizatsiya*, 12(1), 41. <https://www.proquest.com/scholarly-journals/aleksandr-dugins-foundations-geopolitics/docview/237206699/se-2?accountid=28391>
- Efimova, A., & Strebkov, D. (2020). Linking Public Opinion and Foreign Policy in Russia. *The International Spectator*. <https://doi.org/10.1080/03932729.2019.1700040>
- El Imparcial. (2008, agosto 26). ¿Por qué Rusia reconoce a Osetia del Sur y no a Kosovo? *El Imparcial*. <https://www.elimparcial.es/noticia/21771/mundo/por-que-rusia-reconoce-a-osetia-del-sur-y-no-a-kosovo.html>
- El Mundo. (2008, agosto 12). *Rusia y Sarkozy acuerdan un plan de paz de seis puntos y lo ofrecen a Georgia*. <https://www.elmundo.es/elmundo/2008/08/12/internacional/1218557897.html>
- El País. (2008). *Putin considera una «amenaza directa» la ampliación de la OTAN*. https://elpais.com/internacional/2008/04/04/actualidad/1207260012_850215.html
- Embassy of the People's Republic of China in the Kingdom of Norway. (2021). *Wang Yi Holds Talks with Russian Foreign Minister Sergey Lavrov*. https://www.mfa.gov.cn/ce/ceno/eng/zgwj_1/t1863858.htm
- Europa Press. (2008). *Lavrov acusa a la OTAN de «proteger» y armar a Saakashvili y le reprocha su falta de objetividad*. <https://www.europapress.es/internacional/noticia-lavrov-acusa-otan-proteger-armar-saakashvili-le-reprocha-falta-objetividad-20080819171622.html>
- Eurostat. (s. f.). *From where do we import energy?* Recuperado 13 de diciembre de 2021, de <https://ec.europa.eu/eurostat/cache/infographs/energy/bloc-2c.html#carouselControls?lang=en>
- Feklyunina, V. (2018a). International Norms and Identity. En A. P. Tsygankov (Ed.), *Routledge Handbook of Russian Foreign Policy* (pp. 5-21). Routledge.
- Feklyunina, V. (2018b). Russian Foreign Policy. En R. Sakwa, H. E. Hale, & S. White (Eds.), *Developments in Russian Politics 9* (Vol. 9, pp. 165-179). Macmillan International Higher Education.
- Ferguson, R. J. (2018). *China's Eurasian Dilemmas*. Edward Elgar Publishing.
- Fernández Núñez, L. (2006). ¿Cómo analizar datos cualitativos? En *Institut de Ciències de l'Educació*. <https://ebevidencia.com/wp-content/uploads/2014/12/analisi-datos-cualitatius.pdf>
- Finnemore, M., & Sikkink, K. (1998). International Norm Dynamics and Political Change. *International Organization*, 52(4), 887-917. <https://doi.org/10.1162/002081898550789>
- Flockhart, T. (2012). Constructivism and foreign policy. En S. Smith, A. Hadfield, & T. Dunne (Eds.), *Foreign policy: Theories, actors, cases* (2.ª ed., pp. 78-93). Oxford University Press Oxford.
- France24. (2019). *La conquista del Lejano Oriente ruso, la prioridad para Vladimir Putin*. France24. <https://www.france24.com/es/20191103-reporteros-rusia-extremo-oriente-putin>

- Fu, Y. (2016). How China Sees Russia: Beijing and Moscow Are Close, but Not Allies. *Foreign Affairs*, 95(1), 96-105. <https://www.jstor.org/stable/43946629>
- Gabuev, A. (2019). Unwanted but Inevitable: Russia's Deepening Partnership with China Post-Ukraine. En J. I. Bekkevold & B. Lo (Eds.), *Sino-Russian Relations in the 21st Century* (pp. 41-66). Palgrave Macmillan.
- Galeotti, M. (2014). *Putin's Empire of the Mind*. Foreign Policy. <https://foreignpolicy.com/2014/04/21/putins-empire-of-the-mind/>
- Gardels, N. (2014, marzo 12). Por qué Putin quiere apoderarse de Crimea. *El País*. https://elpais.com/elpais/2014/03/12/opinion/1394622061_921601.html
- German Council of Foreign Relations. (2016). *Russkiy Mir: «Russian World»*. *On the genesis of a geopolitical concept and its effects on Ukraine*. <https://dgap.org/en/events/russkiy-mir-russian-world>
- Global Times - Xinhua. (2019, junio 5). Xi tells Russian media he cherishes deep friendship with Putin. *Global Times*. <https://www.globaltimes.cn/content/1153186.shtml>
- Goncharenko, R. (2020). *El factor ruso en el conflicto de Nagorno Karabaj*. Deutsche Welle. <https://p.dw.com/p/3jiHD>
- Granma. (2021, junio 28). *Rusia y China están «creando un estándar para un nuevo modelo de relaciones internacionales»*. <https://www.granma.cu/mundo/2021-06-28/rusia-y-china-estan-creando-un-estandar-para-un-nuevo-modelo-de-relaciones-internacionales-28-06-2021-16-06-30>
- Gunitsky, S. (2018, abril). One Word to Improve U.S. Russia Policy. *The New Republic*. <https://newrepublic.com/article/148140/one-word-fix-us-russia-policy>
- Guzzini, S. (2013). A Reconstruction of Constructivism in International Relations. En *Power, Realism and Constructivism* (pp. 189-216). Routledge.
- Herszenhorn, D. M., & Buckley, C. (2013, marzo 22). China's New Leader, Visiting Russia, Promotes Nations' Economic and Military Ties. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2013/03/23/world/asia/xi-jinping-visits-russia-on-first-trip-abroad.html>
- Hinojosa Gutiérrez, P. J. (2017). Nikolai Berdiaev y Semion Frank, de utopías y el destino de Rusia. *La Colmena*, 75, 81-88. <https://lacolmena.uaemex.mx/article/view/5595>
- Huang, Y., Shi, H., & Shang, X. (2019). *Feature: Xi and Putin -- at helm of China-Russia relations*. Xinhuanet. http://www.xinhuanet.com/english/2019-06/05/c_138118414.htm
- Hurd, I. (2009). Constructivism. En C. Reus-Smit & D. Snidal (Eds.), *The Oxford Handbook of International Relations* (pp. 298-316). Oxford University Press.
- Ivanóv, I. (2003, noviembre 25). From Russian Minister of Foreign Affairs Igor Ivanov Interview with the Newspaper Kommersant on the Situation in Georgia. *Kommersant (traducción extraoficial realizada por el Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia)*. https://www.mid.ru/en/web/guest/foreign_policy/news/-/asset_publisher/cKNonkJE02Bw/content/id/495690
- Ivanov, I. S. (2004). An Overview of Russian Foreign Policy. En *The New Russian Diplomacy* (pp. 7-38). Brookings Institution Press.
- Kaczmarek, M. (2015). *Russia–China Relations in the Post-Crisis International Order*. Routledge.

- Kaczmarek, M. (2020). Russia and China in Global Governance. En E. Parlar Dal & E. Erşen (Eds.), *Russia in the Changing International System* (pp. 95-112). Palgrave Macmillan.
- Kassianova, A. (2001). Russia: still open to the West? Evolution of the state identity in the foreign policy and security discourse. *Europe-Asia Studies*, 53(6), 821-839. <https://doi.org/10.1080/09668130120078513>
- Kennan, G. (1997, febrero 5). A Fateful Error. *The New York Times*, 23. <https://www.nytimes.com/1997/02/05/opinion/a-fateful-error.html>
- Kubáľková, V. (2015). Foreign Policy, International Politics, and Constructivism. En V. Kubáľková (Ed.), *Foreign Policy in a Constructed World* (pp. 15-37). Routledge.
- Kumar, R. (2018). Russia's foreign policy: an overview of 25 years of transition. *International Studies*, 53(3-4), 210-226.
- Larson, D. W., & Shevchenko, A. (2010). Status seekers: Chinese and Russian responses to US primacy. *International Security*, 34(4), 63-95. <https://doi.org/10.1162/isec.2010.34.4.63>
- Lavrov, Serguéi. (2021, julio 16). Fundament družhby [La base de la amistad]. *Rossiyskaya gazeta*. <https://rg.ru/2021/07/16/sergej-lavrov-moskva-i-pekín-storonniki-policentrichnoj-sistemy-miroustrojstva.html>
- Lavrov, Sergei V. (2021). On Law, Rights and Rules. *Russia in Global Affairs*, 19(3), 228-240. <https://doi.org/10.31278/1810-6374-2021-19-3-228-240>
- Levada Center. (2021). *Russia and Europe*. <https://www.levada.ru/en/2021/03/22/russia-and-europe/>
- Li, M., & Poh, A. (2019). The Indispensable Partner: Russia in China's Grand Strategy. En J. I. Bekkevold & B. Lo (Eds.), *Sino-Russian Relations in the 21st Century* (pp. 21-39). Palgrave Macmillan.
- Light, M. (2003). In search of an identity: Russian foreign policy and the end of ideology. *Journal of Communist Studies and Transition Politics*, 19(3), 42-59.
- Liik, K. (2020). *How Russia is winning at its own game*. European Council on Foreign Relations. <https://ecfr.eu/article/upheaval-in-belarus-and-nagorno-karabakh-how-russia-is-winning-at-its-own-game/%0A>
- Llandres Cuesta, B. (2021). La política exterior de China y la comunidad de futuro compartido. *Documento de Opinión*, 21, 257-276.
- Lo, B. (2008). *Axis of Convenience: Moscow, Beijing, and the New Geopolitics*. Brookings Institution Press.
- Lo, B. (2015). *Russia and the new world disorder*. Brookings Institution Press.
- Lukin, A. (2018). *China and Russia: The new rapprochement*. Polity Press.
- Makarychev, A. S. (2008). Rebranding Russia: Norms, Politics and Power. En N. Tocci (Ed.), *Who is a normative foreign policy actor? The European Union and its Global Partners* (pp. 156-210). Centre for European Policy Studies.
- Mars, A., & Sahuquillo, M. R. (2021, junio 16). Putin y Biden abren la vía a un acercamiento sin superar la desconfianza. *El País*. <https://elpais.com/internacional/2021-06-16/comienza-la-cumbre-de-biden-y-putin-en-busca-del-deshielo.html>
- Martínez Álvarez, C. B., & Garza Elizondo, H. (2011). La asociación estratégica entre Rusia y

- China de 2000 a 2011: afirmación de la multipolaridad, seguridad regional y cooperación económica. *Foro Internacional*, 51(4), 636-668.
- Medvedev, D. (2012). *Russian President's address at the BRICS Summit*. President of Russia. <http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/14870>
- Milosevich-Juaristi, M. (2016). El proceso de "reimperialización" de Rusia, 2000-2016. *Documento de Trabajo. Real Instituto Elcano*, 11. <http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/6a1149ad-2ed5-400e-8e0f-e40b1d5c6c4b/DT11-2016-MilosevichJuaristi-Proceso-reimperializacion-Rusia-2000-2016.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=6a1149ad-2ed5-400e-8e0f-e40b1d5c6c4b>
- Milosevich, M. (2017). Rusia inacabada: el proceso de reimperialización (2000-2016). En *Breve historia de la Revolución rusa* (pp. 264-273). Galaxia Gutenberg.
- Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia. (2008). *Kommentariy Departamenta informatsii i pechati MID Rossii v svyazi s sobyiyami v Tibetskom avtonomnom rayone KNR [Comentario del Departamento de Información y Prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia sobre los acontecimientos en la Región Aut.* https://www.mid.ru/ru/maps/cn/-/asset_publisher/WhKWb5DVBqKA/content/id/345510?p_p_id=101_INSTANCE_WhKWb5DVBqKA&_101_INSTANCE_WhKWb5DVBqKA_languageId=en_GBe
- Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia. (2013). *Concepto de la Política Exterior de la Federación de Rusia (aprobado por Presidente de la Federación de Rusia Vladímir Putin, 12 de febrero de 2013)*. https://www.mid.ru/en/foreign_policy/official_documents/-/asset_publisher/CptlCk6BZ29/content/id/122186?p_p_id=101_INSTANCE_CptlCk6BZ29&_101_INSTANCE_CptlCk6BZ29_languageId=es_ES
- Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia. (2016). *Concepción de la política exterior de la Federación de Rusia (aprobada por el presidente ruso, Vladímir Putin, el 30 de noviembre de 2016)*. https://www.mid.ru/es/foreign_policy/official_documents/-/asset_publisher/CptlCk6BZ29/content/id/2542248
- Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia. (2021a). *Discurso y respuestas a preguntas de los medios ofrecidos por el Ministro de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, Serguéi Lavrov, al término de las negociaciones con el Ministro de relaciones Exteriores de la RPC, Wang Yi, Guilín, 23 de marzo de*. https://www.mid.ru/es/foreign_policy/news/-/asset_publisher/cKNonkJE02Bw/content/id/4647898
- Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia. (2021b). *Joint Statement by the Foreign Ministers of China and Russia on Certain Aspects of Global Governance in Modern Conditions*. https://www.mid.ru/en/foreign_policy/news/-/asset_publisher/cKNonkJE02Bw/content/id/4647776
- Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular China. (2005). *Declaración Conjunta de China y Rusia sobre Orden Internacional en Siglo XXI*. https://www.fmprc.gov.cn/esp/zxxx/200507/t20050702_735254.html
- Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular China. (2006). *Declaración Conjunta de la República Popular China y la Federación Rusa*. <https://www.fmprc.gov.cn/esp/wjb/zjzg/dozys/gjlb/3220/>
- Ministry of Foreign Affairs of the People's Republic of China. (2001). *Treaty of Good-*

Neighborliness and Friendly Cooperation Between the People's Republic of China and the Russian Federation.

https://www.fmprc.gov.cn/mfa_eng/wjdt_665385/2649_665393/t15771.shtml

Ministry of Foreign Affairs of the People's Republic of China. (2013). *President Xi Jinping Meets with Russian Sinologists, Chinese-Learning Students and Media Representatives.*

<https://www.fmprc.gov.cn/ce/cgsf/eng/xw/t1025549.htm>

Ministry of Foreign Affairs of the People's Republic of China. (2021a). *Xi Jinping Holds a Video Meeting with Russian President Vladimir Putin. The Two Heads of State Announce Extension of China-Russia Treaty of Good-Neighborliness and Friendly Cooperation.*

https://www.fmprc.gov.cn/eng/zxxx_662805/202106/t20210629_9133487.html

Ministry of Foreign Affairs of the People's Republic of China. (2021b). *Xi Jinping Speaks with Russian President Vladimir Putin on the Phone.*

https://www.fmprc.gov.cn/eng/zxxx_662805/202108/t20210826_9133850.html

Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation. (2005a). Foreign Policy Conception of The Russian Federation (1993). En Andrei Melville & T. Shakleina (Eds.), *Russian Foreign Policy in Transition: Concepts and Realities* (pp. 27-64). Central European University Press.

Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation. (2005b). Foreign Policy Conception of the Russian Federation (2000). En Andrei Melville & T. Shakleina (Eds.), *Russian Foreign Policy in Transition: Concepts and Realities* (pp. 27-64, 89-104). Central European University Press.

Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation. (2008). *The Foreign Policy Concept of the Russian Federation.* <http://en.kremlin.ru/supplement/4116>

Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation. (2011). *Transcript of Remarks by Russian Foreign Minister Sergey Lavrov and Response to Media Question at Joint Press Conference Following Meeting with Chinese Foreign Minister Yang Jiechi, Moscow, May 6, 2011.*

https://www.mid.ru/en/maps/cn/-/asset_publisher/WhKWb5DVBqKA/content/id/208126

Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation. (2016a). *The Declaration of the Russian Federation and the People's Republic of China on the Promotion of International Law.*

https://www.mid.ru/en/foreign_policy/news/-/asset_publisher/cKNonkJE02Bw/content/id/2331698

Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation. (2016b). *The Declaration of the Russian Federation and the People's Republic of China on the Promotion of International Law.*

https://www.mid.ru/en/foreign_policy/position_word_order/-/asset_publisher/6S4RuXfeYIKr/content/id/2331698

Morales, J. (2012). Las relaciones EEUU-Rusia: un balance de la política del reset. En J. Morales (Ed.), *Rusia en la sociedad internacional: perspectivas tras el retorno de Putin* (pp. 113-141). UNISCI.

Morozov, V. (2013). Subaltern Empire? Toward a Postcolonial Approach to Russian Foreign Policy. *Problems of Post-Communism*, 60(6), 16-28. <https://doi.org/10.2753/PPC1075-8216600602>

Morozov, V. (2015). *Russia's Postcolonial Identity: A Subaltern Empire in a Eurocentric World.* Palgrave Macmillan.

Mufson, S. (2015). Bush saw Putin's 'soul.' Obama wants to appeal to his brain. *The*

- Washington Post*. https://www.washingtonpost.com/business/economy/bush-saw-putins-soul-obama-wants-to-appeal-to-his-brain/2015/12/01/264f0c7c-984b-11e5-8917-653b65c809eb_story.html
- Naciones Unidas. (1997). *Declaración conjunta ruso-china sobre un mundo multipolar y la creación de un nuevo orden internacional, adoptada en Moscú el 23 de abril de 1997*. <https://digitallibrary.un.org/record/234074>
- Naciones Unidas. (2001). *Tratado de Buena Vecindad, Amistad y Cooperación entre la Federación de Rusia y la República Popular de China*. <https://undocs.org/pdf?symbol=es/CD/1649>
- National Intelligence Council. (2021). *Global Trends 2040: A More Contested World*. https://www.dni.gov/files/ODNI/documents/assessments/GlobalTrends_2040.pdf
- Neumann, I. B. (1996). *Russia and the Idea of Europe*. Routledge.
- Neumann, I. B. (2008). Russia as a great power, 1815–2007. *Journal of International Relations and Development*, 11(2), 128-151. <https://doi.org/10.1057/jird.2008.7>
- New York Times and Office of the President of Russia. (2014). *Putin Vows to 'Actively Defend' Russians Living Abroad*. Atlantic Council. <https://www.atlanticcouncil.org/blogs/natosource/putin-vows-to-actively-defend-russians-living-abroad/>
- Nikitina, Y. (2014). The "Color Revolutions" and "Arab Spring" in Russian Official Discourse. *Connections*, 14(1), 87-104.
- Noutcheva, G. (2018). Whose legitimacy? The EU and Russia in contest for the eastern neighbourhood. *Democratization*, 25(2), 312-330. <https://doi.org/10.1080/13510347.2017.1363186>
- Onuf, N. (1998). Constructivism: A User's Manual. En V. Kubálková, N. Onuf, & P. Kowert (Eds.), *International Relations in a Constructed World* (pp. 58-78). M.E. Sharpe.
- Onuf, N. (2013). Worlds of our making. En *Making Sense, Making Worlds. Constructivism in Social Theory and International Relations* (pp. 21-39). Routledge.
- Peace, for now. (2020, noviembre). *The Economist*, 46-47. <https://www.economist.com/europe/2020/11/12/a-peace-deal-ends-a-bloody-war-over-nagorno-karabakh>
- Peltonen, H. (2017). A tale of two cognitions: The Evolution of Social Constructivism in International Relations. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 60(1). <https://doi.org/10.1590/0034-7329201700105>
- Petro, N. N. (2018). How the West Lost Russia: Explaining the Conservative Turn in Russian Foreign Policy. *Russian Politics*, 3(3), 305-332. <https://doi.org/10.1163/2451-8921-00303001>
- Piqué, J. (2021, agosto 21). EEUU y las posguerras fallidas. *El Mundo*, 19. <https://www.elmundo.es/opinion/2021/08/21/611f86f6c6c8357348b45cd.html>
- President of the Russian Federation. (2021). *On the National Security Strategy of the Russian Federation*. https://www.academia.edu/49526773/National_Security_Strategy_of_the_Russian_Federation_2021

- Putin, V. (2000). *Article by Russian President Vladimir Putin "Russia: New Eastern Perspectives"*. President of Russia. <http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/page/443>
- Putin, V. (2005). *Russia at the Turn of the Millenium*. En Andrew Melville & T. Shakleina (Eds.), *Russian Foreign Policy in Transition: Concepts and Realities* (pp. 221-234). Central European University Press.
- Putin, V. (2006). *Annual Address to the Federal Assembly*. President of Russia. <http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/23577>
- Putin, V. (2007). *Querer regentar el mundo de manera unipolar es ilegítimo e inmoral*. Red Voltaire. <https://www.voltairenet.org/article145413.html>
- Putin, V. (2012). «*Rusia en un mundo cambiante*», un artículo de Vladímir Putin. Russia Today. https://actualidad.rt.com/actualidad/view/39720-Rusia-en-un-mundo-cambiante_-un-artículo-de-Vladímir-Putin
- Putin, V. (2013). *Statement by Russian President Vladimir Putin after the Plenary Session of the 5th BRICS Summit*. University of Toronto. <http://www.brics.utoronto.ca/docs/130327-putin-statement.html>
- Putin, V. (2015). *Congratulations on Orthodox Easter*. President of Russia. <http://en.kremlin.ru/events/president/news/49240>
- Putin, V. (2021). *Offen sein, trotz der Vergangenheit [Estar abiertos, a pesar del pasado]*. *Die Zeit*. <https://www.zeit.de/politik/ausland/2021-06/ueberfall-auf-die-sowjetunion-1941-europa-russland-geschichte-wladimir-putin>
- Ramas, C., & Tamames, J. (2018). «*Trump es un paso hacia nuestro objetivo, pero es insuficiente*». *Política Exterior*. <https://www.politicaexterior.com/trump-paso-hacia-objetivo-insuficiente/>
- Reynolds, P. (2008, septiembre). *New Russian world order: the five principles*. *BBC News*. <http://news.bbc.co.uk/2/hi/europe/7591610.stm>
- Rossiyskaya Gazeta. (2021, noviembre 21). *Druzhiba kak informpovod [La amistad como evento informativo]*. <https://rg.ru/2021/11/21/rossiia-i-kitaj-razvivaiut-informpodderzhku-dvustoronnih-otnoshenij.html>
- Rozman, G. (2014). *Asia for the Asians*. *Foreign Affairs*. <https://www.foreignaffairs.com/articles/east-asia/2014-10-29/asia-asians>
- Ruiz González, F. J. (2013). *El concepto de política exterior de Rusia: un estudio comparativo*. *Documento Marco*, 2, 1-22.
- Russia Today. (2021). «*Lo mejor sería no ver una incursión de la Unión Soviética en Ucrania*»: el jefe del Pentágono confunde Rusia con la antigua URSS. <https://actualidad.rt.com/actualidad/412466-jefe-pentagono-dice-espera-ver-incursion-union-sovietica-ucrania>
- Russian Federation. (2015). *Russian National Security Strategy, December 2015 — Full-Text Translation*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. <http://www.ieee.es/Galerias/fichero/OtrasPublicaciones/Internacional/2016/Russian-National-Security-Strategy-31Dec2015.pdf>
- Russian News Agency TASS. (2014). *Peskov: Putin is guarantor of Russian world's security*. <https://tass.com/russia/722667>

- Sahuquillo, M. R., & Sevillano, E. G. (2021, marzo 28). El gasoducto Nord Stream 2 amplía la pugna entre Rusia y Occidente. *El País*. <https://elpais.com/internacional/2021-03-28/el-gasoducto-nord-stream-2-amplia-la-pugna-entre-rusia-y-occidente.html%0A>
- Sahuquillo, M. R., & Vidal Liy, M. (2019, junio 6). Rusia y China impulsan su relación bilateral a un nivel “sin precedentes”, según Putin. *El País*. https://elpais.com/internacional/2019/06/05/actualidad/1559758989_489176.html
- Sakwa, R. (2020). Stasis and Change: Russia and the Emergence of an Anti-hegemonic World Order. En E. Parlar Dal & E. Erşen (Eds.), *Russia in the Changing International System* (pp. 17-37). Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-3-030-21832-4_2
- Salomón González, M. (2001). La teoría de las Relaciones Internacionales en los albores del siglo XXI: diálogo, disidencia, aproximaciones. *Revista CIDOB d'afers internacionals*, 56, 7-52. <https://www.jstor.org/stable/40585884>
- Saunders, D. (2014, marzo 22). Has Putin bought into these dangerous ideas? *The Globe and Mail*. <https://www.theglobeandmail.com/opinion/has-putin-bought-into-these-dangerous-ideas/article17610287/>
- Schreck, C. (2017). «Look At Me!»: Russian UN Envoy's Rant Stirs Buzz Back Home. Radio Free Europe/Radio Liberty. <https://www.rferl.org/a/look-at-me-russian-envoy-rant-stirs-buzz-russia/28428194.html>
- Schreier, M. (2012). *Qualitative Content Analysis in Practice*. SAGE Publications.
- Shakleina, T. (2013). Russia in the New Distribution of Power. En V. Nadkarni & N. C. Noonan (Eds.), *Emerging powers in a comparative perspective: The political and economic rise of the BRIC countries* (pp. 163-187). Bloomsbury Publishing USA.
- Shanghai Cooperation Organization. (2001). *Shanghai Declaration on the Establishment of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/193504/
- Shanghai Cooperation Organization. (2002a). *Charter of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/203013/
- Shanghai Cooperation Organization. (2002b). *Joint Statement by the Ministers of Foreign Affairs of the Member States of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/193506/
- Shanghai Cooperation Organization. (2002c). *St. Petersburg Declaration by the Heads of the Member States of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/193445/
- Shanghai Cooperation Organization. (2003). *Moscow Declaration by the Heads of the Member States of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/193680/
- Shanghai Cooperation Organization. (2004). *Tashkent Declaration by Heads of the Member States of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/197344/
- Shanghai Cooperation Organization. (2005). *Astana Declaration by the Heads of the Member States of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/197543/
- Shanghai Cooperation Organization. (2006). *Shanghai Declaration on the Fifth Anniversary of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/197680/
- Shanghai Cooperation Organization. (2007). *Bishkek Declaration by the Heads of the Member States of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/197905/
- Shanghai Cooperation Organization. (2008). *Dushanbe Declaration by the Heads of the*

- Member States of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/198068/
- Shanghai Cooperation Organization. (2009). *Yekaterinburg Declaration by the Heads of the Member States of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/198293/
- Shanghai Cooperation Organization. (2010). *Tashkent Declaration by the Heads of the Member States of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/199082/
- Shanghai Cooperation Organization. (2012). *Beijing Declaration By the Heads of Member States of the Shanghai Cooperation Organization on Building a Region of Lasting Peace and Common Prosperity*. eng.sectsco.org/load/199515/
- Shanghai Cooperation Organization. (2014). *Dushanbe Declaration by the Heads of the Member States of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/199902/
- Shanghai Cooperation Organization. (2015a). *Development strategy of the Shanghai Cooperation Organization until 2025*. eng.sectsco.org/load/200162/
- Shanghai Cooperation Organization. (2015b). *Statement By the Heads of Member States of the Shanghai Cooperation Organization on the occasion of the 70th anniversary of Victory over fascism in the Second World War*. eng.sectsco.org/load/200205/
- Shanghai Cooperation Organization. (2015c). *Ufa Declaration by the Heads of the Member States of the Shanghai Cooperation Organization*. eng.sectsco.org/load/200119/
- Shanghai Cooperation Organization. (2017). *The Astana declaration of the Heads of State of the Shanghai Cooperation Organisation*. eng.sectsco.org/load/297146/
- Shanghai Cooperation Organization. (2019). *Bishkek Declaration of the Shanghai Cooperation Organisation's Heads of State Council*. eng.sectsco.org/load/550977/
- Shanghai Cooperation Organization. (2020). *The Moscow Declaration of the Council of Heads of State of the Shanghai Cooperation Organisation*. eng.sectsco.org/load/690349/
- Silver, L., & Moncus, J. J. (2021). *Few across 17 advanced economies have confidence in Putin*. Pew Research Center. <https://www.pewresearch.org/fact-tank/2021/06/14/few-across-17-advanced-economies-have-confidence-in-putin/>
- Smeltz, D., Helm, B., Volkov, D., & Goncharov, S. (2021). *Russians See Greater Reward than Risk in Closer Relations with China*. Chicago Council on Global Affairs. <https://www.thechicagocouncil.org/research/public-opinion-survey/russians-see-greater-reward-risk-closer-relations-china>
- Snetkov, A. (2012). When the Internal and External Collide: A Social Constructivist Reading of Russia's Security Policy. *Europe-Asia Studies*, 64(3), 521-542. <https://doi.org/10.1080/09668136.2012.661935>
- Snetkov, A., & Lanteigne, M. (2015). 'The Loud Dissenter and its Cautious Partner'—Russia, China, global governance and humanitarian intervention. *International Relations of the Asia-Pacific*, 15(1), 113-146. <https://doi.org/10.1093/irap/lcu018>
- Snyder, T. (2018). Integración o imperio. En *El camino hacia la no libertad* (pp. 71-110). Galaxia Gutenberg.
- Splidsboel-Hansen, F. (2002). Russia's Relations With the European Union: A Constructivist Cut. *International Politics*, 39(4), 399-421. <https://doi.org/10.1057/palgrave.ip.8892002>
- Sputnik. (2017). *Putin: «El desarrollo del Lejano Oriente ruso es la prioridad nacional del siglo XXI»*. <https://mundo.sputniknews.com/20171109/articulo-presidente-rusia-prioridad->

nacional-1073858310.html

- Sputnik. (2018). *Pekín compara la relación entre Rusia y China con una montaña*.
<https://mundo.sputniknews.com/20180308/wang-yi-exteriores-chino-rusia-cooperacion-1076860067.html>
- Stone, O. (2017). *The Putin Interviews*. Simon & Schuster.
- Surkov, V. (2019, febrero 11). Dolgoe gosudarstvo Putina [El Estado duradero de Putin].
Nezavisimaya Gazeta. https://www.ng.ru/ideas/2019-02-11/5_7503_surkov.html
- The Editors of Encyclopaedia Britannica. (2019). Unequal treaty. En *Britannica*.
<https://www.britannica.com/event/Unequal-Treaty>
- The Embassy of the Russian Federation to the United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland. (2021). *Joint Statement of the Russian Federation and the People's Republic of China on the Twentieth Anniversary of the Treaty of Good Neighbourliness and Friendly Cooperation between the Russian Federation and the People's Republic of China, 28 June 2021*. <https://www.rusemb.org.uk/fnapr/7007>
- The Genron NPO. (2020). *Japan-China Public Opinion Survey 2020*. https://www.genron-npo.net/en/201117_en.pdf
- Thorun, C. (2009). *Explaining Change in Russian Foreign Policy: The Role of Ideas in Post-Soviet Russia's Conduct Towards the West*. Palgrave Macmillan.
- Tolz, V. (2001). National Identity and nation-building after the USSR. En *Russia: Inventing the Nation* (pp. 235-269). Arnold.
- Tsygankov, A. P. (2012). *Russia and the West from Alexander to Putin: Honor in International Relations*. Cambridge University Press.
- Tsygankov, A. P. (2016). *Russia's Foreign Policy: Change and Continuity in National Identity*. Rowman & Littlefield.
- Ukraine Crisis Media Center. (2021). "Russkiy Mir" as the Kremlin's Quasi-ideology.
<https://uacrisis.org/en/russkiy-mir-as-the-kremlin-s-quasi-ideology>
- UN News. (2007). *China and Russia veto US/UK-backed Security Council draft resolution on Myanmar*. <https://news.un.org/en/story/2007/01/205732-china-and-russia-veto-usuk-backed-security-council-draft-resolution-myanmar>
- United Nations. (1996). *Joint Declaration by the People's Republic of China and the Russian Federation, adopted at Beijing on 25 April 1996*.
<https://undocs.org/pdf?symbol=en/A/51/127>
- United Nations. (2011). *Russia and China veto draft Security Council resolution on Syria*.
<https://news.un.org/en/story/2011/10/390412-russia-and-china-veto-draft-security-council-resolution-syria>
- United Nations. (2021). *Cooperation between the United Nations and the Shanghai Cooperation Organization*. <https://undocs.org/es/A/RES/75/268>
- United Nations Dag Hammarskjöld Library. (2021). *Security Council - Veto List (in reverse chronological order)*. <https://research.un.org/en/docs/sc/quick>
- University of Toronto. (2009). *Joint Statement of the BRIC Countries' Leaders*.
<http://www.brics.utoronto.ca/docs/090616-leaders.html>

- University of Toronto. (2010). *2nd BRIC Summit of Heads of State and Government: Joint Statement*. <http://www.brics.utoronto.ca/docs/100415-leaders.html>
- University of Toronto. (2011). *Sanya Declaration*. <http://www.brics.utoronto.ca/docs/110414-leaders.html>
- University of Toronto. (2012). *Fourth BRICS Summit: Delhi Declaration*. <http://www.brics.utoronto.ca/docs/120329-delhi-declaration.html>
- University of Toronto. (2014). *The 6th BRICS Summit: Fortaleza Declaration*. <http://www.brics.utoronto.ca/docs/140715-leaders.html>
- University of Toronto. (2015). *VII BRICS Summit: 2015 Ufa Declaration*. http://www.brics.utoronto.ca/docs/150709-ufa-declaration_en.html
- University of Toronto. (2016). *8th BRICS Summit: Goa Declaration*. <http://www.brics.utoronto.ca/docs/161016-go.html>
- University of Toronto. (2017). *BRICS Leaders Xiamen Declaration*. <http://www.brics.utoronto.ca/docs/170904-xiamen.html>
- University of Toronto. (2019a). *Brasília Declaration*. <http://www.brics.utoronto.ca/docs/191114-brasil.html>
- University of Toronto. (2019b). *Joint Statement on BRICS Leaders' Informal Meeting on the Margins of G20 Summit*. <http://www.brics.utoronto.ca/docs/190628-osaka.html>
- University of Toronto. (2021). *XIII BRICS Summit: New Delhi Declaration*. <http://www.brics.utoronto.ca/docs/210909-New-Delhi-Declaration.html>
- Uribe Ruan, P. (2022, febrero 6). Gumilev y el nacionalismo ruso que admira Putin. *El Nuevo Siglo*. <https://www.elnuevosiglo.com.co/articulos/02-26-2022-gumilev-y-el-nacionalismo-ruso-que-admira-putin>
- Walt, S. M. (1985). Alliance Formation and the Balance of World Power. *International Security*, 9(4), 3-43.
- Walt, S. M. (1998). International Relations: One World, Many Theories. *Foreign Policy*, 110, 29-46. <https://doi.org/10.2307/1149275>
- Wang, Yi. (2021, julio 16). Nashi dostizheniya [Nuestros logros]. *Rossiyskaya gazeta*. <https://rg.ru/2021/07/16/glava-mid-knr-za-eti-20-let-kitaj-i-rossiia-proshli-neprosto-put.html>
- Wang, Yinfang, & Lavrov, S. (2003). *Carta de 30 de mayo de 2003 dirigida al Secretario General por los Representantes Permanentes de China y la Federación de Rusia ante las Naciones Unidas*. Naciones Unidas. http://digitallibrary.un.org/record/496230/files/S_2003_599-ES.pdf
- Wendt, A. (1995). Constructing international politics. *International Security*, 20(1), 71-81. <https://www.jstor.org/stable/2539217>
- Wendt, A. (1999). *Social Theory of International Politics* (Vol. 67). Cambridge University Press.
- Wendt, A. (2005). La anarquía es lo que los estados hacen de ella: la construcción social de la política de poder. *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, 1, 1-47. <http://hdl.handle.net/10486/678575>
- Wohlforth, W. C. (1994). Realism and the End of the Cold War. *International Security*, 19(3),

91-129. <https://doi.org/10.2307/2539080>

Xi, J. (2013). *Xiěshǒu hézuò gòngtóng fāzhǎn -- zài jīn zhuān guójiā lǐngdǎo rén dì wǔ cì huìwù shí de zhǔzhǐ jiǎnghuà* [Trabajar juntos y desarrollarse juntos - Discurso de apertura en la quinta reunión de líderes BRICS]. University of Toronto. <http://www.brics.utoronto.ca/docs/130327-xi-statement.html>

Xinhua Español. (2021a). *Aumenta proporción de minorías étnicas en población china*. http://spanish.xinhuanet.com/2021-05/11/c_139938270.htm

Xinhua Español. (2021b). *Xi y Putin anuncian extensión de tratado de cooperación amistosa China-Rusia*. http://spanish.xinhuanet.com/2021-06/29/c_1310033040.htm

Xinhuanet. (2020). *Interview: Russian communist official calls China «outstanding example» for whole world*. Xinhuanet. http://www.xinhuanet.com/english/2020-07/01/c_139179862.htm

Zayavlenie Eltsina [Declaración de Yeltsin]. (1999, diciembre 10). *Kommersant [El empresario]*, 1. <https://www.kommersant.ru/doc/232501>

Zonova, T., & Reinhardt, R. (2014). Main vectors of Russia's foreign policy (1991-2014). *Rivista di studi politici internazionali*, 501-516.

Fuentes audiovisuales

RT. (2021, 28 de junio). *Putin and Xi hold talks ahead of the 20th anniversary of Sino-Russian friendship treaty* [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=BvtJa8y9Uyc&t=>

Entrevistas

PISKUNOVA, Natalia. Profesora titular del Departamento de Seguridad Internacional de la Facultad de Política Internacional de la Universidad M.V. Lomonósov de Moscú. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2021.

ROUVINSKI, Vladímir. Director del Laboratorio de Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Icesi en Cali, Colombia. Entrevista realizada el 13 de agosto de 2021.

SERBIN, Andrés. Presidente de la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales. Entrevista realizada el 19 de julio de 2021.